

22051

CALIXTO OYUELA

LECTURAS

SELECTAS

PROSA Y VERSO



Angel Estrada y Cía.
Editores

OYUELA
LECTURAS
SELECTAS

LL
1900
OYU

A
A - 8
61



00026258

22051

O.R.
C.N.de B.

LECTURAS
SELECTAS

PARA USO DE LAS ESCUELAS Y COLEGIOS DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA

PROSA Y VERSO

POR

CALIXTO OYUELA

Profesor de Literatura Castellana en el Colegio Nacional de la Capital
y de Filosofía
en la Escuela Normal de Profesores de la misma

VIGÉSIMA SEXTA EDICIÓN



**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CÍA. — EDITORES
466 — CALLE BOLÍVAR — 466

1337/196

Es propiedad de los EDITORES, quienes la ponen
bajo el amparo de la ley N.º 7092.

PROSA

Fisonomía del Nuevo Mundo.

No parece sino que el Autor de la Naturaleza quiso hacer gala de su grandeza y poderío al dejar salir de sus manos el continente que habitamos. Su vasta extensión, las formas colosales de sus montañas y de sus ríos, la riqueza de sus producciones, la magnificencia y el lujo de su vegetación, su zoología tan varia, tan diversa de la del mundo antiguo, el esplendor de la ornitología tropical, lo bello y majestuoso de las escenas, tan distintas todas, hablan al sentimiento y á la imaginación, llenan de goces el espíritu, y elevan el alma del hombre dotado de sensibilidad y verdadero patriotismo á la admiración y gratitud que son debidas al Supremo Hacedor, por la prodigalidad con que ha derramado en América la vida orgánica, y con que ha querido enriquecernos.

Si Pindaro hubiese visto nuestra Cordillera, esta elevada cadena de montañas que atraviesa todo el continente, esparciendo sus ramales en varias direcciones, si la hubiese visto elevando su soberbia cresta hasta el firmamento, en montes sobrepuestos unos á otros cual si fuera á renovarse la fábula de los Titanes, á buen seguro que no habría llamado al *Etna*, sino al *Orizaba* y al *Popocatepetl*, al *Descabezado*, al *Chimborazo*, al *Illimani* y al *Sorata*, las verdaderas columnas del cielo. En

esa cordillera gigantesca, llena de manantiales perennes, al lado de cimas peladas, cubiertas de nieve secular, se presentan cerros perpetuamente cubiertos de follaje, de verdes y de ricos pastos, y de trecho en trecho, fanales encendidos por la mano de la naturaleza, el *Tunguragua*, el *Pichincha*, el *Cotopaxi*, volcanes colosales, cuyas erupciones ruidosas y tremendas, oídas á veces hasta doscientas leguas de distancia, han sepultado ciudades considerables, y arrasado extensas haciendas, sin aterrarse por eso el hombre. Es un rasgo característico de nuestra geografía verse cultivando los cereales al lado de aquellos cráteres devoradores, en una elevación triple de lo que se hace en los Alpes, habitando ciudades populosas en mesetas de 6 á 8.000 pies de altura, y en las inmediaciones del estupendo lago Titicaca, que se eleva á 12.000 sobre el nivel del mar, y en las del Ecuador, en el pueblo de Antisana, que está á 13.500 pies, y excede, por consiguiente, al pico más alto de los Pirineos, y aun al de Tenerife. Vense, por otra parte, dilatadas llanuras desnudas de arbolados, ó cubiertas de selvas donde jamás penetraron los rayos del sol, ó adornadas de gramíneas y de una vegetación asombrosa, sabanas que «como el Océano llenan el espíritu del sentimiento de lo infinito;» desiertos que en su vasta extensión no presentan más que silencio y muerte; valles de 6.000 pies de profundidad: playas abundosas, encantadoras, risueñas como las del Brasil ó las regiones ecuatoriales, ó áridas como las de Patagonia, el Perú y parte de Chile, donde «no pueden vegetar las leci-deas, ni ningún otro liquen, donde pasan siglos antes que la arena movediza pueda ofrecer á las raíces de las plantas un punto de apoyo seguro.»

Nuestros lagos, el *Michigán*, el *Hurón*, y el *Superior*, tienen 16, 29 y 35.000 millas cuadradas, cuando los mayores del antiguo mundo, el *Ladoga* y el *Aral*, no pasan de 6 á 9.000. Nuestros ríos parecen mares, y no tienen igual por lo largo de su curso, ni por el volumen de agua que llevan al Océano. El *Orinoco*, el *San Lorenzo*, el *Plata*, el *Amazonas*, el *Missuri* y el *Missisipi*, corren mil, más de dos mil, y hasta tres mil y quinientas millas, desde sus cabeceras hasta su desembocadura, regando inmensos llanos, que á diferencia de los de Asia y los de África, no están condenados á una perpetua esterilidad, sino más bien recargados de vegetación; tienen una extensión de aguas que son navegables por espacio de dos, de ocho, de veinte, de cuarenta y hasta de cincuenta mil millas cuadradas, cuando se unen aquellos dos últimos ríos; y son canales naturales destinados para facilitar á lo infinito la comunicación de lo interior con las costas, y á beneficiar todas las regiones que ellos riegan, cuando tomen la población y la industria el vuelo que corresponde, y penetren hasta el corazón del continente los vapores venidos de lejanas tierras.

¡Cómo pintar dignamente la inmensa variedad de la climatología americana, y esas regiones «donde la naturaleza permite al hombre que sin salir del suelo natal vea cuantas formas de vegetales se encuentran esparcidas sobre la haz del globo, y que recorra la bóveda del cielo, que se despliega de un polo á otro sin ocultarle ninguno de sus mundos resplandecientes!» ¡Cómo encontrar palabras que hagan justicia á la grandiosidad, á la magnificencia, á la diversidad, al lujo de producciones en los tres reinos de la Naturaleza! Pida á su antojo el amante

de ésta, ó el de la sociedad, las escenas que quiera, seguro de encontrarlas, ya sea que busque pinturas poéticas, ó ya principios de analogías civiles. Todo se presenta en el continente bajo distintas formas, suaves y cautivadoras aquí, fuertes é imponentes allá. En el espacio de unas pocas leguas se pasa de los suntuosos edificios y de las comodidades y refinamiento del hombre eminentemente civilizado, á las miserables chozas y á la vida infeliz de las tribus salvajes, en que se muestra el hombre en su sencillez primitiva.

Nuestros países ofrecen todos los rasgos que los poetas distribuyen entre las diversas regiones de la tierra: en unos el soplo de Bóreas hace experimentar los fríos de la Siberia, ó los del polo: en otros se siente uno abrasado por los ardores de Flegetonte, en otros el hálito de Zéfiro produce el apacible clima del jardín de las Hespérides, ó del delicioso valle de Tempe. Aquéllos tienen el cielo brumoso una gran parte del año; en éstos la atmósfera serena está apenas teñida de vapores, y no «transparenta el azulado velo ni la más leve gasa de una nube;» aquí parece que se deshace en agua: allí no llueve jamás. En ninguna parte se comprueba más el influjo eterno que la naturaleza física ejerce sobre las disposiciones morales y sobre los destinos del hombre. Acá tiene su trono la suave melancolía; allá la festiva jovialidad; en una parte se advierte atolondramiento; en otra reserva, en otra agradable franqueza y cordialidad; más lejos indolencia y apatía; más allá intolerancia: en un punto se notan rasgos predominantes de orgullo, de heroísmo, en otro de pusilanimidad; acá impera la volubilidad, allá la constancia, más allá la tenacidad.

Paréceme que veo en el continente de Colón una nueva Roma, que imita á la antigua en la acogida que diera á todos los dioses del Universo, y que como ella se elevará á un alto grado de poder, por su carácter y por sus instituciones: una Lacedemonia en el patriotismo y en la sencillez: una Atenas en la elegancia, en la brillantez de la imaginación, y con el puerto del Pireo en sus inmediaciones: una Pafos con su aire blando y su voluptuosidad, que incita á Venus á «soltar las riendas de oro con que gobierna el mundo, para venir á habitarla»: una Granada con sus emociones tumultuosas que hacen hervir la sangre: una ciudad florida y docta, como la capital de la Toscana, cuya mansión ahora mismo no la desdeñan las musas: una Tebaida largo tiempo religiosa y solitaria, que ya abre las puertas á la civilización, y franquea al mundo sus tesoros: una supersticiosa Delfos: una opulenta Tiro, de valor no domeñado aún por ningún Alejandro: una región de que pueda decirse con Sófocles que «anda allí vagueando Baco entre sus divinas nodrizas, las ninfas de la lluvia:» otra que merezca denominarse el jardín de América, cual es la Italia el jardín de Europa, y que por un concurso de circunstancias afortunadas, está llamada á una gran prosperidad: otra que se asemeja á aquellas islas Fortunadas, que Homero pinta con tan brillantes colores, como un refugio dejado á los mortales contra las agitaciones de la existencia, como escenas de profundo reposo donde se disfruta de la paz del alma en medio de las pompas de la naturaleza: paréceme, por último, que veo una nueva Corinto, á quien pueda aplicarse aquel verso de Ovidio á la ciudad de Constantino. *His locus gemini janua vasta maris.*

Una población de esas que Saint-Marc Girardin

llama necesarias y naturales, que eclipsará con el tiempo á Constantinopla y á Venecia, á Tiro, á Alejandria, á Cartago, y que será el depósito de todo el comercio de Europa y del Asia, del África y de la Oceanía.

En las regiones tropicales, es imposible dejar de experimentar una profunda y fuerte impresión al considerar con «qué profusión está universalmente esparcida la vida. El tapiz con que la pródiga diosa de las flores cubre la desnudez de nuestro planeta, es más variado y más tupido en esos climas donde el sol se eleva á mayor altura hacia un cielo sin nubes.» Á medida que nos alejamos del Ecuador, ó que subimos sobre el nivel del mar á las faldas, y hasta las cumbres de la Cordillera, cambia la fisonomía de la naturaleza, y aunque por todas partes halla el hombre vegetales que le alimenten, y lo necesario á su comodidad y regalo, ya son desemejantes la gracia de las formas y la juventud y el vigor eterno de la vida orgánica. Conteniendo el hemisferio de Colón esa vasta cadena de montañas tan extensas como elevadas, que forman una línea de separación entre la vegetación de los diversos distritos, mayor que la que constituyen muchos grados de latitud, y abrazando tantos desde la línea hasta los polos, comprende todas las regiones botánicas, desde la de las palmas y la vegetación del Ecuador, hasta la del trópico, hasta la de la región alpina é hiperbórea; desde los arborescentes compuestos, la cinchona, los pimientos, las melastomas, las flores labiadas y las plantas umbelíferas y crucíferas, hasta las escalonias, los musgos, los líquenes y los saxifragos, hasta esas matas de la vegetación ártica, que apenas pueden vivir. Primero tenemos el cacao, que bien merece denominarse *bebida de dioses*, y

que gusta de valles cálidos y húmedos; el plátano, vegetal tan benéfico, tan abundante de substancia nutritiva, y causa de tanta indolencia; el maíz y la piña refrigerante; el café y el algodón; la vainilla y el tabaco; la cera y la caña de azúcar; el añil y las ricas maderas; las limas y los naranjos: después vienen los campos ricamente cubiertos de cereales hasta 10.500 pies de elevación, y la serie de plantas y frutos de la zona templada: más arriba se encuentran el mirto y el laurel, y los de la zona frígida. En unos lugares, se ven bosques enteros de canelos, de aromas, de especerías que lisonjean el olfato y el gusto: mil bálsamos y plantas saludables; en otros los nitros y las sales, los mármoles y los pórfidos, el diamante y el carbón, los minerales de toda especie, los metales útiles, y esos metales preciosos con que el nuevo mundo ha regalado al antiguo por valor de seis mil y quinientos millones de pesos.

La zoología en sus tres divisiones, la de las regiones árticas, de la intermedia ó templada y de la tropical, todo lo abraza; desde el grande oso polar, que se encuentra en las extremidades de nuestro continente, desde el puma y el jaguar hasta el perezoso y el armadillo. Cuantos animales pueden ayudar al hombre á labrar la superficie de la tierra, ó fecundarla, servirle de alimento, ó proveer á su vestimenta, otros tantos se encuentran hoy en incontables millares, en el continente americano: si algunos faltan, son los animales más feroces del antiguo mundo, con los cuales no son de comparar las especies que más se les acercan, y en cambio tenemos otros cuadrúpedos indígenas, entre ellos la preciosa familia de los llamas y vicuñas.

¡Y qué diremos de la ornitología!.... de esa or-

nitología, que comprende desde el águila y el condor, rey de los buitres, hasta los gallináceos de delicioso sabor, hasta el pavo que el hemisferio de Occidente obsequió al de Oriente, hasta el vistoso colibrí ... De esa ornitología tropical de tan brillantes colores y de tan ricos plumajes; de esos innumerables insectos, lucientes éstos, aquéllos cruelmente atormentadores, y de los cuales se encuentran algunos hasta en la elevada mesa que sirve de base al Chimborazo.

JUAN GARCÍA DEL RÍO.

Pampas y llanuras.

Las llanuras meridionales de la América se denominan *pampas*, palabra de origen quechua que quiere decir llanura. La pampa ocupa toda la extremidad meridional de este continente, desde el estrecho de Magallanes por el Sur hasta el Brasil y hasta la sierra que al desprenderse de los Andes forma la meseta de Bolivia. Su límite occidental es formado por los Andes, que la separan de Chile: al oriente llega hasta el mar. Ocupa una extensión de 27° de latitud, y mide cerca de dos millones de kilómetros cuadrados. En esta extensión, vasta sobre todo de norte á sur, la vegetación y el aspecto de las pampas ofrecen caracteres muy variados. Mientras que en una de sus extremida-

des se alzan las palmeras y diversas plantas de la zona tórrida, la otra está cubierta, durante una parte del año, por una gruesa escarcha. La Patagonia, desde su extremidad meridional hasta las orillas del Río Colorado, no es más que un inmenso desierto donde aparece sólo por intervalos una vegetación raquítica y espinosa: aguas salobres, lagos salados, incrustaciones de sal blanca, se alternan con esta triste vegetación. Este aspecto se continúa así hasta el pie de los Andes, cuyas vertientes son desnudas por ese lado. La Patagonia, sin embargo, no forma una llanura uniforme, sino una sucesión de llanuras, horizontales separadas por largas líneas de rocas escarpadas. Las más elevadas de todas, con una altura de 900 metros sobre el nivel del mar, llegan á las faldas de los Andes. Estas llanuras en gradería están cortadas en diferentes puntos por algunos arroyos; pero sus aguas escasas no bastan para fertilizar su suelo. Ahí se notan las mismas variaciones extremas de temperatura, tan frecuentes en los grandes llanos, y los vientos adquieren por su violencia las proporciones del huracán.

Al norte del Río Colorado, el suelo cambia de naturaleza. Se encuentra un calcáreo rojizo y una tierra arcillosa. Allí comienzan verdaderamente las pampas sin ríos, regadas por lluvias frecuentes, y cuya vegetación es tan monótona y tan triste como la esterilidad. Las inmensas alfombras de hierbas y de gramíneas parecen un mar de verdura: no se ve un árbol, ni aun un arbusto, salvo el ombú, cuya copa solitaria se distingue aquí ó allá en medio de estos desiertos de hierba. El suelo es casi tan uniforme como la superficie de las aguas: en vano se buscaría allí una roca, una piedra. El

aspecto de las pampas, sin embargo, no es idéntico en todas partes. En la más elevada ó la más inmediata á la Cordillera, abundan los árboles de un tamaño regular; pero así que baja el terreno, los árboles se hacen más raros: y por último, al acercarse más á la costa, aparece la región de los cardos y de las plantas leguminosas alimentadas por las lluvias repetidas. Los calores de la primavera hacen crecer esas plantas á una altura considerable; pero los soles del verano, muy ardientes en esa región, los secan y los aniquilan. El aspecto de la pampa cambia mucho más todavía al acercarse al norte. Gradualmente la vegetación se hace más rica, más variada y más formidable. Al fin aparecen las palmeras y los árboles tropicales, y la pampa se une así insensiblemente con la región de las selvas vírgenes.

DIEGO BARROS ARANA.

El Cotopaxi.

Está situado este volcán á ocho leguas N. N. E. de Tacunga. Ninguna montaña en América presenta una belleza tan caracterizada como el Cotopaxi: su forma es enteramente la de un cono truncado de exacta regularidad; su nieve es purísima, y su distribución en las faldas se hace con tanta simetría, que es casi imposible contemplar, desde

una distancia tan considerable como la en que se percibe esta bellísima montaña, un espectáculo más agradable, más brillante, ni más apacible. En las tardes de verano, especialmente cuando la atmósfera pura del Ecuador se encuentra libre de vapores y de nubes, las faldas argentadas de este rarísimo nevado, vistas de lejos, arrebatan el alma, aun de las personas que tienen menos hábito y menos propensiones á contemplar con entusiasmo las obras magnas de la creación. El color de esta montaña varía como el del camaleón, según la dirección y modo como la hieren los rayos solares: á veces es enteramente blanca; en ocasiones, bañada por la luz del sol poniente, parece una gran masa de oro bruñido; y otras veces las sombras nacidas de la distribución de las numerosas rocas repartidas en toda su superficie, desde su elevada cima hasta su anchurosa base, le dan un aspecto semi-violado, con tintes purpurinos notables y espléndidos. En su cúspide truncada hay, con frecuencia, una columna de humo, y sucede de cuando en cuando que, durante la noche, arroja por su cráter, á manera de bomba, y de un modo intermitente, algunas substancias inflamadas; gracias á este respiradero que se ha formado, y que desembaraza sus entrañas de los productos de una combustión permanente, los pueblos del Ecuador no experimentan frecuentes temblores ni violentos terremotos, porque este nevado apacible, como hemos dicho, quieto, calmado é inofensivo en la apariencia, contiene en su seno el germen de la devastación, de la ruina y la desolación de los lugares circunvecinos, como lo ha demostrado en sus diversas erupciones.

MANUEL VILLAVICENCIO.

El salto del Tequendama.

Mézclanse en todas partes á las tradiciones históricas opiniones religiosas, y conviene recordar aquí las que Gonzalo Jiménez de Quesada, conquistador de este país, encontró esparcidas entre los indios muiscas, panches y natagaimas, al penetrar antes que nadie en las montañas de Cundinamarca.

Según ellas, en los más remotos tiempos, antes que la Luna acompañase á la Tierra, los habitantes de la meseta de Bogotá vivían como bárbaros, desnudos y sin agricultura, ni leyes, ni culto alguno, según la mitología de los indios muiscas ó moscas. De improviso se aparece entre ellos un anciano que venía de las llanuras situadas al Este de la cordillera de Chingasa, y cuya barba larga y espesa le hacía de raza distinta de la de los indígenas. Conociase á este anciano por los tres nombres de *Bochica*, *Nenquethéba* y *Zuhé*, y asemejábase á Manco Capac. Enseñó á los hombres el modo de vestirse, á construir cabañas, á cultivar la tierra y reunirse en sociedad: acompañábale una mujer á quien da la tradición también tres nombres: *Chía*, *Yubecaiguaya* y *Huitaca*. De rara belleza aunque de una excesiva malignidad, contrarió esta mujer á su esposo en cuanto él emprendía para favorecer la dicha de los hombres. Á su arte mágica se debe el crecimiento del río Funza, cuyas aguas inundaron todo el valle de Bogotá, pereciendo con este diluvio la mayoría de los habitantes, de los que se

salvaron unos pocos sobre la cima de las montañas cercanas. Irritado el anciano, arrojó á la hermosa Huitaca lejos de la Tierra; convirtiéndose en Luna entonces, comenzando á iluminar nuestro planeta durante la noche. Bochica, después, movido á piedad de la situación de los hombres dispersos por las montañas, rompió con mano potente las rocas que cerraban el valle por el lado de Canoas y Tequendama, haciendo que por esta abertura corrieran las aguas del lago de Funza, reuniendo nuevamente á los pueblos en el valle de Bogotá. Construyó ciudades, introdujo el culto del Sol y nombró dos jefes á quienes confirió el poder eclesiástico y secular, retirándose luego bajo el nombre de *Idacanzas*, al valle santo de Iraca, cerca de Tunja, á donde vivió en los ejercicios de la más austera penitencia por espacio de 2 000 años.

Los viajeros que han tenido ocasión de contemplar de cerca la gran cascada de Tequendama, no se admirarán de que á estas piedras, que parecen talladas por mano humana, se atribuya origen milagroso por pueblos groseros é incultos; á ese antro estrecho en que se precipita un río que reúne las aguas del valle de Bogotá; á esos iris de los más hermosos y brillantes colores, que cambian á cada momento; á esa columna de vapores que se levanta como densa nube; visible desde Santa Fe de Bogotá, á cinco leguas de distancia. Difícil es describir la belleza de una cascada, pero aún lo es mucho más hacerla sentir por medio del dibujo. De multitud de circunstancias depende la impresión que deja en el alma: es preciso que el volumen de agua que se precipita sea proporcionado á la altura de que cae, y que el paisaje en que se halla ofresca un carácter romántico y salvaje. El Pissevache y el

Staubbach, en Suiza, tienen gran elevación y no es su masa de agua suficiente. El Niágara y la cascada del Rhin ofrecen, al contrario, un enorme volumen de agua con una altura que no pasa de 50 metros. Es mayor el efecto que causan los saltos de agua que se ven en los estrechos y profundos valles de los Alpes, Pírneos y Andes principalmente, que el que produce una cascada encerrada entre colinas de poca elevación. Á más de la altura y volumen de la columna de agua, á más de la configuración del suelo y aspecto de las rocas, el vigor y forma de los árboles y plantas herbáceas, su distribución en grupos ó dispersos ramos, el contraste entre las masas pétreas y la frescura de la vegetación dan encanto particular á estas grandes escenas de la naturaleza. Más bella sería aún la cascada del Niágara, si en vez de hallarse en una zona boreal, en región de pinos y encinas, se viera rodeada de heliconias, palmeras y helechos arborescentes.

El Salto de Tequendama reúne cuanto pide un sitio para ser eminentemente pintoresco. No es la más alta cascada del globo, como se cree en el país y como algunos físicos han repetido en Europa; ni el río se precipita, según dice Bouguer, en un antro de 500 á 600 metros de profundidad perpendicular; pero si bien esto no es exacto, lo es indudablemente que no existe cascada alguna que presente igual proporción entre la altura considerable y gran masa de agua. El Bogotá, despues de haber atravesado las aldeas de Facatatihá, y Fontibón, conserva aun cerca de Canoas, algo más arriba del Salto, una anchura de 44 metros, que es la mitad de la del Sena, en París, entre el Louvre y el Instituto.

Redúcese mucho el río á la proximidad de la cascada, donde la grieta, que parece formada por terre-

moto, sólo tiene 10 ó 12 metros de altura. En la época de las grandes sequías, aún presenta el volumen de agua un perfil de 90 metros cuadrados, precipitándose á 175 de profundidad.

El camino que va desde Santa Fe al Salto de Tequendama, pasa por la aldea de Soacha y Canoas, rica ésta en cosecha de trigo. Créese que contribuye á la gran fertilidad de esta parte de la meseta de Bogotá, la enorme masa de vapores que desprende diariamente la cascada y se precipitan al contacto del aire frío. Á corta distancia de Canoas se disfruta de una magnífica vista, admiración del viajero por los contrastes que presenta. Acaban de dejarse campos labrados y abundantes en trigo y cebada; miranse por todos lados aralia, *alstonia theaeformis*, begonia y *cinchona cordifolia*, y también encinas y álamos, y multitud de plantas que recuerdan por su porte la vegetación europea, y de repente se descubre desde un sitio elevado, á los pies, puede decirse, un hermoso país donde crecen la palmera, el plátano y la caña de azúcar. Y como el abismo en que se arroja el río Bogotá comunica con las llanuras de la tierra caliente, alguna palmera se adelanta hasta la cascada misma; circunstancia que permite decir á los habitantes de Santa Fe que la cascada de Tequendama es tan alta que el agua salta de la *tierra fría* á la *caliente*. Compréndese fácilmente que una diferencia de altura de 175 metros no es suficiente á influir de una manera sensible en la temperatura del aire.

HUMBOLDT.

Causas que influyeron en el aumento de la población y riqueza de Buenos Aires durante el régimen colonial.

Por el código de las «Leyes de Indias» la aduana exterior de las Provincias del Río de la Plata estaba en Tucumán, porque aquella era la vía por donde se abastecían de mercaderías europeas. Cada año partían de Cádiz dos flotas convoyando una infinidad de buques de comercio, en donde la casa de contratación de Sevilla mandaba el surtido de los géneros que se necesitaban en América. Toda otra vía estaba prohibida.

Una de esas flotas iba á las costas de Méjico y las otras á las de Nueva Granada, dependencias, en el principio, del virreinato del Perú. De esta última flota fluían todos los géneros que venían á surtir las provincias que hoy són argentinas.

Pero cuando la casa de Braganza se puso á la cabeza de la insurrección del Portugal, apoyada directamente por la Inglaterra, la Francia y la Holanda, que, sin alianza formal como las que hoy se hacen, estaban en una especie de guerra normal contra la España, el comercio marítimo de estas naciones encontró una preciosa ocasión para burlar las prohibiciones que la legislación aduanera de los españoles había establecido al comercio con la América.

Todo el territorio brasileño colonizado por portugueses siguió el empuje de separación dado por la madre patria, y los buques de América repitieron el eco del grito de guerra lanzado en las orillas del

Tajo. Dirigidos los portugueses por un instinto mercantil lleno de penetración, atravesaron el territorio, desierto entonces, que hoy forma la República Oriental del Uruguay, y levantaron á diez leguas de la costa española las murallas de la *Colonia del Sacramento*. Una vez parapetados allí, pudieron contar con que habían dado el golpe de muerte al comercio de las dos flotas en que tanto se habían afanado los Felipes de las Leyes de Indias.

Los ingleses, los franceses, los holandeses, cuyas fábricas, cuya industria y cuya civilización se habían alzado á una altura prodigiosa con los mismos elementos arrojados de España por el despotismo y la intolerancia, empezaron á echar centenares de cargamentos en las costas del Brasil, desde donde eran trasportados hasta la *Colonia*. Muchas veces las expediciones originarias mismas venían hasta allí á descargar y tomar sus retornos.

Una vez puestos en esa situación, el contrabando local se encargaba de hacerlos pasar hasta la otra orilla, desde donde subían hasta Lima con una mejora asombrosa en el precio sobre las expediciones del monopolio.

Así empezó á engrandecerse y á tomar vuelo la población y riqueza de Buenos Aires.

La población de Buenos Aires vino á ser por medio de este cambio radical de las cosas, el centro, el nudo del comercio interior con el exterior. La codicia de los comerciantes encontró medio de bautizar como españoles los géneros extranjeros, para hacerles atravesar todo el territorio, desparramando el bienestar y las riquezas por toda la vía. En pago de esas expediciones venía también el producto de las minas y la agricultura interior que servía á dar retornos.

Por más que la España dió leyes, no pudo contener el torrente. Las provincias del Río de la Plata habían cambiado de frente: lejos de venirles de Lima el soplo de vida, eran ellas quien lo habían empezado á dar. Tuvo la España la fortuna de encargarse entonces el Gobierno del Río de la Plata, que empezaba á hacerse muy delicado á causa de estas ocurrencias, al célebre don Pedro de Zeballos, oficial de mucho crédito en las guerras de Italia, y que, á mucho valor personal reunía la voluntad y el golpe de vista que hace á los grandes hombres. En dos días comprendió él que el único remedio que aquel mal tenía era legitimar francamente los hechos consumados: es decir, abrir el Río de la Plata al comercio europeo, pero destruyendo la *Colonia del Sacramento*, para arrancar á los portugueses el privilegio que esas murallas les daban de hacer el comercio por su cuenta. Realizada la obra vendría este tráfico á hacerse por intermedio de los españoles; y el gobierno del Rey tendría cómo hacer positivas sus restricciones. Revolución inmensa que basta por sí sola para señalar á qué altura estaban las ideas políticas de Zeballos.

La *Colonia* fué arrancada dos veces por él á la corona de Portugal; y restablecida la España en la dominación exclusiva de las dos orillas del Río, fué creado virreinato de Buenos Aires todo el territorio que ha sido después República Argentina. Desde entonces el comercio exterior (1), se hizo libremente por el Río de la Plata, produciendo en su tránsito las riquezas de las ciudades de Salta, Córdoba, Tu-

(1) Cuando hablamos de *comercio exterior*, hablamos del comercio con España hecho directamente, pues es sabido que estaba prohibido el *comercio libre* con las demás naciones

cumán y otras, que eran entonces centro de una civilización y de una prosperidad sumamente notables. La ciudad de Buenos Aires, que había estado muy lejos de fijar al principio la atención de la madre patria, debió á este tráfico su acrecentamiento y su importancia, hasta que la guerra de la independencia y la guerra civil después, le fueron quitando á pedazos los antiguos mercados del interior, que tantas ventajas le produjeron y que tanto le prometieron siempre para lo porvenir.

VICENTE F. LÓPEZ.

25 de Mayo de 1810.

La noche había pasado en grande agitación. Los cuerpos cívicos, reunidos en sus cuarteles, habían querido muchas veces salir á pedir con las armas la deposición de Cisneros y la formación de una Junta de su entera confianza, logrando sus jefes contenerlos con dificultad. En vista de esta agitación, Castelli y Saavedra habían ido á imponer á sus colegas de la Junta de lo que pasaba y á proponer la renuncia colectiva que acabamos de mencionar.

El 22 muy temprano se reunió el Cabildo para tomar en consideración esta renuncia, y contestó en el acto que no la aceptaba, y que la Junta hiciera uso de la fuerza para hacerse respetar.

Este fué el momento de la revolución. «En estas circunstancias, dice el acta de aquel día, ocurrió

multitud de gente á los corredores de las casas capitulares, y algunos individuos, en clase de diputados, se apersonaron en la Sala exponiendo que, el pueblo se hallaba en conmoción, y *que de ninguna manera se conformaba con la elección de Cisneros*; que el Cabildo se había excedido en sus facultades, y que para evitar desastres que ya se preparaban, era necesario variar la resolución comunicada al pueblo».

El Cabildo, alarmado ya con el peligro imprudentemente provocado, citó nuevamente á los comandantes de los cuerpos para averiguar si estaban prontos á apoyar sus resoluciones.

Eran las nueve y media de la mañana, cuando aquéllos se presentaron en la Sala capitular. Interrogados por el síndico Leiva, «si se podía contar con las armas de su cargo para sostener al gobierno establecido», contestaron «que el disgusto era general en el pueblo y en las tropas; y que no sólo no podían sostener al gobierno establecido, sino que ni aun de sí mismos estaban seguros, porque los tenían por sospechosos; que la fermentación era terrible, y era necesario atajar el mal con tiempo.

En este estado de la conferencia, el pueblo invade las galerías, y golpea las puertas de la Sala capitular, gritando que quiere saber de lo que se trata. El Cabildo, amedrentado, manda al comandante de húsares D. Martín Rodríguez para quietarlo, y comisiona á los cabildantes Mansilla y Anchorena para que vayan á comunicar al virrey que quedaba desde entonces separado de la autoridad.

El virrey, que sentía rugir el volcán bajo sus pies, oyó con resignación aquella orden, quedando de hecho terminada la soberanía de los reyes de España en Buenos Aires, á las 12 de la mañana del día 25 de Mayo de 1810.

El pueblo no se contenta con esta primera victoria. Invade por segunda vez la Sala capitular, y por medio de sus diputados declara: que ha reasumido la autoridad que había depositado en el Cabildo; *que no quería* que existiese la Junta nombrada, sino que se procediese á constituir otra, que debía componerse así: presidente, vocal y comandante general de armas, el señor don Cornelio Saavedra; vocales, los señores doctor don Juan J. Castelli, licenciado don Manuel Belgrano, don Miguel Azcuénaga, doctor don Manuel Alberti, don Domingo Matheu y don Juan Larrea; y para secretarios á los señores don Juan J. Passo y D. Mariano Moreno; con la condición que en el término de quince días prepararían una expedición de 500 hombres para las provincias del interior, costeadas con los sueldos del virrey, oidores y otros funcionarios públicos.

El Cabildo, no pudiendo resistir, pidió que esta petición se hiciera por escrito; y comunicó al mismo tiempo á la Junta del día anterior que no había más autoridad que la que estaba deliberando en la plaza pública.

La petición escrita, que desde la noche anterior circulaba ya por todas partes recogiendo firmas, se presentó entonces al Cabildo. La tarde estaba lluviosa y los grupos de pueblo habían quedado muy reducidos, cuando el síndico se presentó en el balcón del Cabildo á pedir la ratificación verbal de lo escrito. Notando la escasez de concurso, preguntó: *¿Dónde está el pueblo?* Á lo que contestaron que se le llamara con la campana y se vería. Entonces, abriendo una conferencia el Cabildo con el grupo de ciudadanos, reunidos bajo sus balcones, fueron dictadas en la plaza pública las bases de la primera constitución política que ha tenido Buenos Aires. Esta ley, concebida

en pocos artículos, determinaba que el Poder Ejecutivo sería ejercido por la Junta; que el Cabildo vigilaría su conducta; que la Junta llenaría por sí misma sus vacantes; que el poder judicial sería independiente; que se daría publicidad al movimiento del tesoro público, y finalmente, «que la Junta no podría imponer pechos, gravámenes y contribuciones al vecindario sin consulta y consentimiento del Cabildo.»

Sin perder momento, se procedió en la tarde misma á tomar juramento al nuevo Gobierno. El presidente exhortó al pueblo desde el balcón á mantener el *orden*, la *unión* y la *fraternidad*, y en seguida pasó á la Fortaleza, por entre un inmenso concurso que había acudido apenas se divulgó la noticia de los nuevos nombramientos, saludando las campanas y las salvas de artillería la instalación del primer Gobierno Nacional, y la inauguración de la era republicana.

LUIS L. DOMÍNGUEZ.

Mariano Moreno.

Ungido por la muerte que le sorprende en el lleno de su esplendor, un hombre legó á la posteridad la memoria pura de su acción rápida y fértil, de su alma incontaminada de todo desfallecimiento, exenta de las manchas de la anarquía y de las intemperancias de la ambición. Espíritu escogido y corazón

fogoso, abarcó temprano el sentido de la revolución, amó con frenesí y obró con denuedo. De todos los espectáculos del mundo moderno y de todos los hechos que brotaban ante sus ojos al calor de la irritación popular, recogió la lumbre que en su cabeza genial se convirtió en antorcha y en rayo. Formulando la mente oculta en el trastorno social y el destino del pueblo naciente, iluminaba las sendas de las muchedumbres libres, y con estro profético y la audacia de un apóstol fulminaba sobre los tiranos y sobre el pasado la inexorable sentencia. Como la mayoría de las grandes personalidades históricas, parecía absorto en una sola contemplación, y refundía su coraje, su actividad, en un amor y en un ideal: el pueblo, la soberanía democrática. Indómito, orgulloso, original, ninguna condescendencia le hizo paliar su pensamiento, ni torcer su rumbo, ni moderar las formas crudas y viriles de su palabra ardiente. Durante su juventud, un día en que la fiebre le oprimía y le martirizaba con visiones extravagantes, bastóle un momento de lucidez en medio de la obsesión de lo absurdo para recobrase, y tan imperiosa era su alma, que un acto, insensato en otro, de voluntad, despejó su atmósfera fantástica y equilibró su organismo conmovido. Tanta energía era signo de su vocación de revolucionario y de iniciador. Fija el dogma, le propaga, enciende las almas en el fuego que desborda de la suya.... y desaparece, como si la Providencia hubiera querido sublimar el credo democrático eximiendo pronto de la vulgaridad á su primer apóstol y resguardar su nombre bajo el ala de la gloria. Muere joven, puro y lejos.... en la soledad del mar que traga sus cenizas para que nos quedara sólo el recuerdo de su paso, súbito como

el de una ráfaga vivificante, y su doctrina inoculada en todos los espíritus, encarnada en una sociedad. Ese hombre se llama Mariano Moreno.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

San Lorenzo.

Remontando la corriente del Paraná, el viajero divisa á la distancia dos blancas cúpulas, que en lontananza hacen la ilusión de alas de garzas que hienden el espacio; más de cerca, parecen velas de embarcaciones que se levantan sobre los bosques de las islas circunvecinas; hasta que, aproximándose á la gran cancha que lleva el nombre del fronterizo monasterio de San Lorenzo, se destacan en el horizonte su atrevida torre y su media naranja blanqueadas, y á su inmediación un pino gigantesco, cuya forma atormentada atestigua el embate de los huracanes del tiempo.

Allí alcanzó San Martín su primer triunfo americano, y aquel pino marca el punto de partida de su gran campaña continental, cuyo teatro de operaciones fué la América meridional, á través de ríos, pampas, mares y montañas....

Al frente del monasterio, por la parte que mira al río, se extiende una vasta planicie horizontal, adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acantilada, á cuyo pie se extiende la playa, media una distancia

de poco más de 400 varas, lo suficiente para dar una carga á fondo. Dos sendas sinuosas, una sola de las cuales era practicable para infantería formada, establecían la comunicación, como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior.

Con estos conocimientos recogidos, á la luz incierta que precede al alba, San Martín dispuso que los granaderos saliesen del patio, se emboscasen formados con el caballo de la brida tras de los macizos claustros y tapias posteriores del convento, que enmascaraban estos movimientos; haciendo ocupar á Escalada y sus voluntarios posiciones convenientes en lo interior del edificio, á fin de proteger el atrevido avance que meditaba. Al rayar la aurora, subió por segunda vez al campanario, provisto de su antejo militar.

Á las cinco de la mañana del 3 de Febrero, empezó á iluminarse el horizonte, destacándose de entre las sombras de la noche aquel pintoresco paisaje de grandes aguas tranquilas y de resplandeciente verdura, velado de nieblas transparentes, en medio al cual el monasterio, los buques y los hombres aparecían como puntos perdidos en el horizonte. Pocos momentos después, las primeras lanchas de la expedición, cargadas de hombres armados, tomaban tierra. Á las cinco y media de la mañana, subían por el camino principal dos pequeñas columnas de infantería en disposición de combate.

San Martín, bajando precipitadamente de su observatorio, encontró al pie de la escalera á Robertson, y le dirigió estas palabras: «Ahora, en dos minutos más, estaremos sobre ellos sable en mano.» Un arrogante caballo bayo, de cola cortada al corvejón, militarmente enjaezado, se veía á pocos pasos, teniéndolo de la brida su asistente Gatica. Montó

en él, apoyando apenas el pie en el estribo, y corrió á ponerse al frente de sus granaderos. Desenvainando su sable corvo de forma morisca, con empuñadura abierta, arengó en breves y enérgicas palabras á los soldados, á quienes, por la primera vez, iba á conducir á la pelea, recomendándoles que no olvidasen sus lecciones, y, sobre todo, que no disparasen ningún tiro, fiándose únicamente en sus lanzas y en sus largos sables. Después de esto, tomó en persona el mando del 2.º escuadrón, y dió el del 1.º al capitán don Justo Bermúdez, diciéndole:—«En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos, y allí daré á V. mis órdenes.»

Los enemigos habían avanzado, mientras tanto, unas 200 varas, en número como de 250 hombres. Venían formados en dos columnas de compañía por mitades, con la bandera desplegada, y traían al centro y un poco á vanguardia, dos piezas de artillería, marchando á paso redoblado á son de pífanos y tambores.

En aquel instante, resonó por la primera vez el clarín de guerra de los granaderos de á caballo, que debía hacerse oír por todos los ámbitos de América, desde el Paraná hasta el pie del Pichincha. Instantáneamente, salieron por las dos alas del monasterio los escuadrones, sable en mano y en aire de carga, tocando á degüello. San Martín llevaba el ataque por la izquierda, y Bermúdez por la derecha . . .

Las cabezas de las columnas españolas, desorganizadas por la primera carga, que fué casisimultánea, se replegaron sobre las mitades de retaguardia, y rompieron un nutrido fuego contra los agresores, recibiendo á varios de ellos en la punta de sus bayonetas.

San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró

con la columna que mandaba en persona el comandante Zavala, jefe de toda la fuerza de desembarco. Al llegar á la línea, recibió á quemarropa una descarga de fusilería y un cañonazo á metralla, que matando su caballo, le derribó en tierra, tomándole una pierna en su caída. Trabóse á su alrededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo en él una ligera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya á atravesarlo con su bayoneta, cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria (puntano), lo atravesó con su lanza.

Imposibilitado de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido al fin en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiera venido en su auxilio, echando resueltamente pie á tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza á su jefe del caballo muerto que le oprimía, en circunstancias en que los enemigos, reanimados por Zavala á los gritos de *¡Viva el rey!* se disponían á reaccionar; y recibe en aquel acto dos heridas mortales, gritando con entereza: «¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!» Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila; era natural de Corrientes, y murió dos horas después, repitiendo las mismas palabras. . . .

La victoria, que había tardado tres minutos en decidirse, se consumó en menos de un cuarto de hora.

Los españoles, desconcertados y deshechos por el doble y brusco ataque, se replegaron, haciendo resistencia sobre el borde de la barranca, abandonando en el campo su artillería, sus muertos y sus heridos. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada, y una de sus balas hirió

mortalmente al capitán Bermúdez, en el momento en que, habiendo asumido el mando en jefe por la imposibilidad de San Martín á consecuencia de su caída, llevaba la última carga. El teniente don Manuel Díaz Vélez que le acompañaba, arrebatado por su entusiasmo y el ímpetu de su caballo, se despeñó de la barranca, recibiendo en la caída un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.

Estrechados sobre el borde de la barranca y sin tiempo para rehacerse, los últimos dispersos del enemigo no pudieron mantener su posición, y se lanzaron en fuga á la playa baja, precipitándose muchos de ellos por el despeñadero, por no acertar á encontrar las sendas de comunicación.

Una vez reunidos en playa y cubiertos por la barranca como por una trinchera protegida por el fuego de sus embarcaciones, los restos escapados del sable de los granaderos consiguieron embarcarse, dejando en el campo de batalla su bandera y su abanderado, dos cañones, 50 fusiles, 40 muertos y 14 prisioneros, llevando varios heridos; entre éstos, su propio comandante Zavala, cuya bizarra comportación no había podido impedir la derrota.

Los granaderos tuvieron 27 heridos y 15 muertos, siendo de estos últimos: dos porteños, tres puntanos, un oriental y un santiagueño, estando todas las demás Provincias Unidas representadas por algún herido, como si en aquel estrecho campo de batalla se hubiesen dado cita sus más valientes hijos para hacer acto de presencia en la vida y en la muerte. . .

En el huerto del convento de San Lorenzo, consérvase aún el pino añoso, á cuya sombra, según cuenta la tradición, descansó San Martín el 3 de Febrero de 1813, después de la jornada de aquel día, bañado

en su propia sangre y cubierto con el polvo y el sudor de la victoria.

BARTOLOMÉ MITRE.

Paso de los Andes.—Chacabuco.

Pronto puso San Martín al ejército en estado de comenzar una campaña que ya no podía envolverse en el misterio. En la necesidad de preparar el campo para las operaciones bien meditadas de antemado, fomentó sublevaciones de patriotas al otro lado de las Cordilleras, que distrajeron la atención de las autoridades españolas, al mismo tiempo que por medio de parlamentos con los indios del sur de Chile, persuadió á las mismas autoridades á que, en caso de invadir, tomaría una ruta que estaba muy lejos de su verdadera intención.

El campamento de Mendoza tomó la actitud que debía tomar en realidad muy pronto al frente del enemigo. Desde la primera luz ya estaba San Martín en él; un tiro de cañón anunciaba la formación de todos los cuerpos, y las maniobras militares duraban todo el día, prolongándose á veces á la claridad de la luna.

Pero el ejército no podía aventurarse en los desfiladeros, sin un reconocimiento formal practicado de antemano, San Martín que, ayudado del espíritu de la revolución, había sabido convertir en director de sus parques á un fraile franciscano, halló un

hábil ingeniero de campaña entre los jóvenes capitanes de su artillería. Álvarez Condarco fué encargado del reconocimiento facultativo del camino de las Cordilleras, disfrazado con el carácter de parlamentario, portador de una nota dirigida al presidente de Chile, contraída á noticiarle la declaración de la Independencia Argentina proclamada por el Congreso de Tucumán. Puede calcularse la impresión que causaría á Marcó esta embajada, verdadero desafío á su poder puesto en ridículo, mucho más cuando forzosamente tenía que disimular su enojo, por temor de empeorar la suerte de sus compatriotas prisioneros en el territorio de Cuyo.

Mientras se practicaba por aquel medio ingenioso el reconocimiento del tránsito, dividió San Martín el ejército en tres cuerpos principales, de los cuales él se reservó el mando de la reserva, confiando al mayor general don Miguel Estanislao Soler la vanguardia, y el centro al general O'Higgins. Zapiola, Crámer, las Heras, Alvarado, Plaza, etc., eran los principales entre los valientes jefes que le acompañaban. La infantería montaba al número de tres mil hombres, la caballería regular á 600 granaderos, la artillería, compuesta de diez cañones de á seis, de dos obuses y de cuatro piezas de montaña, la servían trescientos hombres. Mil y doscientos milicianos montados y algunos hombres destinados á conducir los víveres y forrajes y á despejar el terreno, aumentaban el número de estas fuerzas hasta componer un ejército de cinco mil y tantos soldados de las tres armas.

Los Andes argentinos se levantaban delante de esta expedición que llevaba la libertad á la falda que mira al Océano Pacífico. Cumbres más elevadas que el Chimborazo, nieves perpetuas que se mantienen

á la altura de cuatro mil metros, montañas de granito que se suceden unas á otras desnudas de toda vegetación, constituyen la naturaleza de esa cordillera, en cuyos valles angostos, en que serpentean los torrentes, no encuentra el viajero más que peligros. Estos valles, algunos de los cuales se prolongan con el nombre de quebradas de un lado al otro, facilitan la comunicación entre nuestra República y la de Chile. El ejército se internó por dos de estas quebradas, la de los Patos y la de Uspallata, que corren próximamente paralelas entre sí. En el término de diez y ocho días, y después de caminar al borde de los abismos más de ochenta leguas, comenzaron aquellos bravos á descender las primeras pendientes occidentales, y el 4 de Febrero de 1817, reunidas las vanguardias de las dos divisiones invasoras, comenzaron á guerrillar al enemigo. Dos brillantes jóvenes de Buenos Aires, célebres más tarde en la gran guerra de la Independencia, Necochea y Lavalle, tuvieron la principal parte en estos primeros encuentros. Los españoles, después de varios movimientos en diversas direcciones que demostraban la sorpresa y el terror que les infundía el desnudo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando del general Maroto al pie de la CUESTA DE CHACABUCO. Allí les fué á buscar San Martín el día 12 de Febrero.

El ejército se previno desde la noche anterior, arrojando sus equipajes y municionándose cada soldado con setenta cartuchos. Á las dos de la madrugada del 12, comenzaron á moverse los patriotas, divididos en dos cuerpos, el uno á las órdenes de Soler, y el otro á las de O'Higgins. San Martín los seguía de cerca y rodeado de su estado mayor; á media legua de la cuesta, donde se hallaba el enemigo, las

divisiones comenzaron á operar, la una á la derecha y la otra á la izquierda. La acción se trabó poco después, y las cargas á la bayoneta dirigidas por el general O'Higgins, el empuje de los granaderos á caballo mandados por Zapiola y el concurso oportuno de Necochea pusieron en completo desorden al enemigo y le obligaron é huir, dejando dueño del campo al general San Martín. La pérdida del enemigo se computó en 500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco después del medio día estaban en poder de los vencedores, todo el parque de los realistas, sus cañones, armamento y el estandarte del batallón de Chiloé. Más tarde, y á consecuencia de esta victoria, se tomaron seis banderas más, tres de las cuales se conservan en la catedral de Buenos Aires.

El vencedor en Chacabuco quedó inscrito desde el memorable 12 de Febrero, en el número de los grandes capitanes del mundo. Su paciente habilidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las más ásperas y elevadas montañas de la tierra, le colocaron naturalmente al lado de Aníbal y Bonaparte. El pueblo de Buenos Aires recibió la plausible noticia catorce días después. Á las tres de la tarde del 26 de Febrero, el Director, rodeado de un lucido cortejo de empleados civiles y militares, tomaba en sus manos la bandera rendida en Chacabuco, que colocada en lo alto de las casas consistoriales, sirvió de trofeo á las banderas nacionales de los batallones de patricios. El pueblo se agolpó á presenciar aquel espectáculo, y sus alegres aclamaciones se mezclaron á las salvas de la artillería y á los repiques de las campanas de los templos. Al describir el júbilo que embargaba á nuestra población, la prensa de aquellos días exclamaba con entusiasmo: «Gloria inmortal á cuantos han tenido la dicha de mere-

«er el elogio sublime del regocijo público de sus compatriotas.»

El gobierno del Directorio manifestó su agradecimiento al vencedor, con algunas honras, entre las cuales son de mencionarse una pensión vitalicia de 600 pesos, á favor de su hija Doña María Mercedes Tomasa de San Martín, y el uso, para el general, de un escudo con las siguientes inscripciones: *La patria en Chacabuco. Al vencedor de los Andes y Libertador de Chile.*

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

Primitivos habitantes de Méjico.

Antes de la conquista que los españoles hicieron á principios del siglo XVI, y á que fueron dando mayor extensión en los dos siguientes, el país se hallaba poblado por diversas naciones, que según sus historias, habían emigrado en diversas épocas de las regiones septentrionales, estando trazado con mucha precisión en sus pinturas geroglíficas el camino que algunas de ellas siguieron desde el Norte de California hasta las lagunas mexicanas; y todo inclina á creer que estas emigraciones procedieron de la gran llanura central del Asia, que por un lado lanzó sobre la Europa los enjambres de bárbaros que contribuyeron á destruir el imperio romano, y por el otro las tribus que poblaron el continente americano; sin negar por esto que

hubiese otra emigración por el Atlántico, más antigua y de pueblos más adelantados en cultura, de los que ya no quedaba ni memoria en el siglo de la conquista, y sólo son conocidos por las gigantescas ruinas de Palenque y las que se ven todavía en varios puntos de Yucatán. De estas varias naciones, la mexicana, gobernada bajo la forma de una monarquía electiva, era la más poderosa, y con sucesivas conquistas, se había ido extendiendo desde la laguna que fué su primer asiento, hasta el Seno mexicano por el Oriente, comprendiendo las provincias de México, Puebla y Veracruz: sus límites por el Poniente eran más estrechos, pues sólo llegaban á pocas leguas de la capital, lindando con las serranías de Tula y río de Moctezuma ó de Tampico; mas por el Sur se prolongaba hasta el mar Pacífico en todo el resto de la provincia de México y parte de la de Michoacán. Dentro de aquel imperio se hallaba enclavada la república aristocrática de Tlaxcala con su pequeño territorio, excepto por el Norte, que tenía por vecinos á los bárbaros chichimecas; siempre en guerra con los mexicanos para defender su independencia, el odio nacional que se había creado entre ambos pueblos por estas hostilidades continuas fué el gran resorte que con admirable sagacidad supo emplear Cortés para subyugar á unos y otros. Estas naciones ocupaban en su parte principal las llanuras más elevadas de la mesa central, en el clima templado y frío; las monarquías de Oajaca y Michoacán se hallaban situadas en el descenso de la cordillera hacia el mar del Sur, y tenían la misma extensión que las intendencias que llevaron después estos nombres: varios caciques independientes dominaban las costas de Jalisco ó Nueva Galicia,

y quedaban también algunos otros que no habían sido sometidos al yugo mexicano en las del Norte, hacia la embocadura del Pánuco. Estos eran los pueblos que, por sus leyes, instituciones políticas y conocimientos en la astronomía y en las artes, habían llegado á un grado más ó menos elevado de civilización, especialmente los mexicanos, y todavía más el reino de Tezcucó, que así como el de Tacuba, se hallaban unidos á aquéllos por una especie de triple alianza, de que sería difícil encontrar otro ejemplo en la historia. Todo el resto del país hacia el Norte estaba ocupado por tribus vagantes en estado de completa barbarie, que costó mucho tiempo y trabajo á los españoles reducir y civilizar, más por medio de los misioneros que por las armas, y aun este género de población iba disminuyéndose á medida que se apartaba del centro de la civilización, que era el valle mexicano, hasta terminar en regiones casi del todo despobladas y yermas.

LUCAS ALLAMÁN.

Bolívar y Miranda.

Á Bolívar se debió exclusivamente este viaje de Miranda. El negociador de la Junta en Londres creía, como todos, que su célebre compatriota era el hombre que necesitaba la revolución; y por eso, to-

mando sobre sí el separarse de algunas instrucciones secretas, le llevó consigo como una adquisición preciosa, le dió hospitalidad en su propia casa, y contribuyó, sobre todo, á extender y afirmar su influencia, elogiando calorosamente su mérito y virtudes. De unas y de otro era juez idóneo Bolívar, que, aunque joven, tenía el alma y el entendimiento formados con la meditación y el estudio. Menos instruido que su ilustre huésped, había como él viajado por los principales países de la Europa y por algunos de América, con no común provecho, estudiando por doquiera el espíritu, la legislación y la fuerza de los pueblos. Naturalmente lo llevó este examen á pensar en la suerte de su patria, cuando, profundamente afligido, vió la inmensa distancia que separaba su imperfecto estado social del de esas naciones europeas tan brillantes y opulentas. El había visitado á España, y aun hecho larga mansión en la corte: conocía y estimaba el carácter del pueblo tanto como despreciaba las torpes ideas de sus gobernantes; y á un tiempo lastimado de la madre patria y de la colonia, juzgaba necesario romper su unión y separar sus destinos. El Nuevo Mundo no debía esperar para mejorar su condición á que una parte del antiguo, carcomida de abusos, se regenerase. Aguardar el bien, de gobiernos absolutos que jamás se corrigen, era insigne desacuerdo; y la revolución que á España convenía y que tarde ó temprano debía declararse, no había formado aún en aquel suelo desgraciado sus primeros elementos. ¿Los tenía América para luchar con su metrópoli, debilitada, mas no destruída? Esos mismos pueblos que él deseaba hacer pasar del rango de colonias al de naciones independientes, ¿habían llegado al

punto de madurez é instrucción que eran necesarias para conocer el precio de la libertad, defenderla, y fundarla en un gobierno medianamente organizado? Graves dudas eran estas, y que por mucho tiempo le tuvieron vacilante entre sus principios y sentimientos patrióticos, y el temor de encender en su patria inútilmente el fuego de las guerras civiles. Bien se le alcanzaba que los pueblos se educan para la libertad con las revoluciones; que éstas empiezan por las clases principales y acaban por el vulgo; que, en fin, siendo la espada la única que obtiene concesiones de la tiranía, no había medio entre combatir ó ser esclavos. Pero al mismo tiempo ¡cuán terrible no es la idea de la sangre derramada en fratricida contienda para el que ha de favorecerla! No se trataba aquí de perfeccionar el gobierno, sino de establecerlo sobre bases nuevas: ni de producir en el pueblo un sacudimiento momentáneo, sino de conmoverlo profundamente para conquistar con él la libertad y la soberanía. Pero excitar actividad y ambición en la plebe, que dormía el sueño de la servidumbre, era provocar una tormenta cuyos estragos podían derribar la obra y al obrero; mayormente cuando, una vez dado el primer paso en el camino de las revueltas populares, no es siempre posible el detenerse, volviendo el rostro á la corriente. Bolívar, pues, aunque considerado en la patria, hijo de noble familia, rico y con talento, no quiso ser de los primeros en proclamar la revolución y la guerra. Estúvose mucho tiempo á observar la marcha de los negocios, el carácter de los hombres que lo dirigían, el espíritu del pueblo y los recursos nacionales. Poco satisfecho de algunas de estas cosas, vió, sin embargo, ser necesario acabar lo empezado,

no fuera que se entregasen, por defecto de valor y espíritu, á la venganza del gobierno español, pudiendo dar un tiento á la fortuna. Mas ni aun entonces quiso, confiando demasiado en las propias y no probadas fuerzas, librar la suerte de la patria en su impericia; y cuando otros, con menos mérito y modestia, procuraban hacer triunfar descabelladas ambiciones de todo género, él se olvidaba de sí mismo hasta el punto de elevar una capacidad que debía hacer menos necesaria la suya.

La conducta de Bolívar con el antiguo general de la república francesa prueba, en efecto, un espíritu noble y elevado, eminentemente patriótico, y superior á las miserias de la envidia; y era tanto más admirable cuanto existiendo entre el carácter y sentimientos de los dos notables semejanzas, no estaban unidos, sin embargo, por mutuas y profundas simpatías. El joven Bolívar, elegante, ligero, dotado de una asombrosa movilidad en la acción y en el pensamiento, encubría, como César, bajo exterioridades anables y al parecer insustanciales, una alma de fuego, enérgica y constante, profunda y atrevida inteligencia, la intrepidez activa y emprendedora del triunfo, el valor sereno del soldado. Con semejantes dotes, y favorecido hasta entonces de la fortuna, había aprendido á no dudar de nada, creyendo que todo era posible á quien sabía pensar y combatir. Un instinto invencible le hacía mirar con horror las anarquías populares, hijas de las revoluciones: y sin haber presenciado las que inundaron en sangre el suelo francés, temblaba á la sola idea de verlas reproducidas en su patria. Para él no había dicha posible sino en el orden, y para conseguirlo, más quería un menoscabo de la libertad, que un peligroso exceso de ella.

Miranda tenía, como él, las virtudes del valor y constancia, igual ingenio, superior instrucción. Grave en su porte, severo en sus costumbres y reservado en palabras y confianzas, más respeto inspiraba que cariño. Muchas desgracias y contrariedades habían acibarado su existencia; más de un desengaño había arrancado de su corazón dulces ilusiones, y ya en el último tercio de su vida, no era el mismo hombre que en mejores días viajó para instruírse hasta los hielos de Rusia y peleó en los dos mundos por la libertad de los pueblos. En uno grande, culto y poderoso, donde el establecimiento de la libertad hubiera sido hacedero, Miranda, sencillio y puro republicano, habría dado ejemplo de virtudes y sacrificios heroicos: en las tormentas de la tribuna habría lucido, como sus amigos los famosos y desgraciados girondinos: en el ejército habría, cómo lo hizo, preferido á la traición de Dumouriez, el juicio del tremendo tribunal de la revolución francesa. Pero apegado por carácter y por educación á las reglas absolutas; acostumbrado á ver la disciplina como la única prenda del triunfo; mal hallado con las conmociones populares, le traían á la memoria los horrores de aquel terrible trastorno; y hecho, con la edad, más rígido y severo, Miranda era, de todos los hombres, el menos á propósito para transigir con los partidos, tolerarlos y vencerlos. Muchos años ausente de su patria, sus hombres, cosas y opiniones le eran desconocidos. Á poco de examinarla cuidadosamente, llegó á persuadirse que en su suelo la libertad republicana era imposible: que la educación y las costumbres la hacían incapaz de soportar un estado social semejante al de los pueblos cultos; y que á lo más que podía extenderse

su conquista moral, era á obtener un gobierno en que estuviesen combinadas las formas protectoras de la libertad con algunas de la monarquía. De acuerdo en esto con Bolívar, había entre los dos una grande diferencia; el uno ardiente, entusiasta, rebosando en espíritus fecundos de juventud, flexible y popular, tenía todas las cualidades necesarias á un jefe de partido: el otro prudente, frío, decaído con la edad, rígido y menos amado que temido, era más propio para detener en su marcha la revolución, que para darle ensanche. Ambos tenían amigos y valedores poderosos; ambos crédito, virtudes y excelentes intenciones: de ninguno puede decirse con justicia que en sus pensamientos sobre la cosa pública entrase por más en algun tiempo la propia ambición que el patriotismo.

RAFAEL MARÍA BARALT.

Las Queseras.

Apenas llegan desenfrenados los llaneros de Páez á cien pasos de la línea española, el estruendo de una descarga resuena formidable; mézclase el polvo que levantan los caballos con el humo que arrojan los cañones, y densa nube se extiende presurosa sobre el ensangretado campo de aquel duelo terrible.

Siete mil fusiles y seis piezas de artillería disparan sin cesar. Los lanceros se esfuerzan por arrojar-

se sobre las bayonetas enemigas. Sus caballos corrientes, acometidos de pavor, resisten á los agujones de la espuela, saltan, relinchan, se encabritan y retroceden espantados.

Tras larga lucha, los jinetes se hacen obedecer, al fin, de sus corceles, y amagan á la vez con repetidas cargas la inmensa línea de Morillo, que se les opone como un muro erizado de bayonetas. Las balas de los cañones surcan la llanura; estrepitosa voz responde al ruido de las descargas, y resplandecen las lanzas en medio del tumulto como rayos siniestros en el seno de aquella nube espesa, purpúrea, desastrosa, que flota á la merced del viento, cual inmenso sudario, sobre los ensañados contendores.

Después de la primera acometida, Morillo cree propicio el momento para exterminar al tenaz escuadrón que le resiste con tanta bizarría. Con este objeto mueve todo el ejército, el cual, como un gigante, extiende sus robustos brazos para oprimir y ahogar en ellos aquel grupo de insolentes que osan combatirlo. Dos regimientos al mando de Calzada vuelan á ocupar la orilla del Arauca, para impedir á Páez ganar de nuevo el campo de los suyos, mientras la quinta división, que dirige La Torre, describe extensa curva con el fin de rodearle por la izquierda.

Desde la margen opuesta, el ejército republicano divisa con profunda ansiedad aquel puñado de valientes circunvalados por fulminantes enemigos.

Cada vez más furiosos, nuestros intrépidos lanceros embisten sobre el centro que sostiene Morillo, repliegan sobre uno de los flancos, acometen al otro, provocan con insultos la numerosa caballería

realista, que principia á moverse, y retroceden, al cabo, tratando de escapar de aquel círculo de fuego que los oprime y aniquila.

Á la cabeza de cuarenta jinetes rompe Páez las filas de Calzada. La brecha queda abierta.

Aramendi se lanza como el rayo, atropella los cazadores de Pereira que intentan detenerlo; el resto de los lanceros se escapa por la brecha, y aquellos ciento cincuenta héroes admirables se fingen derrotados y se alejan veloces.

Morillo los cuenta por perdidos, y como azuza el cazador la furiosa jauría tras el ciervo que huye, arroja sobre Páez 1200 caballos impetuosos, húsares, dragones, carabineros y lanceros, ávidos de vengar aquel día las frecuentes derrotas tantas veces sufridas.

Esquivando los fuegos de la izquierda realista, Páez abandona la montuosa ribera del Arauca; divide en siete grupos sus bizarros jinetes: los encabezan Mina, Fernando, Figueredo, Muñoz, Rondón, Juan Gómez, Carmona y Aramendi, los cuales se alejan, primero á toda brida, y luego á media rienda, llevando en pos la numerosa caballería realista que los persigue con ahinco.

Nuevo estrépito de pisadas, de sables que se chocan, de arneses sacudidos, de voces que se alientan, de gritos de venganza, de imprecaciones y amenazas conmueven la llanura, donde aún resuena el eco de los rugidos del cañón y el trueno de la fusilería.

Los bravos apureños galopan en una sola línea paralela al horizonte que tienen frente á ellos.

Á su espalda, en medio del espacio que los separa de los regimientos españoles, se ve á Páez, ladeado en la silla hacia el enemigo, á quien provoca y enardece con su actitud y su sarcasmos.

De esta manera, perseguidos y perseguidores recorren largo trecho. El ejército realista, nuevamente formado en batalla, se divisa á dos millas de su caballería.

Los llaneros acortan la carrera; la distancia que los separa de los jinetes enemigos se estrecha más y más; éstos aguijan sus bridones, cortan el viento con los inquietos sables, y ciegos, aturdidos, frenéticos, se esfuerzan por acercarse á nuestra línea y acuchillarla por la espalda.

Tres cuerpos de caballo apenas los separan del codiciado instante; los brazos se extienden, los sables se levantan, la sangre va á correr. Llegó el momento.

Un grito agudo resuena de improviso dominando el estrépito; grito imperioso y breve que encierra orden terrible: la de Páez. Todos la oyen, y simultáneamente la obedecen los suyos con la pasmosa rapidez del rayo.

Aquella orden suprema, aquel heroico grito, encerraba esta frase estupenda: «vuelvan cara!»

Lo que entonces pasó no tiene un solo ejemplo en los fastos del heroísmo humano.

La pluma se estremece al describir aquel suceso, la razón se resiste á creerlo; pero ahí está la historia, y la tradición, y los contemporáneos, y el testimonio de Bolívar, y medio siglo de incontestables alabanzas, y los mismos émulos de Páez que no se atreven á negarlo.

Con la velocidad del pensamiento, los llaneros revuelven sus caballos, centellean las enristradas lan-

zas, y un choque terrible, formidable, como el encuentro de dos rápidas nubes, de dos furiosas tempestades, hace temblar la tierra.

La primera fila de la caballería española queda en el sitio revolcada; la segunda vacila; nuestros lanceros la acuchillan; el centro, embarazado por los caballos de las dos filas destrozadas, se repliega en desorden; gira sin tino buscando reponerse, y da el flanco á la cuchilla de aquellos diestros segadores, que cortan sin piedad.

EDUARDO BLANCO.

Batalla de Ayacucho.

Después de este descanso indispensable ordenó el Libertador á Sucre mover el ejército sobre Challuanca, dejando el camino real del Cuzco á la izquierda, para amenazar la espalda del enemigo, mientras él en persona hacía un reconocimiento sobre el Apurímac. Verificóse éste, en efecto, cuando se supo la llegada de Sucre á Challuanca, recorriendo Bolívar la costa de aquel río y disponiendo la preparación de puentes y balsas para salvar el mayor obstáculo que se oponía á la persecución de Canterac. Pero en esto llegó el invierno; el ejército perú-colombiano entró en cuarteles; y el Libertador, urgido de motivos poderosos, dejó el mando de las tropas y se encaminó al norte del Perú á organizar el go-

bierno y preparar los medios de concluir la campaña.

Á la noticia del descalabro de Junín, conociendo Laserna el desacierto que había cometido en desembarcar su ejército, quiso repararlo dando orden á Valdés, que acababa de obtener un triunfo completo sobre la más fuerte división de Olañeta, para que abandonase á éste el Alto Perú, y á marchas forzadas se le incorporase en el Cuzco. Así lo verificó del 10 al 11 de Octubre, y tomando entonces el virrey el mando de las tropas, se encaminó en busca de sus contrarios para darles una batalla decisiva. Sucre, por su parte, se movió hacia el Apurímac en demanda de los realistas, á tiempo que éstos, juzgando ser Huamanga el teatro probable de sus operaciones, pasaban aquel río cerca de su nacimiento, y se dirigían sobre el flanco derecho del general colombiano. Por medio de este largo rodeo lograron en efecto llegar hasta Huamanga y Matará, cortando las comunicaciones de los patriotas con la capital, y situándose á su retaguardia. Era su proyecto seguir entonces por el camino real de Lima á colocarse en los Altos de Uripa, y obligar á Sucre, que andaba por las inmediaciones de Andahuailas, á batirse en aquel punto; pero como encontrasen á Uripa ocupada por los republicanos, cambiaron de plan y se propusieron, torciendo el camino hacia la derecha por Concepción, hacer creer á Sucre que intentaban volverse á su antigua línea de operaciones por el mismo camino que desde el Cuzco habían traído. El general republicano pasó el Pampas en su persecución, y viendo libre el camino para volver á Matará, se dirigió á aquel punto sin curarse de la treta de sus contrarios. Burlados éstos en sus combinaciones, se pusieron en su segui-

miento, y cuando Sucre retrocedía de nuevo en busca de un campo adecuado para la batalla, fué atacada y destrozada su retaguardia en el paso difícil de la quebrada de Corpahuaico, donde perdió todo el parque, uno de sus cañones y considerable número de equipajes. Enorgullecidos con este pérdida halago de la fortuna, continuaron molestando la retaguardia de Sucre, hasta que llegado que hubo éste á Ayacucho, les dió el frente y convidólos al combate. Preparáronse á pelear los realistas ocupando las alturas de **Condorcanqui**, que dominan la pequeña llanura de **Ayacucho**, situada al este de Quinua y resguardada sólo con dos barrancos que en parte la circuyen.

Amaneció el famoso 9 de Diciembre (1824) en que debía decidirse la suerte de un pueblo. Formó Sucre su ejército en tres divisiones y una reserva, que se apoyaban sobre los barrancos laterales, teniendo á su frente otro barranco que cortaba casi en su totalidad la llanura. Dadas las disposiciones necesarias, recorrió las filas y arengó á los diversos cuerpos, recordándoles sus glorias y su patria. Mil vivas al Libertador resonaron entonces, y nunca, dice Sucre, se mostró el entusiasmo con más orgullo en la frente de los guerreros. Dióse, en fin, la señal de conflicto, y los españoles, bajando con velocidad sus columnas se precipitaron sobre los patriotas.

Tocó al general español Valdés la suerte de comenzar vivamente el ataque por la izquierda de los patriotas, los cuales, reforzados por su parte con algunos cuerpos de la reserva, lo sostuvieron con valor. Si en los otros puntos de la línea hubieran estado tan equilibrados el ataque y la defensa más tiempo, hubiera sido dudoso el éxito del combate; pero no tardó mucho en decidirse, porque unos

cometieron errores y fueron los otros prontos y felices en aprovecharlos. Dos batallones realistas que con el objeto de llamar la atención por la derecha se habían adelantado temerariamente en la llanura, fueron envueltos y destruidos antes de poder ser socorridos por la división á que pertenecían. La del centro, que mandaba el general Monet, se empeñó, con el objeto de auxiliarlos, en el paso del barranco, y en el desorden causado por este intempestivo movimiento le opuso Sucre la división Córdoba y la caballería. Córdoba (José María) emprendió su marcha contra Monet arma á discreción, y despreciando el horroroso fuego de sus contrarios, llegó sin disparar á cien paso de sus filas. Cargado entonces por ocho escuadrones españoles, trabó la pelea, y ayudado por la caballería que mandaba el intrépido Miller, de nación inglés, lo hizo plegar todo á su frente. Derrotados por la derecha y por el centro de la línea, hacía aún Valdés una viva oposición á los esfuerzos del general Lamar (colombiano que poco antes había abandonado el servicio de los españoles), que por el flanco izquierdo le atacaba; pero no pudiendo resistir el choque del ejército que por todas partes victorioso se dirigió contra él, hubo de ceder el terreno y el triunfo disputándolo sí heroicamente y salvándose con pocos á las alturas de retaguardia. Allí lograron reunirse á Canterac, que con la reserva de los realistas había intentado inútilmente restablecer el combate. Todo estaba perdido para el ejército real. Las tropas se hallaban deshechas, el virrey prisionero; un número inmenso de jefes, oficiales y soldados habían rendido las armas en el campo; bagajes, artillería, pertrechos, todo estaba en poder del vencedor. Manifestó entonces Sucre que era digno.

de los favores de la fortuna, sellando su espléndido triunfo con la heroica generosidad de un valiente. En circunstancias en que, según la expresión de un escritor español, «podía considerarse como una gracia cuanto le fuera otorgado por su orgulloso enemigo», concedió á los restos el ejército vencido una honrosísima capitulación de que ofrece la historia pocos ejemplos. Por ella se comprometió á asegurar las vidas y propiedades de los realistas: á costear el viaje á la Península de los individuos del ejército que quisieran hacerlo: á permitir que los buques mercantes ó de guerra españoles se proveyesen de víveres en cualquier punto de la costa: á conservar á los vencidos los honores y distinciones de su rango: á reconocer como peruanos á todos los que habían seguido el partido del rey, y aun á permitirles su incorporación al ejército Libertador con sus mismos grados: al olvido de lo pasado y á la sumministrazione de la mitad de los sueldos á los capitulados para sostenerlos hasta su salida del territorio. Los españoles por su parte se obligaron á entregar la plaza del Callao y los países que aún dominaban sus armas en el Alto y Bajo Perú.

Inmensos fueron, á la par de sus ventajas, los trofeos de ese triunfo. Por él cayeron en poder del vencedor 16 generales, incluso el virrey, 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 sargentos mayores y oficiales, más de 2000 soldados, once piezas de artillería, gran cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían los españoles. Este era el más brillante, numeroso y aguerrido de sus ejércitos y el último que combatiera bajo el pendón de Castilla contra los pueblos de América. Contaba al co-

menzar la batalla con la fuerza disponible de 9310 hombres: el ejército de Sucre sólo alcanzaba á 5780.

RAFAEL MARÍA BARALT.

El Gaucho.

El gaucho es el tipo original, característico de nuestra sociedad. En él se reúne lo que tenemos de nuestro verdaderamente. Por eso las producciones literarias que pueden con razón llamarse argentinas, son las que describen el campo en que se desenvuelve y actúa, como *La Cautiva*; las que describen el gaucho mismo, como el *Facundo*; las que describen el escenario y el actor, la pampa y el gaucho, como el *Lázaro* de Ricardo Gutiérrez. El gaucho es una bella manifestación de la naturaleza humana, que si no la honra con monumentos levantados sobre el haz de la tierra, con obras de ciencia ó de arte, con la aplicación de los grandes principios á la organización de las sociedades, como el alemán, el inglés, el francés, el norte-americano, guarda en los senos de su alma, vírgenes y potentes, los gérmenes del hombre del porvenir. Allá, en la extensión ilimitada de la pampa, discurre en brioso corcel, este hombre americano, varonil y tierno, inteligente y audaz, que, asimilándose algún día los preciosos elementos conquistados en esta labor incesante de los siglos que se llama el progreso,

será el digno ciudadano de la república futura, próspera y colosal. Al presente se debate en la ignorancia y la miseria, errante aventurero que no halla en el comercio, en la industria, en la ciencia, ó en el arte, vías por donde corra fecundante la actividad de su espíritu: ella se desborda tumultuosa en riñas, en correrías, en montoneras, protesta, sangrienta á veces hasta la ferocidad, de una clase desgraciada contra el hombre feliz de las ciudades, encerrado en su vanidoso egoísmo; y cuando así no se desborda, se agita delirante en las profundidades de su conciencia, desgarrando cruelmente sus fibras más delicadas y sensibles. El gaucho nace y se desenvuelve en presencia de una naturaleza amplia, abierta, incomensurable; y este espectáculo, presente siempre á su espíritu, favorece, sin duda, el desarrollo vigoroso del sentimiento de la personalidad. Necesita para vivir dominar el corcel que vuela bajo su impulso, matar el toro de cuya carne se alimenta, soportar perpetuamente el sol, las lluvias, los huracanes impetuosos como un soplo pujante de la eternidad. De ahí su coraje, su arrojo, su firmeza. Pero aquel desierto donde sólo puede uno ampararse de los rayos del sol bajo los pocos árboles que derraman su sombra sobre la faz de la pampa, como si fueran nubes venidas de los cielos para templar en algo los rayos de la luz, según la expresión del poeta; esa naturaleza donde discurren el toro y el potro que es necesario matar y domar para vivir y moverse, tiene otros aspectos que inspiran sentimientos de una índole diversa de los que explican los rasgos varoniles de la fisonomía del gaucho. Por las tardes, cuando el sol se esconde majestuosamente entre rojizas nubes, como el rey de la creación envolviéndose en

una púrpura incomparable; cuando las sombras se extienden sobre la llanura; cuando el silencio misterioso de la pampa es sólo interrumpido por los gritos del toro ó del chajá; y las melancólicas estrellas comienzan á brillar en el purísimo azul de un cielo sin fin,—parece que el alma hallase, por momentos, en el desierto una especie de crepúsculo de la gloria, destinado á las más tiernas efusiones del sentimiento y á esas meditaciones severas en que vislumbramos los contornos del mundo prometido. La luz que se va, las nubes ligeras que flotan en la atmósfera como velos de ángeles invisibles, la brisa perfumada que riza la verde grama semejante á *un mar de esmeralda*, los sordos rumores, la solemne quietud de la inmensa soledad, todo convida al amor, á la esperanza, á la melancolía; todo suscita y despierta esa vida recóndita del mundo interior, nunca más activa y poderosa que en las horas en que la vida externa pareciera extinguirse. Por eso el gaucho es amante; por eso es músico y poeta. Mas hay otra influencia que modifica el espíritu del gaucho, y que es necesario tener en cuenta para explicarse los poemas de Ricardo Gutiérrez; es el desamparo, es la falta de garantías para el ejercicio de las facultades que tan abundantemente le ha regalado el Creador. El gaucho, sumido en la ignorancia, lejos de los centros de población y de cultura, está sujeto siempre al capricho de los mandones irresponsables de la campaña. Su condición no ha mejorado desde los tiempos coloniales hasta el presente. Entonces se hallaba bajo el imperio insolente de los procónsules que enviaba el rey á estas comarcas; y vejetaba oscuro, pobre, envilecido en regiones que esperaban todavía la aplicación de la fuerza libre é inteligente del hombre, para

derramar, como el cuerno de la fábula, los más preciosos dones. Un día brotó en la mente de los argentinos el pensamiento de emanciparse de la metrópoli; y ese pensamiento fué luego una resolución invencible, manifestada en los estallidos del entusiasmo que brillaron con las luces de Mayo en las márgenes del Plata. La bandera que simbolizaba las nuevas ideas y los nuevos tiempos, flotó en ese día, agitada por las brisas de la libertad, para no abatirse jamás, y su noble majestad fué paseada en toda la América, entre el humo de los combates y al resplandor de las victorias, por el brazo robusto del animoso campesino. Su sangre ha humedecido la tierra libertada, desde las márgenes del gran río hasta los Andes y el Ecuador: sus huesos están esparcidos acá y allá como testimonio del cruento sacrificio al través de la vasta extensión del mundo conquistado por la libertad y la civilización. Ahora gozamos nosotros, los habitantes de las ciudades, los frutos de aquella sangrienta lucha; pero él vive aún en el bárbaro y tenebroso cautiverio en que lo mantuvo por siglos la colonia. Fué nuestro hermano en el sacrificio; pero no lo es en la libertad ni en la grandeza. Vive todavía esclavo en un país que cualquiera llamaría la mansión de la libertad; pobre, en una tierra que cualquiera llamaría la fuente de la riqueza y la abundancia. ¡Tal es el gaucho! ¡Espíritu sensitivo, noble, esforzado, debatiéndose en la ignorancia y la miseria, sumergido en la profunda tristeza de una vida destinada á grandes manifestaciones, pero cohibida por eternas tiranías y oscurecida por eternas sombras!

Si el alma humana, aun en las mejores condiciones de existencia que puede alcanzar sobre la

tierra, siente vibrar lúgubrementemente las fibras heridas por el dolor, y experimenta aquella incesante inquietud que penosamente nos revela algo que sobre el mundo no alcanzamos, ofreciendo en los sentimientos que nacen de esa situación una fuente inagotable de inspiración al músico y al poeta; ¿qué torrentes de amargura, qué salvajes y dramáticas armonías no hallará el artista en las profundidades del alma de ese hombre varonil y desdichado que se llama el gaucho de los campos argentinos? Allí fué la musa de Ricardo Gutiérrez á beber sus nobles y severas inspiraciones; de allí brotó ese manantial de poesía que la vara mágica del poeta hace saltar de entre la corteza áspera del campesino, como el hebreo inspirado hizo manar en otro tiempo raudales de agua pura de la roca al parecer estéril. De allí nacen también los inconvenientes y las calidades de esta poesía; íntima, profunda, enérgica, conmovedora, es, al mismo tiempo, monótona y sin accidentes. No podría ser de otro modo, si, aunque elevándolos hasta el grado supremo de la inspiración, refléjase el poeta los elementos que halla en la fuente donde bebe. El gaucho es, como lo hemos dicho, profundamente sensitivo, inteligente, y también esforzado y audaz; pero como su inteligencia permanece ineducada todavía; como no se han incorporado en ella esos elementos que son, por decirlo así, el coeficiente de las inteligencias ilustradas, no tiene la riqueza y variedad de nociones que influyendo en la sensibilidad, suscitan nuevos sentimientos y los complican en combinaciones y matices interesantísimos, presentando á la voluntad numerosos programas de acción donde se revele la fuerza libre que la constituye. La vida del gaucho, rica, pues, de sensibilidad, lo

es sólo bajo ciertos aspectos; siente, y siente profundamente, pero siempre las mismas penas, siempre los mismos placeres, que incesantemente dan materia á una reflexión, y le mantienen sumido en una indolencia dolorosa ó le arrojan en los únicos caminos abiertos á su actividad: las riñas, las correrías, las montoneras:

PEDRO GOYENA.

Llaneros.

Se llaman así los habitantes de los *llanos* de la República de Venezuela; hombres cuyas costumbres, por una singularidad curiosa, eran y son aún tártaras y árabes más bien que americanas ó europeas. El clima abrasador de sus desiertos y las inundaciones de su territorio los obligan á adoptar un vestido muy sencillo, y moran ordinariamente en cabañas á las orillas de los ríos y los caños, en incesante lucha con los elementos y las fieras. Sus ocupaciones principales son la crianza y pastoreo de los ganados, la pesca y la caza; si bien algunos cultivan pequeñas porciones de terreno para obtener raíces comestibles. Esta vida activa y dura, sus marchas continuas y su necesaria frugalidad, desarrollan en ellos gran fuerza muscular y una agilidad extraordinaria. Pobres en extremo y privados de toda clase de instrucción, carecen de aquellos medios que en las naciones civilizadas aumentan el

poder y disminuyen los riesgos del hombre en la faena de la vida. Á pie ó sobre el caballo que ha domado él mismo, el llanero, á veces en pelo, casi siempre con malísimos aparejos, enlaza á escape y diestramente el toro más bravío ó lo derriba por la cola, ó, á usanza española, lo capea con singular doinaire y brío: un conocimiento perfecto de las costumbres y organización de los animales del agua y de la tierra les ha enseñado no sólo á precaverse de ellos, sino á arrostrar sus furores.

Acostumbrado al uso constante de la fuerza y de los artificios para defender su existencia contra todo linaje de peligros, es por necesidad astuto y cauteloso; pero injustamente se le ha comparado en todo á los beduinos. El llanero jamás hace traición al que en él se confía, ni carece de fe y honor como aquellos bandidos del desierto: debajo de su techo recibe hospitalidad el viajero, y ordinariamente se le ve rechazar con orgullo el precio de un servicio. No puede decirse de él que sea generoso: mas nunca por amor al dinero se le ha visto prostituirse, como raza proscripta, á villanos oficios. Igualmente diestros, valerosos y sobrios que las razas nómadas del África, aman como ellas el botín y la guerra, pero no asesinan cobardemente al rendido, á menos que la necesidad de las represalias ó la ferocidad de algún caudillo no les haga un deber de la crueldad. Tres sentimientos principales dominan en su carácter: desprecio por los hombres que no pueden entregarse á los mismos ejercicios y método de vida, superstición, y desconfianza. En medio de esto tiene el llanero prontitud y agudeza en el ingenio: sus dichos, festivos siempre, y en ocasiones profundamente epigramáticos, participan del gracejo y doinaire natural de los hijos de la risueña Andalucía. Como to-

dos los pueblos pastores, son aficionadísimos á la música y al canto, é improvisan con mucha gracia y facilidad sus jácaras y romances. Lo más común es que dos de ellos canten alternativamente acompañándose con la guitarra; y así con frecuencia se oyen resonar sus trovas en las cacerías, en los hatos, en las riberas de los ríos, ora los días festivos, ora cuando en las noches de vela, al suave resplandor de la luna, rumia el ganado tranquilamente en la pradera. El llanero, en fin, ama como su verdadera y única patria las llanuras. Á ellas se acostumbraría fácilmente el habitador de las montañas; pero fuera de ellas sus hijos hallan estrecha la tierra, el agua desabrida, triste el cielo. Á semejanza de los árabes beduinos, un amor ardiente por la libertad y por la vida errante les hace mirar las ciudades como prisiones en que los señores encierran á sus siervos.

RAFAEL MARÍA BARALT.

El madrugar.

El madrugar es tan saludable, que la razón sola de la salud, aunque no despertara el cuidado y obligación de la casa, había de levantar de la cama, en amaneciendo, á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demás, la dulzura y suavidad de un sabio gobierno: en que aquello á que nos obliga es lo mismo que más conviene á nuestra natura-

leza, y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho. Así que, no sólo la casa, sino también la salud, pide á la buena mujer que madrugue. Porque cierto es, que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la orden que guarda la naturaleza para el bien y conservación de los demás, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. Pues, ¿quién no ve que á aquella hora despier ta el mundo todo junto? y que la luz nueva, saliendo, abre los ojos de los animales todos? y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la naturaleza, que en todas las cosas generalmente, y en cada una por sí, esquiva y huye el daño, y sigue y apetece el provecho, ó que, para decir la verdad, es ella eso mismo que á cada una de las cosas conviene y es provechoso, no rompiera tan presto el velo de las tinieblas, que nos adormecen, ni sacara por el oriente los claros rayos del sol, ó si los sacara, no le diera tanta fuerza para nos despertar? Porque si no despertase naturalmente la luz, no le cerrarían las ventanas tan diligentemente los que abraza el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envía la luz, quiere sin duda que nos despierte. Y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene que despertemos.

Y no contradice á esto el uso de las personas que ahora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del día. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual, ya por nuestros pecados, ó por sus pecados de ellos mismos, hacen honra y estado, y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aun en esto, el concierto que Dios les pone.... Y es cosa digna de admiración, que siendo estos señores en

todo lo demás grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto sólo se olvidan de él, y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la luz, como viene después de las tinieblas, y que se halla como después de haber sido perdida, parece ser otra, y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo entonces, y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora, que no sin causa los poetas la coronan de rosas, y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente? Y las flores, y las hierbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza, y como alarde de sus mejores riquezas, así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermocean y mejoran, y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas. Porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos: porque la vista se deleita con el nacer de la luz, y con la figura del aire, y con el variar de las nubes; á los oídos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazón el campo y las hierbas despiden de sí, es olor suavísimo; pues el frescor del aire de entonces templá con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cría salud, y lava las tristezas del corazón, y no sé

en qué manera le despierta á pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del día.

Pero si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor de ellas, que aun del día hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño, y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho que dicho habemos, son poderosos para los hacer levantar; Vm., que es hija de la luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos cuando descubriere sus rayos el sol, y con pecho puro levante sus manos limpias al dador de la luz, ofreciéndole con santas y agradecidas palabras su corazón.

LUIS DE LEÓN.

La Maternidad.

¿Recordáis, por ventura, los años de vuestra infancia?

¿Recordáis aquellas horas tranquilas, en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejabais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles, é imprimía, sin ruborizarse, sus labios en vuestra frente candorosa?

¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! sí lo recordáis. Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas.

Su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de *Madre* nos representa aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros, los que habéis perdido á vuestra madre, también podéis verla si tenéis corazón y sentimientos.

Podéis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la región del cielo una blanca nubecilla, que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonríe de cariño desde el cielo.

Si á la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde á lo lejos, y que no es el canto de las aves, ni el murmullo de la fuente; arrodillaos, es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de

los campos, ni el hálito embalsamado de las flores, es tremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebató, la madre no deja nunca de existir para vosotros los que tenéis corazón y sentimiento.

II

¡Pueblos que rebajasteis la dignidad de la mujer; que la considerasteis como un sér casi despreciable, venid! La razón os llama á juicio.

El sér que vilipendiáis ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sabios.

Cuando vuestros héroes y vuestros sabios, cuando los Alejandro y los Homeros, los Césares y los Virgilio, cruzaban los azarosos días de la infancia, una mujer los alimentaba con el jugo de su pecho; una mujer los adormecía con el arrullo de su amor.

Cuando sus labios empezaron á articular sonidos, una mujer les enseñó á pronunciar los nombres para vosotros venerandos; y les imbuyó vuestras creencias, y les dijo había una patria que debían adorar; una patria que ellos ilustraron luego con el brillo de sus conquistas ó con el mágico resplandor de su talento.

¡Detractores sistemáticos del que llamáis sexo débil, recordad que habéis tenido madre ó que la tenéis todavía!

¡Los que negáis absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!

¡Los que al nombre y á la memoria de madre no sintáis latir de entusiasmo el corazón, apartad, alejaos!

Pero no vayáis á los campos, que allí las tiernasavecillas besan á sus madres en el nido; allí el manso recental trisca de gozo junto á la oveja.

No vayáis á los bosques, porque allí podéis ver á la pantera lamer á sus cachorros, y á la leona acariciar á sus hijuelos.

Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques, y la oveja y el ave de los prados, enseñen al hombre las leyes inmutables de la naturaleza, al hombre, que es el rey de la naturaleza y primera figura en el gran panorama de la Creación.

Huíd adonde el sol no alumbre, adonde halléis un espacio virgen, jamás hendido por respiración viviente; porque donde quiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un sér organizado y sensible, allí reinará majestuosamente la idea de la maternidad.

III

Cuéntase que á un pintor célebre encomendaron un cuadro, donde se bosquejasen á un tiempo el amor y la pureza.

Y el artista trasladó al lienzo la imagen de una mujer que llevaba en brazos al hijo de sus entrañas.

Aquel pintor era un sabio. Los brazos de nuestra madre son el trono del amor y la pureza, donde en los albores de la vida del hombre brilla su majestad de rey de la Creación.

En esos primeros años de la vida, la madre viene á ser para nosotros una segunda Providencia.

En los años de la niñez, la madre es nuestra primera maestra: ella nos enseña diariamente á alzar

las manos al cielo y á bendecir al Dios de las mercedes.

Por ella aprendemos á coordinar las palabras mismas de nuestras primeras oraciones; de esos primeros himnos que el alma eleva á la Reina de los ángeles.

En los años de la adolescencia, ella nos señala los senderos de la virtud, nos avisa de los precipicios, y quizá enjuga la primera lágrima de fuego que hace asomar á nuestros párpados un amor que no es el suyo.

¡Oh! el amor materno no arranca lágrimas de fuego; produce llanto apacible que refresca el alma como el rocío á la tierra, como el céfiro á las flores.

En los años de la juventud consuela nuestras amarguras, perdona nuestros extravíos, y es la amiga que nunca nos engaña; la amante inalterable y fiel que nos ama sin cálculo y sin interés, sin falsedad y sin celos.

Ella es la sola mujer que, sin avergonzarse ni avergonzarnos, puede besar nuestra frente y estrecharnos en su seno.

Ella es la que comparte con nosotros los infortunios y los males; la que vela nuestro sueño; la que cuenta por segundos las horas de nuestro padecer; la que cierra nuestros párpados en el instante supremo; el único sér, en fin, después de nuestro padre, que no admite consuelos por nuestra pérdida, porque se anega su alma en el mar sin bordes del egoísmo intenso del dolor.

Si es indudable que los padres ocupan en la tierra el lugar de la Divinidad, concluyamos por declarar absurdo é inconcebible el ateísmo.

No puede existir un sér racional que niegue á su

madre: si existiere, debe considerarse como una excepción.

Las excepciones, tratándose del linaje humano, se llaman, por otro nombre, monstruos. Su número es corto, por fortuna.

Si consultamos la historia de la humanidad, hallaremos millares de páginas entre cada dos Neros.

Por cada monstruo, esto es, por cada hombre en cuyo pecho no se anida el amor maternal, hay generaciones sin cuento que rinden homenaje á la santa ley esculpida por la mano de Dios en el corazón de los mortales, y por la mano de Dios en el código inmortal del Sinaí.

En esa doble ley natural y positiva está escrito el amor materno.

El amor materno es el más puro y sublime de todos nuestros amores.

Un autor profundo y sentencioso nos ha legado esta máxima que encierra una gran verdad. La mujer que con sus virtudes y sus gracias cautiva nuestra cabeza y nuestro corazón es la que *más* amamos; la mujer á quien nos unimos con el vínculo del matrimonio es la que amamos *mejor*; la madre es la única mujer que amamos *siempre*.

SEVERO CATALINA.

El amor de la patria.

Todo afecto que une á los hombres entre sí y los conduce á la virtud, es noble; sólo los cínicos, que

tienen tantos sofismas contra todos los sentimientos generosos, acostumbran manifestar filantropía para rebajar el amor de la patria.

Y dicen: «Mi patria es el mundo: el rincón en que nací ningún derecho tiene á mi preferencia, puesto que no alcanza á sobrepujar á tantos otros países donde se vive bien y mejor: el amor patrio no es más que un género de egoísmo mancomunado en un grupo de hombres para autorizarse á odiar al resto del humano linaje».

Amigo mío, no te dejes seducir con tan vil filosofía, cuyo carácter es vilipendiar al hombre, negar que en él hay alguna virtud, y llamar ilusión, ó simpleza, ó perversidad, á todo cuanto lo engrandece; y es arte fácil, pero despreciable, el de amontonar magníficas palabras baldonando toda buena tendencia que contribuya al bien de la sociedad.

El cinismo mantiene al hombre en el fango; la filosofía verdadera es la que procura sacarlo de él, porque es religiosa y honra al amor patrio.

Ciertamente, de todo el mundo podemos decir que es nuestra patria, como quiera que todos los pueblos son partes de una gran familia, la cual por su extensión no puede ser mandada por un sólo Gobierno, aun cuando tenga por supremo señor á Dios. Considerar á las criaturas de nuestra especie como una sola familia, sirve para hacernos benévolos hacia el linaje humano en general; pero no para destruir otras razones igualmente justas.

También es cierto que la humanidad se divide en pueblos; y que cada pueblo es una agrupación de hombres á quienes la religión, las leyes, las costumbres, una misma lengua, un origen común, idénticas glorias, unos mismos infortunios, unas mismas esperanzas, y si no todos estos elementos, algunos

de ellos por lo menos, unen con especiales simpatías. Llamar, por tanto, egoísmo á esta simpatía y á la unión de intereses entre los miembros de un pueblo, sería tanto como si la sátira quisiese vilipendiar el amor paterno y filial, pintándolo como una conjuración tramada entre el padre y los hijos.

Acordémonos siempre que la verdad es múltiple, y que no hay ningún sentimiento virtuoso que deba dejar de cultivarse. ¿Alguno de ellos, volviéndose exclusivo, puede resultar dañoso? Pues no se haga exclusivo, y no será dañoso. El amor al género humano es sublime, pero no debe prohibir el amor al suelo natal: este amor es también excelso; pero no debe prohibir el amor de la humanidad.

¡Oprobio al alma vil que no aplaude la multiplicidad de aspectos y motivos que puede tomar entre los hombres el instinto de fraternizar y de ofrecerse recíprocamente socorros, honores y urbanidad!

Dos viajeros europeos se encuentran en otra parte del globo; el uno nació en Turín, el otro en Londres; pero ambos son europeos: esta comunidad de nombre forma cierto vínculo de amor, cierto patriotismo, si así puede decirse, del cual nacen un laudable interés y recíprocos auxilios.

Hay en otra parte personas que tratan de entenderse; pero no hablan habitualmente una misma lengua. No creeríais que pudiera haber entre ellos patriotismo. Os engañáis. Son suizos; éste de un Cantón italiano, aquel de un Cantón francés, el otro de un Cantón alemán. La identidad del vínculo político que los protege suple la falta de una lengua común, los hace amarse y contribuir con generosos sacrificios al bien de una patria que no es nación.

Ved en Italia ó en Alemania otro espectáculo:

hombres que viven sometidos á distintas leyes, y por esto son pueblos diversos, tal vez obligados á guerrear entre sí; pero hablan, ó por lo menos, escriben una misma lengua; honran unos mismos abuelos, se glorían de poseer una misma literatura; tienen iguales gustos, mutua necesidad de amistad, de indulgencia, de consuelos; estos motivos los hacen ser más compasivos y propensos á consideraciones de urbanidad.

El amor patrio, ora se aplique á una vasta comarca, ora á un país pequeño, es siempre un noble sentimiento. No hay ninguna porción de un país que no tenga sus glorias propias; príncipes que le dieron un poder relativo; memorables hechos históricos; buenas instituciones; importantes ciudades; hombres ilustres por el valor, la política, las artes y las ciencias: y estas son razones para que cada uno ame con cierta predilección la provincia, la ciudad y la aldea nativa. Pero cuídese de que el amor patrio, lo mismo en sus más amplios círculos que en los más reducidos, no se haga consistir en la vana soberbia de haber nacido en cierta tierra, y en alimentar, por esto, odio contra otra ciudad, contra otra provincia, contra otra nación. Un patriotismo envidioso, feroz, en lugar de ser virtud, es vicio.

Y para amar la Patria con verdadero amor, debemos comenzar por darle en nosotros mismos ciudadanos tales de que no tenga que avergonzarse, sino antes bien llenarse de orgullo; porque el ser despreciadores de la religión y las buenas costumbres, y amar dignamente la Patria, son cosas incompatibles; como es incompatible ser digno amante de una señora y no creerse obligado á serle fiel.

Si un hombre vilipendia los altares, la santidad del matrimonio, la decencia, la probidad, y grita:

¡Patria! ¡Patria! no le creáis, porque ese es un hipócrita de patriotismo, y mal ciudadano.

No es buen patriota sino el hombre virtuoso que conoce y ama todos sus deberes y procura cumplirlos. Éste no se confunde con los aduladores de los poderosos, ni con los que odian toda autoridad; porque ser abyecto é irreverente son excesos iguales.

Si desempeña cargos del Gobierno, el anhelo del verdadero patriota no es el enriquecer, sino el honor y la prosperidad de la República y del pueblo. Y si es sólo ciudadano privado, la dicha de la República y la del pueblo son su más ardiente deseo, y nada hace que á ellas se oponga, antes bien contribuye para su logro con sus acciones: y como sabe que en todas las sociedades hay abusos, desea que se corrijan; pero aborrece que se haga esto con rapiñas y sanguinolentas venganzas, pues de todos los abusos éstos son los más funestos y terribles.

No invoca, no promueve discusiones civiles, antes bien con el ejemplo y con palabras procura moderar en cuanto puede á los exagerados, y es autor de la paz. No deja de ser cordero sino cuando la Patria en peligro necesita de su defensa: entonces se vuelve un león: combate y vence, ó muere.

SILVIO PELLICO.

La paz.

Cuando la razón no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender cuán amable cosa sea la

paz, esta vista hermosa del cielo que se nos descubre agora, y el concierto que tienen entre sí aquellos resplandores que lucen en él, nos dan de ello suficiente testimonio. Porque ¿qué otra cosa es sino paz, ó ciertamente una imagen perfecta de paz, esto que vemos en el cielo y que con tanto deleite se nos viene á los ojos? Que si la paz es, como San Agustín breve y verdaderamente concluye, una orden sosegada, ó un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden; eso mismo es lo que nos descubre agora esta imagen. Adonde el ejército de las estrellas, puesto como en ordenanza, y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto; adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina, ni la turba en su oficio, ni menos, olvidada del suyo, rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia: antes como hermanadas todas, y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas á otras, y todas juntas templan á veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de partes y aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera.

Y si así se puede decir, no sólo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregón y un loor que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica cuán excelentes bienes son lo que la paz en sí contiene, y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregón sin ruido se lanza en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace, se ve y entiende bien la eficacia suya, y lo mucho que las persuade. Porque luego como convencidas de cuánto les es útil y hermosa la paz, se comienzan ellas á pacificar en sí mis-

mas y á poner cada una de sus partes en orden. Porque, si estamos atentos á lo secreto que en nosotros pasa, veremos que este concierto y orden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego; y veremos que con sólo tener los ojos enclavados en él con atención, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros y las afecciones turbadas, que confusamente movían ruido en nuestros pechos de día, se van quitando poco á poco, y como adormeciéndose se reposan, tomando cada una su asiento; y reduciéndose á su lugar propio, se ponen sin sentir en sujeción y concierto. Y veremos que así como ellas se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razón, se levanta, y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y como en una cierta manera, se recuerda de su primer origen, y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte, y huella sobre ello. Y así puesta ella en su trono como emperatriz, y reducidas á sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacífico.

Mas, ¿qué digo de nosotros, que tenemos razón? Esto insensible, y aquesto rudo del mundo, los elementos, la tierra, y el aire, y los brutos, se ponen todos en orden, y se quitan luego que poniéndose el sol, se les representa aqueste ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen agora las cosas, y cómo parece que mirándose en este espejo bellissimo se componen todas ellas, y hacen paz entre sí, vueltas á sus lugares y oficios, y contentas con ellos?

Es sin duda el bien de todas las cosas universalmente la paz, y así donde quiera que la ven la aman.

Y no sólo ella, mas la vista de su imagen de ella las enamora, y las enciende en codicia de asemejársele, porque todo se inclina fácil y dulcemente á su bien. Y aun si confesamos, como es justo confesar, la verdad, no solamente la paz es amada generalmente de todos, mas sola ella es amada y seguida y procurada por todos. Porque cuanto se obra en esta vida por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz; y este es el blanco adonde enderezan su intento y el bien á que aspiran todas las cosas. Porque si navega el mercader, y si corre los mares, es por tener paz con su codicia, que le solicita y guerrea. Y el labrador en el sudor de su cara, y rompiendo la tierra, busca paz, alejando de sí, cuanto puede, al enemigo duro de la pobreza. Y por la misma manera, el que sigue el deleite, y el que anhela á la honra, y el que brama por la venganza, y finalmente todos y todas las cosas, buscan la paz en cada una de sus pretensiones; porque ó siguen algún bien que les falta, ó huyen algún mal que les enoja.

LUIS DE LEÓN.

El suicidio.

¿Quieres dejar de vivir? Yo desearía saber si has empezado á vivir. ¡Cómo! ¿Fuiste por ventura echado al mundo para no hacer nada? Dándote el cielo la vida, ¿no te impuso ningún deber? Si concluiste ya tu tarea antes de la noche, reposa; pero veamos

tu obra. ¿Qué respuesta darás al Juez Supremo, cuando te pida cuenta del tiempo que te concedió? ¡Desgraciado! muéstrame al hombre justo que diga que ha vivido demasiado, para que ese me enseñe cómo ha empleado la vida para tener derecho de quitársela.

Haciendo el recuento de los males que sufre el humano linaje, dices: ¡La vida es un mal! Pero advierte: mira si en el orden de las cosas encuentras algunos bienes que no estén mezclados con males; ¿mas esto querrá decir que no exista ningún bien en el universo? ¿Y puedes confundir lo que es mal por su naturaleza, con lo que no padece el mal sino por accidente? Nada es la vida pasiva del hombre, pues no se refiere sino al cuerpo de que pronto quedará libre: pero la vida activa y moral, que ha de influir en todo su sér, consiste en el ejercicio de su voluntad. Mal es la vida para el malvado que prospera, y bien para el hombre honrado en desgracia, porque lo que la hace buena ó mala no es una modificación pasajera, sino la relación que guarde con su fin.

Te cansaste de padecer, y exclamas: ¡La vida es un mal! Tarde ó temprano consolado dirás: ¡La vida es un bien! Sin razonar entonces mejor, dirás la verdad; y solamente habrás cambiado de situación. Cambia, pues, desde ahora, y supuesto que en la mala disposición de tu alma está el mal, corrige tus afectos desarreglados, y no quemes la casa para ahorrarte el trabajo de arreglarla.

¿Qué son diez, veinte, treinta años para un sér que ha de morir? El dolor y el placer pasan como sombra; la vida se dísipa en un instante: no es nada en sí; su valor depende del uso que se haga de ella: el bien que se ha hecho, dura; y por esto

vale algo. No digas, por tanto, que la vida es un mal, pues depende de tí que sea un bien: y si es un mal haber vivido, no digas que es lícito morir, porque eso equivaldría á decir que te es permitido no ser hombre, que es justo rebelarte contra el autor de la vida y marrar tu destino.

El suicidio es muerte furtiva y vergonzosa, y robo que se hace á la especie humana. Antes de que la dejes, devuélvele lo que ha hecho por ti.—Pero yo no sirvo de nada.... soy un ente inútil....—¡Filósofo novel! ¿Ignoras que no podrías dar un paso en el mundo sin encontrar con un deber que cumplir, y que todo hombre es útil al género humano por el mismo hecho de existir?

¡Joven insensato! Si queda en el fondo de tu corazón el menor sentimiento de virtud, ven, que voy á enseñarte á amar la vida. Cuando te sientas tentado á salir de ella, dí interiormente: «Voy á ejecutar una buena acción, antes de morir», y después vé á buscar algún pobre á quien socorrer, algún desgraciado á quien consolar, algún oprimido á quien defender; y si esta consideración te contiene hoy, esa misma te contendrá mañana, y pasado mañana, y siempre.

J. J. ROUSSEAU.

El duelo.

Cuidad de no confundir el sagrado nombre del honor con la feroz preocupación que remite todas

las virtudes á la punta de una espada y que es propia únicamente para formar valientes malvados.

¿En qué consiste esta preocupación? En la más bárbara y extravagante opinión que jamás cupo en cabeza humana, á saber: que todos los deberes sociales se suplen con la valentía; que un hombre no es bellaco, bribón ni calumniante, sino decente, humano, cortés, cuando sabe batirse; que la mentira se vuelve verdad; el robo es legítimo; la perfidia es honradez; la infidelidad es laudable, tan pronto como se sostienen estas cosas con espada en mano; que una injuria se repara con una estocada, y que se tiene siempre razón contra un hombre siempre que se le mate. Hay además otro paso en que sobresale más la caballerosidad unida á la crueldad, y en el cual sólo se mata por casualidad: ¡el desafío á primera sangre! ¡Á primera sangre! ¡Gran Dios! ¿Y qué quieres hacer con esa sangre, bestia feroz? ¿Quieres bebértela?

Los hombres más valientes de la antigüedad ¿pensaron nunca en vengar sus agravios personales por medio de combates singulares? ¿Envió César por ventura un cartel de desafío á Catón, ó Pompeyo á César, por sus agravios recíprocos? ¿Ó el mayor Capitán de Grecia quedó deshonorado por haberse dejado amenazar con un palo? Otros tiempos traen otras costumbres: lo sé; ¿pero no sería lícito averiguar si las costumbres de la época son las que exige el verdadero honor? El honor no varía: no depende ni de tiempo, ni de lugares, ni de preocupaciones; no puede pasar, no puede renacer: tiene su eterna fuente en el corazón del hombre justo y en la regla inalterable de los deberes. Si los pueblos más ilustrados, más valerosos, más virtuosos del

mundo no han conocido el duelo, digo que no es una institución del honor, sino moda espantosa y bárbara, digna de su feroz origen; y aun queda por saber si el hombre honrado no se mostraría más valiente despreciando la moda. ¿Y qué haría el que se quisiese someter á ella en los países en donde reina un uso contrario? En Mesina ó en Nápoles, iría á esperar á su enemigo detrás de una esquina para apuñalearlo por la espalda. Esto es lo que allí se llama ser valiente, y el honor consiste allí, no en dejarse matar por su enemigo, sino en asesinarlo.

El hombre honrado, de vida sin tacha, que jamás dió muestra de cobardía, tendrá á menos manchar sus manos con un homicidio, y no será por esto menos honrado. Pronto á servir á la patria, á proteger al débil, á desempeñar los cargos más peligrosos, y á defender en cualquier encuentro justo lo que ama, á costa de su vida, demuestra siempre la inquebrantable firmeza que no se posee sin el valor verdadero. Seguro en su conciencia, marcha alta la frente, y no busca á su enemigo ni huye de él: se conoce fácilmente que teme menos morir que obrar mal, que teme el crimen, pero no el peligro. Si viles preocupaciones lo calumnian un instante, todos los días de su honrosa vida son otros tantos testigos que lo defienden, y se juzga de una de sus acciones por las del resto de su vida.

Los hombres rencorosos y prontos á desafiar á los demás son, por lo común, pícaros, que de miedo de que les muestren el menosprecio con que se les mira, se esfuerzan por sacubrir con lances de honor la infamia de su vida.

Tal se violenta y se presenta una vez para tener derecho de ocultarse para siempre. El verdadero valor es más constante y menos impetuoso; es lo

que debe ser siempre, y no hay para qué inflamarlo ni contenerlo; los honrados lo llevan consigo, al combate contra el enemigo, á una tertulia en favor de los ausentes y de la verdad, á su lecho contra el dolor y la muerte. La fuerza de alma que lo inspira es de todo tiempo: pone siempre la virtud sobre los acontecimientos, y no consiste en batirse en desafío sino en no temer nada.

J. J. ROUSSEAU.

Jesucristo.

La majestad de las Escrituras me asombra; la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Ved los libros de los filósofos, con toda su pompa; ¡qué pequeños son en comparación de este! ¿Y podrá creerse que ese libro, á un tiempo mismo tan sublime y tan sabio, sea obra de los hombres? ¿Y que aquel cuya historia refiere no sea sino un hombre? ¿Ese es el estilo de un entusiasta ó de un ambicioso secretario? ¡Cuánta dulzura, qué pureza de costumbres, qué gracia tan seductora en todas sus instrucciones! ¡Qué elevación de máximas, qué profunda sabiduría la de sus discursos, qué tino y qué justicia en sus respuestas, y qué dominio sobre sus pasiones! ¿En dónde está el hombre, en dónde el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin debilidad y sin ostentación? Cuando Platón pinta á su justo imaginario, cubierto del oprobio del crimen y digno de las recompensas de la virtud, retrata facción por facción á Jesucristo; la semejanza es tan patente que

todos los Padres la han conocido, y no es posible engañarse.

¡Qué preocupaciones, qué ceguedad no se necesitan para comparar el hijo de Sofonisca con el hijo de María! ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates, muriendo sin dolor y sin ignominia, sostiene hasta el fin su personaje; y á no ser porque tan fácil muerte honró su vida, se dudaría si Sócrates, con todo su ingenio, no fué sino un sofista. Dicen que inventó la moral; pero otros, antes de él, la habían practicado: no hizo sino decir lo que habían hecho ellos, y poner en lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo, antes que Sócrates dijese lo que era justicia; Leonidas había muerto por su patria, antes que Sócrates hubiera hecho un deber del amor á la patria; Esparta era sobria, antes que Sócrates hubiera elogiado la sobriedad, y antes que él hubiera ensalzado la virtud, la Grecia tenía muchos hombres virtuosos. ¿Pero en dónde había aprendido Jesús entre los suyos esa moral excelsa y pura de que dió lecciones y ejemplo? Del seno del más furioso fanatismo alzó la sabiduría su voz, y la sencillez de las más heroicas virtudes honró al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos es la más dulce muerte que puede apetecerse; y la de Jesús, expirando entre tormentos, injuriado, burlado, maldecido de todo un pueblo, es la muerte más horrible entre las que se pueden temer. Sócrates, recibiendo la copa envenenada, bendijo al que se la presentó llorando; Jesús, en medio de un espantoso suplicio, ruega por sus encarnizados verdugos. Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios.

J. J. ROUSSEAU.

Las diversiones.

La cuerda muy tirante, se rompe; por lo cual son necesarios, después del trabajo, suaves solaces, dulces distracciones y placenteros recreos. Hubo estoicos que quisieron aprisionar al hombre en la pura necesidad, para darle salud é independencia. Pero no; no estamos obligados á privarnos de todo placer inocente; tenemos deseos de ellos, y no es malo procurárnoslos, con tal de que no pasen los límites del orden. Ni la misma religión prohíbe la alegría: el Profeta dice: «Servid al Señor en alegría». Dios nos concedió un cuerpo y un alma incapaces de esfuerzos continuos y que necesitan de recreación; nos creó más bien para la alegría, que para las lágrimas; nos concedió el instinto de reírnos, y Cristo mismo asistía á las fiestas de unas bodas y á algunos banquetes. Pero las diversiones deben venir después del trabajo, para restaurar las fuerzas y vigorizarnos; porque quien no trabaja no merece divertirse.

Después de mis recomendaciones acerca de la economía, ¿os parece mal que os anime á divertirnos? No es preciso que las recreaciones sean caras: hay muchas que no cuestan nada, tales son la contemplación de las bellezas naturales, el espectáculo de una extensa llanura, de una elevada montaña, de vallecitos con el río que los abraza, y el trémulo enrojecerse de la aurora, y la paz solemne de una noche estrellada, y la alegría de las mieses ya maduras, y la fantástica calma del otoño, y hasta el vivo andar de los jóvenes y el reposo de los an-

cianos. ¿No os recrea el sonido de las campanas, despertador del recuerdo de los días inadvertidos de la niñez y el gozo de las fiestas solemnes? Y vuestra iglesia, ¡cuánta paz no os infunde y cuánta alegría con sus cantos y su órgano! Los Gobiernos también os ofrecen otras fiestas, pensando que es justo que gocéis de algún solaz, después que os ha exigido tantos sacrificios. En algunos pueblos sacan una música, de la cual podéis gozar, lo mismo que de los bailes que dan los vuestros en honesta compañía: la vivacidad natural de la juventud, de concierto con la cadencia musical, da gracia y agilidad á la persona; prendas secundarias tal vez, pero prendas que hacen recomendables á un hombre y mucho más á una mujer.

Ese jardín no es vuestro; pero podéis disfrutar de lo mejor de él viendo las flores que huelen, la sombra de los árboles que se remecen, sin que hayáis empleado trabajo ni gasto en cultivarlo. Verdadero dueño de una cosa es quien en ella se complace: y aquellos briosos caballos, esas espléndidas carrozas, esos magníficos vestidos, esas fúlgidas piedras preciosas que adornan á los ricos, alegran vuestros ojos ni más ni menos que si fueran vuestras; y lo mismo el mostrador de un joyero, y mejor una galería de pinturas.

Mas huíd, huíd como de un veneno, de los juegos de azar: yo querría que los odiaseis con superstición. De cien personas arruinadas, ochenta, cuando menos, lo deben á esa maldición; y por ello son detestables los naipes y los dados. Mejores son las damas, el ajedrez, y mejores todavía los juegos que ejercitan el cuerpo, como el billar, la pelota, el salto y el tiro al blanco.

He repetido mis invectivas contra los mesones. El

beber y el embriagarse son cosas menos malas que una mala compañía con la ociosidad, sus palabras blasfemas y sus burlas.

Muchas exhortaciones patéticas se han hecho al trabajador para que ponga lo que economice en la Caja de ahorros; pero nada se consigue si no se le aparta de los lugares en que consume sus economías, de las malas costumbres y de los compañeros. Cuando el pueblo está más alegre es menos intemperante, está más inclinado á las benévolas acciones y á las resoluciones generosas. La exuberancia de vida que se manifiesta á veces en los individuos y en la muchedumbre halla oportuno ejercicio en los placeres inocentes.

El teatro, como está hoy, lo juzgo una perdición. Amontonan allí una multitud de gente en reducido espacio, en donde el aire se vicia con la respiración y las luces; las representaciones son en su mayor parte inmorales: ponen en escena la degradación humana, al hombre que se deja siempre vencer de las pasiones; descubren las enfermedades morales, que es cosa tan vil como mostrar las enfermedades físicas, y mucho más dañosa, pues nos acostumbra á las aventuras extraordinarias y á los caracteres excepcionales, cuando lo importante es introducir la vida ordinaria, regular, como es en realidad, con sus vicios, pero también con sus virtudes. Los autores divierten al público mostrando las miserias físicas, excitan los apetitos groseros y lúbricos con una moral sacada del fango; parodian al verdadero hombre con una mezcla de imitación y de indecencia, y procuran hacer al espectador semejante á los bufones con que lo divierten. Y no es raro tampoco que presenten actitudes sensuales y bailes indecentes, hagan reír con dichos obscenos y malignos, den siem-

pre la razón contra los padres y maridos y muestren un soberano desprecio por todo cuanto nuestra madre nos enseñó á venerar.

Hay excepciones; pero por lo común no he visto una representación que me hiciese mejor, que me inspirase las virtudes que forman el buen ciudadano y el honrado padre de familia, que fortificase el juicio recto y el buen corazón; y lo siento, porque el teatro es uno de los pasatiempos que alegran é interesan más.

El mejor entretenimiento es la conversación; aquel trasfundir nuestros sentimientos en las personas que amamos, aquel comunicarse sus juicios sobre los acontecimientos diarios y las personas conocidas; aquel razonar, recordar y prever. En ella pueden aprenderse muchas cosas que no se sabían; las conocidas se esclarecen más por la necesidad de hacerse comprender; se aprovecha lo que otro adquirió á fuerza de largas lecturas, de trabajos, indagaciones y de costosos viajes. Pero sea lo primero en ella evitar todo cuanto pueda ofender la caridad, los juicios temerarios, las anécdotas escandalosas, las interpretaciones malignas y los dichos punzantes, que frecuentemente forman el platillo de ciertas reuniones. 2° Evitad hablar de objetos muy especiales. Si tratáis de cosas vuestras, de vuestro oficio y amistades, ya eso no es conversación, es monólogo, cuando no sermón. 3° Procurad que el interlocutor quede contento; dejadle que se desfogue con lo que sabe y dadle libertad para que os contradiga. 4° Buscad aquellas conversaciones en las cuales el corazón gane un afecto y el entendimiento una idea; si no, son conversaciones de comadres, ó charla insubstancial, pérdida de tiempo y de buen sentido. 5° Sabed despediros á tiempo. Notad el momento en

que los circunstantes comiencen á aburrirse, lo que os revelarán, si no otras cosas, los bostezos, las respuestas trucas y el moverse en el asiento.

¿Dónde hay mejor pasatiempo que el leer? Hace que se deslicen plácidas y rápidas las horas, y nos da materia de pensar y discurrir. Mas esto hoy es una máscara de la ociosidad: leen, porque no saben qué hacer; leen, por matar el tiempo y atraer el sueño; leen, de miedo de encontrarse á solas consigo mismos y pensar con su cabeza; leen sin advertirlo, sin pensar lo que el autor dice y aceptándolo todo sin examinar si es verdadero, ni valorarlo para ver si es justo.

Os repito que leáis mucho, pero pocos libros, y reservándoos acerca de ellos vuestro juicio, que vale tanto como el de los demás hombres. Quien se confía en ajena cabeza, puede perder la suya. Repito que debe evitarse la lectura de aquellos diarios tan de moda hoy, escritos por gentes que no valen más que vosotros y que yo, y que tienen por oficio alterar la verdad para ensañar al público y torcer la conciencia al lado de la pasión y del partido.

Los placeres inocentes son los únicos que dan verdadera alegría, y no un regocijo desenfrenado; que no cansan, que calman; los que se repiten y pueden durar mucho; los que nos tornan á nuestras diarias ocupaciones con ánimo y cuerpo restaurados y llenos de vigor; aquellos á que podemos entregarnos en presencia y compañía de personas respetables.

Quien se acostumbra á diversiones dignas del hombre no irá á buscar las de los brutos ni el olvido de sí mismo en pasatiempos vergonzosos: los lícitos vienen á ser una especie de educación.

En Suiza fué excelente la institución de los cantos nacionales, comenzada por Hauptert en 1833: en lugar de corromperse en los mesones y malas compañías, los jóvenes se reunían para cantar las bellezas de la naturaleza, los hechos de la Patria y los himnos religiosos; y en las casas, en los talleres, en las plazas, á las canciones obscenas ó insulsas se substituyeron las que inspiran generosidad, benevolencia y piedad.

CÉSAR CANTÚ.

Necesidad y ventajas de la atención.

La pereza, la inatención é indiferencia son faltas sólo perdonables en los viejos, quienes en la decadencia de la vida, cuando la salud y el espíritu menguan, tienen una especie de título á aquella clase de tranquilidad; mas un joven debe siempre anhelar la distinción y el aventajamiento, y ser vivo, activo é infatigable en los medios de conseguirlo. Sin el deseo y el ahinco necesarios para ser hombre notable, no esperes nunca serlo: yo estoy segurísimo de que un hombre de mediano entendimiento puede, por medio del cultivo de la atención, y de un moderado trabajo, llegar á ser lo que quiera.... La historia antigua y moderna se aprende fácilmente por medio de la atención; lo mismo digo de la geografía y la cronología, pues ninguna de ellas requiere una parte extraordinaria de genio é invención. El hablar y el escribir clara y correctamente con desembarazo

y gracia, se adquiere, sin duda, leyendo con cuidado los mejores autores, y prestando atención á los mejores modelos.

Si la atención y el cuidado son indispensables para adquirir estos talentos, sin los cuales jamás podrás ser hombre de importancia, ni figurar en el mundo; no lo son menos con respecto á las prendas más pequeñas que se requieren para que seas grato y útil á la sociedad. En verdad, todo lo que vale la pena de saberse, merece ser bien aprendido, y nada se aprende bien sin atención; por lo mismo considero que ésta debe llevarse aun á las cosas más inferiores como el baile y el vestido. La costumbre ha establecido que á veces sea necesario á un joven saber bailar; y así atiende mientras aprendes á hacerlo, á fin de no aparecer risible, aun en este acto ridículo. Cuida siempre de que tu vestido sea semejante al de las personas juiciosas de tu edad en el país que habitares, y de cuyo vestido no se habla por este ó el otro extremo, como muy negligente ó muy estudiado.

Lo que comunmente se llama *hombre distraído*, es por lo regular un hombre muy débil ó muy afectado; pero sea lo que fuere, estoy seguro de que es persona muy desagradable en la sociedad, porque no cumple con los comunes oficios de la urbanidad; parece no conocer hoy á las gentes con quienes mostraba vivir ayer en íntima amistad; no toma parte en la conversación general, sino que por el contrario la interrumpe de cuando en cuando con uno de sus arranques, como si despertase de un sueño: esto, como llevo dicho, es indicio seguro, ó de una alma tan débil que es incapaz de ver más de un objeto á la vez, ó tan afectada que haría creer que se halla enteramente absorta en la contemplación de

grandes é importantes objetos. Newton, Locke, y acaso cinco ó seis personas más, desde que el mundo es mundo, pueden haber tenido un derecho á la distracción, por aquella intensa meditación que requerían las materias que investigaban; pero si un joven y un hombre de mundo, que no pueden alegar ninguna de estas razones, solicitase y ejerciese este derecho de distracción en la sociedad su pretendido derecho podría considerarse, á mi modo de ver, como una consecuencia voluntaria de su perpetua falta de atención á lo que pasa en la sociedad. Por frívola que fuere la compañía en que te encuentres, sin embargo, mientras te hallares presente, no manifiestes que la juzgas tal por tu desatención, sino más bien toma el tono que reinare en ella; y en vez de mostrar desprecio, confórmate en cierto modo con las debilidades de las personas. Nada hay que soporten las gentes con más impaciencia, ni que perdonen menos, que el desprecio; y muchas veces olvidan con más facilidad una injuria que un insulto. Así pues, si eliges más bien agradar que ofender, si es mejor que seas amado y no aborrecido, y que se hable de tí bien y no mal, acuérdate de prestar siempre á todo el mundo aquella atención que lisonjea la pequeña vanidad de cada hombre, y cuya falta, como mortifica su orgullo, jamás deja de excitar su resentimiento, ó cuando menos su mala voluntad.

CHESTERFIELD.

Deberes de los amigos.

La amistad es un pacto sagrado, por el cual dos personas se obligan á depositarse sin temor sus más secretos pensamientos, á compartir sus sentimientos más ocultos de placer ó de pena, á corregirse sus defectos, y auxiliarse mutuamente en la penosa carrera de la vida. De consiguiente, los deberes de la amistad son cumplir con todos estos empeños. Si el amigo se halla en miseria, debemos extenderle una mano generosa, que le saque de apuros; si las enfermedades ó los infortunios lo persiguen, debemos prestarle todos los consuelos que inspira la verdadera amistad. No hay cosa más triste que las frías reflexiones de los que en otro tiempo, en el tiempo de la fortuna, se nos vendieron por amigos, y que nos miran con indiferencia; así como no hay cosa más laudable, ni que más nos ayude á sufrir con resignación todos nuestros males, que el interés que nos manifiesta un verdadero amigo. Una amistad firme y sincera no se debe parar en intereses materiales; son objetos muy bajos para que se hagan parte de sus derechos y deberes; sería poner precio al más inestimable tesoro que puede hallarse en el universo. Es también una obligación de los amigos, no consentir jamás que alguno de ellos sea deshonrado en presencia de otro. Si son falsas las imputaciones, su deber es vindicarlo; si son verdaderas, debe impedir que se hable una sola palabra; irse inmediatamente á corregirlo con dulzura, é interesar toda su amistad en la enmienda. El que falta á

tan sagrado deber, no es un amigo; es un falso, un pérfido, que permite se destruya la estimación que debía conservar como propia, por una estúpida negligencia. Por último, los amigos deben corregirse sus defectos, deben ilustrarse y estimarse, y estimularse recíprocamente á proseguir con ardor por el sendero de la virtud. Este es el empeño más sagrado de la amistad, y casi siempre se olvida. ¿De qué me sirve un amigo, que no me estimula con su ejemplo y sus consejos á domar mis pasiones, y me abandona á los voraces remordimientos de una conciencia culpable? ¿De qué me sirve un amigo, si no puedo valerme de él para lograr las únicas satisfacciones de la vida, cuales son las que da la práctica de la virtud? Un sabio decía: «dos virtuosos son los únicos amigos, porque no merecen este nombre, ni los cortesanos de los príncipes, ni los interesados socios, ni los políticos facciosos, ni los voluptuosos compañeros de la disolución, ni los cómplices de los malvados.» La pena que sufren los falsos amigos es la de verse abandonados en sus infortunios y condenados á pasar una vida triste y solitaria.

BRISEÑO.

Lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

Cuando se mira el hombre, lo primero que se le ofrece es su cuerpo, esto es, una cierta porción de materia que le es propia; pero para entender lo que

es, necesita compararla, tanto con lo que se halla encima como debajo de él, á fin de conocer sus justos límites.

No debe detenerse á mirar solamente los objetos que lo rodean: debe contemplar toda la naturaleza en su alta y plena majestad; considerar esa brillante luz colocada como lámpara eterna para alumbrar el universo; ver la tierra como un punto, comparado con la vasta vuelta que ese astro describe; y pasmarse de que esa misma vasta vuelta no es sino un punto, muy pequeño, respecto del que abrazan los astros que ruedan en el firmamento.

Si nuestra vista se detiene allá, que la imaginación pase adelante, y se cansará más pronto de concebir que la naturaleza de producir. Todo cuanto vemos del mundo, no es sino rasgo imperceptible en el amplio seno de la naturaleza: ninguna idea alcanza á abarcar la extensión de sus espacios, y por más que procuremos ensanchar nuestras concepciones, no producimos más que átomos, comparados con la realidad de las cosas: es una esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna; y es uno de los mayores y sensibles caracteres de la omnipotencia de Dios el que nuestra imaginación se pierda en este pensamiento.

Para ofrecer al hombre otro prodigio tan asombroso como este, que busque, en lo que conoce, las cosas más delicadas. Un arador, por ejemplo, le ofrece en lo diminuto de su cuerpo, partes incomparablemente más pequeñas, piernas con coyunturas, venas, humores en la sangre; vapores en esas gotas; y dividiendo todavía estas últimas cosas, agotará sus fuerzas y concepciones, y el último objeto á que puede llegar será el de nuestro discurso, y pensará tal vez que ha llegado ya al último punto

de lo más pequeño de la naturaleza. Pero yo quiero hacerle ver más allá un nuevo abismo.

Quiero pintarle, no solamente el universo visible, sino todo lo que es capaz de concebirse de la inmensidad de la naturaleza en el seno de ese átomo imperceptible: que se pierde en esas maravillas tan asombrosas por su pequeñez, como son asombrosas las otras por su extensión.... . Porque, ¿quién no se admirará que vuestro cuerpo, que al principio no era perceptible en el universo, sea ahora un coloso, un mundo, ó más bien un todo, respecto de ese último átomo adonde no se puede llegar?

BLAS PASCAL.

El mal de la época.

Las condiciones especiales del centro social en que nos hallamos, y las doctrinas que se propagan en la edad contemporánea, urgen á los católicos á congregarse y trabajar de continuo en la difusión del dogma y de la moral de su santa religión. Somos un pueblo apasionado, imitativo, alucinable. Nuestros padres, favorecidos por la Providencia, que indudablemente quería se cumpliera en estos países la ley en cuya virtud las sociedades se emancipan cuando están en aptitud de bastarse á sí mismas, nos desligaron de la antigua metrópoli. Fuimos independientes, y después de largas luchas, somos libres. Pero nuestra situación es grave, y está preñada de peligros. La libertad es un

dón precioso que dignifica á los hombres y á los pueblos; entre tanto, si ella no obedece á la ley moral, cuya base es la idea religiosa, se convierte de un modo inevitable en licencia y en depravación. Ahora bien, es precisamente la ley moral y la idea religiosa; son los intereses del alma, y en consecuencia, los fundamentos mismos de la sociedad, los que se encuentran profundamente conmovidos en nuestros días.

La raíz del mal consiste, á mi juicio, en la filosofía de la época presente, en la doctrina positivista, que rechaza como objeto de investigación todo cuanto no sea los fenómenos ó las condiciones en que se producen. Esta filosofía baja y perversora influye necesariamente en la vida de los individuos y de los pueblos. Su carácter concreto, su alianza con las ciencias naturales, que son las que en la actualidad se desenvuelven casi exclusivamente, y los halagos que ofrece á los hombres sensuales, le dan boga y la hacen cómoda y atractiva.

Oímos á cada momento hablar de las maravillas de la ciencia contemporánea, y nos llega en mil formas el resultado de sus aplicaciones. ¿Qué cosa no podrá realizar la humanidad? se exclama en presencia de los descubrimientos hechos ya y, de tantos secretos arrancados al seno de la naturaleza. Los hombres están absortos los unos, ensoberbecidos los otros, al contemplar esas conquistas de la inteligencia. Los jóvenes, sobre todo, más vivamente sensitivos, y en quienes el orgullo de la vida es más impetuoso, parecen creer que el entendimiento humano no tiene límites en lo porvenir, y esperan, por consiguiente, que tampoco los tendrá el humano poder. Como en los primeros días del mundo, se escucha en los nuestros aquel pérfido:—*seréis como dioses!* de la ser-

piente fatal. La ciencia social por excelencia es la que trata de las riquezas, y se cree habernos dicho todo lo que nos conviene saber, cuando, según el criterio epicúreo, se nos ha enseñado cómo se producen, se distribuyen y se consumen aquéllas. La abnegación y la santidad van en camino de ser olvidadas. Se quiere reemplazar el evangelio por el código de comercio. La aptitud para adquirir los bienes de la tierra y la ostentación de esos bienes, son el objeto preferente de la consideración y del respeto. Estudiar la naturaleza física y aprovecharse de ella, tal es el programa y la síntesis de nuestra época.

La infatuación de la ciencia es, mientras tanto, castigada terriblemente. La naturaleza abre su seno á los que la escrudiñan con anhelo, cual si fuera el único objeto digno de ser conocido; pero cuando nuestros sabios creen vanidosamente que la conquistan como sus únicos señores olvidándose de Dios, la materia se torna en conquistadora de los mismos sabios, los baja á su nivel y los absorbe. Ellos no se cuidan del alma, ni del Criador; no se interesan sino por el mundo exterior, le observan, le penetran en todas direcciones, le analizan minuciosamente, pero acaban de identificarse con él y considerarse un detalle del vasto conjunto. Uno de esos sabios, despues de largas investigaciones, nos dirá como la palabra suprema sobre nuestro origen, que somos un perfeccionamiento del mono; otro nos dirá que es un síntoma de locura creer en Dios. Partiendo de ahí, no es extraño que toda la moral se reduzca á la higiene y que se considere como la primera ciencia social la que trata de la producción y el consumo de los objetos materiales. La dignidad humana es, de esta manera, profundamente re-

bajada. El hombre creado por Dios para un destino inmortal es asimilado á las cosas y á los brutos. La muerte es para los filósofos de nuestro tiempo, la última línea de las cosas, *última línea rerum*, como dijo el escéptico Horacio en una de sus epístolas.

¿Qué puede esperarse de todo esto, señores, sinó la mas espantosa perturbación social? Un pueblo gobernado por tales ideas podrá desenvolverse materialmente con mucha rapidez, pero llevará en su seno el gérmen de la muerte. Escritores sensatos de los dos pueblos más grandes en el orden de la industria y del comercio pintan vivamente el espectáculo disgustante de esas sociedades que espíritus poco reflexivos consideran como modelos intachables. Esas creaciones de la escuela positivista hielan el corazón con el desencanto ó inspiran esa natural repugnancia que el espíritu cristiano debe transformar en amorosa compasión. Allá en la patria del capital y del crédito, allá en la patria de la riqueza y la prosperidad material, el ser humano «es duro, es áspero, es avaro; no ve en la vida más que pérdidas y ganancias, es banquero, negociante, estadístico; pero no es ya hombre». Cuando ha pagado su cuota para el socorro de los pobres, no es extraño que oiga con perfecta indiferencia los lamentos del infeliz que se muere de hambre y de frío á sus puertas, mientras él con la pereza de su hartura se arrellena cómodamente en un sillón al lado del fuego. La caridad es sólo una cuestión de impuesto. Y en la patria de los grandes inventos y de la poderosa iniciativa en las empresas industriales, el positivismo nos muestra igualmente espectáculos repugnantes, la corrupción administrativa, el fraude y la venalidad dominando el sufragio, y el lucro, la ganancia como ley suprema de la existencia.

¿Pueden estas llamarse sociedades cristianas? Señores, el positivismo, el materialismo, es el mal de nuestra época. No nos dejemos pervertir por él. El hombre es, ante todo, un alma. El cuerpo es la condición de su vida terrestre; pero esta vida no es más que una preparación para la vida inmortal en el seno de Dios. El poeta latino decía, hablando de la muerte, que ella nos llevaba al destierro eterno, *in aeternum exilium*; y uno de los más grandes santos que venera la Iglesia, dice que la muerte nos vuelve á nuestra patria verdadera. En estas dos expresiones está marcada la diferencia entre la doctrina del paganismo, que es la de la filosofía contemporánea, y el dogma y la moral del catolicismo. El hombre tiende á la belleza por el sentimiento, á la verdad por la inteligencia, al bien por la voluntad. Nuestro destino, pues, no se realiza en el mundo; nuestro destino debe realizarse en Dios, que es la eterna belleza, la eterna verdad y el sumo bien. Así dijo el Cristo, nuestro Salvador, á los que se afanan por las cosas de la tierra: buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

Nada de cuanto nos ofrece la naturaleza puede calmar el anhelo del alma. Por eso vemos que, fuera de Dios, aun en medio de los más preciosos dones de la vida, aun con la posesión de grandes talentos, de extenso poder y refinados placeres, el alma de los preferidos del mundo llega á encontrarse triste hasta la muerte. Tomemos tipos salientes de nuestro siglo, y veamos cuál fué su destino sin el suave amparo y los consuelos de la religión. El célebre Lord Byron definía la vida tal como la había sentido: un poco de vino, un poco de voluptuosidad y mucho fastidio. Alfredo de Musset y Enrique Heine, dos

poetas galanos, chispeantes de imaginación y de gracia, sensitivos, apasionados, quisieron renovar la vida pagana, la adornaron con todos los atavíos de la fantasía, y coronados de flores y con la copa de la orgía en la mano, se extinguieron lamentablemente en la sensualidad. Ninguno de los dos fué dichoso. Los que sigan sus huellas, los que se dejen impregnar por el espíritu de la literatura enfermiza que ellos han creado, y busquen el ideal allí donde los paganos lo pusieron, no pueden esperar un porvenir mejor.

Así el materialismo, bajo cualquiera forma que se manifieste en la ciencia, en la sociedad, en el arte, es siempre corruptor y deletéreo. Nos presentará al hombre perdiéndose y confundiéndose en lo material, como algo que le está del todo subordinado, por más que se crea su dominador; nos presentará sociedades industriales y mercantiles donde no habrá lugar para lo más noble que tiene el sér humano, la piedad, el amor, la caridad, el temor de Dios; y en el orden político nos ofrecerá el espectáculo de la venalidad ó de la fuerza, de la fuerza brutal suplantando á la justicia y al derecho. En el arte sólo reproducirá las formas de placeres degradantes siempre, ya sea que se ostenten en grosera desnudez, ya sea que se encubran con las galas de la imaginación.

Y no se piense que yo desdeño la ciencia, y no se diga que yo soy un enemigo de la industria y del comercio, que vengo á predicar el misticismo universal, la transformación de todos los hombres en monjes y del mundo en un convento.

No, señores; el hombre ha sido creado por Dios con facultades que lo hacen apto para la formación de las ciencias, y éstas son el resultado de la aplica-

ción metódica de aquellas facultades á sus objetos. Pero toda ciencia bien organizada termina en Dios, razón final de todas las cosas. Hay, por otra parte, verdades, que no por ser inexplicables para nuestra inteligencia, dejan de ser tales verdades. Debemos inclinarnos con profundo respeto ante la bondad de Dios, que ha querido revelárnoslas para nuestro bien. Empeño temerario é indisculpable es en nuestros días, después de diez y nueve siglos de fecundísimos resultados producidos por el Catolicismo, pretender sustituir á los dogmas de la Iglesia, sistemas filosóficos que desde entonces, y desde mucho antes, han oscilado perpetuamente en la contradicción, sin producir nada estable y definitivo. Sobre el origen del hombre, sobre su destino, sobre Dios ¿qué han dicho los filósofos antes y después del Cristianismo, que no sea deficiente y vacilante? La Iglesia nos da la solución de esos grandes problemas. Las más elevadas escuelas filosóficas sólo llegan á un deísmo frío, á un Dios casi desvinculado de sus criaturas, respecto del cual no se sabe si oye los ruegos del alma afligida que le pide consuelos en la tribulación. La Iglesia nos enseña á Dios de otra manera, y nos exhorta á levantar hacia él nuestros corazones con amor y esperanza filiales que jamás inspiró la filosofía. El Dios de los filósofos es el objeto del concepto racional. El Dios del Catolicismo es el Dios vivo que ha venido á la tierra, y en la inefable sublimidad del misterio, se ha hecho hombre, ha cargado el peso de nuestras iniquidades, ha sufrido el contacto de nuestras miserias y nos ha redimido con sangre cuya pureza el labio humano no sabría decir. ¡Nada igual han visto ni verán los siglos! Nada comparable siquiera sospecharon los filósofos. Puedo asegurarlo, porque he consagrado al-

gunos años de mi vida al estudio de sus sistemas y de sus teorías. La filosofía es un eterno crepúsculo. El Verbo es la luz; el Verbo es la vía, la vida y la verdad.

Y volviendo ahora al otro punto de vista, á la vida individual y á la vida social que varían según las doctrinas que prevalezcan, he señalado ligeramente las consecuencias que derivan del sistema filosófico preconizado en este tiempo. Ciertamente, sería desconocer las más vulgares exigencias de la vida humana sobre la tierra, combatir la industria y el comercio, la adquisición y formación de objetos adecuados á la satisfacción de las necesidades físicas. La tierra ha sido, sin duda, entregada á nuestra actividad como un campo explotable. La organización del hombre y las propiedades de los objetos que nos rodean, muestran á las claras, y sin necesidad de minucioso examen, que aquél debe tener con éstas indispensables relaciones. Es evidente, por otra parte, que desde que el hombre ha de conservarse y desenvolverse, poniendo á contribución esos objetos, desigualmente distribuidos, debe combinar su acción con la de sus semejantes, para obtenerlas con mayor facilidad y en mejores condiciones. Pero hay una grande, enormísima distancia de aquí á reconocer que en vez de ser las cosas para el hombre, el hombre ha de ser para las cosas; que en lugar de hacerlas servir, en la medida de lo lícito, á la satisfacción de sus necesidades presentes y futuras, ha de esclavizarse, por avaricia ó sensualidad, hasta el punto de consagrar por entero á su obtención el ejercicio de sus facultades, como si ningún otro fin le estuviera deparado.

Es indigno de la naturaleza humana dar por base principal á las relaciones entre los hombres, la ne-

cesidad ó las conveniencias del comercio. Ellas los vinculan entre sí, y esta vinculación es provechosa; pero hay sentimientos más altos en el corazón, que aquellos a cuyo impulso obedecemos al colocarnos, los unos respecto de los otros, en el carácter de vendedores y compradores, de productores y consumidores, ó de intermediarios entre éstos y aquéllos. Las relaciones de individuo á individuo, de nación á nación, deben estar regidas por principios de otro orden. La timocracia no es el gobierno de la justicia. El Evangelio ha traído al mundo la verdadera doctrina en esta materia, como en todas las demás que interesan á la humanidad. Santifica el trabajo y le premia, en cuanto es el cumplimiento de la ley divina; pero lejos de colocar en la riqueza la excelencia del hombre, le dice: «atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde no los consume orín ni polilla, y en donde ladrones no los desentierran, ni roban».

Es el perfeccionamiento del alma, es la santidad de la vida lo que hace crecer á los hombres en mérito ante los ojos de Dios. Y sin duda que el rico, y sin duda que aquel á quien los bienes de la tierra pertenecen en abundancia, tiene en ello el medio de hacerse agradable al dispensador de todos los beneficios, contribuyendo con su patrimonio al socorro de sus hermanos. Lo superfluo de los ricos debe servir para lo necesario de los pobres, y no lo necesario de los pobres para lo superfluo de los ricos, como ha dicho un gran jurisconsulto, inspirándose en el Evangelio. Dar, dar con humildad y con amor, es el precepto cristiano, y no dar solamente el pan que alimenta el cuerpo, sino el pan del alma, la doctrina, la luz y los consuelos. El positivismo hace de nosotros hombres de cálculo y

de conveniencias. La Iglesia nos manda ser hombres de caridad y hermanos de Jesucristo.

Así, tanto en la ciencia como en la vida, el Catolicismo no pretende suprimir elementos que son legítimos porque son naturales, es decir, establecidos por Dios, sino asignar á esos elementos el lugar y grado que tienen en el plan providencial del mundo, según la voluntad divina revelada á la Iglesia. El gran trabajo que nos incumbe en nuestros días, es propender, con todas nuestras fuerzas, al predominio de los intereses morales y religiosos. Los mismos elementos económicos y políticos, en la medida que justamente les corresponde, se mantendrán en orden y obtendrán el conveniente desarrollo cuando los principios morales y religiosos prevalezcan. Ni las rentas, ni el crédito se desenvuelven normalmente si faltan la moralidad y la concordia; y la habilidad de los estadistas es impotente para evitar ó suprimir situaciones deplorables y críticas, producidas por la intemperancia de pasiones que sólo enfrena la religión.

PEDRO GOYENA.

Sabiduría é ignorancia del hombre

La vida, ese hecho múltiple y variadísimo que nos rodea por todas partes y que se siente en cada uno de nosotros como si cada uno fuera el centro á que converge todo lo que vive sobre la tierra; ese hecho se ve, se siente, y, sin embargo, es inaccesible á la inteligencia y á las fuerzas humanas. La vida es un misterio que nos lleva como por la mano al reco-

nocimiento y adoración del gran misterio, del Sér por excelencia, de aquel que dijo en sus inefables comunicaciones con el hombre: *yo soy quien soy*; de aquel que es la misma eternidad y toda perfección infinita, y causa y razón de todo cuanto existe fuera de Él. Según el apóstol, la tierra ha sido dada en habitación á los hombres para que busquen á Dios y puedan llegar como á tocarlo, y en efecto, Linneo, aplicándose á la consideración de una hoja de hierba, exclama atónito: «He quedado mudo, herido de espanto: he visto á Dios, como otro Moisés, por las espaldas».

Sí; el misterio de la vida desafía á todo orgullo humano. En nuestro siglo se ha dicho que, «por la ciencia llegará el hombre á la omnipotencia, y que así vendrá á ser Dios»; exactamente como en el principio de la historia humana había dicho el padre de la mentira: *Eritis sicut diis, scientes bonum et malum*. Yo no conozco, señores, los dominios de ese imperio de sabiduría que se dice haber conquistado nuestro siglo; no sabré deciros lo que hay de positivamente ganado en el terreno de verdades filosóficas y sociales; pero sí, quiero tributar el homenaje de mi asombro á la poderosísima actividad que despliega su ingenio: suscribo á la valiente frase de que «el hombre del siglo XIX ha arrebatado de las manos de Júpiter sus temibles rayos»; reconozco, lleno de admiración, que ante él desaparecen las distancias; que su palabra recorre la tierra con la prontitud que se recibe una orden del amo de la casa; que él dispone y se sirve de mares de fluidos impalpables é invisibles, con la precisión que yo muevo mi mano; que ha hallado ser el globo de la tierra un libro de inefables caracteres que va ya deletreando; que, en fin, se ha

aproximado á los planetas, los ha medido y pesado, y descubre que no sólo el planeta que habitamos tiene condiciones para la vida; y aún más que todo eso, ha llegado á sorprender la formación de estrellas todavía en embrión! ¡Ah! el hombre sabe y puede mucho, y con todo que nos olvidamos de esos pinceles de pura luz que manejan sus diestras manos, y de tantas obras maravillosas cuya fama llena la tierra. Esta gloria no puede ser materia de envidia para nosotros, sencillos hombres de la fe antigua, sino de viva y sincera felicitación al hallar en el hombre del siglo XIX el perpetuo cumplimiento de aquella palabra del Señor en el principio de los tiempos: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza: y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra.* ¡Oh hombre! aunque te hayas declarado enemigo de aquel Dios que adora mi fe, aún te saludo imagen de la eterna sabiduría, rey del mundo, y el más noble y digno adelantado de toda la creación en presencia de su Autor.

Pues ello es tan triste como cierto que en el siglo XIX se ha cumplido lo que dijo Moisés en su cántico de muerte: *Engordó el amado y dió de coces; se ha visto grande y abandonó á Dios su Criador, y se apartó del Señor su salvador;* y todavía más hinchado que sabio, más estúpido que grande, ha llegado á decir como frenético: *¡Escalaré el cielo, pondré mi trono sobre los astros más elevados, seré igual al Altísimo!* Pero ante ese monstruo de poder y de fatuidad, de orgullo y de ciencia, está en pie el misterio de la vida pronto á derribar todo su poder y aniquilar su presuntuosa sabiduría. Poned á la vista del nuevo Titán una semilla de hierba, el insecto que pisáis, y preguntadle: ¿Qué es aquello que vive

en ese átomo? Tú te paseas por las alturas del cielo y registras las profundidades de la tierra: ¿podrías decirme lo que hay en un grano de trigo, y por qué brota, y cómo se multiplica en cien granos, y cada uno de éstos en otros cien más, y tantas veces cuántas primaveras han pasado desde que se le cultiva sobre la tierra? ¡Oh! dime lo que es la vida, prodúceme una sola semilla, un solo insecto, y yo caigo de rodillas delante de ti, y te adoro por mi Dios!

Pero si nada puede decirnos acerca del misterio de la vida que hay en una semilla, en un insecto, ¿qué podrá hacer de ese microcosmos, de ese gran mundo en pequeño, del hombre, digo, considerado en sí y en sus misteriosas relaciones con los demás hombres? El hombre habla, entiende, goza de libertad, es un sér racional, porque nace y vive en sociedad. ¿Cuál es el fin de esa sociedad después de dar la racionalidad de hecho á cada individuo? ¿Cuál es su origen? ¿Cuántas y cuáles las leyes de su progreso á ese fin desconocido? ¿Qué cosas son efecto y qué son causa de su progreso en el triple aspecto humano de sér moral, inteligente y físico? ¿Puede el hombre disolver la sociedad humana? ¿Podría acaso rehacerla si se disolviera? Y una vez establecida, como está, con la firmeza de un diamante, por el autor del hombre, ¿qué es lo que corresponde á nuestra cooperación para su mayor perfeccionamiento? He aquí, no uno, sino muchos misterios que descuellan sobre la cùspide altísima del misterio de la vida.

MAMERTO ESQUIÚ.

La oración de la tarde á bordo de un navío.

El disco del sol, cuyo resplandor no podían sufrir nuestros ojos, pronto á sumergirse en las ondas brillantes, se veía entre las cuerdas del navío, y derramaba su luz en los espacios sin fin, y se hubiera creído que cambiaba á cada momento de horizonte: los mástiles, los obenques, las vergas del navío, las velas estaban bañadas de un tinte rosado. Unas pocas nubes erraban sin orden por el Oriente, en donde la luna subía con lentitud: lo demás del cielo estaba limpio, y en el horizonte del Norte, formando un triángulo glorioso con el astro del día y el de la noche, una tromba cargada con los colores del iris se levantaba del mar, como una columna de cristal que sostuviera la bóveda del cielo.

Digno de lástima sería quien no hubiera conocido la belleza de Dios en este espectáculo. Lágrimas involuntarias corrieron de mis ojos cuando todos mis compañeros, quitándose los sombreros embreados, entonaron con ronca voz su sencillo cántico á *Nuestra Señora del Buen Socorro*, patrona de los marineros. ¡Qué conmovedora era la oración de esos hombres que contemplaban el sol poniente en mitad del Océano desde un frágil navío! ¡Y cómo llegaba al alma la invocación del pobre marinero á la madre de los Dolores! La humillación ante el que manda en las tempestades y en la bonanza; nuestra debilidad al lado de lo infinito; los cantos que se dilataban á lo lejos sobre las ondas; las fieras marinas, asombradas con esos acentos desconocidos, lanzándose al fondo de sus abismos; la noche que se acercaba

con sus peligros; la maravilla de nuestro bajel en medio de tantas maravillas; una tripulación religiosa, llena de admiración y de temor; un sacerdote augusto orando, y Dios inclinándose sobre el abismo y deteniendo con una mano al sol en las puertas del Occidente y alzando con la otra la luna en el horizonte opuesto, y prestando, al través de la inmensidad, su oído atento á la débil voz de su criatura: esto no se podrá pintar, y es lo que todo el corazón del hombre es apenas capaz de sentir.

CHATEAUBRIAND.

Sobre el estudio de las ciencias naturales

¡Qué espectáculo tan augusto no se abrirá á vuestra contemplación! Vosotros, acostumbrados á verle á todas horas, y familiarizados con su grandeza, apenas os dignáis de examinarle; pero levantad á él vuestro espíritu, y veréis cómo, atónito con tantas maravillas, se enciende y suspira por conocerlas. La razón os fué dada para alcanzar una parte de ellas: elevadla hasta el sol, inmenso globo de fuego y resplandor, y veréis cómo fué colocado en el centro del mundo para regir desde allí los planetas situados á tan diversas distancias. Como padre y rey de los astros, él los ilumina y fomenta y dirige sus pasos y prescribe sus movimientos. Cada uno oye su voz, la sigue obediente y gira en torno de su brillante trono. La tierra, este pequeño globo que habitamos, y uno de sus planetas inferiores, reconoce la

misma ley, y de él recibe luz y movimiento. ¿Queréis formar alguna idea del gran sistema de que somos una pequeñísima parte? Pues sabed que el lugar que ocupáis dista sobre veinte y siete millones de leguas del sol, que es su centro; que Saturno dista del mismo centro sobre doscientos y sesenta y cinco millones de leguas; que el planeta Urano, columbrado en nuestros días, dista todavía más de Saturno que Saturno del sol; que todavía se alejan más y más de él los cometas en sus giros excéntricos, y que todavía la flaca razón del hombre no ha podido tocar los límites de este magnífico sistema.

Y ¡qué! cuando los hubiese alcanzado, cuando pudiese transportarse hasta ellos, ¿divisaría desde allí los términos de la creación? Preguntadlo á esa muchedumbre de estrellas fijas que en el silencio de la noche veis centellear sobre los remotos cielos; parece que su número crece cada día al paso que se perfeccionan los instrumentos ópticos, y cada día nos hace ver que el Altísimo las sembró como brillante polvo en el espacio inmensurable. Fijas en el lugar que les fué señalado, cada una es un sol, centro de otro sistema, en torno del cual giran sin duda otros cuerpos opacos, y acaso en torno de éstos otras lunas como las que siguen nuestro globo y el de Júpiter. Hé aquí lo que alcanzamos; pero ¿quién adivinará dónde empieza ni dónde acaba la naturaleza inaccesible á nuestros débiles sentidos, ó quién comprenderá los límites de la creación; sino aquella suprema Inteligencia que encierra en su misma inmensidad el vastísimo imperio de la existencia y del espacio? Pero en torno de vosotros existen más cercanos testimonios de esta grandeza. ¿No veis esa dilatada región que se extiende entre los cielos y la tierra? Á vuestros ojos se presenta

vacía; más ¡cuál será vuestro asombro cuando os convenciereis de que toda está henchida y penetrada de aquella naturaleza activa, benéfica y á que se da el nombre de elemental, porque parece ocupada perennemente en la sucesiva reproducción de los entes y en la conservación del todo! Allí sabréis cómo la luz, emanada del sol, ya se lanza á iluminar el anillo de Saturno y las radiantes cabelleras de los cometas remotísimos, y ya descendiendo sobre nosotros, inunda la tierra en un océano de esplendor. Corpórea, pero impalpable; penetrante hasta traspasar los poros del diamante más duro, pero flexible hasta ceder al encuentro de una plumilla, ella vivifica cuanto existe, y no visible en sí, hace visibles todas las cosas. Simple é inmaculada, ella las colora y cubre de bellas y variadas tintas. Sabe recogerse y extenderse, y ya la veis reunida en esplendentes manojos, ya suelta y desatada en brillantes hilos. Su solo movimiento produce el calor, y la agitación del calor este fuego elemental, alma de la naturaleza, que difundido por todos los cuerpos, los penetra, los llena, los dilata, y así reside en la deleznable arcilla como en el duro pedernal, así en el agua termal como en el frísimo carámbano. Este agente poderosísimo los mueve y los anima, su influjo los fomenta y vivifica, pero también su enojo los destruye y anonada, ora sea que anunciada por el trueno, caiga desde las nubes á derrocar las altas torres, ora que desgarrando las entrañas de la tierra, reviente por las nevadas cumbres para sepultar en ríos de lava y ceniza los bosques y los campos, las solitarias alquerías y las ciudades populosas.

El aire le alimenta; el aire, otro fluido elemental, invisible, movable, elástico por excelencia, y grave

y velocísimo. En él, como en un golfo inmenso, nada sumergida la tierra. Un día conoceréis cómo la estrecha y abraza por todas partes, y cómo gravita sobre ella y la sostiene, y cómo la sigue constante en su diurno y anual movimiento. Por él respiran los entes animados, por él alienta la vegetación y se renueva todos los años, y á él deben todos los cuerpos solidez, sonoridad y armonía. Por él el hombre anuncia la serenidad y las tormentas, y por él mide la elevación y compara la temperatura de los climas. Su movimiento forma los vientos salutíferos, purificadores de la atmósfera y conservadores de la existencia y la vida. ¡Cuán benéficos y regalados, cuando en las mañanas de primavera cubren de flores los valles y colinas, ó en las tardes de estío difunden el refrigerio sobre los campos abrasados! Pero ¡cuán terribles, si, rotas alguna vez sus cadenas, se precipitan á conmover los cielos, y llamando las tempestades, turban y sublevan el vasto imperio de los mares!

Estos mares son abastecidos por el agua, otro benéfico elemento, líquido, diáfano y siempre ansioso del equilibrio; que ya se congrega en las nubes para descender suelta en lluvias y rocíos, ó coagulada en nieves y granizos, ya se deposita en el corazón de los montes para brotar en fuentes y arroyos, abastecer lagos y ríos, y después de haber llenado la tierra de fecundidad y los vivientes de salud y alegría, sumirse en el inmenso Océano; en el Océano, lleno también de riqueza y de vida, que enlaza y acerca los separados continentes y forma aquel extendido vínculo de comunicación que el Dios omnipotente quiso establecer entre la especie humana, y que en vano pretende desatar la loca ambición de los hombres.

Estos seres purísimos, tan diferentes en sus pro-

piudades, que siguen tan constantemente la ley que les fué impuesta por el Criador, que siguiéndola concurren á la continua reproducción de los demás seres, y que perpetúan la naturaleza, aun cuando parece que amenazan su destrucción, ¡cuán admirable materia no ofrecerán á vuestro estudio!

Pero nacidos para vivir sobre la tierra, ella es la que os presentará los objetos más dignos de vuestra contemplación. ¿Qué nos importaría el conocimiento de los seres superiores, si no fuese por las admirables relaciones que los enlazan con nuestro globo? ¡Oh, cómo resplandece sobre él la beneficencia de Dios! Doquiera que volváis los ojos, hallaréis impresa la marca de su omnipotencia y su bondad. Considerad el activo y oficioso reino animal derramado por todo el orbe; consideradle desde el elefante, que roe los hojosos bosques de Abisinia, hasta el minador, que se esconde y mantiene en las membranas de una hojilla; desde el águila cabdal que se remonta á las nubes para beber más de cerca los rayos del sol, hasta el pájaro mosca que revolotea entre las flores de América; y desde la enorme ballena, que sondea los mares del Norte ó se tiende sobre sus espaldas como una isla batida en vano de las ondas, hasta la inmóvil lapa, que nace y muere pegada á nuestras peñas. ¡Qué muchedumbre de pueblos y familias, qué variedad de formas y tamaños, de índoles é instintos, y qué escala de perfección tan maravillosa! Buscadle, y le hallaréis poblando la pura región de la atmósfera, como el fétido ambiente de las cavernas; así en las aguas dulces y corrientes, como en las salobres y estancadas: en las plantas como en las rocas, en lo alto de los montes como en el fondo de los valles; y en la superficie como en las entrañas de la tierra; todo

está poblado, todo henchido de vida y sentimiento. ¿Qué digo henchido? La vida misma es alimento de la vida, y los vivientes de otros vivientes. Nosotros mismos, nuestra carne, nuestra sangre, nuestros huesos, encierran dentro de sí numerosas familias de otros vivientes, que acaso encerrarán también en sí y darán morada y alimento á otros y otros vivientes. Porque ¿quién sabe hasta dónde plugo al Omnipotente multiplicar la vida y extender los términos de la creación animada?

Y ¿quién alcanzó todavía los de la creación vegetal? Este reino, lleno también de vigor y de vida, ostenta por todas partes la misma grandeza, la misma variedad, la misma exquisita graduación de formas y tamaños. Ved cuál cubre toda la tierra y forma su gala y ornamento, y cuál va difundiendo sobre ella la abundancia y la alegría. Tan admirable en lo grande como en lo pequeño, en el cedro del Líbano como en el lirio de los valles, y así en la madrepora, que nace en el fondo del mar, como en el moho, que crece y fructifica sobre una piedrezuela, sirve de sustento y abrigo á la vida animal, es origen fecundísimo de inocente riqueza y el mejor apoyo de la unión social. ¡Cuánto no consuela al labrador llenando sus trojes con las doradas mieses ó hinchendo sus hirvientes cubas, inocente recompensa de sus fatigas! Y ¡cuánto enriquece al industrial artesano, ora le ofrezca preciosa materia para que le inspire nuevas formas, ora multiplique los instrumentos de las artes útiles, desde el arado, que nos alimenta, hasta el telar, que nos viste, y desde el carro, que da los primeros pasos del comercio, hasta las naves voladoras, que llevan á los habitantes del Septentrión los frutos y manufacturas del Mediodía!

Así es como la naturaleza reúne siempre estos caracteres de grandeza y utilidad, que resplandecen en sus obras, y que vosotros descubriréis hasta en el informe reino mineral. ¡Qué inmensa mole de materia ruda é inorgánica, tendida debajo de nuestros pies y compuesta de seres tan diferentes por su substancia, por sus formas y por sus propiedades! Tierras y piedras, sales y betunes, metales y cristales ¡cuántos bienes presentados á las necesidades y al recreo del hombre! ¡Y cuál se ostenta en ellos aquella delicada progresión de perfecciones que tanto embellece y armoniza las obras de la naturaleza! ¿Quién comparará el barro con el minio, el asperón con el jaspe, el fierro con el oro, y el obscuro pedernal con el lucidísimo diamante de Golconda? Quién explicará la naturaleza del imán, guía constante de la navegación, ó la virtud atractiva y repulsiva del succino, ó la indocilidad de este mineral fluido inquietísimo, que así se niega al derretimiento como á la congelación, y que tan fácilmente se reúne como se disuelve y sublima? ¿Quién dirá por qué el fuego que funde la platina deja ileso al amianto, ó por qué la platina resiste tan tenazmente al martillo, que extiende un átomo de oro á distancias incalculables? Y como si la naturaleza se complaciese en acumular mayores prodigios en los seres que nuestra orgullosa ignorancia mira con más desprecio, ¿quién explicará las virtudes de esta tierra que hollamos, y que es cuna y sepulcro de cuanto existe sobre ella? ¿No veis cómo de ella nace y en ella se resuelve cuanto vive y muere delante de vosotros? Engendre ó destruya, ¡cuán portentosa es su fuerza, ó ya de un grano menudísimo haga brotar el roble, cuya sombra cobija rebaños numerosos, ó ya devore y convierta en

substancia propia animales y plantas, mármoles y bronces, palacios y templos, y todo cuanto existe; que todo está condenado á caer en el abismo de sus entrañas!

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

Del estudio de las ciencias exactas y naturales.

¡Felices aquellos que pueden dedicarse desde temprano al estudio de algunos ramos de los conocimientos humanos! Todos tienen, sin duda, sus hechizos y sus ventajas, desde la poesía, que, por sus brillantes cuadros, conmueve y hiere la imaginación, hasta la metafísica, que nos hace conocer los resortes secretos de nuestra inteligencia; desde la historia, que nos desenrolla las revoluciones de los imperios y los progresos de la civilización, hasta la filosofía, que perfecciona las facultades intelectuales y nos hace amar la verdad. Todos estos estudios son muy dignos de cautivar el espíritu de todo sér racional; pero no lo son menos los que, elevándose á la contemplación del universo, nos impulsan á estudiar la causa misma que lo anima: aquellos que nos descubren todo lo maravilloso de esos fenómenos numerosos, tan singulares como importantes; que nos explican la teoría de los vientos y de las borrascas; la de esos relámpagos que nos alumbran con una luz tan particular; la de esos temblores que nos asombran con sus fuerzas, y nos intimidan con sus efectos; la de esos cometas, en fin, sobre los

cuales absurdas supersticiones transmitidas por la credulidad en lo antiguo, subsisten aún en el vulgo. Todas estas maravillas, todos estos hechos tan singulares, ¿no son capaces de conmover la atención más indiferente, y entusiasmar la imaginación más fría? Sin intentar avanzarnos hacia ese grande horizonte, delante del cual el perezoso echa pie atrás, por el espanto que le causan su inmensidad y la dificultad de juzgarle, las cosas más vulgares, aun aquellas que muchas personas desprecian, esos pequeños insectos, esos animalejos, esas plantas y tantos otros objetos, aun más viles y más comunes, despreciados por unos y admirados por otros, ¿no son un mundo de ideas para el que quiera conocer sus costumbres, sus armas, sus astucias é inclinaciones? ¡Cuán admirable es el encadenamiento que existe entre ellos, y la armonía que preside sus acciones y los diferentes períodos de su vida! Cuando el hombre, en sus profundas meditaciones, puede darse razón de todas estas maravillas, contento con su suerte, tributa gracias al Todopoderoso por haberle hecho conocer lo que el vulgo no puede concebir, ni aun comprender.

Si estos placeres, si estos goces no fuesen reales, puros y dignos de desear, ¿cuál sería el hombre que se atreviera á dejar su país para ir á estudiar esas futilidades á naciones, por lo común, bárbaras, ó entre los salvajes de la Oceanía, ó á esos bosques y desiertos que sólo habitan los enemigos terribles de la especie humana? ¿Cuántas personas no han sido víctimas de su gran celo? Sin embargo de esos tristes ejemplos, la vieja Europa, la joven América boreal y muchas otras naciones ilustres ven todos los días á sus hijos expatriarse y atravesar mares inmensos para escalar las montañas más altas y á

desafiar espantosos precipicios, con el solo objeto de consultar á la naturaleza en toda su belleza y en todo su horror. Tal es el prestigio de esta ciencia, que no hay casi país cuyas producciones no tengan sus historiadores. Ya el centro de la formidable África ha sido pisado muchas veces por sabios europeos; y los rígidos polos boreal y austral han visto sucumbir sus heladas barreras á la diligencia é intrepidez de los Parry, de los Weddell y de otros muchos hombres científicos, á quienes una pasión decidida por todo lo que podía aumentar sus conocimientos transportaba á esas frías y peligrosas regiones.

Si semejantes ejemplos no bastasen para hacer que la juventud chilena se aficiona á ciencias que tienen tantos atractivos, un objeto más noble aún, y más filantrópico, el de la utilidad, debería empeñar al gobierno á emplear toda clase de medios para introducir el gusto por ellas. La historia natural, la física y la química se han hecho ciencias casi populares, y la industria ha llegado á ese grado de elevación y de perfección en que la vemos, cuando los gobiernos ilustrados, convencidos de sus utilidades, hicieron abrir casi en todas las ciudades cursos públicos, adonde concurrían fabricantes, médicos, farmacéuticos, militares, manufactureros, agricultores, etc., á tomar conocimientos, que después iban á poner en uso en sus talleres, sus laboratorios, sus manufacturas, etc. El estudio de la naturaleza corresponde á todas las clases y á todas las condiciones: antorcha de la sociedad en general, alumbrada con su bienhechora luz todos los ramos de la industria y de las ciencias, y desarrolla al mismo tiempo la imaginación del poeta y el juicio del literato, sometiendo sus ideas á ese espíritu de lógica

y de método que constituye uno de los principales atributos de las ciencias naturales.

ANDRÉS BELLO.

Conocimiento adquirido por el testimonio inmediato de los sentidos

De la existencia ó no existencia de un sér, ó bien de que una cosa es ó no es, podemos cerciorarnos de dos maneras: por nosotros mismos, ó por medio de otros.

El conocimiento de la existencia de las cosas que es adquirido por nosotros mismos, sin intervención ajena, proviene de los sentidos mediata ó inmediatamente: ó ellos nos presentan al objeto, ó de las impresiones que los mismos nos causan, pasa el entendimiento á inferir la existencia de lo que no se hace sensible ó no lo es. La vista me informa inmediatamente de la existencia de un edificio que tengo presente; pero un trozo de columna, algunos restos de un pavimento, una inscripción ú otras señales, me hacen conocer que en tal ó cual lugar existió un templo romano. En ambos casos debo á los sentidos la noticia: pero en el primero inmediata, en el segundo mediatamente.....

El conocimiento inmediato que los sentidos nos dan de la existencia de una cosa es á veces errado, porque no nos servimos como debemos de estos admirables instrumentos que nos ha concedido el Autor de la naturaleza. Los objetos corpóreos, obran-

do sobre el órgano de los sentidos, causan una impresión á nuestra alma: asegurémonos bien de cuál es esta impresión, sepamos hasta qué punto le corresponde la existencia de un objeto: he aquí las reglas para no errar en estas materias. Algunas explicaciones enseñarán más que los preceptos y teorías.

Veo á larga distancia un objeto que se mueve, y digo: «allí hay un hombre»: acercándome más, descubro que no es así, y que sólo hay un arbusto mecido por el viento. ¿Me ha engañado el sentido de la vista? No, porque la impresión que ella me transmitía era únicamente de un bulto movido; y si yo hubiese atendido bien á la sensación recibida, habría notado que no me pintaba un hombre. Cuando, pues, yo he querido hacerle tal, no debo culpar al sentido, sino á mi poca atención, ó bien, á que notando alguna semejanza entre el bulto y un hombre visto de lejos, he inferido que aquello debía serlo en efecto, sin advertir que la semejanza y la realidad son cosas muy diversas.

Teniendo algunos antecedentes de que se dará una batalla ó se hostilizará alguna plaza, paréceme que he oído cañonazos, y me quedo en la creencia de que ha comenzado el fuego. Noticias posteriores me hacen saber que no se ha disparado un tiro: ¿quién tiene la culpa de mi error? No mi oído, sino yo. El ruido se oía, en efecto; pero era el de los golpes de un leñador que resonaban en el fondo de un bosque distante; era el de cerrarse alguna puerta, cuyo estrépito retumbaba por el edificio y sus cercanías; era el de otra cosa cualquiera que producía un sonido semejante al del estampido de un cañón lejano. ¿Estaba yo bien seguro de que no se hallaba á mis inmediaciones la causa del ruido que me produ-

cía la ilusión? ¿Estaba bastante ejercitado para discernir la verdad, atendida la distancia á que debía hacerse el fuego, la dirección del lugar, y el viento que á la sazón reinaba? No es, pues, el sentido quien me ha engañado, sino mi ligereza y precipitación. La sensación era tal cual debía ser; pero yo le he hecho decir lo que ella no me decía. Si me hubiese contentado con afirmar que oía ruido parecido al de cañonazos distantes, no hubiera inducido á error á otros y á mí mismo.

Á uno le presentan un alimento de excelente calidad, y al probarlo, dice: «es malo, intolerable, se conoce que hay tal ó cual mezcla», y es que, en efecto, su paladar lo experimenta así. ¿Se engañó el sentido? No; si le pareció amargo, no podía suceder de otra manera; atendida la indisposición gástrica que le tenía cubierta la lengua de un humor que lo maleaba todo. Bastábale á este hombre un poco de reflexión para no condenar tan fácilmente al criado ó al revendedor. Cuando el paladar está bien dispuesto, sus sensaciones nos indican las calidades del alimento, en el caso contrario, no.

Conviene notar que para conocer por medio de los sentidos la existencia de un objeto, no basta á veces el uso de uno solo, sino que es preciso emplear otros al mismo tiempo, ó bien atender á las circunstancias que nos pueden prevenir contra la ilusión. Es cierto que el discernir hasta qué punto corresponde la existencia de un objeto á la sensación que recibimos, es obra de la comparación, la que es fruto de la experiencia. Un ciego á quien se quitan las cataratas no juzga bien de las distancias, tamaños ni figuras, hasta haber adquirido la práctica de ver. Esta adquisición la hacemos sin advertirlo, desde niños, y así creemos que basta abrir los

ojos para juzgar de los objetos tales como son en sí. Una experiencia muy sencilla y frecuente nos convencerá de lo contrario. Un hombre adulto y un niño de tres años están mirando por un vidrio que les ofrece á la vista paisajes, animales, ejércitos.... ambos reciben una misma impresión; pero el adulto que sabe bien que no ha salido al campo, y se halla en un aposento cerrado, no se altera, ni por la cercanía de las fieras, ni por los desastres del campo de batalla. Lo que le cuesta trabajo es conservar la ilusión; y más de una vez habrá menester distraerse de la realidad y suplir algunos defectos del cuadro ó instrumento para sentir placer con la presencia del espectáculo. Pero el niño que no compara, que sólo atiende á la sensación en todo su aislamiento, se espanta y llora, temiendo que se le han de comer las fieras, ó viendo que tan cruelmente se matan los soldados.

Todavía hay más: experimentamos á cada paso que una perspectiva excelente, de la cual no teníamos noticia, vista á la correspondiente distancia, nos causa ilusión, y nos hace tomar por objetos de relieve los que en realidad son planos. La sensación no es errada; pero sí lo es el juicio que por ella formamos. Si advirtiésemos que caben reglas para producir en la retina la misma impresión con un objeto plano que con otro abultado, nos hubiéramos complacido en la habilidad del artista, sin caer en error. Este habría desaparecido mirando el objeto desde puntos diferentes, ó valiéndonos del tacto....

Los que tratan del buen uso de los sentidos suelen advertir que es preciso cuidar de que alguna indisposición no afecte á los órganos, y así se nos comuniquen sensaciones capaces de engañarnos; esto es, sin duda, muy prudente, pero no tan útil como se

cree. Los enfermos raras veces se dedican á estudios serios; y así sus equivocaciones son de poca trascendencia; además que ellos mismos, ó sus allegados, bien pronto notan la alteración del órgano, con lo cual se previene oportunamente el error. Los que necesitan reglas son los que estando sanos de cuerpo no lo están de espíritu, y que, preocupados de un pensamiento, ponen á su disposición y servicio todos sus sentidos, haciéndoles percibir, quizás con la mayor buena fe, todo lo que conviene al apoyo del sistema excogitado. ¿Qué no descubrirá en los cuerpos celestes el astrónomo que maneja el telescopio, no con ánimo reposado y ajeno de parcialidad, sino con vivo deseo de probar una aserción aventurada con sobrada ligereza? ¿Qué no verá con el microscopio el naturalista que se halle en disposición semejante?

Á propósito he dicho que estos errores podían padecerse quizá con la mayor buena fe; porque sucede muy á menudo que el hombre se engaña primero á sí mismo, antes de engañar á los otros. Dominado por su opinión favorita, ansioso de encontrar pruebas para sacarla verdadera, examina los objetos, no para saber, sino para vencer; y así acontece que halla en ellos todo lo que quiere. Muchas veces los sentidos no le dicen nada de lo que él pretende; pero le ofrecen algo semejante: «esto es», exclama alborozado, «hélo aquí, es lo mismo que yo sospechaba»; y cuando se levanta en su espíritu alguna duda, procura sofocarla, achácala á poca fe en su incontrastable doctrina, se esfuerza en satisfacerse á sí mismo, cerrando los ojos á la luz, para poder engañar á los otros sin verse precisado á mentir.

Basta haber estudiado el corazón del hombre para conocer que estas escenas no son raras, y que ju-

gamos con nosotros mismos de una manera lastimosa. ¿Necesitamos una convicción? Pues de un modo ú otro trabajamos en formárnosla; al principio la tarea es costosa, pero al fin viene el hábito á robustecer lo débil, se allega el orgullo para no permitir retroceso, y el que comenzó luchando contra sí mismo, con un engaño que no se le ocultaba del todo, acaba por ser realmente engañado, y se entrega á su parecer con obstinación incorregible.

JAIME BALMES.

La naturaleza

La historia de la naturaleza, ó física general, considerada en todos sus ramos, se compone de vastos é innumerables objetos. Todo lo que podemos conocer en este mundo no es más que la superficie de las cosas que tienen relación con nosotros: y los mayores esfuerzos del entendimiento se puede decir que son la medida de nuestra debilidad, cuando los comparamos con el universo. Contemplemos esta bóveda celeste tachonada de astros, esos espacios aéreos en que rugen las tempestades, esos campos alfombrados de verdor y cubiertos de animales, esas móviles llanuras de los mares, esos montes que levantan sobre la tierra sus cimas vestidas de selvas; y aún no formaremos más que una escasa y mezquina idea de la naturaleza. Las entrañas de la tierra, los abismos del Océano, el velo azul del cielo, nos esconden sus más magníficos tesoros; los secretos muelles que vivifican á los entes, se ocultan al

conocimiento humano; agentes invisibles dirigen los movimientos del mundo, y presiden á sus incessantes revoluciones; y en el seno de estos vaivenes y mudanzas eternas la naturaleza subsiste inalterable, alimentándose de su propia inconstancia. Contemporánea de todos los siglos, derrama por todas partes la abundancia y la vida. Su mano poderosa siega los entes, los sumerge en las tinieblas de la muerte y los saca de nuevo á brillar en la escena del mundo.

Y, ¿qué es la naturaleza misma sino el brazo del Todopoderoso, el ministro de su voluntad soberana, la parte de la divinidad que se revela á nosotros en la existencia de las cosas creadas? Penetrado de respeto á vista de sus obras, el hombre se eleva al Ente Creador, y admira absorto las leyes inmutables que mantienen la armonía y equilibrio de los mundos. Dios solo, desde lo alto de su trono de gloria, extiende sobre ellos una mano moderadora, y contempla la ejecución de sus decretos irrevocables.

La palabra *naturaleza* se toma en diversos sentidos. Ya significa el poder general que produce cuanto existe, y dirige los movimientos de los astros y de la tierra, en cuya acepción la naturaleza no es otra cosa que la voluntad divina; ya denota la colección de todas las substancias materiales, ó el universo; ya el encadenamiento de las causas, el orden en que los seres nacen y se suceden; ya, en fin, la esencia de cada cosa en particular. Pero cualquier sentido que le demos, siempre es necesario referir todos los Entes al principio de donde emanan, á las leyes establecidas por la Divina Sabiduría para existencia y conservación del Universo. El principio y todas las modificaciones que experimenta nuestra existencia, son un resultado de estas leyes.

La causa de las causas, la fuente del sér, obra perpetuamente en los cielos, como sobre nuestro globo. Los innumerables linajes de animales y plantas que habitan la tierra, todos beben la vida en ese manantial celeste; un alma general circula en varias especies, y produciendo sin cesar nuevos gérmenes, repara los estragos de la muerte, y mantiene una juventud perpetua. La materia, impaciente de reposo, se abandoná á todas las afinidades que la fecundan: semejante al Proteo de la fábula, aparenta todas las formas, y hurta á nuestra vista su esencia bajo el velo de metamórfosis externas; y en medio de este teatro siempre móvil, es donde nuestra especie ha sido colocada para sentir, conocer y admirar, para alzar sus ojos al cielo, y caminar sin rival y sin dueño sobre la faz de la tierra.

Así, el hombre es el centro á que todo conspira, el espejo en que se refleja la imagen del mundo. El buey goza de la luz sin comprenderla, y muere sin conocer la tierra que labra; al hombre sólo fué reservado contemplar el Universo y abrir el santuario de las ciencias.

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS BELLO.

Nidos de las aves

Qué admirable Providencia se descubre en el nido de las aves! ¿Quién podrá contemplar sin enter necerse esa bondad divina que da la industria al débil y la protección al descuidado? Nada hay que aliente de tal modo la confianza en la divina pro-

tección; nada que tanto confunda y anonade los impíos sofismas de los incrédulos como la construcción de esas modestas cabañas, á cubierto del calor abrasador del sol, del rigor de la lluvia, de la escarcha y de las otras inclemencias atmosféricas, y de la violencia del huracán. Cada especie de pájaros tiene su modo particular de hacer sus nidos: unos se valen de paja, otros de heno, otros de madera que quiebran con el pico y reducen á pedacitos muy pequeños; y es de pasmarse ver el modo con que reunen y hacen estas cosas, de suerte que queda una casa impenetrable al agua, segura del viento, y, en fin, propia para su intento de poner y sacar los huevos: empresa bastante delicada. Si las zarzas y abrojos enredan y retienen copos de lana del espeso vellón de los corderos, si se despegan y caen los rojizos pelos de la cabra, si la paja brillante amarillea desprendida de los carros que cargados conducen los campesinos, la Providencia así lo dispone para abrigo y mansión de los habitantes del aire. Todo está calculado por la Providencia Divina, pues todo lo que juzgamos basura y desperdicio, servirá á diferentes pájaros para la construcción de sus nidos. ¡Qué variedad se descubre en la construcción de todos ellos! En los países fríos y rigurosos, las aves se pertrechan con ramas y follaje; en los países cálidos, donde se hace sentir la necesidad del aire, los nidos están suspendidos en los árboles como guirnaldas, ó bien colgados á manera de hamaca, como el de la oropéndola. Los que viven entre los juncos húmedos, guarnecen su nido con el plumón de su pecho; otros, como el martín-pescador, construyen como el conejo una madriguera subterránea; el pájaro mosca coloca el suyo en la hoja de una planta arrollada á manera de barquilla; el lindo colibrí se

descubre entre las enredaderas y las cañas de la India, y por último, la golondrina, que fabrica el suyo debajo de los tejados y parajes semejantes, tiene el nido muy diferente de los demás pájaros, porque casi todo es tierra.

La historia de los canarios, dice el abate Pluche, es aún más interesante. Diéronles heno para hacer su nido, y á falta de algodón ó seda para conservar el calor necesario á los huevos que debía poner la hembra, ésta recurrió á un expediente maravilloso: púsose á arrancar al macho las plumas del estómago, sin hallar oposición alguna, y con ellas revistió su habitación.

La previsión de la naturaleza es la ley de una suprema sabiduría; basta arrojar una mirada al rededor para asegurarse de esta aserción.

No es menos de admirar otra ley de la naturaleza. Los huevos de las aves tienen generalmente los colores dominantes del macho. Entre los grandes volátiles varía la ley del color de los huevos. En las aves cuyo macho tiene muchas hembras, el huevo es tal vez generalmente blanco, como quizá también en aquellos pájaros cuyo color no es fijo. En las aves acuáticas y de bosque, que construyen sus nidos, unas en los mares y las otras en las cimas de los árboles, el huevo es, en general, de un color verde azulado, teñido, por decirlo así, del elemento que los rodea. Ciertas aves que se acantonan en lo alto de las torres y en los campanarios, ponen los huevos verdes como la hiedra, ó rojizos como los ladrillos entre los cuales habitan. Así, puede pasar por constante la ley de que, en general, el ave ostenta en sus huevos la librea de sus amores y de su naturaleza; de modo que á la sola inspección del huevo se puede decir, poco más ó menos, á qué pueblo pertenecía,

cuáles eran sus costumbres, sus gustos y género de vida; si habitaba el monte ó el valle, el campo ó la ciudad, el mar ó la tierra.

CHATEAUBRIAND.

Carácter de los animales según el clima que habitan

Cuando en los desiertos ardientes del Ecuador, en las selvas del África y del Asia, en el fango periódico del Nilo, y al pie de las orgullosas pirámides, no respiran y se mueven sino el cocodrilo, el tigre, el león, la pantera, esas enormes masas de materia viviente, el rinoceronte el elefante; en las Laponias, y más allá del círculo polar, sólo se ven pequeños animales: el reno, el lince, la zorra y los armiños son los pobladores de las extremidades boreales. El hipopótamo del Niger jamás habitó las orillas del Obi; la marta de Siberia no se ha visto en el Senegal, y el dromedario nunca ha hollado la nieve. ¿Quién ha confinado las grandes especies dentro de los trópicos? Quién ha puesto barreras al tigre, siempre intrépido y siempre sediento de sangre, para no avanzar sus conquistas sobre los vivientes de la zona glacial? Yo veo que el calor y el frío son los que han repartido á todos los animales sobre la tierra; que los grados del termómetro deciden de su destino y de su patria, y haciendo perecer á unos, vivificando á otros, ha señalado límites que nadie puede alterar.

Bien puede el lujo de los reyes juntar en sus vi-

vares los animales de todas las regiones; bien pueden agotar todos los recursos del arte y el poder: el elefante no dará jamás combates en Rusia, ni el reno prestará sus servicios en Ceylán. Es verdad que hay animales privilegiados, que más flexibles que los otros, pueden sobrellevar los grandes fríos de la Siberia y los calores de la vecindad del Trópico. Tales son el oso, el lobo y la zorra. Pero, sujetos á las leyes del clima, varían en el color y en el tamaño, como varía la altura del termómetro. El lobo, por ejemplo, unas veces es negro, otras blanco, aquí pajizo, allá pardo. ¡Qué diversidad de colores en las pieles de la zorra y en las del oso terrestre! Mas lo que debe fijar nuestra atención no son las impresiones exteriores, no los matices de los colores en su pelo; son sí, los hábitos internos que constituyen el carácter esencial y distintivo de su especie.

La fuerza, el valor, la rabia, la sangre y la carnicería parece que son las dotes de los que viven en la zona ardiente. Estas terribles calidades se disminuyen con el calor, se templan y se equilibran con el clima. En aquellos países afortunados, que, igualmente distantes de los hielos y de las llamas, gozan de la más dulce temperatura, los animales que allí habitan, han suavizado su carácter y han cedido á las benignas impresiones del clima. ¿Qué es la ferocidad del lobo europeo comparada con la índole sangrienta del tigre de Bengala? ¿Qué es la onza y el león Americano á la frente de los animales que llevan el mismo nombre en el antiguo continente? En el Norte como en el Ecuador, hay guerras, desolación y muertes. El oso blanco, la hiena y el lince devistan sobre la nieve, como la pantera y el tigre sobre las arenas abrasadoras de la Libia. En la naturaleza los extremos se acercan y se tocan en

muchos puntos, y los terribles efectos de un frío riguroso tienen mucha analogía con los que produce el fuego.

FRANCISCO J. DE CALDAS.

Los astros

La astronomía nos informa de la situación y de los movimientos reales ó aparentes de los astros, desde las estrellas fijas, esos grandes diamantes de la naturaleza, que centellean en lo más retirado de los golfos etéreos, desde esa vía láctea en que los soles están acumulados en legiones, cuyo número incalculable espanta al pensamiento, hasta nuestro sistema planetario. Aquí el sol, colgado, como una lámpara eterna, de la bóveda de los cielos, rodando sobre su propio eje, empañado alguna vez de manchas fugitivas el esplendor de su rostro, lanza sin interrupción los vivos y abrasadores torrentes de su luz á distancias inmensas. Como un soberbio gigante rodeado de sus hijos, avanza majestuosamente llevando al rededor de sí el lucido cortejo de los planetas. De éstos, los más distantes y voluminosos van acompañados de satélites, que giran al rededor de ellos casi en el mismo plano, y en el mismo sentido de Occidente á Oriente en que se mueven sus astros principales; y todos describen órbitas elipsoides al rededor del centro inflamado de este vértice inmenso, presentando sucesivamente su superficie á los rayos solares en sus revoluciones diarias. Su año es tanto más largo cuanto más espaciosa su órbita; y la oblicuidad de sus ejes produce en cada

uno la sucesión periódica de las estaciones, que calienta y refrigera sucesivamente sus varias zonas, al paso que sus polos, apenas ligeramente heridos por los rayos oblicuos del sol, ofrecen un eterno asilo al invierno. Finalmente, un gran número de cometas, cruzando el espacio, ya acelerados, ya lentos, y á veces en otro plan que el de la eclíptica, vienen á calentarse al sol. Entonces destrenzan su cabellera flamante estos mensajeros seculares, que amedrentan á las naciones y turban el movimiento de las esferas á que se acercan; después, continuando su vasta parábola, vuelven á hundirse en los abismos de los cielos. La armonía reina entre todos estos orbes desde el origen de los tiempos; todos ellos publican en su carrera silenciosa las alabanzas de su eterno Hacedor. ¡Qué incomprensible es Aquel que lanzó los mundos en las profundidades de lo infinito! ¡Qué es el débil entendimiento del hombre al lado de esa masa del universo, y delante de este Sér todopoderoso, que puede de una sola mirada desmoronarla en menudos átomos ó restituirla á la nada!

VIREY.

Los cometas

El extraordinario aspecto de los cometas, sus rápidos y al parecer irregulares movimientos, su inesperada aparición, y la prodigiosa magnitud con que á veces se nos presentan, los han hecho en todos tiempos un objeto de asombro, mezclado de supers-

ticiosos temores en el vulgo, y lleno de enigmas aun para aquellos espíritus que se han familiarizado más con las maravillas de la creación y las operaciones de las causas naturales. Aun ahora que sus movimientos han dejado de mirarse como irregulares, ó como regidos por leyes diversas de las que retienen á los planetas en sus órbitas, su íntima naturaleza, y las funciones que ejercen en la economía del mundo particular en que vivimos, son tan desconocidas como en las edades anteriores.

El número de los que la historia recuerda, y de los que han sido observados astronómicamente, se cuenta por centenares; y si reflexionamos que en los primeros siglos de la astronomía, y aun en tiempos recientes, antes de la invención del telescopio, sólo los grandes y brillantes fijaban la atención de los hombres, y que de entonces acá apenas ha pasado año en que no se hayan visto uno ó dos de estos astros, y á veces han aparecido hasta tres á un tiempo, se admitirá sin dificultad que llegan á muchos millares los que vagan por los espacios celestes. Gran número de ellos se substraen, sin duda, á nuestras observaciones, porque sólo atraviesan aquella parte del cielo que está sobre el horizonte durante el día; pues en este caso es necesaria la rara coincidencia de un eclipse total de sol, para que puedan verse; como acaeció, según el testimonio de Séneca, el año sesenta antes de Cristo, en que apareció un gran cometa á muy poca distancia del sol. Algunos, con todo, han sido bastante luminosos para dejarse ver aun al medio día, en medio de todo el esplendor de la luz solar, como lo hicieron los cometas de mil cuatrocientos dos y mil quinientos treinta y dos, y el que apareció poco antes de la muerte de Julio César.

Compónense los cometas, ordinariamente, de una masa nebulosa de luz ancha y espléndida, pero mal definida, la cual se llama *cabeza*, y suele ser mucho más brillante hacia el centro, que ofrece la apariencia de un núcleo luminoso, parecido á una estrella ó planeta. De la cabeza, en una dirección opuesta al sol, salen como dos chorros divergentes de una materia luminosa: éstos se ensanchan y difunden á cierta distancia de la cabeza; y á veces se cierran y juntan á poco trecho, otras continúan separados por un largo espacio, presentando un aspecto como el del rastro que algunos meteoros brillantes dejan en el cielo, ó como el fuego divergente de un cohete, aunque sin chispas y sin movimiento aparente. Esa es la cola ó cauda; magnífico apéndice, que tiene á veces una magnitud inmensa. De un cometa aparecido el año trescientos setenta y uno antes de Cristo, refiere Aristóteles que ocupaba la tercera parte del hemisferio, ó sesenta grados: el de mil seiscientos diez y ocho arrastraba una cola de no menos de ciento cuatro grados: y el de los tiempos modernos, y bajo muchos respectos el más notable de todos, cubría con su cola un espacio de más de setenta grados de la bóveda celeste, y según algunas relaciones, de más de noventa.

La cola falta á veces. Muchos de los más brillantes las han tenido cortas y débiles, y no pocos se han visto sin ellas. Los de mil quinientos ochenta y cinco, y mil setecientos sesenta y tres no tenían vestigio de cola: según Casini, el de mil seiscientos ochenta y dos era tan redondo y tan luminoso como Júpiter. Por el contrario, no faltan ejemplos de cometas ataviados de muchas colas ó emanaciones luminosas divergentes. El de mil setecientos cuarenta y cuatro tenía seis, abiertas como un inmenso

abanico, y extendidas hasta una distancia de treinta grados. Las colas de los cometas son á veces curvas, doblándose en general hacia la región que acaban de atravesar, como si se moviesen más lentamente, ó encontrasen embarazo en su carrera.

Los pequeños cometas, que apenas pueden verse sin el auxilio del telescopio, son, sin comparación, los más numerosos, y frecuentemente carecen de cola, presentándose nos bajo la forma de masas vaporosas, redondas ó algo ovaladas, más densas hacia el centro, donde no se percibe núcleo, ni cosa alguna que tenga la apariencia de un cuerpo sólido. Las estrellas de más pequeña magnitud permanecen claramente visibles, aunque cubiertas por lo que parece la porción más densa de la substancia de los cometas, y esas mismas estrellas nos las ocultaría completamente una moderada neblina que se levantara pocas varas sobre la superficie de la tierra. Y supuesto que aun los cometas mayores en que se percibe un núcleo, no exhiben fases, sin embargo de ser cuerpos opacos que sólo brillan porque la luz del sol se refleja en ellos, síguese que aún éstos deben considerarse como grandes masas de delgado vapor, susceptibles de ser íntimamente penetradas por los rayos del sol, y capaces de reflejarlos desde su interior substancia y desde su superficie. Los más leves nublados que flotan en las altas regiones de nuestra atmósfera, y que al ponerse el sol se nos muestran como empapados de luz, ó como si estuviesen en completa ignición, sin sombra ni oscuridad alguna, son substancias densas y macizas, comparadas con la tenuísima gasa de la casi espiritual estructura de los cometas. Así es que, aplicándoles poderosos telescopios, se desvanece luego la ilusión que atribuye solidez á su núcleo; aunque es verdad

que en algunos se ha dejado ver una como pequeñísima estrella, que indicaba un cuerpo sólido.

Siendo tan pequeña la masa central de los cometas, la fuerza de gravitación que aquélla ejerce sobre su superficie no basta á sujetar el poder elástico de las partes gaseosas, y á esto, sin duda, es debido el extraordinario desarrollo de la atmósfera de estos astros. Que la parte luminosa de un cometa es parecida al humo, la niebla, ó las nubes suspendidas en una atmósfera transparente, es manifiesto por un hecho frecuentemente observado, es á saber, que la porción de la cola, de que está rodeada la cabeza, se ve separada de ella por un intervalo menos luminoso, como si estuviese sostenida por una faja diáfana, al modo que vemos una capa de nubes sobre otra, mediando entre ambas un intervalo despejado. Pero es probable que haya entre ellos muchas variedades de estructura y de constitución física.

Los movimientos de los cometas son, al parecer, sumamente irregulares y caprichosos. Á veces permanecen visibles por unos pocos días, á veces por meses enteros. Unos andan con extrema lentitud; otros con una celeridad extraordinaria: y un mismo cometa aparece acelerado ó lento en diferentes partes de su carrera. El cometa de mil cuatrocientos setenta y dos describió en un solo día un arco celeste de ciento veinte grados. Unos llevan un rumbo constante, otros retrogradan, otros hacen un camino tortuoso; ni se limitan, como los planetas, á un distrito determinado, antes atraviesan indiferentemente todas las regiones del cielo. Las variaciones de su magnitud aparente son también notabilísimas; su primer aparecimiento es á veces bajo la forma de inciertos bultos, que andan muy poco y arrastran muy pequeña ó ninguna cola, y que por grados acele-

ran su curso, se ensanchan, y despiden una cauda cuyo grandor y brillo se aumentan, hasta que (como sucede siempre en tales casos) se acercan al sol, y los perdemos de vista entre sus rayos; pero después emergen por el otro lado, apartándose del sol con una velocidad al principio rápida, y sucesivamente menor y menor. Después de un tránsito por la vecindad del sol, y no antes, es cuando brillan en todo su esplendor, ó cuando se desenvuelven con más magnificencia las colas; indicando así claramente que la acción de los rayos solares es lo que produce esta singular emanación. Continuando su receso, su movimiento se retarda y la cola se desvanece y es absorbida por la masa central, que también se debilita hasta perderse de nuestra vista, en la mayor parte de los casos para no volver á ella jamás.

ANDRÉS BELLO.

Excelencia de la lengua castellana

Mucha verdad es, que las lenguas varían en las diversas épocas de la vida de los pueblos; pero los americanos ofrecemos en esto un fenómeno curioso: somos infantes en la existencia política, y poseemos una habla que anuncia los progresos de la razón, rica y sonora en sus terminaciones, sencilla y filosófica en su mecanismo, abundante, variada y expresiva en sus frases y modismos, descriptiva y propia como ninguna. Nuestros progresos principian, y por mucho que nos eleve el impulso progre-

sivo de la época presente, siempre tendremos en nuestro idioma un instrumento fácil y sencillo que emplear en todas nuestras operaciones, un ropaje brillante que convendrá á todas las formas que tomen nuestras facciones nacionales. Estudiad esa lengua, señores, defended la de los extranjerismos; y os aseguro que de ella sacaréis siempre un provecho señalado, si no sois licenciosos para usarla, ni tan rigoristas como los que la defienden tenazmente contra toda innovación, por indispensable y ventajosa que sea. Os interesa, pues, emprender la lectura de sus clásicos, y penetrar en la historia de su literatura á fin de saber apreciarlos y conocer esa poesía, que veréis, valiéndome de la expresión de un crítico, expresiva en su infancia, natural y sencilla, pero ruda, pobre y trivial: después grave, docta y sonora; hasta degenerar en afectada, pedantesca y enigmática: y por fin grande, majestuosa y sublime, armoniosa y dulce, hasta acabar por hinchada, estrepitosa y sutil. De Garcilaso aprenderéis á expresar vuestras ideas y sentimientos apacibles con candor y amable naturalidad: de la Torre, Herrera, y Luis de León, imitaréis la nobleza, nervio y majestad; de Rioja el estilo descriptivo y la vehemencia del lenguaje sentencioso y filosófico. Descended á los prosistas, y Mendoza, Mariana y Solís, os enseñarán la severidad, facundia y sencillez del estilo narrativo; Granada, la inimitable dulzura de su habla para expresar las verdades eternas y el idealismo y el cristianismo; y por fin, el coloso de la literatura española os asombrará con su grandilocuencia y con las originales graciosidades de su *Hidalgo*. Estudiad también á los modernos escritores de aquella célebre nación, y hallaréis en ellos el antiguo romance hecho ya el idioma de la razón culta, y

capaz de significar con ventaja los más elevados conceptos de la filosofía y los más refinados progresos del entendimiento del siglo XIX.

LASTARRIA.

Unidad del castellano en América

Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente á la patria como la lengua: en ella se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbré, hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarcillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero la de gloriosas victorias; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales á aquellos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas iguales á donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la patria. De suerte que, mirar por la lengua, vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender á su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo.

Por eso, después de quienes trabajan por conservar la unidad de creencias religiosas, nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispano-americanas, como los fomentadores de aquellos estudios que tienden á conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas.

Pero ¿y cuál será la norma á que todos hayamos de sujetarnos? Ya que la razón no lo pidiera, la necesidad nos forzaría á tomar por dechado de nuestra lengua á la de Castilla, donde nació, y, llevando su nombre, creció y se ilustró con el cultivo de eminentísimos escritores, envidia de las naciones extrañas y encanto de todo el mundo; tipo único reconocido entre los pueblos civilizados, á que debe atenerse quien desee ser entendido y estimado entre ellos. Desechado éste, pero reconocida la ventaja de un medio solo de comunicación, ¿cuál entre los países de Hispano-América descuella tanto por su cultura, que dé la ley á los demás hermanos, les imponga sus idiotismos y alcance á arrancar de ellos para sí el pleito homenaje que de grado rinden hoy á la autoridad de la madre, sancionada por los siglos y el consentimiento universal? Excusado parecería tocar este punto si personas desorientadas, que miran con ridículo encono cuanto lleva el nombre de España y cierran los ojos para no ver que en todo lo relativo á lenguaje hemos de acudir á ella, como que gramáticas y diccionarios son españoles ó fundados sobre lo español, no graduasen de indigno vasallaje el acatamiento razonable que todos, —y ellas mismas sin quererlo confesar, — rendimos á la preeminencia de su literatura, y no pretendiesen preconizar por árbitros de nuestra lengua á solos los escritores americanos, que, si se saca la caterva de los

periodistas, de poca autoridad ordinariamente, por razones á todo el mundo obvias, ni son todos tan excelentes que merezcan aquella primacía, ni, los que lo son, han llegado á ser dignos de ella sino mediante su estudio de los modelos castellanos; de manera que, el día en que se presumiese componer gramáticas y diccionarios exclusivamente americanos, se carecería para ello casi absolutamente del ejemplo de los más acreditados hablistas, y en general, de las personas cultas. Semejante pretensión no se ha ocurrido ni aun á los Estados-Unidos de la América del Norte, patrón que á todas horas se propone á nuestra imitación, con gloriarse de los Prescott, Irving, Bryants y Longfellow, y hoy se venera allí á Shakespeare y Pope, á Gibbon y Hume lo mismo que en Inglaterra. Por otra parte, esos odios son ya inoportunos, y sólo nos parecen buenos para fingidos en discursos estudiantiles: la Historia tiene ya dado su fallo, y en su tribunal oprimidos y opresores han llevado su merecido; rotas las antiguas ataduras, unos y otros son pueblos hermanos, trabajadores de consuno en la obra de mejorarse impuesta por el Señor á la familia humana; en el templo de la gloria se ven hoy resplandecer los nombres de Ricaurte, Bolívar, Sucre, San Martín é Hidalgo, apareados con los de Guzmán, Padilla, Palafox y Castaños, y todos proclaman al mundo que en su raza son ingénitos la sed de libertad y el esfuerzo para conquistarla.

RUFINO JOSÉ CUERVO.

Necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias

¡Dichoso aquel que aspirando á igualar á estos hombres célebres, luchare por alcanzar tan preciosos talentos! ¡Cuánta gloria, cuánto placer no recompensará sus fatigas! Pero si una falsa modestia entibiare en alguno de vosotros el inocente deseo de fama literaria, si la pereza le hiciere preferir más humildes y fáciles placeres, no por eso crea que el estudio que le propongo es para él menos necesario. Porque ¿quién no le habrá menester para su provecho y conducta particular? Creedme: la exactitud del juicio, el fino y delicado discernimiento, en una palabra, el buen gusto que inspira este estudio es el talento más necesario en el uso de la vida. Lo es, no sólo para hablar y escribir, sino también para oír y leer, y aun me atrevo á decir que para sentir y pensar; porque habéis de saber que el buen gusto es como el tacto de nuestra razón; y á la manera que tocando y palpando los cuerpos nos enteramos de su extensión y figura, de su blandura ó dureza, de su aspereza ó suavidad, así también tentando ó examinando con el criterio del buen gusto nuestros escritos ó los ajenos, descubrimos sus bellezas ó imperfecciones, y juzgamos rectamente del mérito y valor de cada uno.

Este tacto, este sentido crítico es también la fuente de todo el placer que excitan en nuestra alma las producciones del genio, así en la literatura co-

mo en las artes, y esta deliciosa sensación es siempre proporcionada al grado de exactitud con que distinguimos sus bellezas de sus defectos. Él es el que nos eleva con los sublimes raptos de fray Luís de León ó nos atormenta con las hinchadas metáforas de Silveira, y él es el que nos embelesa con los encantos del pincel de Murillo ó nos fastidia con la descarnada sequedad del Greco; por él lloramos con Virgilio y Racine, ó reímos con Moreto y Cervantes; y mientras nos aleja desabridos de la ruidosa palabrería de un charlatán, nos ata con cadenas doradas á los labios de un hombre elocuente; él, en fin, perfeccionando nuestras ideas y nuestros sentimientos, nos descubre las gracias y bellezas de la naturaleza y de las artes, nos hace amarlas y saborearnos con ellas, y nos arrebatara sin arbitrios en pos de sus encantos.

Perfeccionad, hijos míos, este precioso sentido, y él os servirá de guía en todos vuestros estudios, y él tendrá la primera influencia en vuestras opiniones y en vuestra conducta. Él pondrá en vuestras manos las obras marcadas con el sello de la verdad y del genio, y arrancará ó hará caer de ellas los abortos del error y de la ignorancia. Perfeccionadle, y vendrá el día en que, difundido por todas partes, y no pudiendo sufrir ni la extravagancia ni la mediocridad, ahuyente para siempre de vuestros ojos esta plaga, esta asquerosa colubie de embriones, de engendros, de monstruos y vestiglos literarios, con que el mal gusto de los pasados siglos infestó la república de las letras. Entonces, comparando la necesidad que tenemos, de buena y provechosa doctrina con el breve período que nos es dado para adquirirla, condenaremos de una vez á las llamas y al eterno olvido tantos enigmas, sofismas y sutilezas,

tantas fábulas y patrañas y supercherías, tanta paradoja, tanta inmundicia, tantas sandez y necedad como se han amontonado en la enorme enciclopedia de la barbarie y de la pedantería.

Esto deberá la educación pública á la reunión de las ciencias con la literatura; esto le deberá la vuestra. Alcanzadlo, y cualquiera que sea vuestra vocación, vuestro destino, apareceréis en el público como miembros dignos de la nación que os instruye; que tal debe ser el alto fin de vuestros estudios. Porque ¿qué vale la instrucción que no se consagra al provecho común? No, la patria no os apreciará nunca por lo que supiereis, sino por lo que hicieréis. ¿Y de qué servirá que atesoréis muchas verdades, sino las sabéis comunicar?

Ahora bien, para comunicar la verdad es menester persuadirla, y para persuadirla hacerla amable. Es menester despojarla del oscuro científico aparato, tomar sus más puros y claros resultados, simplificarla, acomodarla á la comprensión general é inspirarle aquella fuerza, aquella gracia, que fijando la imaginación, cautiva victoriosamente la atención de cuantos la oyen.

¿Y á quién os parece que se deberá esta victoria, sino al arte de bien hablar? No lo dudéis: el dominio de las ciencias se ejerce sólo sobre la razón; todas hablan con ella, con el corazón ninguna; porque á la razón toca el asenso, y á la voluntad el albedrío. Aun parece que el corazón, como celoso de su independencia, se rebela alguna vez contra la fuerza del raciocinio, y no quiere ser rendido ni sojuzgado sino por el sentimiento. Ved, pues, aquí el más alto oficio de la literatura, á quien fué dado el arte poderoso de atraer y mover los corazones, de encenderlos, de encantarlos y sujetarlos á su imperio.

Tal es la fuerza de su hechizo, y tal será la del hombre que á una sólida instrucción uniere el talento de la palabra, perfeccionado por la literatura. Consagrado al servicio público, ¿con cuánto esplendor no llenará las funciones que le confiere la patria? Mientras las ciencias alumbren la esfera de acción en que debe emplear sus talentos, mientras le hagan ver en toda su luz los objetos del público interés que debe promover, y los medios de alcanzarlos, y los fines á que debe conducirlos, la literatura le allanará las sendas del mundo. Dirigiendo ó exhortando, hablando ó escribiendo, sus palabras serán siempre fortificadas por la razón ó endulzadas por la elocuencia, y excitando los sentimientos y captando la voluntad del público, le asegurarán el asenso y gratitud universal.

Comparemos con este hombre respetable uno de aquellos sabios especulativos, que desdeñando tan precioso talento, deben tal vez á la incierta opinión de sus teorías la entrada á los empleos públicos. Veréis que sus estudios no le inspiran otra pasión que el orgullo, otro sentimiento que el menosprecio, otra afición que el retiro y la soledad; pero al emplear sus talentos, vedle en un país desconocido, en que ni descubre la esfera de su acción, ni la extensión de sus fuerzas, ni atina con los medios de mandar ni con los de hacerse obedecer. Abstracto en los principios, inflexible en sus máximas, enemigo de la sociedad, insensible á las delicias del trato; si alguna vez los deberes de urbanidad le arrancan de sus nocturnas lucubraciones, aparecerá desaliñado en su porte, embarazado en su trato, taciturno ó importunamente misterioso en su conversación, como si sólo hubiese nacido para ser espantajo de la sociedad y baldón de la sabiduría.

Pero la literatura, enemiga del mando y amartelada de la dulce independencia, se acomoda mucho mejor con la vida privada, y en ella se recrea y en ella ejerce y desenvuelve sus gracias. Mientras los conocimientos científicos, levantados en su alta atmósfera, se desdeñan de bajar hasta el trato y conversación familiar, ó son desdeñados de ella, veréis que la erudición pule y hace amable este trato, le adorna, le perfecciona y concurre así al esplendor de la sociedad y también al provecho. Sí, señores, también al provecho. ¿Por ventura es la sociedad otra cosa que una gran compañía, en que cada uno pone sus fuerzas y sus luces, y las consagra al bien de los demás? Cortés, amigable, expresivo en sus palabras, ninguno obligará, ninguno persuadirá mejor; cariñoso, tierno, compasivo en sus sentimientos, ninguno será más apto para dirigir y consolar; lleno de amabilidad y dulzura en su porte, y de gracia y de policía en sus palabras, ¿quién mejor entretendrá, complacerá y conciliará á sus semejantes?

Y ved aquí por qué el hombre adornado de estos talentos agradables y conciliatorios será siempre el amigo y consuelo de los demás. ¿Quién resistirá al imperio de su expresión? Llena de vigor y atractivos, siempre amena é interesante, siempre oportuna y acomodada á la materia presentada por la ocasión, le atraerá sin arbitrio la atención y el aplauso de sus oyentes; y ora narre y exponga, ora reflexione y discurra, ora ría, ora sienta, le veréis ser siempre el alma de las conversaciones y la delicia de los concurrentes.

Pero ¡ah! que más de una vez le arrojarán de ellas la ignorancia y la mala educación. ¡Ah! que atormentado del estúpido silencio, de la grosera cho-

carrería, de la mordaz y ruin maledicencia que suele reinar en ellas, se acogerá más de una vez á su dulce retiro; pero seguidle, y veréis cuántos encantos tiene para él la soledad. Allí, restituído á sí mismo y al estudio y la contemplación, que hacen su delicia, encuentra aquel inocente placer cuya inefable dulzura sólo es dado sentir y gozar á los amantes de las letras. Allí, en dulce comercio con las musas pasa independiente y tranquilo las plácidas horas, rodeado de los ilustres genios que las han cultivado en todas las edades. Allí, sobre todo, ejercita su imaginación, y allí es donde esta imperiosa facultad del espíritu humano, volando libremente por todas partes, llena su alma de grandes ideas y sentimientos; ya la enternece ó eleva, ya la cónmueve ó inflama, hasta que arrebatándola sobre las alas del fogoso entusiasmo, la levanta sobre toda la naturaleza á un nuevo universo, lleno de maravillas y de encantos, donde se goza extasiada entre los entes imaginarios que ella misma ha creado.

Alguno me dirá que todo es una ilusión, y es verdad; pero es una ilusión inocente, agradable, provechosa. ¿Y qué bien, qué gozo del mundo no es una ilusión sobre la tierra? ¿Es acaso otra cosa lo que se llama en él felicidad? ¿Acaso la encuentra más seguramente el hombre ambicioso en la devorante sed de gloria, de mando y de oro, ó el sensual en la intemperancia que paga brevísimos instantes de gozo con plazos prolongados de inquietud y amargura? ¿Se halla acaso entre el sudor y las fatigas de la caza ó en la zozobra y angustiosa incertidumbre del juego? ¿Se halla en aquel continuo vaguear de calle en calle, con que veis algunos hombres indolentes andar acá y allá todo el día, aburridos con el fastidio y agobiados con el peso de su misma ociosidad? No,

hijos míos; si algo sobre la tierra merece el nombre de felicidad, es aquella interna satisfacción, aquel íntimo sentimiento moral que resulta del empleo de nuestras facultades en la indagación de la verdad y en la práctica de la virtud. ¿Y qué otros estudios excitarán mejor esta pura satisfacción, este delicioso sentimiento, que los del literato? Aun aquellos que los sabios presuntuosos motejan con el nombre de frívolos y vanos, concurren á mejorar é ilustrar su alma. La poesía misma, entre sus dulces ficciones y sabias alegorías, le brinda á cada paso con sublimes ideas y sentimientos, que enterneciéndola y elevándola, la arrancan de las garras del torpe vicio y la fuerzan á adorar la virtud y seguirla; y mientras la elocuencia, adornando con amable colorido sus victoriosos raciocinios, le recomienda los más puros sentimientos y los ejemplos más ilustres de virtud y honestidad, la historia le presenta en augusta perspectiva, con las verdades y los errores, y las virtudes y los vicios de todos los siglos, aquella rápida vicisitud con que la eterna Providencia levanta los imperios y las naciones, y los abate y los rae de la faz de la tierra. Y si en este magnífico teatro ve al mayor número de los hombres arrastrados por la ambición y la codicia, también le consuelan aquellos pocos modelos de virtud que descuellan acá y allá en el campo de la historia, como en un bosque devorado por las llamas, tal cual roble salvado del incendio por su misma proceridad.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

La poesía

¡Ah! no desdeñéis los versos, vosotros, espíritus positivos que os afanáis en prosa por lograr los bienes tangibles de este mundo! Reflexionad un momento, y veréis que un endecasílabo bien hecho tiene todas las calidades de una guínea inglesa: el sonido metálico, el brillo, la gracia perfecta del sello, la buena ley y el peso íntegro; y que por esta razón los renglones que acuñaba el genio de Byron, se cotizaban á la par de las libras esterlinas sobre el mostrador de su librero.

Hay pobres de espíritu que, en servicio de lo que entienden por moral, levantan como á manera de un cordón sanitario de libros indigestos, en torno de las mariposas de su cariño que constituyen la ventura de sus hogares. Pero ¡qué! ¿no advierten que, con esta táctica paraguaya, las echan á volar por los desiertos, expuestas al pico voraz de mil aves de pésima ralea? Denlas, por el contrario, un rumbo salvador en las correrías de la imaginación. Su mejor piloto será un poeta, y la más segura barquilla de su aerostático, un libro de versos selectos. La mujer, nacida en el Paraíso en medio de fantasías, seducciones y deseos, fraguará á su modo, entre puntada y puntada de su costura, poemas enmarañados é imposibles, que la produzcan vértigos y caídas, si no se los dan hechos de antemano por alguno de esos maestros del corazón, diestros en educarle y en conducirlo con riendas de seda.

Las cosas más visibles se nos esconden entre las sombras de nuestras distracciones. Desdeñamos la poesía, mientras que todo es música y poesía en la naturaleza, puesto que cantan las aves, susurran las ramas y los arroyos, y silba el huracán en las montañas y encima de las ondas hinchadas del mar. El libro por excelencia, la fuente perenne de la mejor moral, el que rebosa en espíritu de sabiduría, ya que le dictó el Espíritu Santo; el código de nuestra religión, en una palabra, está escrito en verso con el cálamo de los vates. David lo era, y compuso en rima su Salterio para que fuese más digno de Jehová. Job se lamenta en consonantes hebraicas, y los Profetas vieron lo futuro porque estaban dotados de los ojos inspirados de aquellos seres que viven en lo porvenir.

Por consentimiento unánime de las naciones civilizadas, los maestros primeros de la juventud son los poetas. Virgilio, Horacio, desde que renacieron las letras, son quienes abren las puertas del alma á la claridad de lo bello, imprimiendo el carácter de su inteligencia á cuántos cultivan sus facultades intelectuales en las escuelas y liceos. Sus nombres, sus gustos, sus ideas, á manera de ondas que cunden sin detenerse ni agotarse, pasan de generación en generación, rejuveneciéndose por medio de mil traducciones y comentarios que dan á la luz las imprentas de ambos mundos.

Los grandes reyes y los héroes famosos, necesitan, para no caer en profundo olvido, que la mano piadosa de la historia los levante, de tiempo en tiempo, de sus tumbas. Los grandes poetas siempre están vivos en la memoria, y nacen día á día, como soles, sobre el inmenso horizonte de la literatura.

El poeta es el único mortal que se transubstancie en pueblo y se convierta en muchedumbre; el único capaz de interpretar en lo presente, en el tiempo que fué, en el que ha de venir, la índole, el sentimiento y las aspiraciones de toda una nación. El alma de Schiller es el alma de la Alemania. Dante es, después de seis siglos, el representante *legítimo* de Italia, en el día que se incorpora unida y casi íntegra en la Asamblea de las naciones independientes. Los días [de esos inmortales se cuentan por centurias, y las fiestas natalicias que se les consagra, son solemnidades seculares como las que la antigüedad consagraba á sus Dioses.

El hálito de los pechos que ellos saben conmover, es el fluido que los levanta á tan eminentes alturas. Todas las opiniones, todas las ciencias, los intereses más rivales se ponen de acuerdo para aplaudirlos y para amarlos. Son como los luceros del cielo estrellado, sublimes, hermosos, para cuantos pueden levantar la vista más arriba del techo de sus casas.

La singularidad de este destino de los poetas se explica por la función que desempeñan: está prevista por el mismo Dios. Si el océano careciese de ciertas sales con que le dotó aquel gran químico, sus aguas estarían muertas y pestilentes como las de un lago maldito. La poesía es el grano de aroma que mantiene incorruptible á la sociedad que se agita en el piélago de sus malas pasiones. Es la oración al cielo, que nos le vuelve propicio y nos alcanza su misericordia; es el vínculo de unión de nuestros espíritus con el eterno Espíritu. Allí donde hay poesía, hay santidad, consuelo, alegría, por que ella es bálsamo, brisa y luz.

Su poder se manifiesta y se encierra en un átomo como el incendio en una chispa. Tanto puede conte-

nerse en un poema como en un renglón, y basta una página inspirada de poesía para inmortalizar el nombre de quien la suscribe. Santillana, Manríquez, Cetina, Alcázar, son nombres imperecederos en la literatura poética de España, y, sin embargo, las obras completas de estos afamados autores podrían contenerse en veinte páginas in. 8°. Con la mejor prosa no habrían conseguido semejante milagro, ni llegar hasta los tiempos actuales, presentando tan cortos renglones como título á la celebridad...

La lectura de los poetas es una necesidad impuesta por la naturaleza, é impera tanto en nosotros como la de nutrirnos. Hasta las horas de este pasto de nuestra sensibilidad están señaladas en la sabiduría de su código. Al comenzar el día, entre el rumor de los aires mansos y las «gracias á Dios» de los seres que despiertan del sueño; en la tarde, á la luz mustia del último rayo del sol que nos abandona, experimentamos ciertas sensaciones vagas y melancólicas cuya significación sólo puede dárnosla la ciencia del alma, que es la poesía. Entonces apelamos á los poetas, y ellos nos preparan con sus himnos armoniosos á comprender la solemnidad del día ó de la noche en que vamos á entrar, y á conducirnos como hombres durante las veinte y cuatro horas de ese instante que media entre la aurora y el ocaso del sol.

Si hay cielos y climas propicios á la imaginación como los de Grecia é Italia, deben contarse entre ellos los del Nuevo Mundo, en donde sus primeros descubridores creyeron hallar el Paraíso terrenal, y admiraron constelaciones desconocidas y esplendentes. No sólo el mundo material se agrandó con el hallazgo de América, sino que tomó creces con él la fuerza intelectual del hombre, á quien vemos, desde

finés del siglo XV, desplegar mayor inventiva y audacia. Colón, piloto y cosmógrafo, se transforma en poeta en presencia de las primitivas y fragantes florestas, y dirige á los Reyes Católicos aquellos bellísimos trozos de poesía descriptiva, rebosantes en profundo sentimiento de la naturaleza, que la historia ha dado á conocer con el humilde título de cartas. Su vida misma es una odisea, así como las narraciones de las proezas de los conquistadores pueden considerarse como romances escritos con sus espadas tintas en sangre de indígenas.

JUAN M. GUTIÉRREZ.

Representación del movimiento en el arte

—Hoy, vaya con Dios, no es el calor tan insoporable.

—¡Gracias á esta brisa que templá agradablemente los ardores caniculares!

—Y nota cuánto contribuye á la riqueza del paisaje. Ayer no se movía una hoja y ahora todas las plantas parecen animadas por un espíritu invisible. Á la hermosura de la línea y del color se añade otra nueva hermosura. Aquel extensísimo pinar, mira, parece un lago agitado. Observa la graciosa ondulación de las verdes copas. ¡Qué variedad de reflejos! ¡Qué hermosa inquietud! ¡Con qué gracia se columbian las ramas todas! ¡Cuántas veces á las márgenes de un arroyo engañé el tiempo contemplando el

sesgo curso del agua! Allí es ver cómo las ondas se separan y quiebran en mil hebras de plata, y cómo vuelven á juntarse, y luego se precipitan y despeñan, ó ya se detienen copiando en el transparente remanso las imágenes de las flores y del cielo.

— Ponme ahora sobre el verde césped una servilleta como la nieve, con sus buenas lonjas de jamón encima, cuelga del chopo una gaita gallega para ti, y una bota del tinto para mí, y corra el agua.

— De ti sí que puede decirse lo de *antes de los años mil torna el agua á su cubil*.

— No se han borrado de mi memoria aquellas deliciosas noches de la cala de Tamarit, ni el rielar de la luna, ni aquel incesante quiero y no quiero de las olas, ni aquellos gemidos suyos, ó suspiros, ó risas, ó lo que fueren, ni aquel olor de las algas y mariscos, ni aquella escarola, ni aquellas aceitunas, ni aquella merluza que rechinaba en la sartén...

— Basta, basta.

— No, pues también recuerdo que no te hacías de rogar.

— ¿Y aquél infeliz bergantín sueco que vimos estrellarse al pie del cabo de Bagur?

— Aún me parece estar viendo las furiosas oleadas que con sus recias acometidas parecían querer subirse á los peñascos y hacerlos trizas.

— ¡Qué escena tan lamentable y tan sublime!

— ¿Sublime? ¡Cáspita! En trifulcas como esas me he visto yo, y te aseguro que no supe dar en el chiste de la sublimidad. Aquel continuo bambolearse, y sentirse arrebatado á las nubes, y hundirse en el abismo, aquel crugir del maderamen, aquellos endemoniados silbidos, y velas por aquí, y cuerdas por allá, y latigazos por acullá, y tente firme... Aquello sí que era meneo y movimiento continuo. No

me olvidaré nunca del golfo de San Jorge. ¡Bendito golfo!

—¿Y en aquel trance terrible no te acordaste de Dios?

—Hombre, á decir verdad...¡Pueden tanto las preocupaciones de la infancia!

--La voz del corazón.

--La voz de la ignorancia, la voz del miedo, y nos entenderemos mejor. Doblemos la hoja, y prosigue: no sea que, hablando del movimiento, nos quedemos encallados.

—Añade á tales espectáculos la velocidad del huracán, los estremecimientos de la tierra, los volcanes, la inquietud de las nubes, el continuo vagar de los astros.

—Etcétera. Efectivamente, nada está en reposo. El mundo es una complicadísima máquina,

*que harta está de mal rodar,
y los dos hemos de andar
á túndeme que te tundo.*

La atracción es el gran motor.

—¿Y no hay otro?

—No me hace falta; Newton te lo explicará mejor que yo.

—Newton, en sus *Principios matemáticos*, me dice que sólo Dios, creador de todas las cosas, está presente en todas partes, no sólo por su poder, sino también por su substancia, porque no puede existir poder sin substancia.

Lejos de pretender explicar el mecanismo del universo sin el poder de un Dios creador y conservador, cae más bien en el extravío de confundir el espacio y el tiempo con Dios mismo. No son para almas

del templo de la de Newton las negaciones ridículas de ciertos astrólogos. La naturaleza no es muda, y Newton, gracias al Señor, no fué sordo. Newton sabía leer en los movimientos del cielo y de la tierra la verdad eterna de estas palabras de San Pablo en su epístola primera á los romanos: «Porque las perfecciones invisibles de Dios, su poder eterno y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que nos dan sus criaturas».

Y ya que estamos, como vulgarmente se dice, con las manos en la masa, ten paciencia para oír cómo se expresa Keplero al final de la *Harmonía del mundo*. Dice así: «¡Oh tú que por medio de la luz de la naturaleza nos haces suspirar por la luz de tu gracia, para revelarnos la luz de tu gloria, loado seas, Criador mío, Dios mío, por haberme concedido el placer de admirar y adorar tus obras! He terminado el trabajo de mi vida con la fuerza de inteligencia que tú me diste. He contado á los hombres la gloria de tus obras, tan bien como á mi espíritu le ha sido dado comprender la majestad infinita de ellas. Mis sentidos se desvelaron para buscar en cuanto me fuese posible la verdad, con rectitud de corazón y sinceros deseos. Y si yo, que no soy á tus ojos más que un infeliz gusano de la tierra, nacido entre las ataduras del pecado, decir pude alguna cosa contraria á tus sabios designios, ¡que tu divino espíritu me inspire y me corrija! Si la maravillosa hermosura de tus obras ha henchido mi alma; si, á medida que me engolfaba en el trabajo destinado á glorificarte, he buscado mi propia honra acá en la tierra, perdóname, perdóname con tu bondad y tu misericordia, y concédeme la gracia de que mis escritos proclamen tu gloria y contribuyan al bien de todos los

hombres. Alabad al Señor, ¡oh armonías celestes! y vosotros los que entendéis estas armonías ¡alabad al Señor! ¡Qué mi alma adore á mi Criador toda mi vida! Por el Señor y en el Señor existen todas las cosas, así en el mundo material, como en el mundo espiritual, todo lo que sabemos y todo lo que no sabemos todavía, porque mucho nos queda que hacer, que no dejamos concluido»....

—Volviendo á lo que decíamos, reconozco que el movimiento es un medio de expresión muy poderoso; que por él descubrimos la existencia de fuerzas ocultas que gobiernan el universo y la vida. La observación nos enseña que tanto la forma como el color son engendrados por el movimiento. Lo que no alcanzo á comprender es cómo la escultura y la pintura, que carecen de este medio efficacísimo, pueden comunicar á sus obras tal grado de expresión. Estoy harto de oír que tal estatua, que tal ó cual figura carecen de movimiento y de vida. No dijera más Perogrullo.

En el día, para mover una estatua de Comendador, se necesitaría media docena de jayanes, y me quedo corto.

—No debes tomarlo tan al pie de la letra. En el paisaje de un famoso pintor, no cabe duda que la naturaleza parece animada por un soplo de vida: las hojas parece que se columpian y estremecen, las nubes pasan, las olas corren, la golondrina vuela. Y en un buen cuadro de batalla, entre las inquietas nubes de polvo vemos agitarse los estandartes, vibrar y centellar las espadas, cruzar las balas, galopar los escuadrones, y el acometer, y el huir, y el caer, y el levantarse de los soldados y capitanes.

—No creía ser corto de vista, pero ya lo voy creyendo.

—En la estatua ¿no ves algunas veces cómo se hincha la musculatura; cómo el seno palpita, como se estremece el labio? ¿No parece que debajo de la helada superficie del mármol circula la sangre?

—¿Qué sangre ni qué niño muerto!

—Óyeme, no te alborotes. Es cierto que ni el pintor ni el escultor pueden emplear el movimiento real como medio de expresión; pero sí la representación del movimiento.

—¿La representación del movimiento? ¿Cómo?

—Sorprendiendo en un instante, aunque imperceptible en la muestra de un reloj, claramente percibido por la fantasía, que lo detiene y prolonga cuanto quiere, uno solo de los innumerables y fugaces aspectos del cuerpo que se mueve. La memoria lo guarda, la imaginación lo dibuja y completa, y la mano lo estampa en el lienzo ó lo esculpe en el mármol. Nadie tiene que preguntar si una figura de Velázquez anda ó está parada, si habla ó calla, si respira con desahogo ó con dificultad, si mira con atención ó si sus ojos vagan distraídos; si la pierna tendida en el suelo junto al marco es de una persona que duerme, ó de una persona despierta, ó de un cadáver. Al contrario, en el cuadro de un pintor vulgar, al través de la corrección del dibujo y de la maestría del colorido, se descubre siempre el maniquí, la inmovilidad y entumecimiento de la muerte.

—No entiendo cuáles son esos innumerables y fugaces aspectos del cuerpo que se mueve.

—Es lo más sencillo. Un mismo cuerpo en reposo puede presentarlos. Por ejemplo, aquel pino, desde aquí donde estamos, nos presenta una forma; visto de la parte opuesta, ó desde cualquier otro punto en que nos situásemos, nos presentaría otra forma distinta. Imagínatelo en el centro de una es-

fera hueca. Desde cada uno de los puntos de la superficie interior de esta esfera en que colocases tu ojo, te ofrecería el pino diversa combinación de líneas, diverso dibujo. Si colocases un daguerreotipo, el resultado sería el mismo. No solamente serían diversos los dibujos, y tantos como puntos pueden concebirse en la circunferencia de la esfera, sino que igual diversidad resultaría en cuanto á las combinaciones de luz y sombras y colores. De modo que de un solo objeto podrías sacar millares de imágenes, millares de copias, todas diferentes. Esta es la razón de que un mismo objeto pueda ser hermoso ó feo, según el punto desde donde se mire, y de que la sola elección del punto de vista nos descubra la habilidad ó la torpeza del pintor. ¿Por qué el daguerreotipo, obrando mecánicamente, obedeciendo á las leyes naturales, inflexibles, seguras, que no pueden errar ni mentir, yerra y miente hasta el punto de que muchas veces no se reconozca en el retrato á la persona retratada? ¿Has pensado en ello alguna vez? ¿Crees tú que, por mucho que adelante y se perfeccione al arte fotográfico, ha de poder jamás robar la palma á los retratos de Velázquez, de Van Dyck ó de Rafael?

—Nada tengo que oponer. Reconozco la importancia de la buena elección del punto de vista. Sé que cambiando el punto de vista, cambia el plano visual, y, por consiguiente, la forma del objeto. Pero no comprendo qué relación pueda tener todo eso con la cuestión de que estábamos tratando. Hablábamos del movimiento, y me pones el ejemplo de un cuerpo en reposo.

—Para los efectos de la visión, ya sea el objeto, ya el ojo del espectador quien se mueva, el resultado es uno mismo. Así como puse el ejemplo del ojo

dando vueltas al rededor del objeto, supongamos que, estando quieto el ojo del espectador, girase el objeto sobre sí mismo, ó cambiase de lugar; y tendríamos que, cambiando de la misma manera que antes la relación entre el ojo y el objeto, cambiaría igualmente el punto de vista, y por consiguiente, el plano visual y el aspecto del objeto.

—Convenido. Así sucede que, navegando por la costa parece que las montañas y pueblos son los que van pasando; ó cuando vamos metidos en un coche arrastrado por la locomotora, los palos del telégrafo y los árboles y las rocas parecen astillas que el huracán arrebatá.

—Y á veces tomamos la ilusión por la realidad. Á no haber corregido la razón los errores de los ojos, creeríamos que la tierra estaba fija, y que el Cielo con todas sus estrellas iba dando vueltas en rededor suyo.

—Y sin embargo, ahora mismo que nos parece estar muy quietos, vamos danzando por esos mundos de Dios con una velocidad de la que no puede darnos idea la más disparada locomotora.

—Pues bien, el cuerpo que se mueve cambia de lugar en el espacio á cada instante, y por consiguiente á cada instante, por más que la imaginación lo divida y subdivida, presenta al ojo del espectador una nueva forma. El daguerreotipo no puede fijar ninguna de estas formas; pero la imaginación del artista las coge al vuelo, y las fija.

—Corriente. Pero desde el momento en que consigue fijarlas en el lienzo ó mármol, desapareció el movimiento. La estatua que danza se está tan quieta como la que duerme.

—Pero danza, y conoces que danza. La dificultad consiste en saber elegir, entre los millones de formas,

una sola, y robársela al tiempo. Mira aquel esparaván que se cierne allá arriba. La superficie negra que traza en la azulada bóveda del cielo se modifica incesantemente. Una sólo pincelada de Velázquez produciría la ilusión del esparaván: lo que no es fácil es saber dar esa pincelada. Si tú ó yo la diésemos, es muy probable que en lugar del esparaván saliese un elefante, ó una mosca, ó una mancha de tinta. Para representar un objeto en movimiento, es preciso distinguir, elegir, detener el punto de vista que huye con la velocidad del relámpago. Sólo la imaginación de los grandes artistas puede hacer este prodigio. Y lo hace: no dudes que lo hace.

En un cuadro de paisaje las ramas de los árboles no se mueven, no se mueven las hojas, ni las nubes, es cierto, pero el buen pintor no tiene necesidad de explicarnos si el céfiro sopla agradablemente, ó si corre desencadenado el devastador vendabal: harto lo dice todo el cuadro. En el cuadro histórico ó en la estatua, la actitud, el gesto, el semblante de los personajes, todo vive y habla, como vive y habla en la esfera de la realidad. Y, si cabe decirlo así, no solamente aparece en la representación artística el movimiento físico, el movimiento de los seres corpóreos, sino también, y muy principalmente, el movimiento del espíritu. El pensamiento, los afectos, la voluntad de los personajes, allí están claramente significados, revestidos de cuerpo, convertidos en líneas y colores.

Ya ves cómo la imagen del movimiento, ya que no el movimiento mismo, ya ves cómo la ficción del movimiento, ya que no la realidad, constituyen una parte importantísima de los medios de expresión de que disponen la pintura y la escultura; y

cómo para entrambas artes no está cegada aquella riquísima fuente de inagotables formas y de inagotable belleza.

—¿Sabes en qué estoy pensando? En la incalculable variedad de perspectivas que incesantemente se ofrecen á la vista del que pasea ó viaja.

—Esta es una de las causas de lo mucho que nos distrae el paseo, y de lo mucho que descansa el espíritu, después que el estudio lo tuvo algún tiempo concentrado. El viaje no es más que un paseo al por mayor.

—Y el viaje en ferro-carril un verdadero mareo, una especie de embriaguez ó locura de la vista y de la imaginación.

—Además de la riqueza de líneas y colores, nace del movimiento otro fenómeno, otro elemento de expresión en que debemos fijarnos.

—¿Cuál?

—El sonido.....

Ninguna forma visible tiene el poder de agitar nuestro ánimo con la energía del sonido. El trueno amedrenta á los hombres y á los animales más que la hosca nube y la súbita luz del relámpago. La oscuridad de la noche es imponente, el miedo transforma en lobos y ladrones que nos están asechando los bultos informes de las plantas; pero el rumor de las propias pisadas ó el ligero roce de una rama hielan de pavor el ánimo del receloso y distraído caminante. Cuando al cruzar por el monte solitario se levanta impensadamente de tus pies una bandada de perdices, te asustas y te ríes del susto. Al describir el rayo que hiende la encina, la fuente ó la cascada, el río que se desborda, el terremoto que arrasa una ciudad, el incendio que la devora, el volcán que derrama sus corrientes de

lava hasta la llanura, el huracán, la tormenta, la batalla, el asalto ó el combate naval, la corrida de toros, el regocijo popular, la noche de invierno, la salida del sol, la vuelta de la primavera, ningún poeta cierra sus oídos á las misteriosas voces de la naturaleza, que penetran y vibran en las profundidades del alma con más fuerza que la luz del sol en los ojos. Tú mismo, al hablarme esta tarde de la tormenta del golfo de San Jorge, no echaste en olvido los crujidos de la nave.

El hombre, combinando y dirigiendo por medio de su industria los ruidos informes de la naturaleza inanimada, los transforma en sonidos agradables y expresivos, inventa los instrumentos de música, y convierte la madera de las selvas, los metales de la tierra, las membranas de los animales, en lenguas de su entendimiento y de su corazón. Anima los bosques con el caramillo del pastor, regocija la aldea con el tamboril y la gaita, celebra con la lira la victoria olímpica, alegra el banquete del señor feudal con la gralla del trovador, enciende los pechos del caballero y del bridón con el estrépito del parche y la aguda voz del clarín, anuncia las alegrías y tristezas de la vida y las esperanzas del cielo con los clamores de la campana, hincha de armonía las bóvedas del templo con las cien voces solemnes del órgano que Dios escucha y bendice desde el trono inmutable de su gloria.

JOSÉ COLL Y VEHÍ.

La calandria.

(*El Tempe Argentino.*)

Tiempo hacía que yo me ocupaba en el cultivo de una de las bellísimas islas del Delta. Una hermosa mañana de otoño salí de mi choza al amanecer, á dar un paseo por mi posesión. Caminaba lentamente; ya atravesando plantíos de jóvenes frutales que me presentaban sus primicias, hermoseedas con el lustre del relente; ya siguiendo las sendas umbrosas del monte, donde las aves que acababan de despertar, saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí una lluvia de rocío; ya abriéndome paso por la espesura y vagando sin sendero.

¡Qué enagenantes descubrimientos! ¡Arroyuelos serpeando por entre espadañas coronadas de sus blancos penachos y de pintados pájaros; durazneros abrumados con su fruto en racimos rubios y carminados; hermosos panales colmados de miel...! ¡Oh qué dicha el descubrirlos por primera vez! ¡Qué gusto andar por sendas desconocidas, trazadas por la apacible capiguara; contemplar aquellas vertientes de agua cristalina, á cual más sinuosa y bella; y encontrarse sorprendido bajo una rústica gloria que siglos haría esperar la primera visita del hombre; y allí, sobre su alfombra de musgo, intacta aun, tenderse á reposar y enagenarse con el recuerdo de las emociones de aquel día!

Á cada paso se ofrece un objeto nuevo, una planta, un insecto en que se descubren nuevas maravillas, que tienen el espíritu en incesante fruición. La naturaleza, infinita en su variedad y portentosa en sus obras, ofrece al observador una fuente inagotable de

goces intelectuales, que jamás termina en la fatiga y el hastío de los placeres de los sentidos. Absorto en estas reflexiones, no había notado que ya un sol radiante había disipado las sombras del crepúsculo y los vapores del río. Me hallaba á la entrada de un dilatado bosque de seibos imponentes por su grandeza, bellos por sus flores y los festones de lianas que ondeaban de copa en copa, amenizados por los juegos de la luz del sol que penetraba en lampos temblorosos por entre el agitado ramaje. El árbol que me daba sombra estaba más espléndidamente decorado que los otros; entre mi árbol y el bosque se extendía un pequeño campo, y en medio de él había un mirto florido. Mil susurros agradables se sucedían á mi alrededor, y un ambiente fresco y oloroso, no sé por qué al respirarlo me llenaba de contento, y embargaba mi espíritu en una vaga y dulce contemplación.

Repentinamente despierta mi atención una música deliciosa, que parecía resonar en todos los ámbitos del bosque. Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves; cuantas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida, parecían haberse reunido en los acentos que escuchaba. La luz y el perfume y las bellezas que me habían enagenado, se habían confundido con la célica armonía, para no formar sino un solo concierto. Mis ojos buscan anhelosos la Sífide, la Ondina ó la Sirena que produce el encanto, cuando una faja vaporosa, compuesta de innumerables alas, elevándose en espiral sobre el mirto solitario, me presenta en su cima á la *calandria* ejecutora de aquel portentoso de melodías.

Á los hechizos de la música uníase la inexplicable gracia de los movimientos del ave.

Salían de su garganta gorgoros vivos y sonoros, y al mismo tiempo se remontaba con raudo vuelo, describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver á subir, sin cesar en sus hermosos concentos. Ciérnese en el aire cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si exprimiese allí toda la intensidad de su ternura. Acelera nuevamente su revuelo circular, y exhala suspiros melódicos, que no pueden menos que corresponder á la voluptuosidad de sus recuerdos, degradándose al paso que asciende el cantor en rápido remolino, hasta apagarse en un silencio en que mi alma se deleitaba como si resonaran aún en mi interior los ecos de la divina armonía. Posada la calandria sobre la copa del mirto, nuevos acentos, estrepitosos y brillantes, llenan los espacios del bosque sucediéndose con la volubilidad de los arpegios y los trinos; y el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son acaso la expresión de los transportes de su júbilo, celebrando sus dichas y sus glorias.

MARCOS SASTRE.

Á la caída de la tarde.

(*El Tempe Argentino*)

Era una hermosa tarde del verano, en uno de los arroyos más frondosos de nuestro Tempe, donde todavía la naturaleza no había sido despojada de sus inimitables atavíos. El río rebosaba, precipitándose por los arroyuelos á refrescar el seno de las islas.

Los árboles con sus frutos y las lianas con sus flores, vivamente retratados en el agua, añadían á la natural belleza del arroyo, el nuevo atractivo que se encuentra siempre en la armonía de las formas gemelas.

¡Qué banquete tan espléndido el que la naturaleza ofrecía á todos los vivientes, en aquellas frutas delicadas, de las más apetecidas en todo el mundo, derramadas allí con profusión!

Bosques interminables de durazneros silvestres orillan los canales, encorvándose hasta el agua cargados de melocotones maduros, que no ceden en tamaño, en sabor, en fragancia ni en colorido, á las más peregrinas variedades obtenidas por el cultivo.

Los *costeros*, los carapachayos, y todos los que viven ó se ocupan en las islas, hombres, mujeres y niños, en fin, todos los que tienen una pequeña barca, todos suspenden sus habituales trabajos, para aprovecharse de esta cosecha gratuita é inagotable. Se emplean millares de embarcaciones en el transporte de los duraznos á los pueblos de las costas del Plata, del Paraná y del Uruguay. Durante los dos meses de la *temporada de la fruta* el Canal de la villa de San Fernando se convierte en una feria incesante, donde día por día entran numerosos cargamentos de duraznos, y salen centenares de carretas y carros que llevan á granel la sazónada fruta para la ciudad de Buenos Aires y toda la campaña. Y á pesar de este inmenso consumo, suele ser tan excesiva la abundancia que, á veces, en el puerto, no vale más de medio peso fuerte toda la cantidad de melocotones que puede cargar un hombre.

También nosotros habíamos escogido algunos de los más hermosos, en los duraznales del Tempe Argentino y tratábamos de regresar, aprovechando la

bajante y la frescura de la noche. Al ponerse el sol emprendimos nuestra marcha. Liviana la canoa, y diestro el remero, pronto empezamos á dejar atrás todos los barcos que, cargados de fruta de borda á borda, se dirigían al Canal como nosotros....

De repente, al trasponer la punta de un bosque, hiere mis ojos un luminoso disco de oro: era el sol en su ocaso. Yo contemplaba absorto la sublime hermosura de los cielos en aquel conjunto armonioso de luz, de colores y de formas. Como si una emanación celestial penetrara todo mi ser, me anegaba en inefables dulzuras; y en aquella necesidad de expansión del corazón humano, que nos impele á comunicar á otros las emociones que sentimos, hacía más completa la fruición, porque allí tenía á mi lado un objeto el más querido, la dulce compañera de mi peregrinación por el valle de la vida; la que reúne en su persona lo más bello de la naturaleza; la lozanía y fecundidad de las islas, la belleza y el perfume de sus frutas, la gracia y la melodía de sus aves; aquella cuyo corazón tiene la bondad y pureza de los ángeles; aquella en cuyas manos mi venturosa estrella ha puesto la dicha de mi vida. Cuando contemplábamos juntos las magnificencias del ocaso, su clara inteligencia amplificaba los pensamientos inspirados por el grandioso cuadro que admirábamos en aquella tarde inolvidable.

El sol no irradiaba ya un calor ardiente; su luz no ofusca nuestra vista; ya no es sino un globo de oro, cuyo limbo toca el borde aparente de la tierra. Magnificado y despojado de sus rayos, parece un nuevo astro, más grandioso y bello que cuando resplandece en el meridiano. Brillantes nubes nacaradas le componen un magnífico dosel, desplegándose con las formas más graciosas, teñidas de púrpura y

azul, contorneadas por un filete de oro, diáfano y luciente. La cortina del gran dosel es del más subido escarlata en torno del sol, y pasando por los matices intermedios, siguen el morado y el jacinto, confundándose al fin con el limpio azul celeste de nuestro cielo.

Es inútil que me detenga á describir un espectáculo de belleza y magnificencia tal, que no hay símil que no le sea inferior: y tan diversificado, que no había momento en que no presentara un nuevo aspecto, ostentando nuevas armonías de formas, de tintas y de luces, desde que el sol llegó al horizonte hasta que se acabó de ocultar de nuestra vista. Solamente me propongo excitar la curiosidad de los que visitan nuestras islas; porque desde los canales del Delta es de donde se debe contemplar la puesta del sol en toda su belleza. El aire transparente y puro de esta vasta llanura, donde no hay polvo ni vapores que puedan empañar la atmósfera, hace más perceptibles los fenómenos de la luz y los más delicados juegos de los suaves contornos de las nubes.

Nuestra atención se dirige á los objetos que nos rodean, atraída por el ruido del aire agitado por las alas de las aves, que eligen la caída de la tarde para retirarse á su acostumbrado asilo. Por donde quiera que se dirija la vista se descubren bandadas de diferentes especies, siguiendo todas la misma dirección del centro del Delta. Las unas vuelan apiñadas y en desorden en forma de nublados: tales son las palomas, los tordos, los jilgueros y las cotorras bulliciosas; otras van en hileras ordenadas, como las vandurrias, los patos, los cisnes de cuello negro, y los flamencos de alas de fuego; vuelan acá y allá las águilas, los halcones, los caracaraes, las cigüeñas, los toyuyúes y las garzas color de rosa. El zor-

zal, el piririguá, el bienteveo, la calandria y tantas otras avecitas se cruzan por todas partes en busca de sus nidos, haciendo resonar los ecos del bosque con sus mutuos reclamos.

Los peces entran en cardúmenes á disfrutar del gran festín, y se precipitan por los arroyuelos para tomar su parte en el suelo sembrado de melocotones, ahora cubierto por la *marea*. Bien se conoce su premura y muchedumbre en el escarceo de las aguas y en sus frecuentes brincos y colazos. El dorado que no quiere sujetarse al régimen frugívoro, salta á veces sobre el agua tras su presa, luciendo sus escamas cubiertas de oropel.

La entrada de la noche es la hora en que más se difunden los olores. Abren las flores sus cálices al relente y á las brisas de la tarde, y radiosas parecen dar al sol un tierno adiós, exhalando sus más suaves perfumes. El mirto, cuyo solo nombre dilataba nuestros pechos con eróticos recuerdos; el siempre verde mirto, delicado y elegante todo lo llenaba con su exquisita fragancia, que trasciende entre los demás aromas, como la pasión de que es emblema domina sobre todas las pasiones. ¡Con qué delicia se respira, á la caída de la tarde, el aire embalsamado de las Islas!

El sol se ha ocultado bajo el horizonte; las nubes han perdido sus galas y el cielo su esplendor; la débil luz del crepúsculo precede al manto oscuro de la noche. La meditación, acompañada de un vago sentimiento de melancolía, ha reemplazado las efusiones de nuestro gozo.

El ocaso del sol, ¿nos daría la imagen del ocaso de la existencia? Si la mañana de la vida es la época más placentera, ¿no es la tarde más tranquila y templada? El sol cuando se pone, ¿no es tan bello y mag-

nífico como cuando nace? Y ese sol, después de embellecer nuestro occidente, ¿no va á anunciar la aurora á otras regiones, dejándonos aquí los recuerdos de un hermoso día? Así el hombre, cuando se acerca al término de la vida, se goza en la calma de las pasiones; los inocentes placeres que encantaban su infancia vuelven entonces á regocijar su corazón; se ejercita en la práctica de las buenas obras, y cuando llega á su ocaso, pasa tranquilamente á un nuevo mundo, donde su existencia será perdurable y su dicha sin amarguras, dejando acá la memoria de sus virtudes.

MARCOS SASTRE.

Cartas á un amigo.

Noviembre 2.

Mi anterior fué escrita en camino, y hoy hace dos días que estoy en la estancia de.... Pienso permanecer aquí algún tiempo por ver si consigo restablecer mi salud. El paraje es desierto y solitario y conviene al estado de mi corazón; un mar de verdura nos rodea, y nuestro rancho se pierde en este océano inmenso cuyo horizonte es sin límites. Aquí no se ven, como en las regiones que tú has visitado, ni montañas de nieve sempiterna, ni carámbanos gigantescos, ni cataratas espumosas desplomándose con ruido espantoso entre las rocas y los abismos. La naturaleza no presenta variedad ni contraste; pero es admirable y asombrosa por su grandeza y majestad. Un cielo sereno y transparente, enjambres de animales de diversas especies, paciendo, retozando, bra-

mando en estos inmensos campos, es lo que llama la vista, despierta y revela la imaginación. He notado en mi tránsito que las gentes son sencillas y hospitalarias; siempre me han dado alojamiento en lo interior de sus reducidas chozas, como si no fuese un desconocido. Mis huéspedes me han hecho el mismo acogimiento y me han cobrado en dos días una afección y cariño que no he podido adquirir con un trato largo y continuo en las ciudades. Se empeñan en que los acompañe algunos meses. No saben mi desgracia, pero han notado que estoy melancólico y que busco la soledad. ¡Buena gente! Ignoran que la tristeza ha echado raíces profundas en mi corazón.

Diciembre 12.

Todo entregado á la meditación, paso momentos deliciosos en estas soledades. Mi imaginación se anima y sale del letargo sombrío y ominoso que la abruma, al contemplar los encantos del espectáculo maravilloso que la rodea. De todo me olvido, de mi dolor, de mi aislamiento, del mundo y aún á veces de mí mismo. Al romper el día hago ensillar mi bruto fogoso, monto, y salgo con algunos peones á recorrer el campo y los rodeos de ganado; luego me separo de ellos, y voy á visitar algunos ranchos vecinos, y en todos encuentro la satisfacción y el regocijo que huyen de mí. Huyo yo también de estas moradas de felicidad, y perseguido por mis lúgubres ideas, suelto la rienda á mi caballo para aturdir mi mente, y me alejo más y más hasta perderme en medio del desierto. Persigo al sagaz avestruz, corro en pos del ligero venado, y luego bajo fatigado á reposarme en la verde pradera. ¡Qué gusto verse transportado de aquí allá, como por las alas

del viento; volar de un sitio á otro, y exparcir su vista á la vez por horizontes diversos, y luego venir á reposarse al rededor de una multitud de insectos que hormiguan y chillan, de una multitud de aves que vuelan ó reposan también, y de enjambres de cuadrúpedos que rumían tranquilamente la hierba! ¡Observar el orden y la armonía de la naturaleza y elevarse hasta la meditación de sus leyes inmortales, y descubrir allá en el corazón del universo, la mano omnipotente que lo rige! ¡Qué vuelo tan sublime toma entonces la fantasía; cómo se llena de gozo á medida que penetra y mira, faz á faz, los maravillosos arcanos de la creación! Su elemento es infinito, el cielo, los espacios imaginarios, el universo, todo lo abarca y lo sujeta á su atracción. ¿Quién no queda absorto al contemplar en la callada noche el disco melancólico y plateado de la luna, acompañado de esa multitud de faros rutilantes que pueblan el firmamento? ¿Quién, al respirar el aroma vivificante de las flores en medio de esta soledad y de este silencio, que no interrumpen sino el balido de la oveja, el relincho del caballo y chillido de los insectos, queda frío espectador y no siente en su corazón emociones peregrinas? ¡Y luego tanta luciérnaga ambulante, el murmullo del arroyo, y esos fuegos fátuos que se levantan, se acercan, se alejan y desaparecen, dando pábulo á la fantasía y aterrorizando al vulgo! Son las doce, y es la hora que yo voy, como Ossian, á interrogar mis recuerdos al resplandor de la luna, á escuchar las melodías aéreas y hablar con mi corazón.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Las ruinas de Mendoza.

Desde que á algunas leguas de Mendoza empezaron á presentarse las casas destruidas, advertimos que penetrábamos en la región de las ruinas, y descubrimos con religioso respeto nuestra cabeza para recibir el polvo de los muertos.

Llegamos al fin á la ciudad caída. Nos pareció que la noche era la hora más propicia para visitar á los muertos, y que el fúnebre espectáculo sólo podía ser bien examinado á la luz de la luna.

Se ha dicho con razón que la luna es la compañera del hombre. Buena y dulce compañera, en efecto, puesto que ella despierta en el alma los afectos generosos y tiernos y el recuerdo de las dichas perdidas, como la esperanza del bien que anhelamos. La luna nos acompaña en los momentos en que cesan los ruidos del mundo, del que nos convida á alejarnos para contar en la soledad y el silencio todos estos astros del cielo que narran las glorias del Señor y sirven de pedestal á su trono. La melancolía es el sentimiento que se apodera de todo nuestro corazón en esas horas calladas de la noche; ella nos enseña á la vez nuestro origen y nuestro destino: nos dice por qué culpas perdió el hombre el paraíso en que Dios le creó, y cuáles son las virtudes que han de abrirle el paraíso que no se pierde. La melancolía no es la alegría, pero es el dolor consolado; es la más natural de las afecciones humanas: cuando ella domina su ánimo, el hombre recuerda y espera, está en plena posesión de sí mismo.

Y al que quisiera observar el mundo moral, que no se ve desde la altura del Tupungato, le aconsejaría-

mos visitara en Mendoza las ruinas bajo las cuales descansan tantos miles de hermanos nuestros, cuando arroja sobre ella sus resplandores la reina de las estrellas.

Fué una noche de luna cuando visitamos la destruida ciudad, penetrando por entre los escombros con el cristiano recogimiento con que se marcha sobre las tumbas. ¿Cómo describir aquel horrible espectáculo? ¿Qué palabras puede bastar á hacer concebir al hombre lo que sus ojos no han visto?

Renunciemos á una descripción imposible, por lo menos para nosotros; en vez de pintar el aspecto material de aquel caos hablemos sólo de los recuerdos y las imágenes que asaltaban nuestra mente abatida en presencia de cuadro tan afligente.

Imagináos una ciudad en que todo está en movimiento, todo con vida. Era el último día de la estación del verano, á las siete y media de una hermosa noche; y nadie sospechaba, por cierto, que un instante después el frío de la muerte había de apagar la existencia de casi todos los habitantes de la ciudad. Los unos, descansando de las tareas del día, acariciaban tranquilos á sus hijos en el seno de la familia; otros conversaban tristemente en medio de los amigos sobre las recientes calamidades que habían consternado á todo el país; las señoras aprovechaban la claridad de la noche para visitar las tiendas; las gentes piadosas se retiraban en gran número del templo, en que un padre jesuíta acababa de predicarles la palabra evangélica, y de exhortarlas á cumplir el deber de la penitencia, para asistir con la conciencia sin mancha, en los días santos que se acercaban, á adorar al Salvador muriendo en la cruz. Apenas se habían cerrado los labios de los que habían pedido á la Virgen Inmaculada en sus oraciones rogara á Dios por

ellos en la hora de su muerte, que ignoraban ¡ay! estuviera tan cercana cuando la muerte se presentó de improviso ¡y cuatro segundos después la ciudad no existía!

El trueno subterráneo resonó al tiempo mismo que ella se desplomaba. El movimiento de la tierra fué tan violento, que no era posible mantenerse en pie ni marchar sobre ella. Los que lograron andar algunas varas para llegar á la calle, buscaban su refugio en el lugar precisamente del mayor peligro, pues las paredes, al derrumbarse, se cruzaban sobre el centro de las calles mismas.

Un silencio verdaderamente sepulcral, interrumpido sólo por el aullido lejano de los perros, siguió el espantoso temblor. Una nube densa de polvo se levantó de las ruinas, y cubrió la faz de la luna con un manto negro. En la calle principal estalló el incendio, cuyo humo se confundía con el polvo en el aire, y cuyas llamas, al tiempo que despedían sus luces siniestras sobre la ciudad hecha escombros, formaban como una muralla impenetrable de fuego, dentro de la cual perecieron abrasadas muchas personas, entre ellas algunas jóvenes de las familias más distinguidas. Las pocas gentes que habían logrado salvar se agruparon en la alameda y la plaza, habiendo dejado los más, principalmente las mujeres, sus vestidos en los escombros. Muchos de aquellos infelices tenían roto algún miembro de su cuerpo, y todos ellos despedazados el corazón por ignorar la suerte que había cabido á sus padres, sus esposas, sus hijos. Un frío extremo y raro en aquella estación vino á agregar los sufrimientos físicos á las angustias indecibles del espíritu....

Todas esas escenas espantosas, horribles, que conocíamos al visitar las ruinas de Mendoza, y de las

que hemos hecho una pálida y breve reseña, se presentaban á nuestra imaginación con sus coloridos más vivos, y hacían en ella impresión tanto más intensa, cuanto nos hallábamos en el teatro mismo de tan grande calamidad. Cada casa caída, y todas lo estaban, nos traía el recuerdo de una familia cuya mayor parte estaba allí sepultada, y los otros miembros abrumados bajo el doble peso del dolor y de la miseria. ¿Cuántas horas duró la agonía de gran número de esos difuntos, cuando han salido con vida varios individuos de entre los escombros, cinco, seis, y hasta ocho días después? ¿Cuántos desgraciados buscaron inútilmente el cadáver de su padre ó su esposa, para poseer, á lo menos, cuando todo lo habían perdido, una tumba que guardara los restos del objeto de su ternura? ¿Cuántos otros vinieron á llevar su ropa y algunos muebles, y hallaron todo robado?

Llamaba nuestra atención en aquella noche, que ha dejado en nuestra memoria imperecederos recuerdos, el aspecto majestuoso é imponente de las ruinas de los templos, alumbradas por las antorchas del cielo que habían reemplazado á las del santuario. Menos las torres, la mayor parte del frente de ellos ha quedado en pie y grandes trozos de los muros de los costados. La Matriz, San Francisco, Santo Domingo, San Agustín y la Merced eran templos espaciosos y elevados, cuales sabían construirlos los españoles en tiempo de la colonia. En los atrios de ellos veíamos muchas tumbas, sobre las cuales había cruces sencillas, formadas de simples cañas las más de ellas. Nos parece que las preces que se eleven á Dios desde esas tumbas y delante de aquellas iglesias caídas, han de hallar en el cielo acogida muy favorable, y que con la tierra humedecida con tantas lágrimas

han de erigirse más tarde otros santuarios, predilectos para la piedad de los cielos en aquellos lugares consagrados por el infortunio.

FÉLIX FRÍAS.

El Nacimiento.

(*La noche de Navidad*)

Quando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso Nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones. Pero ¿quién es el que ha visto un Nacimiento y no la ha sentido? ¿Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantástica de corcho y papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora, ante un crucifijo, un santo ermitaño, gracioso y sencillito anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro á una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña, y aquel contrabandista con su manta y su sombrero gacho, que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel, para dejar libre paso á los tres Reyes, que por las altas cumbres de esos Alpes de corcho caminan en toda su gloria?... ¿Quién no siente un placer inexplicable al ver pasar aquel borriquito cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel... ¿Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que pacen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? ¿No os da frío aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? ¿No os da

gana de calentaros aquella hoguera tan coloradita que encienden los pastores para calentar al niño? ¿Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tan bien un río helado, los peces, las tortugas, los cangrejos que están con toda comodidad sobre el cauce de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas? Vese aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila su vecina, como por el ojo de un puente; aquí un ratón colosal mira con aire de Matamoros á un diminuto y pacífico gati-to; más allá un borrico disputa con una liebre sobre el grandor de sus orejas, que son de un mismo tamaño; un toro se ve en igual contienda en punto á cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacía á un cisne raquítico. Y estos pájaros de todos colores, que alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco, que forman el fondo de este cuadro encantador, ¿no os parecen acaso acudir de las cuatro partes del mundo? ¿No os alegra ver bailar á los pastores? Y sobre todo, ¿no adoráis enternecidos el divino misterio contenido en aquel portalito con su techo de paja, y en el fondo su aureola ó gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente, en aquella santa y alegre noche, todo nos parece vivir y sentir; aquellas figuritas de barro hechas por torpes manos, puestas allí con tanta buena fe y tanta devoción, nos parecen animarse y recibir alma, de la alegría y entusiasmo que reinan. La estrella que guía los magos, ese oropel y cristal, se nos figura flamígera, y arrojar resplandores. La aureola que circunda el pesebre en que yace el Dios hecho hombre, nos parece brillar no por las luces que transparenta, sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol; las zambombas, panderetas y cantos nos son tan sim-

páticos y tan gratos, como si fuese los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

¿Puede acaso darse una fiesta más alegre, más sencilla, más tierna y al mismo tiempo más elevada? El nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del cristianismo. Así ¡cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen á Dios lo que más le complace, la inocencia, la fe y el amor. ¡Oh noche, bien denominada buena, más alegre que el carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

FERNÁN CABALLERO.

La derrota.

(El Sabor de la Tierruca.)

Aun no había cesado la sonata en el campanario, cuando se oyó otra más recia y atronadora en todas las callejas del lugar: mezcla de bramidos, esquilonas, silbidos y jujeos. Nadie había soltado aquella mañana sus ganados, en espera del acuerdo concejil que las campanas publicaban ya con sus sonoras lenguas por todos los ámbitos de Cumbrales.

Desaparecieron como por encanto los portillos y seturas de las mieses; y cada una de las brechas resultantes fué vomitando en la vega el ganado á borbotones, en abigarrada y pintoresca mezcla de especies, sexos, edades y tamaños: la mansa oveja y el retozón becerro; la cabra arisca y el perezoso buey;

la dócil burra y la gentil novilla; la sosegada vaca, el inquieto potro de recria y el toro rozagante. Tras el ganado y por el lado de la Cajigona, que vuelve á ser nuestro observatorio, apareció la gente que lo había conducido, y mucha más que se le fué agregando; pero la parte juiciosa de ella no pasó de los bordes de la meseta. Los muchachos, armados de sendos palos terminados en gruesa y curva cachiporra, se lanzaron mies abajo, silbando al vacuno, apaleando á las burras, ladrando á las ovejas y espantando á los potros con gritos y aspavientos. Pero no era necesaria tan ruidosa excitación para que las inofensivas bestias dieran al traste con la formalidad; pues no bien sus pezuñas hollaron el blando suelo de la mies, toda la extensión de la vega les pareció poco para campo de su regocijo.

¡Válgame Dios, qué triscar el suyo y dar corcovos y sacudir el rabo! ¡Qué mugir los unos, y relinchar los otros, y balar aquestos, y rebuznar por allí, y bramar por el otro lado! ¡Qué embestir los chicos á los grandes, y hacerse éstos los temerosos y los débiles por chanza y pasatiempo! ¡Qué derramarse por la cuesta abajo el compacto rebaño, y entrar en la cañada, largo, angosto y serpeante, verdadero río de lana tomando la forma de su lecho! ¡Que gallardearse á lo mejor el becerrillo negro con humos de toro, junto á la apuesta novilla, y escarbar el suelo, y bajar la cabeza y mirar en derredor con fiera vista, y hacer la rosca con el rabo, sin qué ni para qué, puesto que ningún rival le disputaba el campo! ¡Qué perder el tiempo en estos alardes que no eran agradecidos ni siquiera observados! Hasta el manso y trabajado buey olvidaba su esclava condición, sus años y sus fatigas, para tomar parte en el general holgorio con tal cual amago de corcovo mal hecho,

y aun ciertos asomos de galanteo á la vaca de su vecino.

Á todo esto, ni pensar en pacer sería y formalmente. Se tiraba un bocado al fresco retoño de la hondonada, pasando de largo; y otro, más lejos, á la *paulina* de la heredad; y luego otro, de refilón, al verde de una regatada; y así se andaba y se probaba todo sin fijarse en nada, creyendo acaso que lo desconocido era más sabroso que lo ya probado. Faltaba el tiempo para correr la blanda y fragante alfombra de la vega, y la loca y desacorde vocería y el sonar incesante de esquilas y cencerros, enardecía las bestias, y túvolas sin juicio ni sosiego cerca de una hora.

Calmados los ímpetus poco á poco, los sesudos bueyes humillaron la cabeza sobre el elegido terreno para pacer de veras y á qué quieres estómago; trocóse en manso lago, sobre este prado ó aquella heredad, cada rebaño que antes fué torrente de ovejas; enderezóse el burro, harto de revolcarse; y sin sacudirse la basura, ahogó los últimos suspiros, roncós y desconcertados, entre cogollos de helechos arrancados á la sombra de una mimbrera terminal; los potros, cesando de correr, cruzaron de dos en dos los enjutos cuellos, se expulgaron á dentelladas y por largo rato... y todo movimiento fué cesando en la vega, hasta que no se oyó en ella otro ruido que el sonoro y acompasado de las esquilas y los cencerillos de las bestias, que los movían al pacer blanda y sosedadamente.

JOSÉ MARIA DE PEREDA.

Entreacto ruidoso.

(*El Sabor de la Tierra.*)

Los que madrugaron al otro día (y cuenta que en Cumbrales se levanta al alba la gente) vieron que, mientras el sol salía embozado en crespones de es-carlata, sobre las lomas del Sur relucía, fulguraba el celaje, como si fuere lago de cristal fundido; lago con islotes de nácar y grumos de oro; á trechos, ondas purpúreas, blancas vedijas inalterables y *rabos de gallo*, más efímeros, sobrenadando; y por riberas y marco en toda la redondez de este espacio, moles de negras y plomizas nubes amontonadas. Entre una y otra mole, densas brumas cenicientas, valles fantásticos de aquellas raras montañas que se prolongaban, en contrapuestos sentidos, en forma de ásperas cordilleras. En lo más alto del cielo, ténues veladuras rotas; luego el éter purísimo hasta el horizonte del Norte, donde el celaje era cárdeno, mate y estirado, como una inmensa lámina de acero sin bruñir.

El aire era tibio y pesaba tanto sobre el ánimo como sobre el cuerpo; ni una hoja se movía en los árboles, ni una yerba en los campos; la vista y el oído adquirirían un alcance prodigioso; las tintas de las montañas, más que calientes, parecían caldeadas; los contornos y relieves flotaban en un ambiente seco y carminoso que, acortando las distancias, engrandecía las moles; y el silbido del pastor y el sonar de las esquilas del ganado, llegaban claros y perceptibles al oído desde los cerros del Mediodía.

Cuando en la Montaña amanece entre estos fenómenos de la naturaleza, todo montañés sabe qué

viento va á reinar aquel día; y entonces se llama al espacio brillante rodeado de nubarrones, *el agujero del ábrego* (1).

Y por allí salió este caballero, en la ocasión de que se trata, dos horas después de amanecer.

Salió blando, sosegado y apacible, y como de recreo por el campo de sus hazañas, jugueteando con el humo de las chimeneas, las mustias y ya escasas hojas de los árboles, las hierbecillas solitarias de los muros y las sueltas y errabundas pajas de la vega... Lo que haría cualquier cefirillo de tres al cuarto. En Cumbrales no levantaba el polvo de las callejas, ni movía las puertas entornadas, ni siquiera los pliegues de un refajo, ni los picos de una muselina.

Así es que el señor cura tocó muy tranquilo á misa mayor, y luego las tres campanadas para los perezosos; y la iglesia se fué llenando de gente que nada temía y sólo se quejaba del «bichorno, poco al consonante de la bajura del mes que iba corriendo».

Con esta tranquilidad en los espíritus, y sin alterarse la de la naturaleza, comenzó la misa, gorjeada y solemne.

Pero no había llegado el *Credo* á la mitad cuando las chanzas comenzaron á enardecer á la fiera; y la tramó con las ramas tenaces, los matorrales espesos y las ventanas cerradas, que, siquiera, le ofrecían alguna resistencia. Mas si doblegaba las unas y bamboleaba los otros, las ventanas no cedían ni le franqueaban el paso.

Tanteóle por las buhardillas, donde las había; y se encontró con que las más de ellas tenían los postigos clavados desde que estaban allí; quiso también en-

1 Los campesinos montañeses, los de la región central, por lo menos, llaman ábrego al viento del Sur.

trar en la iglesia, y hasta logró apagar los cirios de los primeros *tajos*; pero le cerraron la puerta apresuradamente. Con estas contrariedades se fué empujando poco á poco, y tornó á las ventanas con propósito de desquiciarlas, metiéndose por las rendijas. Metióse, forcejó y se hartó de dar bufidos de coraje; pero no logró su intento. En venganza, con las ramas de los frutales de los huertos azotó las viviendas de los dueños. Entonces conocieron éstos que la cosa iba de veras; y los que no lo habían hecho todavía, se trancaron por dentro á llave y palanca. Esta actitud equivalía á un reto; y el enemigo, rugiendo amenazas, se retiró á sus antros, como para acabar de pertrecharse. La calma y el silencio volvieron á reinar en la naturaleza; pero por pocos momentos.

Cuando reapareció el monstruo, temblaron hasta los más valientes. Sordos mugidos le precedían, y, á su paso, humillaban los árboles sus erguidas copas; alzábase el polvo en remolinos; las puertas se estremecían en sus quiciales, y el día se quedó á media luz parda y traidora. Comenzó la batalla. ¡Qué estruendo!... ¡qué empujel!... ¡qué acometidas aquellas! Algunas chimeneas vacilaron y más de un alero crugió, soltando la carcoma de la vejez al choque de la furia; las puertas más firmes lanzaban gritos de agonía; las podridas ramas de las vetustas higueras saltaban hechas pedazos; en los manzanos tremolaba el muérdago desarraigado, como triste gallardete con que demanda auxilio el desmantelado buque; lloraban escombros las humildes socarreñas sobre sus regazos de ortigas, y chasqueaban y se conmovían los empingorotados tejadillos de las altivas portadas.

En medio de su ferocidad imponente, el viento t

nía caprichos verdaderamente pueriles: recogía las hojas dispersas en solares y callejas, y las arrinconaba donde mejor le parecía, en un solo montón; encrespábale, revolvióale, alzábale del suelo, y en rápido y sonoro remolino subíale muy alto; allí le cernía, le ensanchaba, le encogía, le alargaba, dejábale descender nuevamente; y cuando le tenía en el suelo, dispersaba de un soplo todas las hojas, que desaparecían detrás de los vallados, en los fosos y entre los bardales; volvía á reunir las al instante sacándolas de sus escondrijos, y tornaba á amontonarlas y á cernerlas, á subirlas y á bajarlas, y á darles libertad otra vez, y otra vez á recogerlas. Con el polvo hacía diabluras: nubes espesas, diáfanas neblinas, mangas y espirales. Desconchaba los lomos de los muros revocados, y desnudaba á los viejos de sus vestiduras de yedra.

Tras estos juegos y aquellas violencias, que no eran más que un tanteo de fuerzas y un ensayo de batalla, las tablas dejaron de estremecerse y las rendijas de silbar; callaron los gemidos de los árboles, y sólo se oyó un rumor, á modo de jadeo, hacia la vega, como si sobre ella y los montes vecinos se hubiera tendido el monstruo á descansar. De vez en cuando se agitaban un poco las ramas, y el polvo y las esparcidas hojas se revolvían en el suelo. Diríase entonces que tenían cara las viviendas y los muros, y los árboles, y que en ellas se pintaba el dolor de lo pasado y el espanto de lo que aun les esperaba. ¡Qué acongojado aspecto ofrecían aquellas caras con los ojos cerrados, y aquellos árboles contraídos y tiritando!

La tregua fué breve, y la embestida que le siguió, con el estruendo de cien batallas, espantosa.

En algunos embates parecía el viento macizo, y

entonces resonaban sus golpes como cañonazos; y cada golpe de éstos producía un desastre; lo firme oscilaba; lo vacilante caía; las tejas se encrespaban, hervían en los tejados, como si diablillos danzaran debajo de ellas; y en la casa donde la puerta saltaba de sus pernos, barría el huracán muebles y vasares; y al buscar salida por el cumbre, removía las tablas del desván y derrengaba los cabrios. ¡Con qué astucia rastreaba los suelos y husmeaba los hogares, buscando una chispa que llevarse al pajar para regalarse con el espectáculo de un incendio!

No había punto en el lugar donde la furia no metiera su cabeza, y con la cabeza las garras, y con las garras el azote. Por eso todo era estrago y fragor en torno suyo. Silbaba furioso en huecos y rendijas; bufaba en los arbustos, bramaba en los callejones, y en las arboledas rugía; y, en ocasiones, hasta las campanas lanzaban desacordes sonidos, con favor de los fieles que se guarnecíán en la iglesia.

A lo lejos, un rumor incesante, como el del mar cercano en noche tormentosa; aquí, el crugir de la rama desgajada ó del tronco que se quiebra; allí el estruendo de la pared que se derrumba, ó el zumbido del bardal que se agita desesperado y extiende sus greñas espinosas, buscando de qué asirse para que no le arranquen de la tierra que le nutre; y como complemento del cuadro, una luz tétrica y sulfúrea iluminándole; la atmósfera sofocante y enrarecida, sin sus alegres y naturales pobladores, ocultos á la sazón Dios sabe dónde, llena de objetos raros é inconexos: tallos de maíz, hojas maceradas, polvo, astillas.... y guijarros.

¡Imponentes espectáculos son éstos, y de los más grandiosos que ofrece la naturaleza en la Montaña! ¡Lástima que no puedan contemplarse *al aire libre*,

sin grave riesgo de la vida! Bien sé yo quien tuvo la suya muy expuesta en un trance idéntico, por dejarse vencer de la curiosidad que le sacó de casa para admirar el cuadro sin estorbos.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Pedro Sánchez.

Á un mozo de regular sentido le es fácil construir en su imaginación una ciudad, sin haber visto otra como ella; llenarla de tiendas aparatosas, de caballeros principales... y aún de lo que no existe sino en los puntos maravillosos, cabe, en fin, hasta mejorar la realidad, y con frecuencia se observa este fenómeno en las gentes sencillas que han soñado mucho y han visto poco. Pero es imposible adivinar hasta dónde puede elevarse, cuánto puede sentir el espíritu humano excitado por el concurso de agentes externos, de los cuales no se tiene la menor idea. Yo me ví en este caso entonces. No me maravilló el templo con sus tres naves góticas, su coro bajo frente al altar mayor, su suelo de mármoles y sus capillas sombrías; pues si he de hablar con verdad, cosa más grande y más rica me había imaginado yo para una catedral de población tan renombrada é importante; pero comenzó la misa, y ya el ir y venir de los canónigos, arrastrando las negras colas; el solemne y ostentoso ceremonial del presbiterio; los preludios del órgano; las nubes y el olor de los incensarios agitados por los inquietos monaguillos vestidos de rojo y blanco, y la templada luz que se descomponía en

todos los colores del prisma al atravesar los vidrios de las ojivas, imprimieron un nuevo rumbo á mis ideas, sacándolas de sus ordinarios y naturales cauces. Después, á medida que la misa adelantaba, crecía la fuerza de mi atención, porque nuevas ceremonias y no soñadas impresiones la sorprendían y la cautivaban, sin poder yo darme cuenta todavía de si aquel arrobamiento en que comenzaba á caer era solamente una inesperada excitación de mis sentimientos religiosos en ocasión y sitio tan señalados, ó si en él influía también un exceso de curiosidad. Pero llegó un momento en que á las voces estentóreas de los sochantres, y á las atipladas de los niños de coro, y al sonar de las campanillas de los monagos, y al cántico trémulo é inseguro del oficiante, se unió el estruendo de toda la trompetería del órgano, formando el conjunto un verdadero torrente de armonías que se desbordaba de las naves del templo y parecía estrellarse en inmensas oleadas contra los fustes, y saltar en ecos resonantes desde los mármoles del pavimento hasta los rosetones de las bóvedas. Entonces sentí un extraño cosquilleo que se deslizaba por todas las fibras de mi cuerpo; perdí la noción racional de cuanto tenía delante y en derredor de mí; hundí la cabeza en el pecho; parecióme que los haces de columnas se alargaban y crecían hasta perderse de vista, diáfanos y aéreos, que la tempestad de sonidos se extendía por todo el espacio hasta llenar los ámbitos del mundo, como la voz terrible de Jeováh.....; *y Le vi, sí, Le vi* flotando sobre nubes de incienso y de armonías, entre las abiertas bóvedas del templo, *y Le sentí* en mi corazón y en mi conciencia, y crecieron en ella las más leves faltas hasta la magnitud de enormes culpas, al ardor de la fe que también crecía en mi pecho; humillé mi cabeza.... (creo que

toqué con la frente el duro mármol en que se hincaban mis rodillas); negóse mi labio trémulo á pronunciar las plegarias que salían de mi corazón; brotaron mudas lágrimas de mis ojos; y al verme en presencia de Juez tan grande y majestuoso, avergonzóme la altura del suelo que me sostenía, y envidié la oscuridad y bajeza del mísero gusano que se arrastra bajo las costras de la tierra.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

El naufragio.

Permanecimos allí hasta la punta del día, pero el cielo estaba tan oscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos descubrir en él ningún objeto, y sólo columbramos á lo largo como una nube opaca, que nos dijeron era la isleta del Ámbar, situada á un cuarto de legua de la costa. En suma, el día era tan tenebroso, que no se percibía más que la orilla de la playa, donde nosotros estábamos, y algunos picachos de las montañas de la isla, los cuales se dejaban ver de cuando en cuando por entre las nubes que giraban sin cesar en torno de ellos.

Á eso de las siete de la mañana oímos en el bosque ruido de tambores, y de allí á poco vimos venir á caballo al gobernador M. de la Bourdonais, con un destacamento de tropa armada, y seguido de gran número de criollos y negros; y colocando á los soldados en la playa, les mandó hacer una descarga general de fusilería. Apenas se hizo la descarga cuando advertimos en el mar una llamarada, seguida

inmediatamente de un cañonazo; lo que nos hizo juzgar que el buque estaba á corta distancia de nosotros. Corrimos todos velozmente hacia al paraje donde se había oído el cañonazo, y descubrimos, por entre la niebla, el casco y arboladura de un gran navío, del cual estábamos tan cercanos, que sin embargo, del ruido de los olas oímos el pito del Contramaestre, que mandaba la maniobra y las voces de la tripulación, que gritó por tres veces: ¡Viva el Rey! porque este es el grito de los franceses en los mayores apuros, igualmente que en los más grandes regocijos.

Desde el punto en que el navío San Gerando nos vió en situación de poderle socorrer, no cesó de disparar cañonazos de tres en tres minutos. M. de la Bourdonais hizo encender grandes hogueras de trece o en trecho por toda la playa, y envió á buscar á casa de todos los colonos de las inmediaciones víveres, tablones, cables y toneles vacíos. Bien pronto vimos llegar una multitud de ellos, acompañados de sus negros, con provisiones, jarcia y otros utensilios de esta naturaleza, que venían de las habitaciones de los Polvos de Oro, del arrabal del Frasco y del río del Baluarte.

Acercóse en esto uno de los más ancianos al Gobernador, y le dijo:

—Señor Gobernador, toda la noche se ha oído un ruido sordo en las montañas: las hojas de los árboles se menean en los bosques sin que se sienta ningún viento, las aves marítimas se refugian á la tierra: sin duda que todas estas señales anuncian un huracán.

—¡Cómo ha de ser! respondió el Gobernador: venga lo que Dios quiera, que á todo estamos dispuestos, y los del navío también lo estarán por su parte.

En efecto, todo presagiaba la próxima explosión de un huracán. Las nubes que se distinguían en el cenit, eran en su centro de un negro horrible y de color de cobre en la circunferencia, y el aire resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos y de una infinidad de aves marítimas, que á pesar de la oscuridad de la atmósfera llegaban, de todos los puntos del horizonte, á buscar asilo en la isla.

Cerca de las nueve de la mañana se oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes de agua acompañados de truenos se despeñasen de la cima de las montañas. Todos gritaron á una voz: «¡El huracán! ¡el huracán!» é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento disipó la niebla que cubría la isla del Ámbar y su canal.

Descubrióse entonces claramente el San Gerando con toda su tripulación encima de cubierta, bajadas las vergas y masteleros de las gavias, su pabellon ondeante y hecho giras, con cuatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta del Ámbar y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circunda la isla de Francia, por cuyo paraje ningún otro navío había pasado hasta entonces. Presentaba la proa á las olas que venían de mar adentro, y á cada montaña de agua que entraba en el canal, se levantaba su proa de tal forma que se descubría toda la quilla; y zambulléndose con este movimiento la popa, desaparecía á nuestra vista hasta la galerías, como si hubiera sido sumergida en las aguas. En esta posición en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde había entrado, ó varar, picando cables, en la playa, de la cual estaba separado por grandes arrecifes. Cada ola que venía á estrellarse contra la costa,

se adelantaba bramando hasta las rías y ensenadas de las inmediaciones, llevando los guijarros más de cincuenta pies tierra adentro; y retirándose después, dejaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacía rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar sublevado por el viento, se embravecía por instantes, y todo el canal comprendido entre la isleta del Ámbar y esta isla, no era más que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas, cuyas espumas se apiñaban en los recodos de las ensenadas hasta la altura de más de seis pies, y el viento, que barría su superficie, las llevaba, por encima del repecho de la playa, á las tierras apartadas más de media legua de ella. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados horizontalmente hasta la falda de los montes, cualquiera diría que era una nevada que salía del mar. El horizonte ofrecía todas las señales de una tempestad duradera, y el mar parecía que estaba confundido con el cielo. Continuamente se veían desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesaban el cenit con la velocidad de las aves, mientras que otras permanecían inmóviles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningún lado se descubría el azul del firmamento, y sólo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una fúnebre luz.

Con los terribles balanceos del navío, sucedió lo que se temía. Faltáronle los cables de proa; y como quedó á una sola ancla, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la playa. No se oyó entonces más que un grito general de dolor entre nosotros. Á este tiempo iba Pablo á arrojarse al mar, cuando le detuve por el brazo, y le dije:

—Hijo mío, ¿quieres ir á perecer?

Á lo que exclamó:

—¡Muera yo mil veces antes que dejar de ir á socorrerla!

Como el sentimiento le privaba de la razón, discurremos Domingo y yo, para evitar su muerte, atarle á la cintura una soga larga, y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entonces Pablo hacia el San Gerando, nadando unas veces, y yendo otras á gatas por los peñascos, hasta tener en varias ocasiones valor para llegar á su bordo; pues el mar, en aquellos movimientos irregulares, dejaba el navío casi en seco, de modo que se podía andar á pie alrededor de él: pero volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, la cubría de enormes rollos de agua, que levantando hasta las nubes la proa del buque, arrojaban mucho más acá de la ribera al infelice Pablo, con las piernas ensangrentadas, magullado el pecho y casi sin aliento.

Apenas recobraba el miserable joven el uso de los sentidos, cuando se levantaba y volvía con nueva intrepidez hacia el navío, que los golpes de mar iban abriendo por instantes con horribles crujidos. Toda la tripulación desahuciada ya de poder salvar la vida en el buque, se precipita en tropel al mar, los unos en los gallineros, los otros en las vergas y la mayor parte en toneles y tablones.

Vióse entonces el objeto más digno de eterna compasión, que fué presentarse en la galería de popa del San Gerando, una joven con los brazos tendidos hacia aquel que hacía tantos esfuerzos por llegar á ella. Esta joven era la infeliz Virginia, que desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo.

La vista de esta amable criatura, expuesta á tan inminente peligro, acabó de consternar á todos los expectadores, particularmente cuando advertimos que nos hacía señal con la mano, aunque con cierto

aire de nobleza y tranquilidad, como diciéndonos adios para siempre. Todos los marineros se habían echado al agua, menos uno que se conocía intentaba persuadirla á que se desnudara y salvara la vida por este medio, arrojándose con él al mar; mas ella resistiéndolo con dignidad, levantó los ojos al cielo y huyó de allí. Gritaron entonces todos los concurrentes: «¡Sálvala, sálvala; no la desampares!» Pero en aquel mismo instante una montaña de agua se introdujo entre la isleta del Ámbar y la costa, y se abalanzó bramando hacia el navío, al cual amenazaba con sus flancos negros y sus cimas espumosas y encrespadas. Á tan terrible aspecto, el marinero se arrojó solo al mar; y Virginia, viendo la muerte inevitable, se ciñó con una mano los zagalejos, puso la otra sobre el corazón, y levantando al cielo sus ojos serenos, se mostró como un ángel que remonta su vuelo hacia el empíreo.

BERNARDINO DE SAINT PIERRE.

.Aventura de los carneros.

(Don Quijote de la Mancha, parte I, cap. XVIII.)

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vió don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo: Este es el día, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en que tengo que hacer

obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es causada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. Á esa cuenta, dos deben ser, dijo Sancho, porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacía era encaminado á cosas semejantes. Y la polvareda que había visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho vino á creer y á decirle:—Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?—¿Qué? dijo don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, lo conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolín del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.—Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho.—Quiérense mal, respondió don Quijote, porque este Alifanfarón es un furibundo pagano y está enamorado de la

hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.—Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.—Ene so harás lo que debes, Sancho, dijo don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado caballero.—Bien se me alcanza eso, respondió Sancho, pero ¿dónde pondremos este asno que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.—Así es verdad, dijo don Quijote; lo que puedes hacer de él es dejarle á sus aventuras, ora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento y mira que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel attillo que allí se hace, de donde se debe de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se vieran bien las dos manadas que á don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir: Aquel caballero que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido

Micocolembo, gran Duque de Quirocía; el otro de los miembros gigantes, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boli-che, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente en estotro ejército, al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, Príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarve; el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique; el otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*.

Y de esta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadrón que él imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo: Este escuadrón fronterero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que be-

ben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos campos masíficos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termódonte: los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númeridos, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los medos; los partos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor de siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga, se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuanto toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válgame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo abortito y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á

ninguno, le dijo: — Señor, encomiendo al diablo. si hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; á lo menos yo no los veo: quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche. — ¿Cómo dices eso? respondió Don Quijote, ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de atambores?—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros. Y así era verdad, porque ya llegaban cerca de los rebaños. El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir. Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¡Qué locura es esta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo á Dios! Ni por esas volvió Don Quijote; antes en altas voces iba diciendo: Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos: veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuevo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la ma-

nada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descañéronse las hondas y comenzaron á saludarle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo á todas partes, decía: ¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; más antes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole: — No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviere, que los que iba á cometer no eran ejércitos sino manadas de carne-

ros? — Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábetete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero.

MIGUEL DE CERVANTES.

Sancho en la ínsula Barataria.

(Don Quijote de la Mancha, parte II, capítulo XLVII)

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca tohalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que

parecía estudiante, echó la bendición, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro, que hacía el oficio de maestresala, le llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se lo quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta pres-teza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso y mirando á todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de Maesecoral.

Á lo cual respondió el de la vara: No se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores de ella, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día, y tanteando la complexión del gobernador, para acertar á curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que me imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así, mandé quitar el plato de la fruta por ser demasíadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar por ser demasíadamente caliente y tener muchas especies, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—De esa manera, aquel plato de perdices, que están allí asadas, y á mi parecer, bien sazonadas, no me harán algún daño.

Á lo que el médico respondió: Esas no comerá el señor Gobernador en tan. que yo tuviere vida.

—Pues ¿por qué? dijo Sancho.

Y el médico respondió. Porque nuestro maes.ro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima*. Quiere decir: toda hartazga es mala; pero la de las perdices, malísima.

—Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuántos manjares hay en esta mesa, cuál me hará mas provecho, y cuál menos daño, y déjeme comer de él, sin que me le apalee, porque, por vida del Gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuesa merced tiene razón, señor Gobernador, respondió el médico, y así, es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aún se pudiera probar; pero no hay para qué.

Y Sancho dijo: Aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida, y por la diversidad de cosas que en tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—*Absit*, dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento. No hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorescas; y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo el primor y toda atildadura; y la razón es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera

son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas. Mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora, para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestión.

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado.

Á lo que él respondió: Yo, señor Gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna.

Á lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera: Pues señor doctor Pedro Recio de Mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante; si no ¡voto al sol, que tomo un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él no me ha de quedar médico en toda la ínsula!... á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos, los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas. Y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la repú-

blica; y denme de comer, ó sino, tómense su gobierno; que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.

MIGUEL DE CERVANTES.

El rebuzno á competencia.

Sabrán vuesas mercedes que en un lugar, que está cuatro leguas y media de esta venta, sucedió que á un Regidor de él, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince días serian pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el Regidor perdidoso, otro Regidor del mismo pueblo le dijo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha aparecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha aparecido. En el monte, respondió el Lallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasión miralle: quisele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo más escóndido del monte: si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa que luego vuelvo. Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso.

En resolución, los dos Regidores á pie y mano á mano se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dijo el Regidor que le había visto, al otro: Mirad, compadre; una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algún tanto decís, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los memos asnos. Ahora lo veremos, respondió el Regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya, y nos responda si es que está en el monte. Á lo que respondió el dueño del jumento: Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento había parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos, que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podéis dar

dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolución yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís. También diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvían á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aún por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto des-

consolados y roncos se volvieron á su aldea, á donde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos, y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado á tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar Rey ni Roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana, ú otro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y estas son las maravillas que dije que os había de contar: y si no os lo han parecido, no sé otras; y con esto dió fin á su plática el buen hombre.

MIGUEL DE CERVANTES.

Mi primera sensación benéfica.

(Fragmento.)

Á los diez años daba yo malas muestras de mi persona, y mis travesuras eran menos inocentes que las de los otros niños. En el tiempo de los nidos, corría á los campos, trepaba á la copa de los más altos álamos, escalaba las puntas de los riscos, cubiertas de hiedra, penetraba los bosques más sombríos; ni perdonaba, como los otros chicos, á la alegre golondrina, que habita en el hogar del labrador; antes bien, acechaba la ocasión en que éstos acudían á sus labores para abrir sus ventanas ó puertas, coger los pajarillos ó quebrar los huevos y destruir el nido. Las mujeres me trataban de sacrílego y sólo toleraban estos atentados por consideración á la bondad y á las virtudes de mi padre. Un día me fuí armado de un larguísimo varal á hacer caer el nido de la golondrina que criaba en el techo del portal de la casa de ayuntamiento, y para que la pájara no se me escapase, cerré, aunque con trabajo, las altas puertas de la calle; mas la pobre avecilla, después de haber volado en torno de sus hijos, se me escapó por una reja baja por donde salía un débil resplandor de luz artificial. Fuí á asomarme alzándome en la punta de los pies, y ví un lóbrego calabozo de donde se exhalaba un olor fétido, y se escuchaba ruido de cadenas, acompañado de bajos y lamentables suspiros. Sorprendióme esta triste mansión, y más cuando sentí una de mis manos, que tenía apoyada en la reja, cogida y apretada por otra mano áspera y sumamente ardiente. Quise huir, mas no pude desasir mi mano. Entonces se presentó á la reja un sem-

blante descarnado y pálido, casi cubierto todo de una barba espesa y cana. Salieron de sus labios trémulas palabras, entre las cuales pude distinguir: «No temas, hijo, soy un pobre preso.» El temor que me erizaba el pelo no me impidió buscar en mis bolsillos, con la mano que tenía libre un real de plata que era mi caudal, y alargársela á aquel espectro. Pero él, asiéndome también de aquella mano, me dijo: «No. . . . no. . . . es menester que me salves la vida.» Mi situación no era muy cómoda, porque el buen hombre tirando de mis brazos para acercarme á sí, me obligaba á apoyar la frente contra la reja; pero la curiosidad y la compasión me hacían tolerable. «Soy un pobre anciano abandonado en este calabozo «por una muerte acaécida en un pinar de esa sierra, «y mi inocencia sola no me libraré á lo menos de pe- «recer de frío y de mis achaques, si me coge otro in- «vierno en esta cárcel. Mira, hijo mío, en tu casa está, «según he sabido, el señor don Juan Meléndez, oidor «de Valladolid; cuéntale mis miserias; que me atien- «da; que estoy con calentura hace seis meses; que me «haga el favor al menos de que se me ajusticie pron- «tamente.» El infeliz comenzó á sollozar, y yo igualmente, sin tener ya miedo ni acordarme de la golondrina. Eran cosas más serias las que debían ocupar á un hombrecito que podía ya salvar la vida á otro. Lleno de estas reflexiones, hablé, lloré, conmoví; me acuerdo que mi padre exclamó abrazándome: «¡Ay si viviera tu madre!» Don Juan Meléndez era muy sensible. Vió al preso, se informó de la causa, le halló inocente y le ofreció su apoyo. Yo no cabía de gozo; me veía acariciado y fuera de un pupilaje en que me habían metido por travieso. Pasmábame el que ser bueno fuese tan fácil y tan agradable. Tres meses habían pasado desde que Meléndez había llegado á

la chancillería, y mi preso caía en una melancolía de que ni mis socorros ni mis consuelos podían sacarle, cuando un día recibió mi padre carta con copia de la favorable sentencia.

¡Yo que lo oigo! Sin decir nada á nadie, sin buscar el sombrero (nevaba fuertemente con ventisca), plántome en la calle, corro á la cárcel, me empino á la reja y grito como un loco: «Tío Moreno, ya está V. libre.» Esta imprudencia causó el efecto que era natural: el anciano cayó redondo en tierra, dando con la cabeza en el poyo de la ventana. Por fortuna mi buen padre, sospechando el motivo de mi salida, había venido á buscarme, y por su orden fué socorrido prontamente el preso. Éste de allí á pocos días salió de la cárcel y pudo pasearse por el pueblo, llevándome en brazos siempre á la taberna, al juego de la pelota, al tiro de la barra, y á todos les decía: «¡Este es el angel que me ha librado!» Yo le quise mucho, como que le debía los mejores ratos que había experimentado, y le socorrí hasta su muerte, que no sucedió sino algunos años después, sin que los muchos que han pasado hasta el día me le hayan hecho olvidar. Siempre que miro en un techo un nido de golondrinas, suspiro por el tío Moreno; pero este suspiro mismo no carece de dulzura.

Cuando algún fatuo, en Madrid, me pregunta con desdén cómo puedo vivir entre las peñas, casi que me da gana de contarle este caso, y hacerle comprender que la felicidad no sólo habita allá en los coliseos, en las concurrencias, ni aun en las bibliotecas espaciosas: se la suele encontrar, aun sin buscarla, hasta en la reja de una triste cárcel.

JOSÉ SOMOZA.

Parsondes.

Aunque se ame y respete la virtud, no se debe creer que sea tan vocinglera y tan espantadiza como la de ciertos censores del día. Si hubiéramos de escribir á gusto de ellos, si hubiéramos de tomar su rigidez por valedera y no fingida, y si hubiéramos de ajustar á ella nuestros escritos, tal vez ni las Agonías del tránsito de la muerte, de Venegas, ni los Gritos del infierno, del padre Boneta, serían edificantes modelos que imitar.

Por desgracia, la rigidez es sólo aparente. La rigidez no tiene otro resultado que el de exasperar los ánimos, haciéndoles dudar y burlarse, aunque sólo sea en sueños; de la hipocresía farisáica que ahora se usa.

Véase, si no, el sueño que ha tenido un amigo nuestro, y que trasladamos aquí íntegro, cuando no para recreo, para instrucción de los lectores.

Nuestro amigo soñó lo que sigue:

—Más de dos mil seiscientos años ha, era yo en Suza un sátrapa muy querido del gran Rey Arteo, y el más rígido, grave y moral de todos los sátrapas. El santo varón Parsondes había sido mi maestro, y me había comunicado todo lo comunicable de la ciencia y de la virtud del primer Zoroastro.

Siete años hacía ya que Parsondes, después de iluminar el mundo con su doctrina, y de formar varios discípulos dignos de él, había desaparecido, sin que le volviese á ver nadie, ni vivo ni muerto. Los buenos creyentes daban, pues, por seguro que Parsondes había subido á la región de la luz increada, cerca de Ahura Mazda, donde brillaba casi tanto como

los Amschaspandes y los Iseds, y donde eclipsaba á su propio feruer con beatíficos resplandores. Allí militaba aún en el ejército de los espíritus luminosos contra el príncipe de las tinieblas Ahrimanes, cuya soberbia había humillado en esta vida terrenal, y cuyo imperio contribuía poderosamente á destruir en la otra vida, procurando que se realizase la santa esperanza del triunfo definitivo del bien sobre el mal. Los sectarios de la religión de Ahura Mazda creían, pues, á puño cerrado, que Parsondes debía contarse en el número de los veinte ó treinta grandes profetas, precursores y continuadores de Zoroastro hasta la consumación de los siglos. Aunque en Suza y en todo el imperio de los medos, con los reinos tributarios, había hombres de otras varias religiones y creencias, todos respetaban y casi divinizaban igualmente á Parsondes, si bien por diversos estilos. Unos decían que había encontrado la flecha de Abaris y se había ido por el aire, montado en ella; otros, que se había elevado al empíreo en el trono flotante de Salomón ó en un carro de fuego; otros, que el dragón Musaros, que en la antigüedad más remota civilizó á los asirios, y que tenía cuerpo de pez, cabeza de hombre y piernas de mujer, se le había llevado consigo á su palacio submarino, en el fondo del Golfo Pérsico. En resolución, aunque por distinta manera, todos convenían en que Parsondes, el virtuoso y el sabio, estaba viviendo con los dioses. En las plazas públicas de Suza se veneraba su imagen, coronada la cabeza de una mitra con quince cuernos, en razón de las quince virtudes capitales que resplandecieron en él, y vestido el cuerpo de un ropaje talar lleno de otros símbolos más extraños aún en nuestros días, aunque entonces no lo fuesen.

Entretanto, las malas costumbres, el lujo, la disi-

pación, los galanteos y las fiestas dispendiosas iban en aumento desde la muerte ó desaparición de Parsondes, el cual, mientras vivió entre nosotros, no hizo más que condenar aquellos abusos.

El Rey de Babilonia, Nanar, tributario de mi augusto amo Arteo, Rey de Media, había roto todo freno y corría desbocado por el camino de los deleites. Nosotros acusábamos á Nanar, como Parsondes le había acusado antes; pero nuestra voz, menos autorizada que la suya, no tocaba el corazón de Arteo ni le decidía á destronar á Nanar y á poner otro Rey más morigerado en Babilonia. Nanar era más descreído y libertino que Sardanápalo, y en Babilonia no se adoraba ya á otro dios que al interés y á Milita, ó como si dijéramos á Venus. En vano mis camaradas y yo predicábamos contra la corrupción. El vulgo y la nobleza se nos reían en las narices. Nosotros nos vengábamos con hablar de la santa vida de Parsondes y con ponerla en contraposición de la vida que ellos llevaban.

Así iban las cosas, cuando una mañanita Arteo me hizo llamar muy temprano á su presencia.

—Hay esperanzas, me dijo, de que Parsondes viva aún; pero, si ha muerto, es menester vengarle y castigar á su matador, que no puede ser otro que el Rey Nanar.

—Tu sabiduría, señor, le contesté, es como la luz que lo penetra y descubre todo. Vences al cocodrilo en prudencia y al lince en perspicacia; pero ¿cómo has sabido que Parsondes puede vivir aún, y que, si ha muerto, Nanar ha sido su asesino? ¿No han asegurado los magos que Parsondes está en el cielo? No han descubierto los astrólogos en la bóveda azul una estrella, antes nunca vista, y no han reconocido en esa estrella el alma de Parsondes?

—Así es la verdad, replicó el Rey, pero yo he llegado á averiguar, por revelación de algunos caballeros babilonios descontentos de Nanar, que éste, furioso de lo que Parsondes clamaba contra él, envió siete años ha emisarios por todas partes para que ocultamente le prendiesen y llevasen á su alcázar; y allí debe de estar Parsondes, ó muerto, ó padeciendo tormentos horribles.

—¡Ah, señor! exclamé yo al punto, postrándome á los pies del Rey, justo es vengar una maldad tan espantosa. Permite que yo sea el instrumento de tu venganza, y que salve á mi querido maestro del cautiverio en que, si no ha muerto, se halla.

El Rey me dijo que con ese fin me había llamado, y que al instante me preparase á partir con el acompañamiento debido, y órdenes terminantes suyas para que Nanar me respondiese con su vida de la del santo varón, ó le pusiese en libertad.

Aquel mismo día, que era uno de los más calurosos del estío, salí de Suza en un magnífico carro tirado por cuatro caballos árabes. Un hábil cochero iba dirigiéndole, y dos esclavos etíopes me acompañaban también en el carro, haciendo aire el uno con un abanico de plumas de avestruz, y sosteniendo el otro, sobre rico varal de marfil prolijamente labrado, el ancho parasol de seda. Cuatrocientos ginetes, todos con aljabas, arcos y flechas, vestidos de malla y cubierta la cabeza con sendos capacetes de bronce, nielado de refulgentes colores, me seguían y me daban mayor autoridad y decoro. Seis batidores, montados en rayadas y velocísimas cebras, iban delante de mí, á fin de anunciarme en las diversas poblaciones. Las vituallas y refrescos que traíamos para suplir las faltas del camino, venían sobre los lomos de veinte poderosos elefantes.

Por no pecar de prolijo, no refiero aquí menudamente los sucesos de mi viaje. Baste saber que el décimo día descubrimos á lo lejos los muros ingentes de Babilonia, obra de Nabucodonosor y de Nitocris. Tenían treinta varas de espesor, circundaban la ciudad, formando una zona de veintidos leguas de bojeo, y se elevaban, por la parte más baja, ciento veinte varas sobre la tierra; tanto como los campanarios de las catedrales de ahora. Un copete de verdura coronaba los muros. Eran los jardines pensiles. Sobre los muros y sobre los jardines descollaban algunos edificios, como los palacios reales, el templo de Belo y la famosa torre de Nemrod, que constaba de ocho pisos, de más de doscientas varas de alto el primero. Desde la cima de esta torre, que parecía tocar la bóveda celeste, presumían tratar los sabios antiguos con los dioses, secretas inteligencias ó genios que mueven los astros. Aunque tan distantes aún, y de un modo confuso, creíamos ya percibir las colosales figuras esculpidas y pintadas en las paredes exteriores de palacios y templos; aquellos toros con cabeza de hombre y aquellos hombres con cabeza de león; aquellos próceres y aquellos guerreros, ceñidos los riñones de talabartes, de que se enamoraron Oala y Oliba. El sol reflejaba desde Oriente sobre los gigantesco edificios y sobre las cien puertas enormes de la ciudad, que eran de bronce dorado. El resplandor que despedían deslumbraba los ojos. El Eufrates y el Tigris, serpenteando y heridos también por los rayos del sol que rielaba en sus ondas, se asemejaban á dos cintas de oro en fusión que formaban un lazo.

Los batidores se habían adelantado á anunciar mi llegada. De repente vimos levantarse en la extensa y fértil llanura, entre las huertas, jardines y verdes sotos, por donde estaba abierto el camino, una nube-

cilla blanca que se iba agrandando. Luego vimos una mancha oscura que se movía hacia nosotros. Poco después llegó á todo correr uno de mis batidores á decirme que Nanar se acercaba á recibirme con numerosa comitiva. En esto la mancha oscura se había agrandado en extremo y empezamos á oír distintamente el son de los instrumentos músicos, el relinchar de los caballos y el resonar de las armas. Notamos, por último, el resplandor del oro y de la plata, el lujo de las vestiduras y la magnificencia de los que á recibirnos venían.

Hice entonces que el cochero aguijase los caballos, y pronto estuve cerca del Rey Nanar, que venía en un soberbio palanquín de bambú, sándalo y nácar, sostenido por doce gallardos mancebos. El Rey bajó del palanquín y yo del carro, y nos saludamos y abrazamos con mutua cordialidad.

La túnica del Rey era de tisú de oro, bordada de seda de mil colores. En el bordado se representaban todas las flores del campo y todos los pájaros del aire y todas las estrellas del éter. Llevaba el Rey una tiara no menos estupenda, ajorcas y brazaletes, y por zarcillos dos redondas perlas, del tamaño cada una de un huevo de perdiz.

Su cabellera le caía en bucles perfumados sobre la espalda, y la barba formaba menudísimos rizos, artística y simétricamente ordenados. Su vestido y su persona despedían delicada fragancia. Á pesar de mi severidad, no pude menos de admirarme de la finura del Rey Nanar, y confesé, allá en mis adentros, que era la persona más comm'il faut que había yo tratado en mi vida.

El Rey me alojó en su alcázar, me dió fiestas espléndidas, y me distrajo de tal suerte que casi me hizo olvidar el objeto de mi misión. Ya teníamos un

concierto, ya un baile, ya una cena por el estilo de la que dió Baltasar muchos años después. Yo no me atrevía á preguntar al Rey qué había hecho de Parsondes. Yo no comprendía que un señor tan excelente, que agasajaba y regalaba á los huéspedes con aquella elegancia y cortesanía, hubiese dado muerte ó tuviese en duro cautiverio á mi querido maestro.

Por último, una noche me armé de toda mi austeridad y resolución, y dije á Nanar, en nombre del Rey mi amo, que en el momento mismo iba á decir dónde estaba el virtuoso Parsondes, si no quería perder el reino y la vida. Nanar, en vez de contestarme, hizo venir al punto á todas las bayaderas y cantatrices que había en el alcázar: se entiende que fuera del recinto, harem ó como quiera llamarse, reservado á sus mujeres. Las tales sacerdotisas de Milita pasaban de novecientas, y eran de lo más bello y habilidoso que á duras penas pudiera encontrarse en toda el Asia. Las muchachas llegaron bailando, cantando y tocando fiautas, crótalos y salterios, que era cosa de gusto el verlas y el oirlas. Yo me quedé absorto. Nanar me dijo, y aquí fué mayor mi estupefacción:

—Ahí tienes al santo Parsondes en medio de esas mujeres. Parsondes, ven acá y saluda á tu antiguo discípulo.

Salió entonces del centro de aquella turba femenina uno que, á no ser por la barba, hubiera podido confundirse con las mujeres. Traía pintadas las cejas de negro, de azul los párpados, á fin de que brillasen más los ojos, y las mejillas cubiertas de colorete. Estaba todo perfumado, su traje era casi tan rico como el del Rey, su andar afeminado y lánguido; de su garganta pendía un collar de perlas; ceñía

su frente una guirnalda de flores. Era el mismo Parsondes, que me echó los brazos al cuello.

—Yo soy, me dijo, muy otro del que antes era. Vuélvete, si quieres, á Suza, pero no digas que vive aún, para que no se escandalicen los magos, y para que sigan teniendo un ejemplo reciente de santidad á qué recurrir. Nanar se vengó de mi ruda y desaliñada virtud haciéndome prisionero y mandando que me enjabonasen y fregasen con un estropajo. Después han seguido lavándome y perfumándome dos veces al día, regalándome á pedir de boca, y obligándome á estar en compañía de todas estas alegres señoritas, donde he acabado por olvidarme de Zoroastro y de mis austeras predicaciones, y por convenirme de que en esta vida se ha de procurar pasarlo lo mejor posible, sin ocuparse en la vida de los otros. Cuidados ajenos matan al asno, y nadie lo es más que quien se mezcla en censurar los vicios de los otros, cuando sólo le ha faltado la ocasión para caer en ellos, ó cuando, si en ellos no ha caído, se lo debe á su ignorancia, mal gusto ó rustiqueza.

Las manos me puse en los oídos para no oír semejantes blasfemias en boca de aquel sabio admirable. Desesperado y rabioso estaba yo de verle convertido en bon vivant, con sus puntas y collar de bribón desvergonzado; mas para evitar habladurías escandalosas, determiné aconsejar al colegio de los magos que siguiese sosteniendo que Parsondes había subido al empíreo, y que siguiese venerando su imagen, sin descubrir nunca, antes negando rotundamente, que Parsondes vivía con las bailarinas de Babilonia, en el alcázar de Nanar.

En esto desperté de mi sueño y me volví á encontrar en mi pobre casita de esta corte.

—Creo, añadía nuestro amigo al terminar su cuen-

to, que con menos riqueza y á menos costa pueden los Nanares del día seducir á los Parsondes que zahieren su inmoralidad y sus vicios, movidos, no de la caridad, sino de la envidia. Los que no estén seguros de la propia virtud y entereza de ánimo han de ser, pues, más indulgentes con los Nanares. ¡Desdichado aquel que hace alarde de virtud sin tenerla probadísima!

¡Dichoso aquel que la practica y calla!

JUAN VALERA.

Una nariz.

Anécdota de Carnaval.

—¿Permites que me siente junto á ti, serranita?

—Con mucho gusto. Y te agradezco que prefieras mi lado al de tantas bellezas como brillan en el salón. ¿Me conoces, por ventura?

—No, hasta ahora no; y es muy posible que me suceda lo mismo aunque te quites la careta. Pero ¿qué importa? Esta noche podemos empezar á conocernos y á tratarnos, si tú quieres. Los conocimientos que se hacen en un baile de máscaras no suelen ser los peores.

—También suelen dar terribles petardos.

—No seré yo quien te lo niegue, que algunos he llevado; pero.....

—Y algunos habrás dado también.

—No. Poco puede engañar quien acostumbra á presentarse en todas partes, sin exceptuar los sa-raos de carnaval, con su cara descubierta.

—En efecto; tú no tienes por qué ocultarla, y no de todos los hombres se puede decir lo mismo.

—Gracias, amable serrana. ¿Me conoces, según eso?

—Sí, de vista. Me han dicho que eres poeta. ¿Quieres hacerme versos?

—Te los haré, si los deseas, porque siempre me hepreciado de complaciente con las damas; pero sepa yo primero tu nombre.

—Atribúyeme cualquiera: Filis, Laura, Filena; uno que te parezca poético. Yo no te he de decir el mío verdadero, sino el primero que me ocurra: con que más vale que tú propio lo finjas á tu gusto.

—Pero sin ver, al menos, el rostro, cuyas perfecciones he de ensalzar, sin conocer al dulce objeto de mis inspiraciones.....

—¿Eso dice un poeta? Á vosotros, que vivís siempre en las ilimitadas regiones de lo ideal, ¿qué falta os hace la presencia de los objetos de vuestro culto? Yo, por mi parte, no fio tanto de mi cara, ni me parece tan estéril tu imaginación, que me aventure á descubirme.

—Verdad es que los poetas, ya que en su número me quieres contar, solemos pasear nuestro espíritu por los espacios imaginarios; pero no nos alimentamos sólo de ilusiones, y de mí sé decirte que en materia de placeres estoy y estaré siempre por lo positivo.

—¿Y qué placer puedes tú prometerte de ver mi cara?

—El de admirarla si es bonita como presumo; el de adorarte.....

—¡Siempre tenéis la adoración en la boca! Mereceríais los poetas que os desterrasen de toda república cristiana y bien constituida.

—¿Por qué, bien mío?

—Si decís lo que siente vuestro corazón, por idólatras impíos; y si lo contrario, por embusteros. Haces bien en venir sin careta. Los poetas no la necesitáis para mentir. Siempre estáis de máscara.

—Si eso es cierto, con mucho gusto acepto por mi parte una cualidad que tanto me asemeja al bello sexo.

—¿Tan fingidas somos las mujeres?

—Sí, mascarita. En cuanto á eso no podéis decir que os acusan los hombres sin fundamento; pero es preciso confesar, al mismo tiempo, que la desconfianza y la tiranía de los hombres ocasiona vuestra falta de sinceridad, y que vuestras ficciones son por lo general muy dignas de indulgencia, porque os obliga á ellas el mismo deseo de agradarnos. Pero ¿es posible que no he de verte la cara?

—No puede ser. *El deseo de agradarte* me aconseja que conserve careta.

—Tu conversación me encanta, y cada palabra aviva más mi justa impaciencia de conocerte.

—¿Acaso has necesitado verme la cara para suponerla llena de *perfecciones*? ¿No me llamaste, de buenas á primeras, *dulce objeto de tus inspiraciones*? Créeme; tu interés y el mío se oponen al acto de condescendencia que solicitas. Mientras permanezca tapada, estoy segura de oír en tu boca frases lisonjeras, á que tal vez no estoy acostumbrada. Si desaparece de mi rostro el protector cendal, ¡adiós ilusión! La yerta cortesanía, la adusta seriedad sucederán á los elogios, á los requiebros, á la tierna adhesión con que, si no engreída, me tienes, á lo menos, divertida y contenta.

—Esa modestia es para mí la prueba más evidente de tu mucho mérito.

—Sí; ya que carezca de otro, tengo el mérito de ser modesta.... Digo mal: de ser sincera.

—Á poder yo confundirte con el vulgo de las mujeres, no me costaría ahora mucho trabajo el creerte. El carnaval no es otra cosa que el reverso de la medalla del mundo, y sin duda las damas, á la sombra del tafetán, que parece convidarlas á mentir, fingen menos que con su propia cara. ¡Tienen tan pocas ocasiones de decir la verdad impunemente!.... Pero tú.... Tú no eres fea: lo puedo jurar. Á fuerza de errores y desengaños he llegado á adquirir cierto tacto, cierta pericia en punto á calificar máscaras. No me equivoco así como quiera. ¡Oh, tengo yo buena *naris*! (Al decir esto advertí en mi interlocutora un movimiento como de sorpresa ó de disgusto. Me figuré que había sonado mal á sus oídos una frase tan vulgar, y me apresuré á disculparme por no haberme expresado con la cultura que ella merecía; pero riéndose mi serrana y apretándome la mano, me manifestó con suma finura que perdonaba de buena gracia un *lapsus lingue* de tan poca trascendencia, y yo continué):—Sólo por una cosa sentiría que te desenmascarases.

—¿Por qué?

—Porque ya no me sería lícito hablarte como á una serrana, como á una máscara. ¿No es un dolor el haber de renunciar á esta cariñosa familiaridad, á este delicioso *tuteo* que permiten los bailes de carnaval? Ahora te hablo como se hablan los amigos íntimos, los hermanos, los esposos, los amantes!

—Pues, y si cometo la indiscreción de quitarme la careta, te faltará tiempo para levantarte, y apenas podrás articular un tibio "desapacible: ¡á los pies de usted!

—¡Qué gusto de mortificarme! ¿Me juzgas tú ca-

paz de semejante desatención? Quiero suponer por un momento que eres fea, horrible. ¿Te despojarías, con la careta que me está desesperando, de los atractivos de tu conversación, de esa voz que me hechiza, de esa afabilidad que me cautiva, de esa gracia que me embelesa? ¿Cómo puede parecer mal una mujer con tales dotes? Si tu cara es fea, yo te lo perdono.

—Mira lo que dices. ¿Serás tú más indulgente que los demás hombres? ¿Estarás menos dominado que ellos por el amor propio? La fealdad es para vosotros el mayor crimen de una mujer.

—Ó yo soy de otra especie, ó tú calumnias á los hombres, serranita. Desata, si no, esa carátula envidiosa de mi dicha, y verás cómo, lejos de entibiarse, se aumenta mi cariño. Y no creas que es tan aventurada mi proposición. ¿Dónde puede residir esa fealdad con que pretendes asustarme? ¿No veo yo la mórbida elegancia de tu talle. No estrecho en la mía tu hermosa mano? ¿No me está enamorando tu pie donoso y pequeñuelo? ¿No me revela mayores hechizos la palpitación de ese pecho celestial? ¿No me hieren los rayos de esos morenos ojos encantadores? Esas trenzas de ébano que forman tan bello contraste con la animada blandura de tu garganta ¿de quién son sino tuyas? ¿Tan mal sé yo sortear los movimientos de tu cabeza, que no haya visto ya sonreír deleitosa tu boca divina?

—Pues con todos esos primores que tanto encareces, te aseguro que soy una visión y que has de horripilarte si me descubro.

—¡Oh, que no! ¡Si es imposible!.... Tu cuerpo, tus facciones....

—¿Las has visto todas?

—Puedo decir que sí. La *naris* es lo único....

(Aquí me interrumpió una carcajada). ¿Te ríes?
¿Eres acaso.... roma?

—Ó Cartago. ¿Qué sé yo? No te empeñes en averiguarlo.

—No; no es posible que una *nariz* anómola y heterogénea desluzca el grato conjunto de tantos atractivos. Y sobre todo, yo acepto todas las consecuencias del favor que te pido. Con esa boca, con esos ojos, con esas formas incomparables ... yo te permito que seas chata ó narigona.

—¡Imprudente!

—¡Ea, descúbrete! Salga el sol para mí á las dos de la mañana.

—¡Temerario!

—¿Me obligarás á que te lo ruegue de rodillas?
¿Me expondrás á ser la irrisión del baile?

—Basta; bien. ¡Tú lo quieres! Me vas á ver sin máscara. ¡Que hayamos de ser tan débiles las mujeres!... Pero, á lo menos, no sean mis manos las que abran la caja de Pandora. Recibe por las tuyas el castigo de tu loca impaciencia.

—¿Eso más? ¡Oh gloria! ¡Oh ventura! ¡Envidiadme, mortales! ¡Dadme la lira, ó musas! En este momento soy Píndaro, soy Tirteo....

—En este momento eres un insensato.

—¡Qué rabia! No acierto á desatar este nudo....
Lo cortaré.... ¡Ah! Ya está. ¡Hermo....

No pude concluir el vocablo; tal fué mi sorpresa, tal mi asombro, tal mi terror. ¡Qué nariz! ¡Qué nariz!! ¡Qué nariz!!! No hubiera creído que la naturaleza fuese capaz de llevar á tal extremo el pleonismo, la hipérbole, la amplificación. El soneto de Quevedo:

Érase un hombre á una nariz pegado....

sería pobre y descolorido para pintarla. Aquella no era nariz humana. Aquello era una remolacha, un alfanje, un guardacantón, una pirámide de Egipto. ¡Gran Dios! ¡Y dicen que nuestra patria se está regenerando! ¿Pues cómo se consienten toda vía tamaños abusos? Si es justo condenar todo lo que se oponga á la marcha lenta, pero progresiva de nuestras instituciones, todo lo intempestivo, todo lo *exagerado*. ¿cómo no se da una ley contra la *exageración* de las narices?

En medio del horror que me causaba aquella funesta mutación de escena, hubiera yo querido separarme de la nariguda serrana sin incurrir en la nota de grosero. Hice increíbles esfuerzos para proferir algunas frases de galantería.... ¡Imposible! Si hubiera yo tenido delante de mí un espejo, estoy seguro de haber visto entonces la cara de un tonto.

Por dicha mía, la serrana, que sin duda había aprendido á resignarse con su deformidad y con todos los efectos de ella, se reía muy de buena fe, no sé si de mi conflicto ó de sí propia. Esto me dió ánimo para levantarme con pretexto de ir á saludar á un amigo, y sin osarla mirar otra vez, me despedí con un seco y displicente *á los pies de usted*.

El rubor daba alas á mis pies; la cólera me cegaba; me faltaba tierra para huir; tropezaba en muebles, en personas, en mí mismo, y me hubiera marchado á mi casa, sin esperar el coche ni rescatar la capa, á no haberme excitado la misma pesadumbre que tenía, un hambre tan desaforada.... como la nariz á cuya sombra anocheció mi alegría. Volé, pues, al *ambigú*, me apoderé de una mesa, arrebaté la lista, pedí lo que más pronto me pudieran traer; comí, no ya con apetito, con ira, de cuatro platos

diferentes, y ya me iban á traer el quinto, cuando he aquí que se sienta enfrente de mí.... ¡Justicia divina!... la misma serrana, ó por mejor decir, la misma nariz que poco antes me había horrorizado. Mi primer impulso fué levantarme y correr; pero la chusca serrana me dejó petrificado, diciéndome con una dulzura infernal:

—¡Qué! ¿Se va usted por no convidarme á cenar?

Yo me turbé como un necio.... y la *nariz* se reía, y por mi desgracia no se reía el galán que la acompañaba, que lo hubiera celebrado por poder desahogar contra él mi furor.

—Señora....

—No le haré á usted mucho gasto. Un vaso de ponche á la romana, y nada más.

Semejante descaro me picó vivamente y resolví vengarme mofándome de ella.

—Tendré muchísimo gusto en obsequiar á usted, señorita; pero temo que esa nariz usurpe las funciones de la boca. Si no se quita usted la *careta*, no sé cómo....

—Claro está. No había de beber con ella. Me la quitaré.

—¡Cómo!.... ¿Qué dice usted?.... Pues....

En esto echó mano á su nariz y.... ¡se la arrancó!
¡Pecador de mí! Era postiza, era de cartón, y quedó descubierta la suya verdadera, no menos agraciada y perfecta que las demás facciones de su cara.

¿Cómo pintar mi vergüenza, mi desesperación al ver tan preciosa criatura y al recordar la ligereza, la descortesía, la iniquidad de mi conducta? Iba á decirle mil perdones, á llorar mi error, á besar postroado el polvo de sus pies; pero la cruel dió el brazo á su pareja, me desconcertó con una mirada severa,

y desapareció, diciéndome fríamente: *Beso á usted la manó.*

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

El hogar paterno.

(*Recuerdos de Provincia*).

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adoves y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones, que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella á que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente á mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo, después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirle culto en seguida, ó ejércitos de soldados de la misma pasta, para engreirme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del Sud del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos: uno, sirviendo de dormitorio á nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo, con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de

mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos y heredados á causa del hábito dominico. Á poca distancia de la puerta de entrada elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera nos despertaba antes de salir el sol, para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente á sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban á frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por reverberación del sol, sus frutos se anticipaban á la estación, ofreciendo para el 23 de Noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos é higuera fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba, de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos. Bajo un durazno corpulento había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres ó cuatro patos, que multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo á cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de

hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo abrigado é iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustillos florescentes. Así se realizaba en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente á dar nueva animación á aquel pedazo de tierra que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir á mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, á los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aportando algunas lechugas, respondiendo en seguida á nuestras objeciones, con la violencia que se haría, de dejarlas, al verlas tan maltratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban ó preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos se añadía una fábrica de velas hechas á mano, alguna tentativa de amasijo, que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería supérfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas, no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer á los pollos, desherbar, antes que el sol calentase, las heras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo

la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrado por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos, en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer, de mi madre, mi codicia ha prevalecido, y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico ó poderoso para imitar á aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, á fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza...

La lucha se trabó, pues, en casa, entre mi pobre madre, que amaba á sus dos santos dominicos como á miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendían el santo origen de estas afecciones, y querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y á las preocupaciones de la época. Todos los días, á cada hora, con todo pretexto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba á los santos, como si quisieran decirles: han de salir para afuera; mientras que mi madre, contemplándolos con ternura, exclamaba: ¡Pobres santos! qué mal les hacen, donde á nadie estorban. Pero en este continuo embate, los oídos se habituaban al reproche, la resistencia era más débil cada día; porque, vista bien la cosa, como objetos de religión, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo mucho más adecuado lugar de veneración el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse á ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; y de una concepción en otra, el espíritu de mi madre se fué ablan-

dando poco á poco, y cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no más que por no dar su brazo á torcer, una mañana que el guardián de aquella fortaleza salió á misa, ó á una diligencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas donde había dejado poco antes dos grandes parches negros. Mis santos estaban ya alojados en el dormitorio, y á juzgar por sus caras, no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdón con sus oraciones; permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el día, triste el subsiguiente, más resignada al otro día, hasta que, al fin, el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las más grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos bríos al espíritu de reforma; y después del estrado y los santos, las miradas cayeron, en mala hora, sobre aquella higuera que vivía en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero para mi madre era una cuestión económica, á la par que afectaba su corazón profundamente. ¡ Ah! si la madurez de mi corazón hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía, ó neutral, ó inclinarme débilmente en su favor, á causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia á todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar á la edad provecta, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos á la existencia, que

lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años, y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba á su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución, los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre estallaban con nueva fuerza, y se negaban obstinadamente á permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol, y el temblor de las hojas, sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fué este un momento tristísimo, una escena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida sacudieron también el corazón de mi madre; las lágrimas asomaron á sus ojos como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir á la calle y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después la higuera yacía por tierra, enseñando su copa blanquecina, á medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección á la familia.

DOMINGO F. SARMIENTO.

Un viaje.

Mi partida es forzosa: que bien sabes
Que, si pudiera yo, no me partiera.

Lope de Vega.

El niño Goyito está de viaje. El niño Goyito va á cumplir cincuenta y dos años; pero cuando salió del vientre de su madre le llamaron niño Goyito; y niño Goyito le llaman hoy; y niño Goyito le llamarán treinta años más; porque hay muchas gentes que van al Panteón como salieron del vientre de su madre.

Este niño Goyito, que en cualquiera otra parte sería un don Gregorión de buen tamaño, ha estado recibiendo por tres años enteros cartas de Chile, en que le avisan que es forzoso que se transporte á aquel país á arreglar ciertos negocios interesantísimos de familia, que han quedado embrollados con la muerte súbita de un deudo. Los tres años los consumió la discreción gregoriana en considerar cómo se contestarían estas cartas, y cómo se efectuaría este viaje. El buen hombre no podía decidirse ni á uno, ni á otro. Pero el corresponsal menudeaba sus instancias; y ya fué preciso consultarse con el confesor, y con el médico, y con los amigos. Pues, señor: asunto concluido: el niño Goyito se va á Chile.

La noticia corrió por toda la parentela; dió conversación y quehaceres á todos los criados; afanes y devociones á todos los conventos; y convirtió la casa en una Liorna. Busca costureras por aquí, sastres por allá, fondista por acullá. Un hacendado de Cañete mandó tejer en Chíncha cigarreras. La madre

Trasverberación del Espíritu Santo, se encargó en un convento de una parte de los dulces; Sor María en Gracia fabricó en otro su buena porción de ellos, la Madre Salomé, abadesa indigna, tomó á su cargo en el suyo las pastillas; una monjita recoleta mandó de regalo un escapulario; otra, dos estampitas, el Padre Florencia de San Pedro corrió con los sorbetes; y se encargaron á distintos manufactores y comisionados, sustancias de gallina, botiquín, vinagre de los cuatro ladrones para el mareo, camisas á centenares, capingo (don Gregorio llamaba *capingó* á lo que llamamos *capote*), chaqueta y pantalón para los días fríos, chaqueta y pantalón para los días templados, chaquetas y pantalones para los días calurosos. En suma, la expedición de Bonaparte á Egipto no tuvo más preparativos.

Seis meses se consumieron en ellos, gracias á la actividad de las niñas (hablo de las hermanitas de don Gregorio, la menor de las cuales era su madrina de bautismo), quienes, sin embargo del dolor de que se hallaban atravesadas con este viaje, tomaron en un santiamén todas las providencias del caso.

Vamos al buque. Y, ¿quién verá si este buque es bueno ó malo? ¡Válgame Dios! ¡Qué conflicto!—¿Se ocurrirá al inglés don Jorge, que vive en los altos? Ni pensarlo, las hermanitas dicen que es un bárbaro, capaz de embarcarse en un zapato. Un catalán pulpero, que ha navegado de condestable en la *Esmeralda*, es por fin, el perito. Le costean caballo: va al Callao: practica su reconocimiento y vuelve diciendo que el barco es bueno, y que don Goyito irá tan seguro como en un navio de la Real Armada. Con esta noticia calma la inquietud.

Despedidas. La calesa tragina por todo Lima. ¿Con que se nos va Vd? ¿Con que se decide Vd. á em-

barcarse? ¡Buen valorazo! Don Gregorio se ofrece á la disposición de todos; se le bañan los ojos de lágrimas á cada abrazo; encarga que le encomienden á Dios; á él le encargan jamones, dulces, lenguas y cobranzas; y ni á él le encomienda nadie á Dios, ni él se vuelve á acordar de los jamones, de los dulces, de las lenguas ni de las cobranzas.

Llega el día de la partida. ¡Qué bulla! ¡Qué jarana! ¡Qué Babilonia! Bañes en el patio, cajones en el dormitorio, colchones en el zaguán, diluvios de canastos por todas partes. Todo sale, por fin, y todo se embarca, aunque con bastantes trabajos. Marcha don Gregorio, acompañado de una numerosa caterva, á la que pertenecen también, con vendones y cordón de San Francisco de Paula, las amantes hermanitas, que sólo por el buen hermano pudieran hacer el horrendo sacrificio de ir por la primera vez al Callao. Las infelices no se quitan el pañuelo de los ojos; y lo mismo le sucede al viajero. Se acerca la hora del embarque, y se agravan los soponcios. *¿Si nos volveremos á ver? . . .* Por fin, es forzoso partir: el bote aguarda. Va la comitiva al muelle: abrazos generales: sollozos: los amigos separan á las hermanas.—¡Adiós, hermanitas mías!—¡Adiós Goyito de mi corazón! *La alma de mi mama Chombita te lleve con bien.*

Este viaje ha sido un acontecimiento notable en la familia; ha fijado una época de eterna recordación; ha constituido una era, como la cristiana, como la de la Egira, como la de la fundación de Roma, como el Diluvio universal, como la era de Nabonasar. Se pregunta en la tertulia: «¿Cuánto tiempo lleva fulana de casada?»

—«Aguarde usted: fulana se casó estando Goyito para irse á Chile.»

—«¿Cuánto tiempo hace que murió el guardián de tal convento?»

—«Yo le diré á Vd.: al padre guardián le estaban tocando las agonías, al otro día del embarque de Goyito. Me acuerdo todavía que se las recé, estando enferma en cama, de resultas del viaje al Callao.»

—«¿Qué edad tiene aquel jovencito?»

—«Déjeme Vd. recordar. Nació en el año de.... Mire usted: este cálculo es más seguro: son habas contadas: cuando recibimos la primera carta de Goyito, estaba mudando dientes. Con que saque usted la cuenta.»

Así viajaban nuestros abuelos: así viajarían, si se determinasen á viajar, muchos de la generación que acaba y muchos de la generación actual, que conservan el tipo de los tiempos del virrey Avilés; y ni aun así viajarían otros, por no viajar de ningún modo.

Pero las revoluciones hacen del hombre, á fuerza de sacudirlo y pelotearlo, el mueble más liviano y más portátil; y los infelices que desde la infancia las han tenido por atmósfera, han sacado de ellas, en medio de mil males, el corto beneficio, siquiera, de una gran facilidad locomotiva. ¿La salud, ó los negocios, ó cualesquiera otras circunstancias aconsejan un viaje? Á ver los periódicos. Buques para Chile. Señor consignatario, ¿hay camarote?—Bien. —¿Es velero el bergantín?—Magnífico.

Pasaje.—Tanto más cuánto.—Estamos convenidos. —Chica, acomódame una docena de camisas y un almofrez. Esta ligera apuntación al abogado: esta otra al procurador. Cuenta, no te descuides con la lavandera, porque el sábado me voy. Cuatro letras por la imprenta, diciendo adiós á los amigos. Eh: llegó el sábado. Un abrazo á la mujer: un par de

besos á los chicos: y agur. Dentro de un par de meses estoy de vuelta.

Así me han enseñado á viajar, mal de mi grado, y así me ausento, lectores míos, dentro de muy pocos días. Éste y no otro es el motivo de daros mi segundo número antes que paguen sueldos.

No quisiera emprender este viaje; pero es forzoso. No sabéis bien cuánto me cuesta el suspender con esta ausencia mis dulces coloquios con el público. Quizá no sucederá otro tanto á la mayor parte de vosotros, que corresponderéis á mi amistosa despedida, exclamando: *¡Mal rayo te parta! ¡y nunca más vuelvas á incomodarnos la paciencia!* En fin, sea lo que fuere, los enemigos y enemigas, descansad de mi insoportable taravilla: preparad vuestros viajes con toda la calma que queráis: hablad de la ópera como os acomode: idos á Amancaes como y cuando os parezca: bailad zamacueca á taco tendido, á roso y velloso, á troche y moche, á banderas desplegadas: haced cuanta tontería os venga á las mientes: en suma, aprovechad estos dos meses. Los amigos y amigas, tened el presente artículo por visita ó tarjeta de despedida, y rogad á Dios me dé viento fresco, capitán amable, buena mesa y pronto regreso.

FELIPE PALDO Y ALIAGA

VERSO.

El Gusano de seda y la Araña.

FÁBULA.

Trabajando un Gusano su capullo
La Araña, que tejía á toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa,
Muy propia de su orgullo:
¿«Qué dice de mi tela el seor Gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada á medio día.
Mire qué sutil es, mire qué bella . . .»
El Gusano con sorna respondía:
«Usted tiene razon: ¡así sale ella!»

TOMÁS DE IRIARTE.

El Oso, la Mona y el Cerdo.

FÁBULA.

Un Oso con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos pies.
Queriendo hacer de persona,
Dijo á una Mona: ¿Qué tal?
Era perita la Mona,
Y respondióle: «Muy mal.»

«Yo creo, replicó el Oso,
Que me haces poco favor,
¡Pues qué! ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?»

Estaba el Cerdo presente
Y dijo: «Bravo, ¡bien val
Bailarín más excelente
No se ha visto ni verá.»

Echó el Oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademán modesto
Hubo de exclamar así:

«Cuando me desaprobaba
La Mona, llegué á dudar;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.»

Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, ¡malol!
Si el necio aplaude, ¡peor!

TOMÁS DE IRIARTE.

Los dos Conejos.

FÁBULA.

Por entre unas matas,
Seguido de perros
(No diré corría).
Volaba un Conejo.
De su madriguera

Salió un compañero,
Y le dijo: Tente,
Amigo; ¿qué es esto?
—¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llego....
Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.
—Sí (replica el otro),
Por allí los veo....
Pero no son galgos
—Pues qué son?—Podencos.
—¿Qué? ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos,
Bien vistos los tengo.
—Son podencos: vaya,
Que no entiendes de eso.
—Son galgos. te digo.
—Digo que podencos.
En esta disputa,
Llegando los perros,
Pillan descuidados
Á mis dos Conejos.
Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

TOMÁS DE IRIARTE

La Ardilla y el Caballo.

FÁBULA.

Mirando estaba una Ardilla
A un generoso Alazán,
Que dócil á espuela y rienda
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compás,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:

«Señor mío,
De ese brío,
Ligereza
Y destreza
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso más.
Yo soy viva,
Soy activa,
Me meneo,
Me paseo,
Yo trabajo,
Subo y bajo,
No me estoy quieta jamás.»

El paso detiene entonces
El buen Potro, y muy formal,
En los términos siguientes
Respuesta á la Ardilla da:

«Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas

Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga),
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afitano
Mas no en vano.
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño,
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.»

Con que algunos escritores
Ardillas también serán
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

TOMÁS DE IRIARTE

La Avutarda.

FÁBULA.

De sus hijos la torpe Avutarda
El pesado volar conocía,
Deseando sacar una cría
Más ligera, aunque fuese bastarda.

Á este fin muchos huevos robados
De alcotán, de jilguero y paloma,
De perdiz y de tórtola toma,
Y en su nido los guarda mezclados.

Largo tiempo se estuvo sobre ellos,
 Y aunque hueros salieron bastantes,
 Produjeron por fin los restantes
 Varias castas de pájaros bellos.

La Avutarda mil aves convida
 Por lucirlo con cría tan nueva;
 Sus polluelos cada ave se lleva,
 Y héte aquí la Avutarda lucida.

Los que andáis empollando obras de otros,
 Sacad, pues, á volar vuestra cría.
 Ya dirá cada autor: «Esta es mía;»
 Y veremos qué os queda á vosotros.

TOMÁS DE IRIARTE.

El Águila y el Escarabajo.

FÁBULA.

Que me matan; favor: así clamaba
 Una liebre infeliz, que se miraba
 En las garras de un Águila sangrienta
 A las voces, según Esopo cuenta,
 Acudió un compasivo Escarabajo,
 Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
 Por libertarla de tan cruda muerte,
 Lleno de horror, exclama de esta suerte:
 «¡Oh reina de las aves escogida!
 ¿Por qué quitas la vida
 Á este pobre animal, manso y cobarde?
 ¿No sería mejor hacer alarde
 De devorar á dañadoras fieras,

Ó ya que resistencia hallar no quieras,
Cebat tus uñas y tu corvo pico
En el frío cadáver de un borrico?»
Cuando el Escarabajo así decía,
La Águila con desprecio se reía,
Y sin usar de más atenta frase,
Mata. trincha, devora, pilla y vase.
El pequeño animal así burlado
Quiere verse vengado.
En la ocasión primera,
Vuela al nido del Águila altanera,
Halla solos los huevos, y arrastrando
Uno por uno, fuélos despeñando;
Mas como nada alcanza
Á dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponía en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves, sin consuelo,
Remontando su vuelo,
Á Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiése
El Águila sus huevos, y se fuese;
Que á la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraría hermosos sus polluelos.
Supo el Escarabajo el caso todo:
Astuto é ingenioso, hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
Y que según yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso.

Carga con ella, vuela, y atrevido
 Pone su bola en el sagrado nido.
 Júpiter que se vió con tal basura,
 Al punto sacudió su vestidura,
 Haciendo, al arrojar la albondiguilla,
 Con la bola y los huevos su tortilla.
 Del trágico suceso noticiosa,
 Arrepentida el Águila y llorosa
 Aprendió esta lección á mucho precio:
Á nadie se le trate con desprecio,
Como al Escarabajo,
Porque al más miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza, si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

La Lechera.

FÁBULA.

Llevaba en la cabeza
 Una Lechera el cántaro al mercado
 Con aquella presteza,
 Aquel aire sencillo, aquel grado,
 Que va diciendo á todo el que lo advierte:
 ¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
 Más compañía que su pensamiento,
 Que alegre la ofrecía
 Inocentes ideas de contento,
 Marchaba sola la feliz Lechera,
 Y decía entre sí de esta manera:

«Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero,
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos que al estío
Me rodeen cantando el *pío, pío*.

«Del importe logrado
De tanto pollo, compraré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino;
Tanto, que pueda ser que yo consiga
Ver cómo se le arrastra la barriga.

«Llevarélo al mercado,
Sacaré de él, sin duda, buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca y un ternero,
Que salte y corra toda la campaña,
Hasta el monte cercano á la cabaña.»

Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre Lecheral
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero
¡Oh loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna;

Que vivirás ansiosa
 Sin que pueda saciarte cosa alguna:
*No anheles impaciente el bien futuro;
 Mira que ni el presente está seguro.*

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

El joven Filósofo y sus compañeros.

FÁBULA.

Un Joven educado
 Con el mayor cuidado
 Por un viejo Filósofo profundo,
 Salió por fin á visitar el mundo.

Concurrió cierto día,
 Entre civil y alegre compañía,
 Á una mesa abundante y primorosa.
 «¡Espectáculo horrendo! ¡Fiera cosa!
 La mesa de cadáveres cubierta
 Á la vista del hombre!... ¡Y éste acierta
 Á comer los despojos de la muerte!»

Al son de filosóficas razones,
 Devorando perdices y pichones,
 Le responden algunos concurrentes:
 «Si usted ha de vivir entre las gentes,
 Deberá hacerse á todo.»
 Con un gracioso modo
 Alabando el bocado de exquisito,
 Le presentan un gordo pajarito.

«Cuanto usted ha exclamado será cierto;
 Mas, en fin, le decían, ya está muerto.

Pruébelo por su vida.... Considere
Que otro le comerá si no le quiere.»
La ocasión, las palabras, el ejemplo,
Y, según yo contemplo,
Yo no sé qué olorcillo
Que exhalaba el caliente pajarillo,
Al Joven persuadieron de manera,
Que al fin se lo comió. «¡Quién lo dijera,
¡Haber yo devorado un inocente!»
Así clamaba, pero fríamente.

Lo cierto es que, llevado de aquel cebo,
Con más facilidad cayó de nuevo.
La ocasión se repite
De uno en otro convite,
Y de una codorniz á una becada,
Llegó el Joven, al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,
Á ser devorador como las fieras.

*De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan
Dentro del corazón de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos.
Pues ¿qué remedio?.... Incautos jovencitos
Cuenta con los primeros pajaritos.*

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

El Tábano.

FÁBULA.

Simplicio Merlo se llamaba un joven
Alto, rubio, simpático, elegante,
Que hablaba de Solón y de Bethoven,
De política muerta y palpitante,
De Nínive y Pavía
De flores y jabón y albeitería,
En esa fácil prosa
En que, charlando mil no dicen cosa
Que deje conocer al adquirirlo
Diferencia entre Merlo y entre mirlo.
Simplicio Merlo, pues, hombre decente,
De grande oreja y pie, y angosta frente,
Largo bigote, puntiaguda pera,
No dejaba de ser....—Muestre quién era
La relación verídica siguiente:

Á cierta romería
Don Simplicio Merlo concurría,
Y todo concurrente, grande ó chico,
Dama ó galán, allí montó borrico;
Mayor caballería
No debieron hallar de buenas artes,
Y hay burros muy de bien en todas partes.
Habiéndose apeado
Para gozar la plácida verdura
De un floreciente prado,
Y siguiendo al ginete su montura,
Bicho que sin piedad las acribilla,
Un tábano atrevido,
Sáltale á don Simplicio á la mejilla;

Y de ella sacudido,
Le punza entre el mechón de la perilla.
Simplicio en el instante
Las manos echa al perillán picante
(Perillán esta vez inadvertido),
Y héteme aquí mi tábano cogido.
«—Oiga usted, caballero,
Dijo (la cortesía lo primero)
Simplicio al sangrador: tengo entendido
Que es en ustedes uso
Cuadrúpedos picar; mas no que pique
Tábano alguno al hombre;
Y, juzgándome digno de este nombre,
Debo manifestar que estoy confuso,
Y quiero se me explique
Luego sin dilación, cómo se abona
El hecho consumado en mi persona.
—Señor hombre de Dios, contesta el preso,
Tengo excelente olfato y mala vista,
Y cometí por eso
Culpa que me avergüenza y me contrista.
Véolo á usted ahora,
Y advierto que enamora
Por su talle y figura,
Y el aire señoril en traje curro;
Pero al volar aquí, mala ventura
Mía, que á mi honradez no corresponde,
Trájome á la nariz no sé de dónde,
Un olorcillo á burro:
Y tropezando con usted á tiento,
Le piqué, suponiéndole jumento.
—La causa ya discurro
(Simplicio reparó) del desatino
Que usted á ciegas cometió: me sigue
No lejos el pollino

Que monto en este viaje,
Y lo que usted olió fué mi bagaje.
—Cierto, señor; su enojo se mitigue
Manso perdone la imprudencia mía:
No supe qué pinché, ni qué me olía.
Racional es usted, hecho y derecho,
No bestia vil de carga.
—Me doy por satisfecho,
Dijo, y abrió los dedos el Simplicio,
Y el tábano se larga:
Y en pago del inmenso beneficio,
Grita en el aire con acerbo chiste:
—«Bien á burro me olías;
Lo eres, á no dudar, pues no entendiste
Mis poco rebozadas maulerías.
Los pinchazos agudos y frecuentes
Con que le rompo al asno el cerviguillo,
Te ofrezco, si te pillo
Donde á mi gusto mi rejón te alcance.»
Súpose por el tábano este lance,
Y óyese desde entonces á las gentes
En honra y gloria de Simplicio Merlo:
«¿Hueles á burro tú? Señal de serlo.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

El Hombre, el Caballo y el Toro.

Á un Caballo dió un Toro tal cornada,
 que en todo un mes no estuvo para nada.
 Restablecido y fuerte,
 quiere vengar su afrenta con la muerte
 de su enemigo; pero como duda
 si contra el asta fiera, puntiaguda,
 arma serán sus cascos poderosa,
 al Hombre pide ayuda.

«De mil amores, dice el Hombre. ¿Hay cosa
 más noble y digna del valor humano,
 que defender al flaco y desvalido,
 y dar castigo á un ofensor villano?
 Llévame á cuestras tú, que eres fornido;
 yo le mato, y negocio concluído.»

Apercibidos van á maravilla
 los aliados; lleva el Hombre lanza;
 riendas el buen rocín, y freno, y silla,
 y en el bruto feroz toman venganza.

«Gracias por tu benévola asistencia,
 dice el corcel: me vuelvo á mi querencia;
 desátame la cincha, y Dios te guarde.»
 —«¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio
 pagas así?»—«Yo no pensé....»—«Ya es tarde
 para pensar; estás á mi servicio;
 y quieras ó no quieras.
 en él has de servir hasta que mueras.

Pueblos americanos,
 si jamás olvidáis que sois hermanos,
 y á la patria común madre querida,

ensangrentáis en duelo fratricida,
¡ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña
el costoso favor, falaz, precario,
más de temer que la enemiga saña.
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
tributo eterno y dura servidumbre.

ANDRÉS BELLO.

La modestia.

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana,
Llevaba y con noble brío
El regio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba por ser costumbre,
El Céfito volador,
Y había en su servidumbre
Yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
Porque también era uso,
Quiso una flor por esposa;

Y regiamente dispuso
Elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los Estados del Rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso Soberano.

Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vían
Con harta envidia dispuestas
Á ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debían.

Lujosa la Corte brilla,
El Rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una mansa florecilla
Entre la yerba menuda.

Y por si el regio esplendor
De su corona le inquieta,
Pregúntale con amor:
—«¿Cómo te llamas?»—«Violeta»,
Dijo temblando la flor.

—«¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,

Hoy que entre todas las flores
Va el Rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo:—«Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.»

El Rey suspenso la mira,
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia le admira;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:

—«Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta;
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.»

Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la Violeta es la esposa
Elegida por el Rey.

Hubo magnificas fiestas;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS.

La fuente de la mora encantada.

Oye, Silvio, ya del campo
Se va á despedir la tarde,
Y no es bien que aquí la noche
Con sus sombras nos alcance.

Ya el redil busca el ganado,
Ya se retiran las aves
Y en pavoroso silencio

Se ven envueltos los valles,
Y tú, en tanto, embebecido,
Sin atender ni escucharme,
Las voces con que te llamo
Dejas que vayan en balde.

¿Qué haces, Silvio, en esa fuente?
¿Tan presto acaso olvidaste
Que los padres nos la vedan,
Que la maldicen las madres?

Mira que llega la hora:
Huye veloz y no aguardes
Á que el encanto se forme,
Y á que esas ondas te traguen.

¡Vente!... Mas ya no era tiempo:
La fascinadora imagen
Reverberaba en las aguas
Con sus encantos mortales.

Como ilusión entre sueños,
Como vislumbre en los aires
Incierta al principio y vaga
Se confunde y se deshace;

Hasta que al fin más distinta,
En su apacible semblante

De sus galas la hermosura
Hace el más vistoso alarde.

La media luna que ardía
Cual exhalación radiante
Entre las crespas madejas
De sus cabellos suaves,

Mostraba su antiguo origen
Y el africano carácter
De los que á España trajeron
El alcorán y el alfanje.

Mora bella en sus facciones,
Mora bizarra en su traje,
Y de labor también mora
La rica alfombra en que yace.

Toda ella encanta y admira,
Toda suspende y atrae,
Embargando los sentidos
Y obligando á vasallaje.

Mirábala el pastorcillo
Entre animoso y cobarde,
Queriendo á veces huilla,
Y á veces queriendo hablarle;

Mas ni los pies le obedecen
Cuando pretende alejarse,
Ni acierta á formar palabras
La lengua helada en las fauces,

Sólo la vista le queda,
Para mirar, para hartarse
En el hermoso prodigio
Que allí contempla delante.

Ella al parecer dormía;
Mas de cuando en cuando al aire
Unos suspiros exhala
De su seno palpitante,
Que en deliciosa ternura

Convierten luego y deshacen
El asombro que su vista
Causó en el primer instante.

Y abriendo los bellos ojos,
Tan bellos como falaces,
Á él se vuelve y querelosa
Le dice con voz sñave:

—«¿Viniste al fin? ¡Qué de siglos,
De esperanzas y de afanes
Me cuestas! ¿Dónde estuviste
Que tanto tiempo tardaste?

.Mirame aquí encadenada
Por la maldición de un padre
Á quien dieron las estrellas
Su poder para encantarme.

«Vive ahí, me dijo irritado,
Ten esa fuente por cárcel,
Sé rica, pero sin gustos,
Sé hermosa, pero sea en balde.

Enciéndante los deseos,
Consúmante los pesares,
De noche sólo te muestres,
Y el que te viere se espante.

Y pena así hasta que encuentres
Si es posible que le halles,
Quien ahí osado se arroje
Y entre esas ondas te abrace.»

Ya otros antes han venido,
Que pasmados al mirarme,
El bien con que les brindaba
Se perdieron por cobardes.

No lo seas tú: aquí te esperan
Mis delicias celestiales,
Que en ese mundo en que vives
Jamás se dan ni se saben.

Ven, serás aquí conmigo
Mi esposo, mi bien, mi amante:
Ven...y los brazos tendía
Como queriendo abrazarle.

Á este ademán no pudiendo
Ya el infeliz refrenarse,
En sed de amor abrasado
Se arroja al pérfido estanque.

En remolino las ondas
Se alzan, la víctima cae,
Y el ¡ay! que exhaló allá dentro
Le oyó con horror el valle.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Epigrama.

Con sombrero de á tres picos
Iba un charro de mi tierra
Llamando al són de cencerro
De un arrabal los borricos;

Y mientras tres que lo vieron
Rieron de ver tal paso,
Los burros, no haciendo caso,
Tras el buen hombre se fueron.

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

Epigrama.

Un médico en una calle
El santo suelo besó,
Es decir que se cayó
De su mula, alta de talle.

Empezábale á zumbar
La gente que andaba allí;
Y él dijo: «Así como así,
Yo me iba luego á apear.»

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

Soneto.

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solía.

Con un suspiro á la ocasión tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo, y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardía:

«¿Adónde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?»

Oyóla el pajarillo enternecido,
Y á la antigua prisión volvió las alas;
Que tanto puede una mujer que llora.

LOPE DE VEGA.

De un pajarillo.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía;
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguía;
Y saltando en la grama,
Parece que decía:

«Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía»;
Y que le respondía
El rústico: «No quiero».

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Un cuento de las olas.

Á Celmira Jurado.

Quién no ha visto en las orillas
Del hermoso Paraná,
Esa banda, siempre verde,
Siempre móvil del juncal?

En las horas de la siesta,
Cuando todo duerme en paz,
En las cuerdas de esa lira
Van las olas á cantar.

Almas buenas y sencillas,
Venid todas, y escuchad
Lo que dicen esas olas
En el arpa del juncal.

Cuando el delta en muda calma
Bajo el sol de Enero está,
Y el silencio es más sensible
Porque arrulla la torcaz.

Ellas cuentan una historia
Que repiten sin cesar,

Una historia en que hay un nido
Y un cantor del Paraná.

Sucedió que en varios juncos
Reunidos en un haz,
Con totoras y hojas secas
Hizo nido un cardenal.

¡Con qué orgullo miró el ave,
Bajo el sol primaveral,
Sobre el agua movediza
Columpiándose su hogar!

Una rama de un seíbo,
Inclinada hacia el raudal,
Le dió sombras, flores rojas. . . .
Cuanto un árbol puede dar.

Y extendiendo hasta aquel nido
Largo vástago un rosal,
Fué en sus bordes la mejilla
De una rosa á reclinar.

¡Qué contenta estaba el avel
¡Qué prodigio musical
Era entonces su garganta!
¡Qué inquietudes y qué afán!

Pasó el tiempo. En el estío
Los polluelos no son ya
Tan pequeños y hasta suelen
Breves trinos ensayar.

Pero el río fué creciendo,
Fué creciendo más y más,
Y hubo un día en que una ola
Saltó al seno del hogar.

¡Qué aleteos bulliciosos
Les produjo el golpe audaz!...
Siempre ha sido de la infancia
Festejar la tempestad.

Recio viento de los llanos
Una tarde hirió la faz,
Con el choque de sus alas,
Del soberbio Paraná;

Y las olas, irritadas,
Empinándose á luchar,
En espuma convirtieron
Su serena majestad.

¡Cómo duermen los pequeños,
Mientras brama el huracán
Y las ondas lo salpican
Con su polvo de cristal!

Se vió el nido estremecerse,
Y á su empuje, vacilar,
Mas sus crestas no alcanzaron
A la altura del juncal.

Pues si el río fué creciendo
Cada día más y más,
Él también fué levantando
Sus varillas á la par.

Almas buenas y sencillas
Que en la tierra hacéis hogar,
Elegidlo con la ciencia
Del pintado cardenal.

RAFAEL OBLIGADO.

Las torres de Villalba.

BALADA.

Con sordo rumor, en ondas
Espumantes desatadas,
Saltando de peña en peña
Del río corren las aguas;
Como sombras misteriosas
Todas ellas se retratan
En las aguas de ese río
Las torres levantadas de Villalba.

En ellas, por su perdida
Ventura gime Belaiza,
De su pecho lastimado
Ocultan ellas el ansia;
Que en mitad de sus amores
Es Belaiza desamada
De su esposo Galcerán,
El señor de las Torres de Villalba.

Un día, bañado en llanto,
La triste Belaiza oraba.
Galcerán salta del lecho
Al despuntar la alborada.
Sin dolerse de su esposa
Galcerán salía á caza,
Y azuzando sus lebreles
De las torres se aleja de Villalba.

Festivos cantos escucha
Y alegres sonos de gaita,
De su larga correría
Galcerán cuando tornaba:

Mucha gente presurosa
Vió venir por la calzada;
Huye la tarde, y el sol
Ya las torres no dora de Villalba.

Todos en trajes lucidos
Agitan ramas de mata,
Unos caminan á pie,
Á caballo otros andaban;
Galcerán ve una ovejera
En el romeral sentada,
Fija la vista en las nubes
Que las torres ceñían de Villalba.

—Olá, hé, buena ovejera,
La que guarda la manada,
¿Por qué se aprisa esa gente.
Qué mueve tanta algazara?
—Esas ráfagas de viento
Una noche anuncian brava,
Bien lo dice aquella nube
Que en las torres se cierne de Villalba.

—Vuelven ya de Viladrau
Donde ayer peregrinaban;
Al santuario de aquel monte
Toda se fué la comarca.—
Ya se aleja Galcerán
Y en el camino se para,
En mitad de ese camino
Que á las torres conduce de Villalba.

Por él venía un arriero
Que una mula cabestreaba
Muy gentil es la doncella
Que en la mula va montada.

Del jubón que ella vestía
Se le suelta una lanzada,
La recoge y se la entrega
El señor de las torres de Villalba.

Vuelve el rostro la doncella
Al doblar de la calzada,
Al pecho lleva aquel lazo
Del color de la esperanza:
—Dirásme, buena mujer,
Buena mujer, la montana,
Quién es aquella doncella
Por quien mis torres diera de Villalba.

—Hija es de aquel buen viejo
Que con tanto amor la guarda,
Por sus gracias Blancaflor
En el campo así la llaman.
Mirad su linda casita
Allá abajo en la planada,
Al pie de los encinares
Que sombrean las torres de Villalba.

—Adiós, adiós, ovejera,
La que aprisca la manada.
—El os tenga, mi señor,
El os tenga en su compañía.—
Es ya noche y crece el viento,
Tempestad recia estallaba,
Cuando torna Galcerán
En las torres á hallarse de Villalba.

De sus tristes aposentos
Al punto sale Belaiza
Mostrando júbilo y gozo
En lo apuesta y ataviada:

Mas sus párpados caídos
Revelan claro las lágrimas
Que en aquel infausto día
Correr vieron las torres de Villalba.

No brillaban, no, sus ojos
Como brillaban sus galas,
Como la ancha cinta verde
Que con sus cabellos abraza:
Galcerán hacia su esposa
Sorpresa vista alzaba,
Cómo vió aquel lazo verde
En las torres no sabe de Villalba.

—Presto, presto, mi caballo,
Mi mejor caballo traigan.—
Y sus armas apareja
Sin dolerse de Belaiza.
—¿Qué te hice, Galcerán,
Que mi amor tan duro pagas?
Esta noche no me dejes,
Las torres no abandones de Villalba.

Belaiza lejos de sí
Arroja todas las galas,
Oprimido el corazón
Se subía á la atalaya:
Y entre el mugir de los vientos
Y el murmullo de las aguas,
Piensa oír el galopar
Del que las torres deja de Villalba.

Por el bosque, Galcerán,
En tanto, fiero, cabalga;
El bosque, el río, los montes
Densas sombras oscuraban.

Por muchas veces el viento
Le remeda estas palabras:
Esta noche no me dejes,
Las torres no abandones de Villalba.

Corre, corre, mi caballo,
No te amedrentes, avanza,
Sacude, caballo mío,
Tus crines ensortijadas
Llévame á la Blancaflor,
La que vive en la planada;
Ya tendrás tu recompensa
Cuando á las torres vuelvas de Villalba.

De espanto crujen las breñas,
Con furia la encina salta,
De ronco trueno el estrépito
Retumba en la hondonada;
Siniestra línea de fuego
El boscoso monte aclara,
Y enrojecidas de súbito
Las torres se divisan de Villalba.

Galcerán el esforzado,
Por primera vez se aglaya,
Y echando mano á los frenos
La veloz carrera pára;
Su cabeza descubrió,
Con fervor se persignaba,
Vuelve á mirar; en la sombra
Las torres no percibe de Villalba.

El fulgor de nuevo brilla,
Otra vez el trueno brama,
Entre el rumor espantoso
Suena el nombre de Belaiza.

El caballo desbocado
Por el bosque se lanzaba,
Y rozando con las breñas
Á las torres se vuelve de Villalba.

¡Ay! qué fué de Galcerán,
Que el caballo aquel montaba!
El caballo llegó solo,
Tinta en sangre la gualdrapa;
El caballo llegó solo,
Con la crin ensangrentada.
Cuando llega, ronco grito
En las torres resuena de Villalba.

¿Qué fué de la Blancaflor
Y de la triste Belaiza?
Blancaflor á aquel santuario
Ya no más peregrinaba.
Sola y triste, ya no alegra
Las fiestas de la planada;
¡Ay! de Belaiza el suspiro
Ya las torres no escuchan de Villalba.

JUAN FRANCISCO CARBÓ.

La muerte del payador.

(*Santos Vega.—Tradiciones Argentinas.*)

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento,
En el amplísimo asiento

Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos,
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
Á guardarle allí dormido;
Y hacen señas no hagan ruido
Los que están á los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
Á palpar á Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima á la guitarra,
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que á Vega cerca
Un ginete que se acerca
Á la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo, en su esputor,
. Contenerlo pretendía,

Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados, sintieron
Temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
Y desenvuelto ademán,
Y dijo: -«Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo
Lo mismo es Pedro que Juan».

Alzó Vega la alta frente,
Y le contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.
-«Por fin, dijo fríamente
El recién llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que éstos provocan,
De saber cómo se chocan
Las canciones que cantamos».

Así diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos
Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
«La he besado hace un momento».

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba.
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados,
La embriaguez á los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor, y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludio intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras
Y las tardes pampeanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbré,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué á sentarse, medio envuelto

Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
Á esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos.
Los desmayos y los vuelos
Del Espiritu genial,
Que va en pos del ideal
Como el condor á los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa, ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;
La promesa del arado
Que abre cauces á la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto
Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.
Y á la par que en el abismo
Una edad se desmorona,

Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
É, inclinando el rostro hermoso,
Dijo:—«Sé que me has vencido».
El semblante, humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió á la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su postrer canto:

—«Adiós, luz del alma mía,
Adiós, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía,
Adiós mi única alegría,
Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va á hundir
En lo inmenso de esos llanos ...
¡Lo han vencido! Llegó, hermanos,
El momento de morir.»

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra, copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
Á cada gota gimieron,
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente Juan Sin Ropa,

Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento terminó:
— «Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció».

RAFAEL OBLIGADO.

Los cazadores y la perrilla.

Es flaca sobre manera
Toda humana previsión,
Pues en más de una ocasión
Sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana
Un experto cazador,
El más hábil y el mejor
Alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
De ejercitados monteros,
De ojeadores ballesteros
Y de mozos de trailla.

Van todos apercebidos
Con las armas necesarias

Y llevan de castas varias
Perros diestros y atrevidos.

Caballos de noble raza,
Cornetas de monte, en fin,
Cuanto exige Moratín
En su poema «La Caza».

Levantán pronto una pieza,
Un jabalí corpulento,
Que huye veloz, rabo á viento,
Y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
Tras la cerdosa alimaña;
Pero ella se da tal maña
Que á todos los aturulla;

Y aunque gastan todo el día
En paradas, idas, vueltas,
Y carreras, y revueltas,
Es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
Han visto de qué manera
Pudo burlarse la fiera
De los tales cazadores,

Oigan lo que aconteció,
Y, aunque es suceso que admira
No piensen, no, que es mentira,
Que lo cuenta quien lo vió.

Al pie de uno de los cerros
Que batieron aquel día,
Una viejilla vivía,
Que oyó ladrar á los perros;

Y con gana de saber
En qué paraba la fiesta
Iba subiendo la cuesta
Á eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla....
Mas, sin pasar adelante,
Es preciso que un instante
Gastemos en describilla:

Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Era tenida en su tierra
Por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,
El más flaco de los canes,
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi-semi-ex-gozquejo;

Sarnoso era.... digo mal,
No era una perra sarnosa,
Era una sarna perrosa
En figura de animal;

Era, otrosí, derrengada;
La derribaba un resuello:
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada.

Á ver, pues, la batahola
La vieja el cerro subía,
De la perra en compañía
Que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte
Que se hubiese el jabalí

Escondido por sí así
Se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luego
Que por ahí andaba gente,
Tuvo por cosa prudente
Tomar las de Villadiego.

La vieja entonces al ver
Que escapaba por la loma
¡Sus! dijo por pura broma
Y la perra echó á correr.

Y aquella perra extenuada,
Sombra de perra que fué,
De la cual se dijo que
No era perra ni era nada.

Aquella perrilla, sí,
¡Cosa es de volverse loco!
No pudo coger tampoco
Al maldito jabalí.

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN.

El desierto.

(*La Cautiva.*)

Ils vont. L'espace est grand
Hugo.

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El desierto

Inconmensurable, abierto,
Y misterioso á sus pies
Se extiende; triste el semblante,
Sólitario y taciturno,
Como el mar, cuando un instante,
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas;
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que Él sólo puede sondar.

Á vecés la tribu errante
Sobre el potro rozagante
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento lijeras,
Lo cruza cual torbellino
Y pasa; ó su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! ¡Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde hierba, el insecto,

La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en Occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Serenos y diáfanos el cielo,
Sobre la galá vercosa
De la llanura, azul velo
Exparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
Sus olas de aromas llenas,
Entre la hierba bullía
Del campo, que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,

Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
Ó, las nubes contemplando,
Como extático y gozoso,
El Yajá de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
Á los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto
Con su claroscuro manto
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió:
Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma,
Que contempla suspirando
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces como el ruido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió.... y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoro
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba;
Y envuelto en polvo cruzaba,
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto,
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando.
De salvajes atronando,
Todo el campo convecino.

¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con lijereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía,
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:—«Ya pagarón
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

«Ya los ranchos do vivieron,
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio

Sus mujeres, sus infantes,
 Que gimen en cautiverio,
 Á libertar, y como antes
 Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo
 Del indómito caballo,
 Crugiendo el suelo temblaba;
 Hueco y sordo retumbaba
 Su grito en la soledad.
 Mientras la noche, cubierto
 El rostro en manto nubloso,
 Echó en el vasto desierto
 Su silencio pavoroso,
 Su sombría majestad.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Silva.

Á la Agricultura de la Zona Tórrida.

Salve, fecunda zona
 Que al sol enamorado circunscribes
 El vago curso, y cuanto ser se anima
 En cada vario clima,
 Acariciada de su luz, concibes!
 Tú dejas al verano su guirnalda
 De granadas espigas; tú la uva
 Das á la hirviente cuba:
 No de purpúrea fruta, ó roja, ó gualda,
 À tus florestas bellas
 Falta matiz alguno, y bebe en ellas

Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte.
Hasta el erguido monte,
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbre del zafiro;
El vino es tuyo, que la herida agave
Para los hijos vierte
Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,
Que cuando de suave
Humo en espiras vagarosas huya,
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo,
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará á Lio.
Para tus hijos la procera palma
Su vario feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía:
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve
Tendida para ti la fresca parcha
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores

Nectáreos globos y franjadas flores;
 Y para ti el maíz, jefe altanero
 De la espigada tribu hincha su grano;
 Y para ti el banano
 Desmaya el peso de su dulce carga;
 El banano, primero
 De cuantos concedió bellos presentes
 Providencia á las gentes
 Del Ecuador feliz con mano larga.
 No ya de humanas artes obligado
 El premio rinde opimo:
 No es á la podadera, no al arado
 Deudor de su racimo;
 Escasa industria bástale, cual puede
 Hurtar á sus fatigas mano esclava:
 Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
 Adulta prole en torno le sucede.

Más ¡oh! si cual no cede
 El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,
 Y como de natura esmero ha sido,
 De tu indolente habitador lo fuera:
 ¡Oh! ¡Si al falaz ruido
 La dicha al fin supiese verdadera
 Anteponer, que del umbral le llama
 Del labrador sencillo,
 Lejos del necio y vano
 Fasto, el mentido brillo,
 El ocio pestilente ciudadano!
 ¿Por qué ilusión funesta
 Aquellos que fortuna hizo señores
 De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
 Al cuidado abandonan
 Y á la fe mercenaria
 Las patrias heredades,

Y en el ciego tumulto se aprisionan
De miserables ciudades,
Do la ambición proterva
Sopla la llama de civiles bandos,
Ó el patriotismo la desidia enerva;
Do el lujo las costumbres atosiga
Y combaten los vicios
La incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
Se endurece el mancebo á la fatiga;
Mas la salud estraga en el abrazo
De pérfida hermosura,
Que pone en almoneda los favores;
Mas pasatiempo estima
Prender aleve en casto seno el fuego
De ilícitos amores;
Ó embebecido le hallará la aurora
En mesa infame de ruinoso juego.
En tanto á la lisonja seductora
Del asiduo amador fácil oído
Da la consorte: crece
En la materna escuela
De la disipación y el galanteo
La tierna virgen, y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el desco
¿Y será que se forma de ese modo
Los ánimos heróicos denodados
Que fundan y sustentan los Estados?
¿De la algazara del festín beodo,
Ó de los coros de liviana danza,
La dura juventud saldrá, modesta,
Orgullo de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
De la severa ley regir el freno;
Brillar en torno aceros homicidas

En la dudosa lid verá sereno:
Ó animoso hará frente al genio altivo
Del engreído mando en la tribuna,
Aquel que ya en la cuna
Durmió al arrullo del cantar lascivo,
Que riza el pelo, y se unge, y se atavía
Con femenil esmero,
Y en indolente ociosidad el día,
Ó en criminal lujuria, pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
Á la mano robusta
Que tostó el sol y encalleció el arado:
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino

Allí también deberes
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
Heridas de la guerra: el fértil suelo,
Áspero ahora y bravo,
Al desacostumbrado yugo torne
Del arte humana, y le tribute esclavo.
eDel obstruido estanque y del molino
Recuerden ya las aguas el camino:
El intrincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego: abrid en luengas calles
La oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
Á la sedienta caña;
La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España:
Adorne la ladera

El cafetal: ampare
Á la tierna teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare:
Aquí el verjel, allá la huerta ría....
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil á tu voz, Agricultura,
Nodriz de las gentes, la caterva
Servil armada va de corvas hoces;
Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca; oigo las voces;
Siento el rumor confuso; el hierro suena;
Los golpes del lejano
Eco redobla; gime el ceibo anciano,
Que á numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas se estremece,
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera: deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos, va á buscar doliente...
¿Que miro? Alto torrente
De sonora llama
Corre, y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama.
El rauda incendio á gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Sólo difuntos troncos,
Sólo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces

Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo á ramo alcanza,
Y á los rollizos tallos hurta el día:
Ya la primera flor desvuelve el seno,
Bello á la vista, alegre á la esperanza:
Á la esperanza, que riendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,
Y allá á lo lejos el opimo fruto,
Y la cosecha apañadora pinta,
Que lleva de los campos el tributo,
Colmado el cesto y con la falda en cinta,
Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crugir los vastos almacenes. . .

El corazón lozano
Que una feliz oscuridad desdeña,
Que en el azar sangriento del combate
Alborozado late,
Y codicioso de poder ó fama,
Nobles peligros ama;
Baldón estime sólo y vituperio
El prez que la patria no reciba,
La libertad más dulce que el im erio,
Y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
Deponga de la guerra la librea:
El ramo de victoria
Colgado al ara de la patria sea,
Y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entonces, patria mía,
Verá la paz el suspirado día;
La paz, á cuya vista el mundo llena
Alma serenidad y regocijo,

Vuelve alentado el hombre á la faena,
Alza el ancla la nave, á las amigas
Auras encomendándose animosa,
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
Y no basta la hoz á las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
Alzáis sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad el campo, honrad la simple vida
Del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes á la senda
De la inmortalidad, ardua y fragosa,
Se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará ceñosa
Vuestra posteridad, y nuevos nombres
Añadiendo la fama
Á los que ahora aclama,
«Hijos son estos, hijos
(Preguará á los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima:
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo y en Junin, y en la campaña
Gloriosa de Apurima
Postrar supieron al león de España.»

ANDRÉS BELLO.



El hogar paterno.

Á mis hermanas.

¡Oh! mis islas amadas, dulce asilo
De mi primera edad!
¡Añosos algarrobos, viejos talas
Donde el boyero me enseñó á cantar!

¿Por qué os dejé, para encerrar mi vida
En la estrecha ciudad;
Para arrojar mi corazón de niño
De las pasiones en el turbio mar?....

Como un cisne posado en las riberas
Del ancho Paraná,
Así, blanco y risueño, se divisa
Á la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores
Que grata sombra dan;
En el cuadro de antiguos paraísos
Que, destrozados, no florecen ya;

En las barrancas que hacia el puerto ondulan,
Y avanzan al canal,
Do vela el sueño de gloriosos muertos
La solitaria cruz de ñandubay;

En la hondonada que perfuma el molle
Y engalana el chañar;
En el arroyo que las toscas baña;
En ese campo que se extiende allá....

Allí está mi pasado, de mi vida
La inocencia y la paz:

Allí mi madre me acaricia, niño,
Y mis hermanas en redor están.

No bien despunta el sol en el oriente,
Tierno beso nos da;
De rodillas, oramos; y, en seguida,
Puerta franca....la luz, la libertad!

Como bandada de enjaulados pájaros.
Por aquí, por allá,
Al campo el uno, á la barranca el otro,
Nos echábamos todos á volar.

—«Cuidado con los nidos», nos decía
Mi madre en el umbral;
Pero digan horneros y zorzales
Si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, á un algarrobo
Trepaba el más audaz,
Y con los ojos de mil ansias llenos,
Esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construido
Para vivir y amar,
Introducía sus rosados dedos
El pequeño aprendiz de gavián;

Y, del pico ó el ala destrozada,
¡Nunca vista crueldad!
Asiendo los polluelos, uno á uno
Los arrojaba con desdén triunfal.

Y era entonces de ver el alboroto
Y el bullicioso afán,
De aquel enjambre de inocentes niños
Que así destruía un inocente hogar.

Otras veces, del río en la corriente,
Al cárdeno fulgor
Que desde el fondo de la Pampa envía,
En sesgo rayo, el moribundo sol;

En agitado, en revoltoso grupo,
Y alegre confusión,
Los juncales rozando de la orilla,
Con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,
Tendíase á estribor,
Y sonreía á la rizada espuma
Que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, á la inclinada borda
Lanzándose veloz,
Entre sus manos victoriosa alzaba
Del camalote la celeste flor.

Esta, la caña de pescar volvía,
Enviando en derredor
Menudas gotas que al caer brillaban
En los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,
Reía por que vió
Medrosa hundirse en la corriente un ave
Al desusado y repentino son.

Pero si alguna al levantar los ojos,
Mostraba el mirador,
Donde mi madre á vigilarnos iba,
Gritaban todas á la vez: «¡adiós!»

¡Oh dulces años! Por entonces era
Nuestro goce mayor,

Hurtar las flores en que las islas abren,
Y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro,
Y el seibo punzó,
Eran ofrendas que mi madre amaba
Porque á sus hijos se las daba Dios.

¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
Arranco al corazón.
Si yendo en pos del oropel mundano
El hombre olvida lo que el niño amó!

RAFAEL OBLIGADO.

César en casa.

(Cantos del hogar.)

Juan, aquel militar de tres abriles,
Que con gorra y fusil sueña en ser hombre,
Y que ha sido en sus guerras infantiles
Un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,
Dejando en un rincón la espada quieta,
Tomó por voluntad, no á sangre y fuego,
Mi mesa de escribir y mi gaveta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
Repetir lo que saben mil testigos:
Esa corona de oropel y raso
La debo, no á la gloria, á mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas
Desató el niño de la verde guía

El lazo tricolor do están impresas
Frases que no descifra todavía.

Con la intención de un ser que se emociona
Miró las hojas con extraño gesto,
Y poniendo en mis manos la corona,
Me preguntó con intención:—«¿Qué es esto?»

—«Esto es, repuse—el lauro que promete
La gloria al genio que su luz inunda....»
—«¿Y tú por qué le tienes?»

—«Por juguete»,
Le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
Descubre el niño de la noble gala;
Se la ciñe faltándome al respeto,
Y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño
Con su inocente acción enlazó ufano,
Pues con el lauro semejaba el niño
Un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa
Irradiaban celestes resplandores,
Y que anhelaba en su imperial litera
Ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado
(No extrañéis en un padre estos asombros.)

Y corrí por un trapo colorado
Que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,
Me transformé en su esclavo humilde y rudo,

Y—«¡Ave, César!—le dije, dame un beso,
¡Yo, que muero de penas, te saludo!»

—«¿César?»—me preguntó lleno de susto,
Y yo, sintiendo que su amor me abrasa,
—¡César!—le respondí—¡César augusto
De mi honor, de mi nombre y de mi casa!»

Quitéle el manto, le volví la espada,
Recogí mi corona de poeta,
Y la guardé deshecha y empolvada,
En el fondo sin luz de mi gaveta.

JUAN DE DIOS PEZA.

Reyerta infantil.

¿Quieres averiguar, lector paciente,
Si tiené la niñez principios fijos?
Ven á escuchar el diálogo siguiente
Que aquí sostienen con calor mis hijos.

Concha tiene seis años; Margarita
Los cinco va á cumplir; Juan tres apenas;
Pero ninguno de ellos necesita
Fuego en el pensamiento ni en las venas.

Lo tienen y de sobra: su lenguaje
Lo hallarás infantil, mas nunca hueco;
Hoy discuten los tres, porque les traje
Un fusil, un canario y un muñeco.

Á Juan, que quiere ser soldado grave,
Armé al fin con un rifle en miniatura;

A mi ambiciosa Concha le dí el ave,
Y el muñeco á Margot, toda ternura.

Que Juan dispare en su ilusión más grata,
Margot arrulle mientras Concha cuida,
Ni el canario es verdad, ni el rifle mata,
¡La ilusión es el alma de la vida!

Como florece el campo en primavera
Desborda la niñez en ilusiones:
Rifles de zinc y pájaros de-cera,
Muñecos de cartón; todo ilusiones.

Un niño con un arma entre las manos .
Y risas de bondad en el semblante,
Me recuerda á esos ángeles enanos
Que dibujó Doré, leyendo el Dante.

Si vierais á mi Juan con su penacho,
Con barboquejo de belludo cuero,
Semejante en lo erizo á su mostacho
De infatigable y tosco granadero.

Creyerais que labrada por el arte
En una estatua de arrogancia llena;
Un soldado que ha visto á Bonaparte
Cruzar los Alpes ó triunfar en Jena.

Yo, mirándolo así, lo aplaudo y callo:
En sus hermanas ve gente guerrera;
Convierte cada caña en un caballo;
Cada silla le sirve de trinchera.

Entra por las alcobas victorioso...
¿Quién lo va á detener? Marte lo inflama....
Es la esfera su puente, salva el foso
A rindo una ciudad sobre una cama.

Hoy se llena de arrojo y valentía;
Margot de compasión, Concha de celo:
¡Qué venturosa edad! Despunta el día....
Verde es el campo y transparente el cielo.

—Mira, le dice Concha á Margarita
Con la expresión de un celo extraordinario,
Esa muñeca tuya tan bonita
No vale lo que vale mi canario.

—Mi muñeca es mejor, cierra los ojos,
Se duerme entre mis brazos, va á la escuela
Tiene cabellos rubios, labios rojos,
—Sí, todo lo tendrá, pero no vuela.

—Cambiaremos juguetes.....

—No. Yo juego

Nada más con mi niña todo el día.

—Me la das, ó te pego.....

—¿Qué? ¿Te pego?

—No es tuya nada más.—Si sólo es mía.

—La quiero.—No me importa —Te la quito.

—Yo la defenderé.—Voy á omarla.

—Ven.—Allá voy.—¿Me pegas? doy un grito.

—Dejámela, Margot....—No he de dejarla.

Ya tiene Concha el rostro colorado,
Ahoga Margot su llanto en un suspiro,
Y entonces Juan, el rifle preparado,
Sale y grita á las dos:—Cállense, ó tiro.

Callan ambas á un tiempo, como puede
Callar cualquiera ante su faz bravía,
Y él agrega muy serio:—¿Qué sucede?
¡Yo soy un coronel de artillería!

Con esta frase que su audacia encierra,
Vuelve á las niñas bienestar profundo,
Que aunque incúo el Derecho de la guerra
Aplaca muchas riñas en el mundo.

JUAN DE DIOS PEZA

Memoria
sobre el cultivo de maíz en Antioquía.

.....

Concluye la socola. De malezas
Queda la tierra vegetal desnuda,
Los árboles elevan sus cañones
Hasta perderse en prodigiosa altura,

Semejantes de un templo á los pilares,
Que sostienen su toldo de verdura;
Varales largos de ese palio inmenso,
De esa bóveda verde altas columnas.

El viento, en su follaje entretegado,
Con voz ahogada y fúnebre susurra,
Como un eco lejanó de otro tiempo,
Como un vago recuerdo de ventura.

Los árboles sacuden sus bejucos,
Cual destrenzada cabellera rubia
Donde tienen guardados los aromas
Con que el ambiente, en su vaivén perfuman.

De sus copas galanas se desprende
Una constante embalsamada lluvia

De frescas flores, de marchitas hojas,
Verdes botones y amarillas frutas.

Muestra el cachimbo su follaje rojo,
Cual canastillo que una ninfa pura,
En la fiesta de Corpus, lleva ufana
Entre la virgen, inocente turba.

El guayacán con su amarilla copa
Luce á lo lejos en la selva oscura,
Cual luce entre las nubes una estrella,
Cual grano de oro que la jagua oculta.

El azuceno, el floro-azul, el caunce,
Y el yarumo, en el monte se dibujan
Como piedras preciosas que recaman
El manto azul que con la brisa ondula.

Y sobre ellos gallarda se levanta,
Meciendo sus racimos en la altura
Recta y flexible la altanera palma,
Que aire mejor entre las nubes busca.

Ved otra vez á los robustos peones
Que el mismo bosque secular circundan;
Divididos están en dos partidas,
Y un capitán dirige cada una.

Su alegre charla, sus sonoras risas,
No se oyen ya, ni su canción se escucha;
De una grave atención cuidado serio
Se halla pintado en sus facciones rudas.

En lugar del ligero calabozo
La hacha afilada con su mano empuñan;
Miran atentos el cañón del árbol,
Su comba ven, su inclinación calculan.

Y á dos manos el hacha levantando,
Con golpe igual y precisión segura,
Y redoblando golpes sobre golpes,
Cansan los ecos de la selva augusta.

Anchas astillas y cortezas leves
Rápidamente por el aire cruzan;
Á cada golpe el árbol se estremece,
Tiemblan sus hojas, y vacila ... y duda...

Tembloroso un momento cabecea,
Cruje en su corte, y en graciosa curva
Empieza á descender, y rechinando
Sus ramas enlazadas se apeñuscan;

Y silvando al caer, cortando el viento,
Despedazado por los aires zumba....
Sobre el tronco el peón apoya el hacha
Y el trueno, al lejos, repetir escucha.

.....

Un mes se pasa. El sol desde la altura
Manda á la Roza, vertical su rayo;
Ya los troncos, las ramas y las hojas
Han tostado los vientos del verano.

Las hojas en las ramas se encartuchan,
Sobre los troncos se blanquean los ramos,
Y las secas cortezas se desprenden
De trecho en trecho de los troncos largos.

Aquí y allá la enredadera verde
Tímida muestra sus primeros tallos,
La guadua ostenta su primer retoño
De terciopelo de color castaño.

Ya el verano llegó para la quema;

La Candelaria ya se va acercando;
Es un domingo á medio día. El viento
Barre las nubes en el cielo claro.

Por la orilla del monte los peones
Vagan al rededor del derribado,
Con los hachones de cortezas secas
Con flexibles bejucos amarrados.

Prenden la punta del hachón con yesca,
Y brotando la llama al ventearlo,
Varios fogones en contorno encienden,
La Roza toda en derredor cercando.

Lame la llama con su inquieta lengua
La blanca barba á los tendidos palos;
Prende en las hojas y chamizas secas,
se avanza, temblante, serpeando.

Vese de lejos la espiral del humo,
Que tenue brota caprichoso y blanco,
Ó lento sube en copos sobre copos
Como blanco algodón escarmenado.

La llama crece; envuelve la madera
Y se retuerce en los nudosos brazos,
Y silba, y desigual chisporrotea,
Lenguas de fuego por do quier lanzando.

Y el fuego, envuelto en remolinos de humo,
Por los vientos contrarios azotado
Se alza á los cielos, ó á lo lejos prende
Nuevas hogueras con creciente estrago.

Ensordecen los aires el traquido
De las guaduas y troncos reventando,

Del huracán el mugidor empuje,
De las llamas el trueno redoblado.

Y nubes sobre nubes se amontonan
Y se elevan el cielo encapotado
De un humo negro que arrebatara chispas,
Pardas cenizas y quemados ramos

Aves y fieras asustadas huyen;
Pero encuentran el fuego á todos lados,
El fuego, que se avanza lentamente
Estrechando su círculo incendiario.

Al ave que su prole dejar teme,
La encierra el humo, al rededor volando
Y con sus alas chamuscadas cae
Junto del nido que le fué tan caro.

Aquí y allá se vuelve la serpiente
Buscando una salida, y en su espanto
Se exaspera, se enrosca, se retuerce,
Y el fuego cierra el reducido campo.

Del aire al soplo se dilata el humo
Hasta que llena el anchuroso espacio;
Rosados se perciben los objetos;
Redondo y rojo el sol se ve sin rayos.

Sobre el monte, la Roza y el contorno
Tiende la noche su callado manto
Bordado con las chispas del incendio
Que parecen cocuyos revolando.

Y con la incierta luz de mil fogones,
Restos aún vivos del ardiente estrago,
Se ve de lejos la quemada Roza
Cual vivac de un ejército acampado.

.....
¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre
No nos deja admirar su bizarría,
Ni agradecer al cielo ese presente,
Sólo porque lo da todos los días.

El don primero que «con mano larga»
Al Nuevo Mundo el Hacedor festina;
El más vistoso pabellón que undula
De la virgen América en las cimas.

Contemplad una mata. Á cada lado
De su caña robusta y amarilla,
Penden sus tiernas hojas arqueadas,
Por el ambiente jugueteón nacidas.

Su pie desnudo los anillos muestra
Que á trecho igual sobre sus nudos brillan,
Y racimos de dedos elegantes,
En los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,
Más rectas y agrupadas hacia arriba,
Donde empieza á mostrar tímidamente
Sus blancos tilos la primera espiga.

Semejante á una joven de quince años,
De esbeltas formas y de frente erguida,
Rodeada de alegres compañeras,
Rebosando salud y ansiando dicha.

Forma el viento, al mover sus largas hojas,
El rumor de dulzura indefinida
De los trajes de seda que se rozan
En el baile de bodas de una niña.

Se despliegan al sol y se levantan
Ya doradas, temblando, las espigas,

Que sobresalen cual penachos jaldes
De un escuadrón en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del filote,
Que muellemente al despuntar se inclina;
El manso viento con sus hebras juega,
Y cariñoso el sol las tuesta y riza.

La mata el seno suavemente abulta
Donde la tusa aprisionada cría,
Y allí los granos, como blancas perlas,
Cuajan envueltos en sus hojas finas.

Los chócolos se ven á cada lado,
Como rubios gemelos que reclinan
En los costados de su joven madre
Sus doradas y tiernas cabecitas.

El pajarero, niño de diez años,
Desde su andamio sin cesar vigila
Las bandadas de pájaros diversos
Que hambrientos vienen á ese mar de espigas.

En el extremo de una vara larga
Coloca su sombrero y su camisa,
Y silbando, y cantando, y dando gritos,
Días enteros el sembrado cuida.

Con su churreta de flexibles guascas
Que fuertemente al agitar rechina,
Desbandadas las aves se dispersan,
Y fugitivas corren las ardillas.

Los pericos en círculos volando
En caprichosas espirales giran,
Dando al sol su plumaje de esmeralda,
Y al aire su salvaje algarabía.

Y sobre el verde manto de la Roza
El amarillo de los toches brilla,
Cual onzas de oro en la carpeta verde
De una mesa de juego repartidas.

Meciéndose galán y enamorado
Gentil turpial en la flexible espiga,
Rubí con alas de azabache, ostenta
Su bella pluma y su canción divina.

El duro pico del chamón desgarrá
De las hojas del chócolo las fibras,
Dejando ver sus granos cual los dientes
De una bella al través de su sonrisa.

Su nido conoidal cuelga el gulungo
De un árbol en las ramas extendidas,
Y se columpia blandamente al viento,
Incensario de rústica capilla.

La boba, el carriquí, la guacamaya,
El afrechero, el diostedé, la mirla,
Con sus pulmones de metal que aturden,
Cantan, gritan, gorjean, silban, chillan.

.....

Á veces el patrón lleva á la Roza
Á los niños pequeños de la hacienda.
Después de conseguir con mil trabajos
Que conceda la madre la licencia.

Sale la gritadora alegre turba
Á asistir juguetona á la cogienda,
Con carrieles y jíqueras terciados
Cual los peones sus costales llevan.

¿Quién puede calcular las mil delicias
Que proporciona tan sabrosa fiesta....?
¡Amalaya volver á aquellos tiempos!
¡Amalaya esa edad pura y risueña!

Avaro guarda el corazón del hombre
Esos recuerdos que del niño quedan;
Ese rayo de sol en una cárcel,
Es el tesoro de la edad provecita.

También la juventud recuerdos guarda
De placeres sin fin.... pero con mezcla.
Las memorias campestres de la infancia
Tienen siempre el sabor de la inocencia.

Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre
Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

Pero, en tanto, vosotros, pobres socios
De una Escuela de Artes y de Ciencias,
Siempre en medio de libros y papeles
Y viviendo en ciudades opulentas;

Nacidos en la alcoba empapelada
De una casa sin patios y sin huerta,
Y que jamás otro árbol conocisteis
Que el naranjo del patio de la escuela!

Vosotros ¡ay! cuyos primeros pasos
Se dieron en alfombras y en esteras
Y, lo que es más horrible ¡con botines!
¡Vosotros, que nacisteis con chaqueta!

¡Vosotros, que no os criasteis en camisa
Cruzando montes y saltando cercas,

¡Oh! no podéis saber, desventurados,
Cuánta es la dicha que un recuerdo encierra!

¿Con cuál, decidme, alegrareis vosotros
De la helada vejez las horas lentas,
Si no tuvisteis perros ni gallinas,
Ni habéis matado patos ni culebras?

No endulzarán vuestros postreros días.
El sabroso balar de las ovejas,
De las vacas el nombre, uno por uno,
La imagen del solar, piedra por piedra;

Las sabaletas conservadas vivas,
Sirviendo de vivero una batea;
Las moras y guayabas del rastrojo,
El columpio del guamo de la huerta;

La golondrina á la oración volando
Al rededor de las tostadas tejas,
La queja del pichón aprisionado,
La siempre dulce reprensión materna;

La cometa enredada en el papayo,
Los primeros perritos de Marbella....
En fin.... vuestra vejez será horrorosa,
Pues no habéis asistido á una cogienda.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

Una tempestad, de noche, en Orizaba.

El carro del Señor, arrebatado
De noche, en tempestad que ruge y crece,
Los cielos de los cielos estremece,
Entre los torbellinos y el nublado.

De súbito, el relámpago inflamado
Rompe la oscuridad y resplandece,
Y bañado de luces, aparece
Sobre los montes, el volcán nevado

Arde el bosque, de viva llama herido;
Y semeja de fuego la corriente
Del río, por los campos extendido.

Al terrible fragor del rayo ardiente,
Lanza del pecho triste y abatido,
Clamor de angustia la aterrada gente.

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

El pico de Orizaba.

A mi amigo el señor don Miguel Castellanos.

De eterna nieve revestido, encima
De un monte y otro monte te adelantas:
El rayo abrasador truena á tus plantas,
Al empíreo tu frente se sublima.

¿Qué espíritu al mirarte no se anima?
Tú al quebrantado náufrago levantas,
Si llega á divisar las luces santas
Con que el iris de paz brilla en tu cima.

Cuando la noche, dilatando el vuelo,
Con diadema de estrell'as te corona,
Signo de amor entre la tierra y cielo,

El alma á sus afectos se abandona,
Y elevándose á Dios, rompe sin duelo
El lazo que á la tierra la aprisiona.

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

¡Quién supiera escribir!

I.

—Escribidme una carta, señor cura.

Ya sé para quien es.

—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos?—Pues.

—Perdonad, mas. . .—No extraño ese tropiezo;
La noche.. la ocasión..

Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:

Mi querido Ramón:

—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto.

—Si no queréis....—¡Sí, sí!

¡Qué triste estoy!—¿No es eso?—Por supuesto....

¡Qué triste estoy sin ti!

Una congoja al empezar, me viene....

—¿Cómo sabéis mi mal?

—Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.

¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.

¿Y contigo? Un edén

—Haced la letra clara, señor cura;
Que lo entienda eso bien.

*El beso aquel que de marchar á punto
Te di....—¿Cómo sabéis?....*

—Cuando se va y se viene y se está junto,
Siempre... no os afrentéis.

*Y si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir....*

—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
¡Que me voy á morir!

—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?

—Pues sí, señor, ¡morir!

—Yo no pongo *morir*.—¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

II.

¡Señor Rector, señor Rector! en vano
Me queréis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el ser de mi ser.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada día,
Porque puedo llorar,

Que mis labios, las rosas de su aliento;
No se saben abrir:

Que olvidan de la risa el movimiento
Á fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,

Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

Que es de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz;
Que es un perpetuo sueño de mi oído
El eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!....
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!.

III.

Epilogo.

—Pues, señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo.
Á don Ramón... En fin,
Que es inútil saber para esto arguyo
Ni el griego ni el latín.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

La flor de la caña.

Yo ví una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta
Como cuando saca

Sus primeros tilos
La flor de la caña.

La ocasión primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida,
Con cintas rosadas;
Llevaba una gorra
De brillante paja
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida, canaria,
Que el viento mecía,
Como flor de caña.

Su acento divino,
Sus labios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Ligera su planta;
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa ríe
La flor de la caña.

El domingo antes
de semana santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos,
Donde le juraba
Mientras existiera

Sin doblez amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada,
Como con la niebla
La flor de la caña.

Halléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida,
Descogió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varios.
Diómela al descuido,
Y al examinarla,
He visto que es hecha
Con flores de caña.

En ella hay un rizo
Que no lo trocara
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De Manicaragua,
Con una sortija
Que ajusta la *capa*
Y en lugar de *tripa*,
Le encontré una carta
Para mí mas bella
Que la flor de caña.

No hay ficción en ella
Sino estas palabras:
«Yo te quiero tanto
Como tú me amas.»

En una reliquia
De rasete blanca
Al cuello conmigo
La traigo colgada;
Y su tacto quema
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
La flor de la caña.

Ya no me es posible
Dormir sin besarla;
Y mientras que viva
No pienso dejarla.
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,
Sufriendo vaivenes
Como flor de caña.

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas,
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia,
Y si me preguntan
Los que saber ansian,
Quién es mi veguera,
Diré que te llaman
Por dulce y honesta
La flor de la caña.

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS.

Elegía.

He aquí del año el más hermoso día,
Digno del Paraíso! Es el temprano
Saludo que el Otoño nos envía;
Son los adioses que nos da el Verano.

Ondas de luz purísima brillantan
La blanca alcoba de la dulce Elvira;
Los pajarillos cariñosos cantan,
El perfumado céfiro suspira.

¡Un féretro en el centro! ¡un pañol! ¡un Cristo!
¡Un cadáver! ¡Gran Dios!.... Elvira!.... ¡es ella!
Alegremente linda ayer la he visto;
¡Y hoy?... hela allí: solemnemente bella.

«No ha muerto: ¡duermel» Vedla sonreída.
Ayer, en esta alcoba deliciosa,
Feliz soñaba el sueño de la vida;
Hoy sueña el de otra vida aún más dichosa.

Ya de la rosa el tinte pudibundo
Murió en su faz; pero en augusta calma
La ilumina un reflejo de otro mundo
Que al morir se entreabrió para su alma.

Ya para los sentidos no se enciende
La efímera beldad de arcilla impura;
Mas tras ella, el espíritu sorprende
La santa eternidad de otra hermosura.

Cumplió quince años ¡ay! ¡edad festiva,
Mas misteriosa y rara! ¡edad traidora,
Cuando es la niña para el hombre esquiva.
Y á los Ángeles férvida enamora!

¡Pobre madre! del hombre la guardaste,
Pero esconderla á su Ángel no supiste:
La vió, se amaron, nadá sospechaste,
Y en impensado instante la perdiste.

Vió, al espirar, á su Ángel adorado,
Y abrió los ojos al fulgor del Cielo,
Y dijo: «el sacrificio ha terminado:
¡Vén! ¡vámonos á casa!» y tendió el vuelo.

Por eso luce tan hermoso día,
Indiferente al llanto que nos cuesta.
Hoy hay boda en el cielo: él se gloria;
La Patria de la novia está de fiesta.

RAFAEL POMBO.

A la rosa.

Silva.

Pura, encendida rosa,
Émula de la llama,
Que sale con el día,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
Á detener un punto
La ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado
Que estoy viendo riente,

Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió Amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
De la deidad que dieron las espumas:
¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento;
Tiendes aún no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

FRANCISCO DE RIOJA.

Aures.

De peñón en peñón turbias saltando
Las aguas de AURES descender se ven;
La roca del granito socavado
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
Temblorosos, condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
Entretejido, el verde carrizal,
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas
Que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado á su sombra, ¡cuántas veces
Vi mi casa á lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul....
La dicha que forjaba entonces el alma
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, á la sombra de esos verdes bosques,
Correr los años de mi infancia ví;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré á morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia ...
¡Basta! las penas tienen su pudor,
Y nombres hay que nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco-azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
Ve de la tarde á la rosada luz

La amarilla vereda que serpea
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma, las lágrimas, que prestan
Al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

¡Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Herencia de mis padres, hondo río,
Casita blanca. . . y esperanza, adiós!

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

Á la memoria de mi hermana Adela.

Seis años ya que el alma de mi alma
En la triste postrera despedida
Me dijo su adiós tierno.
¿Por qué, infiel corazón, lates en calma?
¿Por qué, cuando es eterna la partida,
No es el dolor eterno?

Y eterno es mi dolor, que aún el agudo
Dardo yo siento en la cerrada llaga
Cuando una voz la nombra.
No está muerto mi duelo, aunque está mudo.
Secos al llanto, por mis ojos vaga
Siempre una triste sombra.

Cuando el invierno pálido se aleja
Y primavera con las frescas galas

Orna el árido suelo,
Cual mariposa que la cárcel deja,
Su alma entreabrió las transparentes alas
Para volar al cielo.

De entonces que al tornar las tibias brisas,
Y que en Oriente el sol rojo fulgura,
Mi corazón opreso
Ve en las luces del alba sus sonrisas,
Y el soplo de Abril se me figura
Su codiciado beso.

Y al pensar en su blonda cabellera,
Y en la luz de sus ojos de esmeralda,
Me finjo en mi congoja
Que es su imagen la verde primavera,
Cuando de mustias rosas la guirnalda
Tristemente deshoja.

Que ella murió en la edad de la hermosura,
En la edad de los cándidos hechizos;
Y cuando piense en ella
Veré siempre su blanca vestidura,
Su tersa frente y sus dorados rizos:
La veré siempre bella.

Morando en los espacios de la gloria
Tú aún vives con nosotros, pobre Adela;
Tú para mí no has muerto.
Yo en mis duelos invoco tu memoria,
Cual protector espíritu que vela
Sobre mi hogar desierto.

Y, al vencer los escollos de la vida,
Yo comprendo ahora bien cuánto se encierra
Inefable consuelo,

En el místico lazo en que va unida
Parte de una familia por la tierra,
Y parte por el cielo.

Como en el bosque solitario el ave,
Cual flor nacida en el cerrado huerto,
Como en el mar la ola,
Cuya breve existencia nadie sabe,
Tú en el lugar donde naciste has muerto
Desconocida y sola.

Pero al orgullo vano de la ciencia,
Y á las fútiles pompas de la gloria
Ó el opulento brillo,
Prefiero yo tu cándida inocencia,
Y esa vida sin mancha y sin historia
De un corazón sencillo.

Fugaces horas de inocentes juegos;
Fiestas alegres del hogar; veladas
De infantiles consejas,
De estudio grave ó de devotos ruegos,
Esas son las memorias adoradas
Que á tus hermanos dejas.

Yo sé por qué, tras de suspiro blando,
Mi madre enjuga con callado duelo
Sus húmedas pupilas:
Yo sé en qué piensan mis hermanas, cuando
Clavan absortas en el albo cielo
Sus miradas tranquilas.

La limosna; el perdón de los agravios;
La alegría; el dolor que purifica
El corazón del hombre;
La oración que pronuncian nuestros labios,

Todo á ti nuestro amor te lo dedica,
 Todo se hace en tu nombre.

Así llenas tú aún nuestra morada;
 Así de nuestro amor te hizo señora
 Para siempre la muerte;
 Y cuando llegue la vejez cansada,
 Pienso que ha de endulzar mi última hora
 La esperanza de verte.

VICENTE W. QUEROL.

**Á Martín de la Quintana, en la muerte
 de su hijo Hugo.**

¡Perdistes el hijo amadol....
 ¡Quién á tal duelo el bálsamo presume?
 ¡Fresco lirio tronchado,
 Apenas entreabierto ya agostado,
 Exhaló al alba el celestial perfume!

La jaula está vacía
 Del ave tierna que alegró la casa
 En dulce y fausto día;
 La cuna, ayer caliente, hoy está fría
 Como una tumba en que el amor fracasa.

Acaso la inocencia,
 Que vela ante los ángeles dormidos,
 Lamenta allí la ausencia
 Del que dejó, al partir, por toda herencia,
 Sonrisas y juguetes exparcidos.
 La muerte en asechanza

Medita el golpe entre la sombra oculta:
Derribe sin tardanza
Al que lleva perdida la esperanza
Y triste en vida el corazón sepulta.

¡Pero á un precioso niño!...
Misterio atroz, sentencia formidable
Que abomina el cariño.
¡El tigre salva, inmólase el armiño!
¡Oh mundo incomprensible y miserable!
Encierra los despojos
De tu hijo en urna de ónix bien labrada,
Pues fué luz de tus ojos;
Como envuelve el colono en los rastros
La hierba campesina en flor segada.

Yo llevaré mi ofrenda
Del niño muerto á la mansión oscura;
Mirra aún tengo en mi tienda
Y la sabré quemar, de afecto en prenda,
Uniendo la blancura á la blancura.

CARLOS GUIDO SPANO.

Elegías.

Al venir la mañana,
La parda alondra
Pasando le decía
Tan tiernas cosas!...
Los ruseñores,
Al rayo trémulo
De la luna, llamábanle
Flor de los cielos!

Del campo lamentaban
La soledad y muerte,
Las desprendidas hojas
Del árbol antes verde;
Con ásperos silbidos
El cierzo de diciembre,
Con su graznar las aves
Con su callar las fuentes.

Valles y sierras altas
Cubriánse de nieve,
Y el día de nublados
Que la tierra oscurecen.
Mas ella aparecía,
Y el aire, de repente,
Inflamábase todo
En claridad alegre;

Reverdecia el prado
Bajo su planta breve;
Y oíanse apacibles
Melodías campestres,
Bajando cariñosos
Los árboles la frente,
Cual si besar la suya
Con las ramas quisiesen,
Y esencias regalarla,
Y coronar sus sienas.

¡Silencio!....¿Oísteis?...
Suena en su estancia
Un rumor tenue.
Cual si dos alas
Un invisible

Ser desplegara
Á las acordes
Voces lejanas
Muy lejanas,
Muy lejanas,
Más que la luna,
Mucho más altas,
Nunca oídas,
Ni soñadas,
Así como ecos
De liras y arpas,
Con que otros niños
La llaman de los cielos
En los abismos.

—«Cómo tardan estos lirios,
Cómo tardan en dar flor!»
Me decía muchas veces,
Al regar los del balcón.

—«Cuando se abran serán tuyos»,
Contestábale mi voz;
Y esperando, el angel mío,
Esperando se murió.

Vino Mayo ¡ay, no viniera!
Y los lirios del balcón
Su corola azul abrieron
Á los céfiros y al sol.

Y las lágrimas brillaban
Que sobre ellos verti yo,
Al dejarlos en la tumba
Donde tengo el corazón.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Rimas.

Cerraron sus ojos
Que aún tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intervalos,
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día,
Y á su albor primero
Con sus mil ruidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
*«Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»*

De la casa en hombros
Lleváronla al templo,
Y en una capilla

Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba....
Que pensé un momento
*«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»*

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.

Del último asilo,

Oscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho á un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en la sombras,
Medité un momento:
*«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!!»*

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crugir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
Á solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un són eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos!....
.....

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuelve el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

GUSTAVO A. BECQUER.

Tristezas.

Cuando recuerdo la piedad sincera
Con que en mi edad primera
Entraba en nuestras viejas catedrales
Donde postrado ante la cruz de hinojos
Alzaba á Dios mis ojos,
Soñando en las venturas celestiales;

Hoy que mi frente atónito golpeo,
Y con febril deseo
Busco los restos de mi fe perdida,
Por hallarla otra vez, radiante y bella
Como en la edad aquella,
¡Desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
Prosternaba mi frente
En las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía

De luz, de poesía,
De mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
Levantaban mi anhelo;
Aquella majestad solemne y grave;
Aquel pausado canto, parecido
Á un doliente gemido,
Que retumbaba en la espaciosa nave;

Las marmoreas y austeras esculturas
De antiguas sepulturas,
Aspiración del arte á lo infinito;
La luz que por los vidrios de colores
Sus tibios resplandores
Quebraba en los pilares de granito;

Haces de donde en curva fugitiva,
Para formar la ojiva
Cada ramal subiendo se separa,
Cual del rumor de multitud que ruega,
Cuando á los cielos llega,
Surge cada oración distinta y clara;

En el gótico altar inmoble y fijo
El santo crucifijo,
Que extiende sin vigor sus brazos yertos,
Siempre en la sorda lucha de la vida,
Tan áspera y reñida,
Para el dolor y la humildad abiertos;

El místico clamor de la campana
Que sobre el alma humana
De las caladas torres se despeña,
Y anuncia y lleva en sus aladas notas
Mil promesas ignotas
Al triste corazón que sufre ó sueña;

LECTURAS SELECTAS

Todo elevaba mi ánimo intranquilo
 Á más sereno asilo:
Religión, arte, soledad, misterio....
Todo en el templo secular hacía
 Vibrar el alma mía,
Como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende
 Quien crédulo enciende
En fervoroso y celestial cariño,
Envuelta en sus flotantes vestiduras
 Volaba á las alturas,
Virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella
 Como fugaz centella
Traspasaba el espacio, y ante el puro
Resplandor de sus alas de querube,
 Rasgábase la nube
Que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
 ¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo que antes para mí tenías,
 Fulgores y armonías,
Y hoy tan oscuro y desolado veol

Ya no templas mis íntimos pesares,
 Ya al pie de tus altares
Como en mis años de candor no acudo.
Para llegar á ti perdí el camino,
 Y errante peregrino
Entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
 Grito, y nadie responde

Á mi angustiada voz; alzo los ojos,
Y á penetrar la lobreguez no alcanzo;
Medrosamente avanzo,
Y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
Á su impiedad ¡oh Cristol
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
Levanta sobre escombros
Un Dios sin esperanza, un Dios que gime.

¡Y ese Dios no eres tú! No tu serena
Faz, de consuelos llena,
Alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
Su cielo es el vacío,
Sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
Un siglo más inmenso,
Más rebelde á tu voz, más atrevido;
Entre nubes de fuego alza su frente,
Como Luzbel, potente;
Pero también como Luzbel, caído.

Á medida que marcha y que investiga,
Es mayor su fatiga,
Es su noche más honda y más oscura,
Y pasma, al ver lo que padece y sabe,
Cómo en su seno cabe
Tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
Que el ronco mar azota.
Incendia el rayo y la borrasca mece
En piélago ignorado y proceloso,

Nuestro siglo coloso
Con la luz que le abrasa, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!....

 Á los tristes reflejos
Del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
 Y es tarde, es ¡ay! muy tarde
Para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno.

 Á todo yugo ajeno,
Que al impulso del vértigo se entrega.
Y al través de intrincadas espesuras,
 Desbocado y á oscuras
Avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adonde? ... El pensamiento humano

 En vano lucha; en vano
Su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
 Y no alcanza el problema,
Ni penetra el enigma de la Esfinge

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto

 Que tu poder no ha muerto!
Salva á esta sociedad desventurada,
Que bajo el peso de su orgullo mismo
 Rueda al profundo abismo,
Acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de ti se aleja,

 En nuestras almas deja
El germen de recónditos dolores,
Como al tender el vuelo hacia la altura
 Deja su larva impura
El insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
Es, Señor, todavía
Raudal de vida tu palabra santa,
Di á nuestra fe desalentada, incierta;
—¡Ánimate y despierta!—
Como dijiste á Lázaro:—¡Levanta!—

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

En el Teocalli de Cholula.

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los Aztecas valientes! En su seno,
En una estrecha zona concentrados,
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
Á la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihual purísimo, Orizaba
Y Popocatepec; sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
Á torrentes vertió su luz dorada,

Y vió á naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba,
Y entre yerbas y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo pórtico del cielo,
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo.
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alma noche ó el brillante día,
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
Cholulteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacía,
Los ojos á espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
Que en estos bellos campos reinò alzada
La bárbara opresión, y que esta tierra
Brotaba mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres en que fué inundada
Por la superstición y por la guerra....?

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, oscuro y más oscuro
Se fué tornando: la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban

Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el oriente,
Bien como puntos de oro, centelleaban
Mil estrellas y mil... ¡Oh! ¡yo os saludo
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Ilumináis el velo,
Y sois del firmamento poesía!

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendía
Con lentitud, la sombra se extendía
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco oscuro
Á mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
Que velado en vapores transparentes:
Sus inmensos contornos dibujaba
De occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos como el Norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir á tus pies, que combatían
Cual ora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creían
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.

¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruina
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas
Que fuiste negarán....

Todo perece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué.

En tal contemplación embebecido
Soprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
Á mis ojos atónitos. Veía.
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos, levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesion, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo,
Las bajas frentes en el polvo hundía,
Y ni mirar á su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.

Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo;

Su vil superstición y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo á par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
Á la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió á la superstición más inhumana
En ella entronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;

Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.

Muda y desierta
Ahora te ves, Pirámide. Más vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,
Y la superstición á quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
Á nuestros nietos últimos, empero,
Sé lección saludable; y hoy al hombre
Que ciego en su saber futil y vano
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Los trópicos.

(*El Peregrino.*)

¡Los trópicos! Radiante palacio del Crucero,
Foco de luz que vierte torrentes por do quier!
Entre vosotros toda la creación rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creación tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza, llena de timidez y frío,
Huyendo de los polos, al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡basta!», volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces, como premio del hospedaje santo,
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó la rosas, las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirto y arrayán:
Las aves que la arrullan en melodía eterna,
Y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes, en colosales formas,
Se visten, con las nubes, de la cintura al pie:
Las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan,
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno, engalanado de primavera eterna,
No habita ese bandido del Andes morador,

Que de las duras placas de sempiterna nieve,
Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el gilguero,
Tucanos, guacamayos, el león y la torcaz;
Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátíl, en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala,
Formando pabellones para burlar al sol,
Ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante,
No emana sino vida, y amor, y brillantez;
Donde cayó una gota de llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro-rey;

Así como la niña de quince primaveras,
De gracias rebosando, de virginal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde,
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos giros besándonos la frente,
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla,
Los trópicos encierran, magnífica: la luz.
La luz ardiente, roja, cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿Adónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodía, la tarde tropical,
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
Ó del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir:
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se reciente de su punzante brillo,
Que, cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová,
Parado en las alturas del Ecuador mirando
Los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
É hidrópica de vida, revienta por los poros,
Vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando el horizonte la toma entre sus brazos,
Partidas las montañas, fluctuando entre vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando giran en derredor á él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nítido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan el postrero suspiro de la tarde
Que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que muestran indecisas escuálido color.

Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma el seno de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;
Allí se poetiza la voz del corazón;
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más...y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por agentes llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
Parecen las ideas del infinito Sér,
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
No bien que de su labio se escapan una vez.

Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,
Con iris y aureolas magníficas de luz;
La luna se presenta como la Virgen-madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

JOSÉ MÁRMOL.

La Luna.

Ya del Oriente en el confín profundo
La Luna aparta el nebuloso velo;
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
La faz humilde al cielo levantada;
Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,
Por solo rumbo la región vacía,
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, á lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricas tintas de ópalo y topacio
Franjado en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos, que tu lumbre tiñe;
Y de la Noche el iris vaporoso
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí destiende tu callada lumbre,
Y en argentinas gasas se despliega
De la nevada sierra por la cumbre
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
Á largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas;

Ó al pie del cerro do la rosa humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
Vense, á la luz, las fuentes y los ríos,

En sus brillantes roscas envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh Luna!
Vuelo al través de solitarias breñas
Á los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del desierto reverbera,
Adormecido, nítido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera,
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,
Donde la humana voz jamás se escucha,
Laberintos de selvas y peñones
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del caos, por el mundo errantes;
Náufragos restos de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vaga flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce el cerro en la áspera pendiente,
Y á trechos ilumina en la espesura
El ímpetu salvaje de torrente.

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza,
Ó con la fuente llora que perdida
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
Hendiendo el bosque á penetrar alcanza,
Y alumbrá al pie de despeñadas linfas
De las Ondinas la nocturna danza.

Á tu mirada suspendido el viento
Ni árbol ni flor en el desierto agita:
No hay en los seres voz ni movimiento;
El corazón del mundo no palpita....

Se acerca el centinela de la Muerte;
¡He aquí el Silencio! Sólo en su presencia
Su propia desnudez el alma advierte
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
Que del silencio la insondable calma
De los sepulcros es tremendo grito
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía
Rasgando altiva su mortal sudario,
De lo infinito á la extension sombría
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confin de los espacios hiende,
Y desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se extiende
Por el callado abismo de la Nada!...

El que vistió de nieve la alta sierra,
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
De blando azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre!

Cruzo perdido el vasto firmamento,
Á sumergirme torno entre mí mismo,

Y se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran ...
Los Andes á lo lejos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados....

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante.
Y adornará la frente de la aurora.

¡Oh Luna, adiós! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda al verte su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
Esta que siento imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

DIEGO FALIÓN.

Canto á la victoria de Junín.

.....

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando,
Y el són de las trompetas clamoroso,
Y el relinchar del alazán fogoso,
Que erguida la cerviz y el ojo ardiendo
En bélico furor salta impaciente
Do más se encruelece la pelea;
Y el silbo de las balas que rasgando
El aire, llevan por doquier la muerte;
Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros
Que al sol reflectan sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros exparcidos
Ó en torrentes de sangre arrebatados,
Y el violento tropel de los guerreros
Que más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado,
Mueren mas no se rinden.... todo anuncia
Que el momento ha llegado,
En el gran libro del destino escrito,
De la venganza al pueblo americano
De mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,
Hijas del negro averno, me inflamara,
Y mi pecho y mi musa enardeciera
Al tartáreo furor, del León de España,
Al ver dudoso el triunfo, me atreviera
Á pintar el rencor y horrible saña.

Ruge atroz, y cobrando
 Más fuerza en su despecho, se abalanza,
 Abriéndose ancha calle entre las hácas
 Por medio el fuego y contrapuestas lanzas:
 Rayos respira, mortandad y estrago,
 Y sin pararse á devorar la presa,
 Prosigue en su furor, y en cada huella
 Deja de negra sangre un hondo lago.

.....

Tal el héroe brillaba
 Por las primeras filas discurriendo.
 Se oye su voz, su acero resplandece,
 Do más la pugna y el peligro crece.
 Nada le puede resistir. . Y es fama,
 ¡Oh portento inaudito!
 Que el bello nombre de COLOMBIA escrito
 Sobre su frente en torno despedía
 Rayos de luz tan viva y refulgente,
 Que deslumbrado el español desmaya,
 Tiembla, pierde la voz, el movimiento:
 Sólo para la fuga tiene aliento.

Así cuando en la noche algún malvado
 Va á descargar el brazo levantado,
 Si de improviso lanza un rayo el cielo,
 Se pasma, y el puñal tremulo suelta;
 Hielo mortal á su furor sucede,
 Tiembla, y horrorizado retrocede.
 Ya no hay más combatir. El enemigo
 El campo todo y la victoria cede.
 Huye cual siervo herido, y adonde huye
 Allí encuentra la muerte. Los caballos
 Que fueron su esperanza en la pelea,
 Heridos, espantados, por el campo

Ó entre las filas vagan, salpicando
El sueldo en sangre que su crin gotea;
Derriban al ginete, lo atropellan,
Y las catervas van despavoridas,
Ó unas en otras con furor se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto:
Y al impulso del aire, que vibrando
Sube en clamores y alaridos lleno,
Tremen las cumbres que respeta el trueno.
Y discurriendo el vencedor en tanto
Por cima de cadáveres y heridos,
Postra al que huye, perdona á los rendidos.

Padre del Universo, SOL radioso,
Dios del PERÚ, modera omnipotente
El ardor de tu carro impetuoso,
Y no escondas tu luz indeficiente....
Una hora más de luz.... Pero esta hora
No fué la del destino. El Dios oía
El voto de su pueblo; y de la frente
El cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora,
En mayor disco menos luz ofrece,
Y veloz tras los Andes se oscurece.

.....

«Abre tus puertas, opulenta LIMA,
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador que rodeado
De pueblos numerosos, y aclamado
ÁNGEL de la esperanza,
Y GENIO de la paz y de la gloria,
En inefable majestad se avanza.

«Las musas y las artes revolando

En torno van del carro esplendoroso;
Y los pendones patrios vencedores
Al aire vago ondean, ostentando
Del SOL la imagen, de Iris los colores.
Y en ágil planta y en gentiles formas,
Dando al viento el cabello desparcido,
De flores matizado,
Cual las horas del SOL raudas y bellas,
Saltan en derredor lindas doncellas
En giro no estudiado;
Las glorias de su patria
En sus patrios cantares celebrando;
Y en sus pulidas manos levantando,
Albos y tersos como el seno de ellas,
Cien primorosos vasos de alabastro
Que espiran fragantísimos aromas,
Y de su centro se derrama y sube
Por los cerúleos ámbitos del cielo
De ondoso incienso transparente nube.

«Cierran la pompa espléndidos trofeos,
Y por delante en larga serie marchan
Humildes, confundidos,
Los pueblos y los jefes ya vencidos.
Allá precede el Astur belicoso,
Allí va el Catalán infatigable,
Y el agreste celtíbero indomable,
Y el Cántabro feroz, que á la romana
Cadena el cuello sujetó el postrero;
Y el Andalúz liviano,
Y el adusto y severo Castellano.
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;
Y las que antes graciosas
Fueron honor del fabuloso suelo,
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo

Se esconden silenciosas:
Y el grande Betis, viendo ya marchita
Su sacra oliva, menos orgulloso
Paga su antiguo feudo al mar undoso.

«El SOL, suspenso en la mitad del cielo,
Aplaudirá esta pompa. ¡Oh SOL! ¡Oh Padre,
Tu luz rompa y disipe
Las sombras del antiguo cautiverio;
Tu luz nos dé el imperio;
Tu luz la libertad nos restituya;
Tuya es la tierra, y la victoria es tuya!»

JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO.

Á mi hermana en sus cumpleaños.

Un año más: no mires con desvelo
La carrera veloz del tiempo alado,
Que un año más en la virtud pasado
Un paso es más que te aproxima al cielo.

Llora, sí, con amargo desconsuelo,
Pues nunca lo bastante habrás llorado,
El año que al morir te haya dejado
De alguna falta el interior recelo.

El tiempo que bien obres no es perdido:
Pues los años de paz, hermana mía,
Que en la santa virtud hayas vivido,

Se convierten en siglos de alegría
En el eterno edén que hay prometido
Al alma justa que en su Dios confía.

ABELARDO LÓPEZ DE AYALA.

La Oración.

Oye la voz con que á los cielos llama
El universo que en la tarde gime,
Y alza al Creador sublime
La oración que en tu labio se derrama:
Siente la estrofa que la mar murmura,
Contempla el sol que su corona humilla,
¡Oh mortal criatura!
Y dobla sobre el polvo la rodilla.

Madre Naturaleza,
¡Cómo se templa enternecida el alma
En tu hora de calma,
Al eco universal de su tristeza!
¡Cómo en el hondo anhelo
Que el inmortal espíritu remueve,
En tu misterio la esperanza bebe,
La majestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde á la oración levanta,
Todo en el alma universal se anida,
Y la creación, en éxtasis caída,
Como arpa eolia su plegaria canta.

Rueda la mar sus gigantescas olas
Con manso y perezoso movimiento
Hasta el desierto de las playas solas
Donde dormita el viento:
El último crepúsculo que baña
Con el color de fúnebre desmayo
La inmensidad del infinito ambiente,
Apaga el tornasol de la montaña
Que levanta la frente
Para mirar el rayo, último rayo,
Del sol que se derrumba al occidente.

El desierto sereno
Tiembla al paso del bruto, que se abriga
Entre la selva amiga,
De extraño afán y mansedumbre lleno:
El bosque bullicioso
Repliega en el silencio su follaje
Sobre el ave salvaje
Y el pájaro medroso;
Y como un alma tímida y errante
La sombra sale que en la selva espía
El último crepúsculo del día
Para tender su ala vacilante.

¡Soledad, soledad! Sobre tu mundo
Cruza veloz la briza pasajera,
Leve como el aliento estremecido
Que arranca el estertor al moribundo:
Parece que dijera
«¡Silencio!» á la Creación con su gemido.
Entonces en la bóveda azulada
Abre como las flores el lucero,
Y allá, sobre su límpida mirada,
En el zenit del orbe,
Vaga armonía suena
Que el espíritu absorbe
Y con sublime adoración le llena.

Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el infierno de tu duelo,
¡Oh criatura humana!
Y oye ese canto que te llama al cielo.
¡Oh tarde majestuosa!
¡Cómo muestras á Dios en tu grandeza,
Cómo brota la vida misteriosa
Bajo tu aliento de inmortal tristeza!
En el eco lejano

Habla una voz que el corazón halaga
Como la voz del padre y del hermano,
Y en el suspiro de la brisa vaga
Que entre el cabello de la frente anida
Su secreto murmullo,
¡Oh! de la madre el cariñoso arrullo
Parece hablar al alma conmovida.

Sobre la cuenca lóbrega retumba
El salvaje alarido del torrente
Que cuelga en la pendiente
Y al antro pavoroso se derrumba:
Brama y se precipita,
Su golpe tiembla en el abismo hueco,
Y horrorizado el eco
Se asoma á las vorágines y grita.

La hoja que se mueve
Hace temblar el corazón con ella;
Parece el rumor leve
De una sombra evocada,
Y en la luz temblorosa de la estrella
Hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime
Y la piedad invoca
Bajo el pie cauteloso que la oprime:
Hay una rama que al pasar nos toca,
Una tímida rama:
Hay una flor que se abre con delicia
Y su lluvia de pétalos derrama
Bajo el ojo mortal que la acaricia:
En las quimeras de la errante sombra
Se borra y se diseña
Una pálida mano que hace seña,
Y un labio sonriente que nos nombra....

Sobre el mundo desierto
La soledad como una fantasma mira,
Y resucita, y se estremece, y gira
La vida de lo muerto.

¡Oh mortal criatura!
¿No siente á Dios la esencia de tu vida?
Es que en el alma universal fundida
Aspira á Él tu alma con tristeza;
Es que la majestad de la grandeza
El corazón inunda de ternura.

¡Oh tarde, tarde bella
Que vuelcas sobre el mundo el firmamento
En el fulgor de tu primer estrella!
Tú me templas el alma solitaria:
Siento en tu seno una armonía, siento
Como un ángel que llora....
¡Oh Dios! es la plegaria
Con que en la tarde la Creación te adora!

RICARDO GUTIÉRREZ.

El monte Sináí.

El sensible Jehová, que compasivo
Mostró en Belén un corazón tan blando,
Y en el lóbrego huerto suspirando
Por los hombres oró bajo el olivo:

Aquel Señor que de una cruz pendiente
De dolor agoniza y de congoja,
Que con sangre y sudor el monte moja,
Y muere como víctima inocente:

Para dar en las vastas soledades
Sus leyes á Judá, bajó tremendo,
Volando entre tiniebla y fuego horrendo.
Como vuelan las grandes tempestades.

Al pasar el Señor, quedaron mudas
Las olas del Mar Rojo, y la ballena
Huyendo baja á la profunda arena,
Para esconderse entre las peñas rudas.

Los ojos de Jehová relampaguean
Tremendamente, y su carroza ardiendo
De lo alto se despeña con estruendo,
Y sus ejes y ruedas centellean.

Le acompañan las nubes tenebrosas,
Bramando le precede el torbellino,
Y girando en inmenso remolino,
Le siguen las tormentas estruendosas.

Llega al monte, y el monte se deprime,
Y su ancho fundamento se estremece,
Una sombra terrible lo oscurece...
Sigue un momento de estupor sublime.

Mas súbito el relámpago relumbra
Mil veces y otras mil: la llama viva
Brilla del Sinaí en la cumbre altiva,
Y entrambos mares y el desierto alumbrá

Uno tras otro el trueno se sucede,
Uno tras otro lo repite el eco,
Tiembla el Oreb al estallido seco,
Tiembla espantado el pueblo, y retrocede.

Ruedan los rayos por la falda en torno
Y de alto abajo los abetos hienden,

Los orgullosos árboles se encienden,
Y queda el monte convertido en horno.

Habló el Señor, y aquella voz severa
Resuena como el mar alborotado:
Díctale leyes á su pueblo amado.
¡Pueblo feliz, si á su Señor temiera!

«Ama, le dice, al Hacedor inmenso,
Y dobla en su presencia la rodilla,
Sírvele fiel con voluntad sencilla,
Y en el altar le ofrecerás incienso.

«No adores á los dioses impotentes
Que la mano labró del estatuario,
Pues el sagrado olor del incensario
Me lo deben á mí todas las gentes.

«No jures por Jehová, ni por sus leyes,
Ni por la tierra ó por la mar undosa;
En dulce calma el sábado reposa
Con tus hijos, tus siervos y tus bueyes.

«Honra á tus padres con piedad sagrada,
Y llegarás á respetable anciano;
Jamás oprimas á tu pobre hermano,
Nunca en su sangre teñirás la espada.

«Jamás profanes tu inocente lecho
En los brazos de lúbrica molicie,
Ni el oro ageno alguna vez codicie
Ese tu noble y generoso pecho.

«Cándida la verdad pose en tu labio
Como en el lirio azul la mariposa;
No tiendas redes á la agena esposa:
¡Ay del autor de semejante agravio!»

Dijo, y la tempestad sigue entretanto,
Y agita ronco el aquilón las nubes:
Con sus alas se cubren los querubes
Á cada trueno pálidos de espanto.

El abrasado Sináí parecía
Altísima pirámide de lumbre:
Negros celajes vagan por su cumbre
Como las olas de la mar sombría.

Asustada retírase la gente
Del monte oscuro que terrible humea:
Solo Moisés, mientras la llama ondea,
Con el Señor conversa frente á frente.

MANUEL CARPIO.

Noche serena.

ODA.

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hacia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado:

El amor y la pena
Despiertan en mi pecho una ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente;
La lengua dice al fin con vez doliente:

Merada de grandeza,
Templo de caridad y hermosura,
Mi alma que á tu alteza
Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
Al sueño de su suerte, no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas de vivir le va hurtando.

¡Ay! despertad mortales,
Mirad con atención en vuestro daño;
Las almas inmortales
Hechas á bien tamaño
Podrán vivir de sombra y solo engaño?

¡Ay! levantad los ojos
Á aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquea lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Á aqueste gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales:

La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella:

Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado
Y el Júpiter benino,
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado:

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:

¡Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra!

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura,
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamás anochece:
Eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

LUIS DE LEÓN.



INDICE

PROSA

PÁGINAS

Fisonomía del nuevo mundo.— <i>Juan Garcia del Rio</i>	5
Pampas y llanuras.— <i>Diego Barros Arana</i>	12
El Cotopaxi.— <i>Manuel Villavicencio</i>	14
Elsalto del Tequendama.— <i>Humboldt</i>	16
Causas que influyeron en el aumento de la población y riqueza de Buenos Aires durante el régimen colonial.— <i>Vicente F. López</i>	20
25 de Mayo de 1810.— <i>Luis L. Dominguez</i>	23
Mariano Moreno.— <i>José Manuel Estrada</i>	26
San Lorenzo.— <i>Bartolomé Mitre</i>	28
Paso de los Andes.—Chacabuco.— <i>Juan María Gutierrez</i>	33
Primitivos habitantes de Méjico.— <i>Lucas Allamán</i>	37
Bolívar y Miranda.— <i>Rafael María Baralt</i>	39
Las Queseras.— <i>Eduardo Blanco</i>	44
Batalla de Ayacucho.— <i>Rafael María Baralt</i>	48
El Gaucho.— <i>Pedro Goyena</i>	53
Llaneros.— <i>R. M. Baralt</i>	58
El madrugar.— <i>Luis de León</i>	60
La Maternidad.— <i>Severo Catalina</i>	63
Amor de la patria.— <i>Silvio Pellico</i>	68
La Paz.— <i>Luis de León</i>	72
El suicidio.— <i>J. J. Rousseau</i>	75
El duelo.— <i>J. J. Rousseau</i>	77
Jesucristo.— <i>J. J. Rousseau</i>	80
Las diversiones.— <i>César Cantú</i>	82
Necesidad y ventajas de la atención.— <i>Chesterfield</i>	87
Deberes de los amigos.— <i>Briseño</i>	90
Lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.— <i>Blas Pascal</i>	91

El mal de la época.— <i>Pedro Goyena</i>	93
Sabiduría é ignorancia del hombre.— <i>Mamerto Esquiú</i>	102
La oración de la tarde á bordo de un navio.— <i>Chateaubriand</i> .	106
Sobre el estudio de las ciencias naturales.— <i>Gaspar Melchor de Jovellanos</i>	107
Del estudio de las ciencias exactas y naturales.— <i>Andrés Bello</i>	114
Conocimiento adquirido por el testimonio inmediato de los sentidos.— <i>Jaime Balmes</i>	117
La naturaleza.— <i>Traducción de Andrés Bello</i>	122
Nidos de las aves.— <i>Chateaubriand</i>	124
Caracter de los animales según el clima que habitan.— <i>Francisco J. de Caldas</i>	127
Los astros.— <i>Virey</i>	129
Los cometas.— <i>Andrés Bello</i>	130
Excelencia de la lengua castellana.— <i>Lastarria</i>	135
Unidad del castellano en América.— <i>Rufino José Cuervo</i>	137
Necesidad de [unir] el estudio de la literatura al de las ciencias.— <i>Gaspar Melchor de Jovellanos</i>	140
La poesía.— <i>Juan M. Gutiérrez</i>	147
Representación del movimiento en el arte.— <i>José Coll y Vehí</i> .	151
La calandria.— <i>Marcos Sastre</i>	162
A la caída de la tarde.— <i>Marcos Sastre</i>	164
Cartas á un amigo.— <i>Esteban Echevarria</i>	169
Las ruinas de Mendoza.— <i>Félix Frías</i>	172
El nacimiento.— <i>Fernán Caballero</i>	176
La derrota.— <i>José Maria de Pereda</i>	178
Entreacto ruidoso.— <i>José Maria de Pereda</i>	181
Pedro Sánchez.— <i>José Maria de Pereda</i>	186
El naufragio.— <i>Bernardino de Saint Pierre</i>	188
Aventura de los carneros.— <i>Miguel de Cervantes</i>	193
Sancho en la insula Barataria.— <i>Miguel de Cervantes</i>	200
El rebuzno á competencia.— <i>Miguel de Cervantes</i>	204
Mi primera sensación benéfica.— <i>José Somoza</i>	208
Parsondes.— <i>Juan Valera</i>	211
Una nariz.— <i>Manuel Bretón de los Herreros</i>	219
El hogar paterno.— <i>Domingo F. Sarmiento</i>	227
Un viaje.— <i>Felipe Paldo y Aliaga</i>	233

VERSO

	PÁGINAS
El Gusano de seda y la araña.— <i>Tomás de Iriarte</i>	241
El Oso, la Mona y el Cerdo.— <i>Tomás de Iriarte</i>	241
Los dos Conejos.— <i>Tomás de Iriarte</i>	242
La Ardilla y el Caballo.— <i>Tomás de Iriarte</i>	244
La Avutarda.— <i>Tomás de Iriarte</i>	245
El Aguila y el Escarabajo.— <i>Félix María Samaniego</i>	246
La Lechera.— <i>Félix María Samaniego</i>	248
El joven Filósofo y sus compañeros.— <i>Félix María Samaniego</i>	250
El Tábano.— <i>Juan Eugenio Hartsebusch</i>	252
El Hombre, el Caballo y el Toro.— <i>Andrés Bello</i>	255
La modestia.— <i>José Selgas</i>	256
La fuente de la mora encantada.— <i>Manuel José Quintana</i> ..	259
Epigrama.— <i>José Iglesias de la Casa</i>	262
Epigrama.— <i>José Iglesias de la Casa</i>	263
Soneto.— <i>Lope de Vega</i>	263
De un pajarillo.— <i>Esteban Manuel de Villegas</i>	264
Un cuento de las olas.— <i>Rafael Obligado</i>	265
Las torres de Villalba.— <i>Juan Francisco Carbó</i>	268
La muerte del payador.— <i>Rafael Obligado</i>	273
Los cazadores y la perrilla.— <i>José Manuel Marroquin</i>	279
El desierto.— <i>Esteban Echevarria</i>	282
Silva á la agricultura de a zona tórrida.— <i>Andrés Bello</i> ...	288
El hogar paterno.— <i>Rafael Obligado</i>	296
César en casa.— <i>Juan de Dios Peza</i>	299
Reyerta infantil.— <i>Juan de Dios Peza</i>	301
Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia.— <i>Gregorio Gutiérrez González</i>	304
Una tempestad, de noche, en Orizaba.— <i>José Joaquin Pesado</i>	313
El pico de Orizaba.— <i>José Joaquin Pesado</i>	314
¡Quién supiera escribir!.— <i>Ramón de Campoamor</i>	315
La flor de la caña.— <i>Gabriel de la Concepción Valdés</i>	317
Elegia.— <i>Rafael Pombo</i>	321
A la rosa.— <i>Francisco de Rioja</i>	322

	PÁGINAS
Aures.— <i>Gregorio Gutiérrez González</i>	323
A la memoria de mi hermana Adela.— <i>Vicente W. Querol</i> .	325
A Martín de la Quintana en la muerte de su hijo Hugo.— <i>Carlos Guido Spano</i>	328
Elegías.— <i>Ventura Ruiz Aguilera</i>	329
Rimas.— <i>Gustavo A. Becquer</i>	332
Tristezas.— <i>Gaspar Nuñez de Arce</i>	335
En el Teocalli de Cholula.— <i>José María Heredia</i>	340
Los trópicos.— <i>José Mármol</i>	345
La luna.— <i>Diego Fallón</i>	348
Canto á la victoria de Junin.— <i>José Joaquín Olmedo</i>	353
A mi hermana en su cumpleaños.— <i>Abelardo López de Ayala</i>	357
La Oración.— <i>Ricardo Gutiérrez</i>	358
El monte Sinaí.— <i>Manuel Carpio</i>	361
Noche serena.— <i>Luis de León</i>	364



22051



OYU
LECTURAS
SELECTAS

LL
1900
OYU

Biblioteca Naci

Maestro